

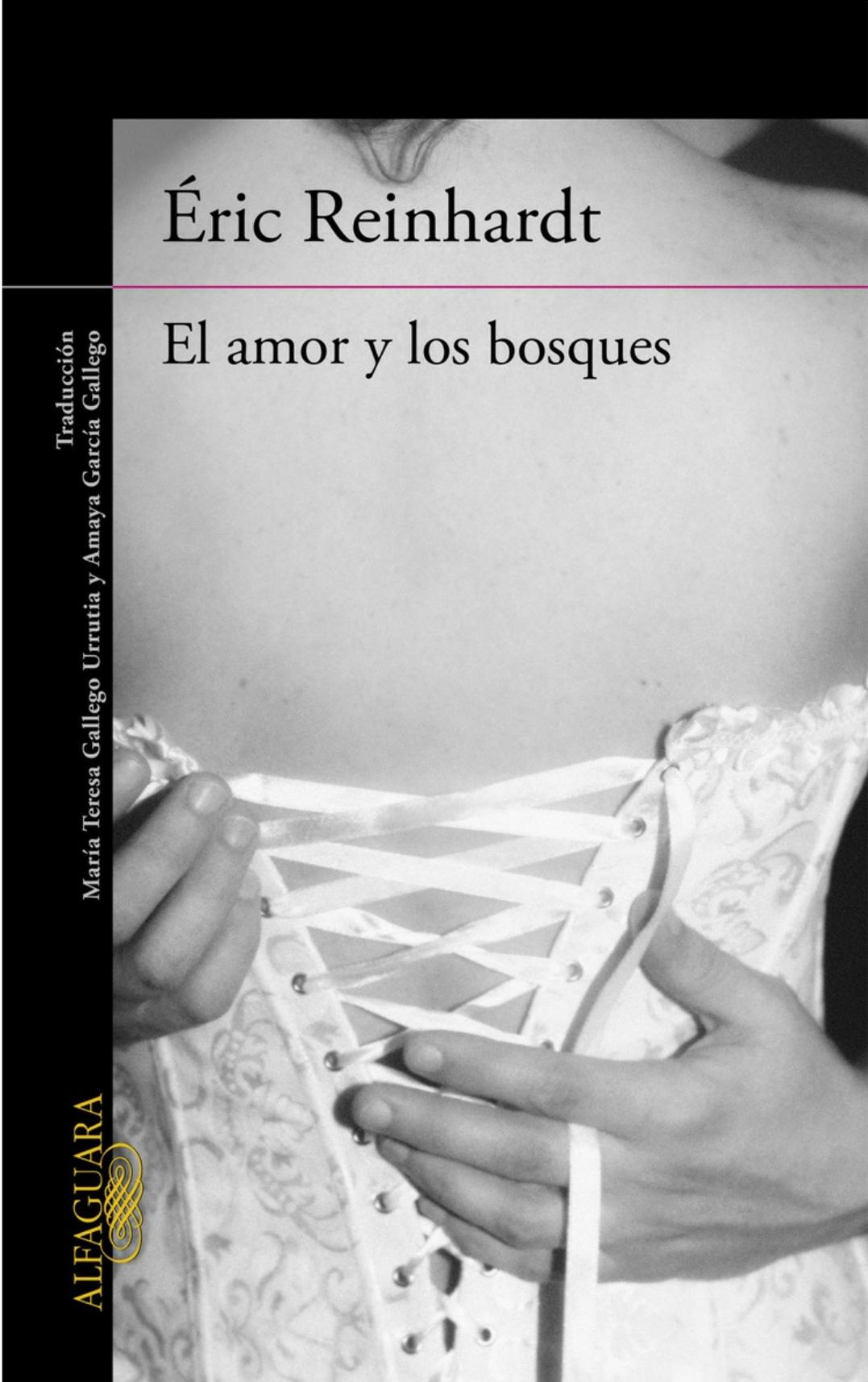
Éric Reinhardt

El amor y los bosques

Traducción  
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

ALFAGUARA





Éric Reinhardt

El amor y los bosques

Traducción  
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

ALFAGUARA

ALFAGUARA



Éric Reinhardt

El amor y los bosques

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia  
y Amaya García Gallego

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

# Índice

[Portadilla](#)  
[Índice](#)  
[Cita](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Sobre el autor](#)  
[Créditos](#)

Me quedé casi medio minuto como hechizado, contemplando aquel espectáculo mágico... ¡Como la caminata me había dejado reseco, sentí, a pesar mío —lo reconozco—, que me atraía el tenebroso encanto de esa agua! Sin decir palabra, me desnudé, dejé la ropa a mi lado, casi al nivel del estanque, y la verdad es que —metiéndome en él ni corto ni perezoso— tomé un delicioso baño que iluminó amablemente el hospedero, que me miraba con cara estupefacta y preocupada, e incluso ensimismada... porque debo decir que, ahora que lo pienso, aquel buen hombre ponía expresiones incomprensibles.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM,  
«El placer inesperado», en *Historias insólitas*

# 1.

Tuve ganas de conocer a Bénédicte Ombredanne cuando me topé con su primera carta: era una carta cuyo fervor matizaban los toques humorísticos, dos páginas que me conmovieron y me hicieron sonreír, muy bien escritas además, una combinación lo bastante inusitada como para engancharme inmediatamente.

Un tanto cauta al principio, aquella carta era, según iba avanzando, cada vez más feroz y airada. Había ecos de ironía, de regocijada indisciplina, de barullo de patio de colegio en aquellas frases, cuya graña inclinada hacia el porvenir denotaba abiertamente la audacia muy consciente de sí misma con la que aquella desconocida se me había echado encima mentalmente, como si hubiese escrito la carta de un tirón sin volverla a leer antes de perderla de vista irremediablemente en la ranura de un buzón, hala, ya está, demasiado tarde para arrepentirse, al cabo de una carrera irreflexiva, fogosa, que seguramente había arrancado en el momento en el que la joven apoyó la punta del bolígrafo en el papel, con determinación, negándose cualquier posibilidad de dar marcha atrás. Me resultaba obvio que el verdadero piloto de aquellas dos páginas había sido la timidez, timidez que la autora había embriagado de sarcasmo para tener la certeza de concluir lo que había empezado. Era una intuición un tanto evanescente, una intuición que me habría costado mucho trabajo argumentar a partir de ejemplos concretos tomados de esas dos páginas, pero el propio impulso de aquella carta, de carácter mixto, temeroso y audaz, respetuoso e insolente, serio y desenvuelto, inteligente e ingenuo cuando no pueril (de un carácter en constante paradoja, pues), me llevó a pensar que aquella lectora huía así de una situación que no le convenía, que la hacía sufrir o que sencillamente le resultaba intolerable: aquella carta era como una escapatoria urgente (eso es lo que yo notaba de un modo confuso), pero una escapatoria cuya protagonista no podía prever si no acabaría estampándola también a ella contra un muro de indiferencia o de desprecio condescendiente, de silencio, pues, de ahí los esfuerzos que se imponía —cada tres o cuatro frases— para no creérselo del todo, evitando así cualquier decepción que le escociera demasiado si, por ventura, aquella tentativa resultaba infructuosa. Percibí todas esas cosas delante de la puerta de casa, con el abrigo puesto, tras recoger del felpudo, cuando estaba saliendo, la carta que me había reenviado la editorial en el sobre original (azul claro, con matasellos de Metz y la tachadura de una becaria que había añadido mi dirección), esa primera carta de Bénédicte Ombredanne, que leí de principio a fin en el rellano, sin bajar ni un solo peldaño de las escaleras.

Los hechos confirmaron aquellas impresiones iniciales.

Lo más fácil sería reproducir aquí esa carta in extenso, pero por desgracia la he extraviado.

La ira de aquella joven provenía de que habían rechazado su candidatura para formar parte del jurado de un premio literario que entregaban los lectores de una revista, y lo que más la entristecía de ese fracaso, según me escribió, era que no podría defender mi novela en las deliberaciones para que obtuviera el premio en cuestión.

¡Pero cuánto me gustaba aquella carta!

Como debajo de la firma había indicado una dirección electrónica, al día siguiente, sin más

tardar, le envié un mensaje de agradecimiento. Las dos páginas que había tenido la amabilidad de enviarme me habían dado una alegría, me parecían inspiradas y soberbias, era para mí un motivo de orgullo que mi trabajo fuera capaz de interesar a lectores de tanta valía como ella, le escribí a aquella joven.

Unas semanas después, Bénédicte Ombredanne me envió por correo electrónico una carta que enumeraba lo que le había gustado en mi novela. Era un texto rebosante de belleza, vibrante y luminoso, en el que esta vez había evitado cualquier toque de humor.

Volví a llamarme la atención aquella forma tan intensa de entender la existencia que ya había notado en la primera carta. No porque mi lectora diese a entender que era insolentemente feliz: se notaba como en una talla en hueco, por omisión, al sugerir que se topaba con obstáculos y trabas y que expresaba la intensidad de su presencia en el mundo (un día, acabaría siendo feliz de tanto desear serlo, parecía querer decir). No daba indicación alguna sobre el tipo de contrariedades con las que se había enfrentado; yo ignoraba si lo que le impedía ser feliz ocurría en su fuero interno o en su entorno (profesional o familiar), pero en cambio su voluntad de resistir, de combatir las e incluso de superarlas algún día, fluía incandescente por las profundidades de la carta. Lo que acentuaba la sensación de que a Bénédicte Ombredanne no le iba demasiado bien era, además, la importancia que les concedía a los libros que más le gustaban, una importancia que me parecía *desproporcionada*: al igual que un naufrago que va a la deriva en alta mar agarrado a un salvavidas, creía verlos desviarse de su ruta y dirigir lentamente hacia ella la inmensidad de su casco, pues eran ellos los que iban a su encuentro y no al revés, como si los hubieran escrito para sacarla de las aguas sepulcrales en las que se había resignado a esperar una muerte lenta. En ese sentido, debo admitir que los lectores que entran en esa categoría no tienen una actitud ni unas expectativas muy distintas a las mías: yo también espero libros que me propongo escribir para que me salven, para que me recojan en su chalupa, para que me lleven hasta la orilla de algún lugar ideal. Ella me veía como si fuese un capitán de la marina mercante que la hubiera divisado entre las aguas desde el puente de su nave y que había acudido a rescatarla.

Bénédicte Ombredanne me confesaba que había percibido algo vital en mi novela: *se escribió porque tenía que escribirse*. Del mismo modo que a toda persona, por el hecho de haber nacido, no le queda más remedio que aceptarse y realizarse un día tal y como es para no morir (para mí que tenía que estar pensando en sí misma cuando escribió aquella frase tan curiosa), estaba convencida de que a través de aquel libro yo me había hallado y superado, precisamente para no morir. La otra cara de aquel aspecto vital era que los cuatro personajes que yo había creado tenían, a su vez, la posibilidad de dar vida: aquellos personajes cuyo destino no era tan de color de rosa despertaban en los lectores un optimismo desbordante.

Debo precisar que en aquel libro había trazado las trayectorias del propietario de un fondo de alto riesgo afincado en Londres, de un parado de larga duración que vivía recluido en casa de su madre en el extrarradio más remoto, de un geólogo que trabajaba en Alemania para el mayor productor del mundo de cal y, por último, de un escritor a quien le gustaba pasar el rato en la terraza de un café del barrio de Le Palais-Royal, Le Nemours (yo, con mi propio nombre). Con aquel libro había intentado crear un espacio mental: las cuatro líneas narrativas que en él se entrecruzan no confluyen nunca, el lector descubre que sus respectivos protagonistas son las distintas modalidades de un mismo y único individuo. Los doté a todos con la misma infancia, los mismos padres, los mismos gustos, las mismas aspiraciones, el mismo temperamento, la misma inteligencia y las mismas referencias culturales, pero esa esencia que comparten y los identifica se cumple de forma distinta en función de las vivencias que experimentan a partir de su decimotavo

cumpleaños; y sobre todo en función del medio en el que cada uno acaba haciendo su vida: el lector ve cuatro cohetes idénticos que se elevan desde la misma lanzadera pero en cuatro direcciones opuestas. Tras los contrastes de las apariencias socioprofesionales, se sigue percibiendo la sustancia que tienen en común, que sigue difundiendo el mismo resplandor inalterable: lo único que cambia es la dosis y la aclimatación de los ingredientes que lo constituyen, el contexto de cada una de esas vivencias que termina definiéndolos de manera natural. ¿Qué habría sido de mí si no hubiera conocido a Margot, mi mujer, a los veintitrés años? Esa pregunta fue el punto de partida que dio forma a mi novela: tracé evoluciones mías como especulador financiero, como rebelde terrorista y como asalariado resignado, además de representarme a mí mismo, con mi propio nombre, en el papel de escritor insatisfecho. A medida que la novela avanza, los personajes, presentados de entrada como ficticios, pueden dar la sensación de volverse inquietantemente reales mientras que el perfil a priori bien documentado del escritor empieza a desvanecerse en las brumas de un relato feérico, como si se independizase de todo realismo. ¿Acaso soy un sueño? ¿De qué otro personaje es sueño, o hipótesis de pesadilla, o esperanza, o temor oculto... cada uno de los personajes de esta novela? ¿Quién es real y quién no? En varias entrevistas dejé entrever que esos tres personajes podrían ser mis avatares, del mismo modo podría decir que encarnan categorías que he sabido esquivar: el afán de poder y riqueza, el afán de venganza y violencia suicida, y el afán de enclaustramiento y existencia virtual; a menos que mi vida se haya limitado a sintetizar los respectivos afanes de estas tres categorías, desembocando en el escritor en el que me he convertido, ávido de notoriedad y solitario, con tendencias suicidas, especulativo, peligroso, rígido, frustrado, insaciable, obsesivo, perfeccionista, maniaco, escurridizo, violento, virtual, radical e intransigente; al que le gustan el riesgo y el peligro, a quien le encantan las apuestas peligrosas y las ganancias desorbitadas que se pueden esperar de ellas, frente a la posibilidad de unas pérdidas proporcionales.

Recuerdo que en el liceo, en las altas mesas de azulejos blancos del laboratorio, juntábamos bolas y bastoncillos de madera pintada para construir moléculas, que se diferenciaban entre sí por la elección y la cantidad de átomos reunidos. ¿Acaso no se puede proceder del mismo modo con los datos que componen la fórmula de nuestro temperamento, modificando el equilibrio, la jerarquía y la combinación para inventar nuevas moléculas de nuestra presencia en el mundo, en nuestro fuero interno o en sociedad?

Por mi parte, estoy firmemente convencido de ello. Bénédicte Ombredanne, a juzgar por las apariencias, también lo estaba, de ahí aquella preciosa carta que me había enviado y que venía a decir precisamente eso.

En efecto, Bénédicte Ombredanne me contaba que esos cuatro personajes los había creado para que viniera al mundo un ser reconciliado, el único que permanecería cuando se cerrara el libro: el escritor, desde luego, pero también el lector, empezando por ella, en una reinención vital de su persona, según sus propios términos. Se había sentido mejor después de leer mi novela, lo que la llevó a la certeza de que es posible unificarse a pesar de que, de hecho, uno se perciba como una entidad fragmentada. Lo que mi libro demostraba es que superponiendo trozos de vida divergentes, juntando piezas de puzzles distintos, puede surgir, empero, un ser en tres dimensiones, sin demasiados vacíos, aunque las grietas salten a la vista allí donde los fragmentos encajan más o menos, por citar sus propias palabras. Esos personajes tan parecidos que, en realidad, son evoluciones del mismo individuo, acaban aportándole mucha intensidad al personaje del novelista que los condensa a todos, aquel que bajo el nombre de Éric Reinhardt se instala a menudo para trabajar en la terraza de un café de los jardines de Le Palais-Royal, me explicaba Bénédicte

Ombredanne. Siempre estamos divididos, en nuestro fuero interno siempre somos varias personas contradictorias que luchan entre sí o cuyos intereses se contradicen, estamos todos abocados a interpretar papeles que, en definitiva, son las facetas de una verdad única que no podemos dejar de interiorizar, disfrazar, proteger de las miradas ajenas y, por último, traicionar, porque nos avergüenza confesar que somos un ser tan complejo, desgarrado, contradictorio y esencialmente indefinido por lo tanto, cuando es justo ahí donde reside nuestra fuerza, me escribía Bénédicte Ombredanne. Al proyectarse simultáneamente en los cuatro personajes (y en particular en el que da la sensación de abarcar a los otros tres, a saber, el novelista), el lector acaba aceptándose tal cual es, con toda su diversidad y todas sus contradicciones. ¡Qué liberación! En el libro, el personaje del novelista es el único que, intermitentemente, aparece feliz o sereno; es el único que consigue divisar algunos claros y obtener de esos momentos revelaciones magníficas; es el único que no se pierde en esos meandros que, por el contrario, hacen padecer a los otros tres. Estoy copiando las frases exactas que ella escribió: acepta su propia extravagancia, halla en ella su alegría. Bénédicte Ombredanne concluía ese párrafo como sigue: aceptar la propia extravagancia para hallar en ella la alegría, ¿no es acaso lo que todos deberíamos hacer en la vida, no es lo que estoy haciendo ahora mismo siendo lo bastante audaz para escribir una carta como esta a un hombre al que no conozco y que sin duda ya me tiene por loca?

Bénédicte Ombredanne entraba a continuación en un tema que despertaba en mí el mayor interés: el estatus del escritor en el propio terreno de su ficción, particularmente cuando se sitúa en esta con su nombre real. Me decía que, para ella, en esta novela todo era ficción, empezando por ese Éric Reinhardt que yo sacaba a escena. Nunca había oído hablar de mí antes de que el librero le recomendara este libro, y por eso se había enfrentado al personaje como a un personaje de novela, en pie de igualdad con los otros tres. Así pues, para ella, todo en aquel libro era una jubilosa invención. Incluso lo que aparecía como inspirado en mi vida real, ella lo tomaba como un producto de mi imaginación, y ahí era donde residía toda la alegría. Suponía que yo lo había vuelto a inventar todo, y ahí era donde estaba la alegría. Eso era lo más bonito que había logrado entender gracias al libro, *el hecho de que sea posible inventarse la propia vida y que sea hermosa*, me escribía Bénédicte Ombredanne justo al final de un párrafo muy conmovedor, inventarla a condición de que se haga real, que se haga real como lo era mi novela entre las manos del lector con las tapas azules y el papel blanco, concluía. Así pues, podemos hacernos una vida a imagen y semejanza de nuestros sueños: puede que no fuera eso lo que yo pretendía transmitirles a mis lectores, pero peor para mí y mejor para ella, pues eso era precisamente lo que necesitaba oír en ese momento de su existencia. Por tanto, ella a partir de ahora iba a inventarse, a inventarse a diario, a volverse a inventar todas las veces que pudiera y así su vida acabaría siendo un poco más hermosa de lo que nunca había sido; esa era la lección que sacaba de aquella lectura.

Bénédicte Ombredanne me agradecía que me hubiese tragado aquel indigesto castigo hasta el final. Me prometía ser más comedida la próxima vez y, sobre todo, hablar con más detalle de mi novela en lugar de entretenerse en la interpretación narcisista que ella le había dado. Me dirigía un adiós neblinoso, fresquito, empapado de llovizna, como corresponde al mes de febrero en Lorena.

Lo que me revelaba esa carta de Bénédicte Ombredanne es que en ella convivían varias personas que le costaba trabajo conciliar. Tenía que emparedarlas casi todas en el silencio de su intimidad, lo que suponía que no se había podido desarrollar como le hubiese gustado o según sus verdaderos deseos, o incluso en sus matices más sutiles. En lugar de quedarse eternamente cara a cara consigo misma y con el rompecabezas de su complejidad, como un conejo ante los faros de

un coche, asustada e incapaz de movimiento alguno, reivindicaba la audacia de decidir por fin, ahora que era mayor, qué persona quería ser, de probar nuevas revelaciones de su mente.

Le contesté a Bénédicte Ombredanne que su carta no tenía nada de castigo indigesto: me había trastornado. Sin darse cuenta, había esbozado un autorretrato magnífico y eso era precisamente lo que me había gustado. Concluía diciéndole que me encantaría conocerla la próxima vez que se quedara una temporada en París: que me avisara cuando tuviera intención de venir y la invitaría a tomar algo.

Como quiero que conste aquí que solo en contadísimas ocasiones les propongo a mis lectores conocernos personalmente, aclaro que esta invitación no obedecía a ninguna expectativa sobre el físico de aquella joven (los escritores tienen fama de seducir a las lectoras, por eso quiero dejar claro este punto): la idea de conocerla en persona se impuso en mi mente como un rasgo de cortesía elemental. Desde luego sí me había planteado que sería agradable que la apariencia de Bénédicte Ombredanne estuviera a la altura de su intensidad existencial; me había planteado que su mirada pudiera tener sobre mí un efecto devastador si, además de expresar el fervor que se apreciaba en sus cartas, la rodease un rostro de mi agrado; puede que llegase a plantearme que aquella joven, que tras leer mi novela se había resuelto a inventar todos los días su propia vida, pudiera ser una interlocutora endemoniadamente seductora, desde luego, sí, a mayor abundamiento, me quedara prendado de su cuerpo. Me hubiese gustado que fuera así, lo confieso, pero cierta contención en sus cartas me demostraba que las había escrito una joven acostumbrada a que los demás la percibieran como alguien corriente y vulgar; estaba convencido de que todo lo que ella experimentaba tenía una intensidad esencialmente interior: las miradas de la vida cotidiana debían de deslizarse sobre su persona sin fijarse en ella, sin ni siquiera sospechar la exuberancia de lo que se le pasaba por la cabeza.

Quedé con Bénédicte Ombredanne en dos ocasiones, ambas en la terraza de Le Nemours, un café situado a la entrada de los jardines de Le Palais-Royal. La primera cita fue en marzo de 2008 y la segunda, unos meses después, un domingo de septiembre.

La primera vez, los dos nos sentíamos intimidados, yo fui quien más habló, ella tenía muchas preguntas que hacerme sobre cómo escribía mis novelas. La segunda vez, se pasó cuatro horas haciéndome confidencias, sentí que necesitaba contarme su vida. Yo la animaba a abrirse a mí haciéndole preguntas e infundiéndole ánimos afectuosamente, me parecía esencial que pudiese soltar todo lo que me había dado cuenta de que se guardaba para sí desde hacía años.

Estuve a punto de no acceder al segundo encuentro, con uno solo me parecía suficiente, no tenía muchas ganas de prolongar aquella relación, por muy agradable que hubiese sido la conversación que mantuvimos en primavera. Sin embargo, fui tan cobarde y tan débil que no pude decirle que no a las claras cuando me propuso que nos volviésemos a ver durante unos días que iba a pasar en París; en mis sms le decía que tenía unos horarios fluctuantes, que no sabía cuándo tendría un rato libre, que no dejara de volver a intentarlo al día siguiente, etcétera. Volvió al ataque todos los días, inasequible al desaliento, e incluso llegó a escribirme un mensaje durante la mañana del domingo, unas horas antes de que saliera su tren. No podía eludir una cita que me pedían con tanta insistencia, sobre todo porque Bénédicte Ombredanne siempre hizo gala de delicadeza a pesar de la creciente urgencia de sus mensajes. Cuando le contesté que estaba de acuerdo con vernos a primerísima hora de la tarde, sabía que ese domingo iba a vivir algo que me iba a emocionar.

Durante nuestra conversación de primavera en Le Nemours, me enteré de que Bénédicte Ombredanne era catedrática de Francés, asignatura que impartía a las clases de último curso de bachillerato en un liceo estatal de Metz. Al versar su tesis de licenciatura sobre Villiers de l'Isle-

Adam, le había gustado sobremanera descubrir justo al principio de mi novela que el relato *El placer inesperado* era una de las referencias más preciadas de mi imaginaria. Esta complicidad se fue ampliando a medida que leía; los puntos de conjunción se fueron acumulando vertiginosamente y se prendieron nuestros dos universos de *fuegos recíprocos*: Mallarmé, *Brigadoon*, *La evasión*, Medea, Cenicienta, el otoño, el instante, lo absoluto, el teatro, Génova, Le Palais-Royal, el éxtasis, Nadja, la danza y el amor duradero eran los astros con cuya luz nuestros respectivos planetarios se contemplaban recíprocamente. Sin olvidar los piecitos de puente muy alto: calzaba, no se lo pierdan, *un delicado treinta y siete y medio*, me confesó ruborizándose, un treinta y siete y medio *de puente crudamente alto*, por usar una expresión muy gráfica que aparece en su libro.

Le confirmé que *El placer inesperado* resumía perfectamente mi relación con la realidad, o más bien los espejismos de asombro maravillado que me inspiraba su rudeza. Encantamiento, éxtasis, revelación y transfiguración, como ya lo he escrito tantas veces. Bénédicte Ombredanne me contestó que también ella: también ella aspiraba a lo mismo y que por eso se proyectaba a menudo en aquella historia del caminante deshidratado. Todas las mañanas al salir de su casa, tenía la esperanza de que en algún momento del día cualquier circunstancia milagrosa de la vida cotidiana le revelaría una trampa insospechada, y entonces se esfumaría subrepticamente por esa trampa para salir del mundo real, se aventuraría por las escaleras y bajaría despacito a las profundidades de ese espectáculo insípido en el que se había convertido para sí misma desde hacía muchos años el transcurso de su propia existencia, tras lo cual, después de un rato de emoción más o menos largo, al cabo de ese descenso a lo más recóndito de su vida interior, en el corazón de la realidad rocosa del tiempo presente, experimentaría la misma fulminación que el caminante de Villiers de l'Isle-Adam en el subsuelo de aquella anodina posada rural, una vivencia sensitiva inverosímil. He aquí el milagro al que aspiraba a diario, he aquí la urgencia de la que se había acordado persistentemente al leer mi novela: encontrar su propio brillo, encontrarlo en lo más hondo de sí misma como el caminante sediento descubre deslumbrado un espectáculo mirífico debajo de la tarima de una posada vieja, en el mismísimo corazón de la roca. Ese imperativo es el que debe ser la filigrana de nuestros pensamientos mientras el tiempo pasa, mientras se nos desmenuzan los días, mientras vemos siluetas desconocidas moverse por la calle (en ocasiones deseables, deseables aunque solo sea metafísicamente, al albur de nuestra soledad, precisó Bénédicte Ombredanne), mientras la lluvia cae y nos enfrascamos en la contemplación de nuestro reflejo en los cristales de un autobús, un reflejo indulgente. Ese autobús nos lleva de vuelta a casa cruzando por la misma noche densa, violenta, gélida y ciega, de octubre, de noviembre, de diciembre, de invierno, de frío, empapada, fustigadora, día tras día, noche tras noche, enero, febrero, marzo, año tras año, cruzando por la misma noche lacerante que si ese autobús nos arrancase de nuestra realidad para conducirnos a través de la oscuridad hacia una región desconocida, en los confines de lo real, exactamente como un barco en el oleaje de un mar hostil, un mar hostil pero atrayente. ¿Atrayente? ¿Me pregunta usted, Éric, por qué ese mar hostil me parece atrayente? Voy a decírselo: por esas lejanas profundidades invisibles, negras y densas, en las que pueden oírse los ecos de nuestros sueños. Nada es peor que la dureza de las superficies planas, que el carácter tangible de las superficies duras, que el obstáculo de las pantallas que se yerguen, a menos que en ellas se proyecten películas. Prefiero la profundidad, aquello en lo que se puede penetrar, en lo que es posible hundirse, camuflarse: el amor y los bosques, la noche y el otoño, exactamente como usted. A pesar de todos los años que sus ambiciones de ser feliz —sus ambiciones de adolescente— llevaban encerradas a cal y canto en la resignación, y de lo mal que

las había tratado la vida, las había reanimado recientemente: desde ese momento aspiraba a que cada día le proporcionase un minuto radiante, una hora prodigiosa, un enclave para maravillarse, un profundo suspiro extático, para olvidarse de los pesares existenciales. Por desgracia, la realidad no es muy generosa que digamos con aquellos que exigen que los deje arrobados. En la vida no te suelen pasar cosas muy emocionantes, sabe usted, me dijo aquel día Bénédicte Ombredanne, y eso que es muy poca cosa lo que puede pedir una mujer como yo, ciertamente muy poca cosa, y aun así ya es demasiado: no puede ni imaginarse lo escasísimos que son los placeres en la existencia de una mujer como yo. Últimamente he vuelto a creer en ellos, en parte gracias a usted, y por eso estamos hablando los dos en la terraza de este café de Le Palais-Royal, he vuelto a tener la esperanza de que una mañana de estas el equivalente de un príncipe azul aparezca en mi vida para llevarme lejos de todo, aunque sea temporalmente, aunque ese príncipe azul no sea un hombre, eso es, ni siquiera un hombre, ni siquiera un ser humano, sino una peripecia mágica, un instante novelesco, una escampada repentina y esperanzadora, un momento noble y hermoso de intensidad, ¿comprende usted lo que le quiero decir? En el relato de Villiers de l'Isle-Adam, la magia está metida en la roca, bajo los pies del viajero. ¿Bastaría con saber mirar una tarima vieja? Nadie se fija en las tarimas viejas, nadie observa detenidamente las cosas cotidianas y usadas con la esperanza de que se perfilen una trampilla secreta, el arranque de una escalera y las tinieblas de un espacio desconocido. ¿Bastaría con vigilar la superficie de la vida cotidiana, de tener suficiente sensibilidad para detectar la presencia de un pasadizo, para identificar la necesidad de desaparecer por él? (En lugar de pensar no merece la pena, en lugar de pensar ¿para qué?, en lugar de pensar otra vez será, no es apropiado, no estaría bien, es muy arriesgado, ¿qué dirían los niños?, ¿qué dirían mis compañeros, mis amigos, mis familiares, si llegaran a enterarse?) La realidad más árida es el entorno en el que se despliega la magia, eso es lo que susurran las seiscientas páginas de su novela y la media docena del relato de Villiers de l'Isle-Adam, me dijo Bénédicte Ombredanne para rematar todo ese rato dedicado a repasar su propia vida, la primera vez que quedamos.

A la cita del mes de marzo llegué antes de la hora, y a la de septiembre, con un retraso equivalente, de unos diez minutos. En ambos casos Bénédicte Ombredanne ya estaba allí: pero si bien la segunda vez, en cuanto me vio llegar por la plaza, se levantó para ir a mi encuentro y darme un beso, la primera no se dio a conocer inmediatamente ni de una forma que llamase especialmente la atención. Aquel día recorrí dos veces por el pasillo central la terraza alargada y cubierta de Le Nemours, buscando una mesa libre mientras comprobaba que ninguna de las mujeres solas tenía pinta de ser mi lectora lorenese que estuviera ya sentada, esperándome, pero a esa hora tan concurrida ya no había mesas libres. Pasé revista a los alrededores para localizar a algún consumidor a punto de pedir la cuenta, y detuve la mirada, inquisitivamente, en el rostro de dos jóvenes que parecían estar esperando a alguien, pero ninguna reaccionó. Me volví hacia la entrada de Le Nemours, charlé con un camarero mientras seguía peinando la terraza con los ojos y fue entonces cuando detecté un rostro; ese rostro me miraba con una sonrisa tierna y levemente burlona, me susurraba que era el de la joven cuyas cartas me habían conquistado. Ninguna señal ostensible, ninguna mano levantada, ninguna febrilidad reveladora, ninguna sonrisa deslumbrante que me indicara que era, en efecto, Bénédicte Ombredanne: no. Pero sí la actitud expectante de quien prefiere no vivir una experiencia si es a costa de que se sacrifique voluntariamente la persona que tenía intención de compartirla con ella. Pero sí la densidad de quien observa y memoriza, que desea atraer a los demás solo con la fuerza de su sinceridad o de su afecto, un afecto que renunciaría de entrada a cualquier refuerzo retórico. No iba a hacer ningún gesto más

expresivo que la demostración de esa felicidad interior como un lago a la luz de la luna: el brillo de sus ojos oscuros. Esa mirada fija como un pacto entre nosotros, anterior a las palabras que íbamos a cruzar, sobre todo si yo experimentaba el deseo de salir del berenjenal en el que, según ella, podía estar temiendo meterme, de ahí la posibilidad de que Bénédicte Ombredanne me dejase, con esa mirada lúcida y silenciosa, elegantísima, la posibilidad de volverme por donde había venido: comprendía que yo quisiera irme, no me guardaría rencor, aún estaba a tiempo, vamos, no cargue con una mujer como yo. Pero al mismo tiempo subsistía, pálido e inmanente, un orgullo muy antiguo, que el cruce de miradas había reavivado. Yo sabía que quería mostrarme la cara como un paisaje, de lejos, en silencio, para que se entreviera un poco de verdad, como yo lo había hecho con respecto a ella con mi libro, lo presentía. Un mano a mano momentáneo, íntimo y auténtico, sin maquillaje: con ese íncipit retiniano quería darme a entender que no iba a ser una comedia superficial o de trivialidades mundanas, me quedó claro de entrada. Con el camarero aún plantado a mi vera murmurándome al oído comentarios de esteta sobre la belleza de las parisinas, así fue como interpreté el comportamiento de Bénédicte Ombredanne, mientras ella se mostraba a mí únicamente con la fuerza de su mirada, sin hacer el mínimo gesto, sin esbozar ni un solo movimiento, siguiendo tan esencial como en sus dos cartas. Con la diferencia que ya no tenía ante mí unas frases rápidas inclinadas hacia la derecha, sino una mujer de unos treinta y cinco años, morena con el pelo corto, menuda y vestida de negro, pálida, de rostro algo cansado, sentada en una silla de mimbre contra un pilar rugoso. Bueno, ¿qué va a hacer usted, tiene una cita o quiere que le busque mesa?, me preguntó Lionel. Le contesté que, en efecto, tenía una cita y que ya había llegado. Lo noto a usted meditando, ¿algo va mal?, añadió Lionel con su acostumbrada petulancia (debía de pensar que tenía una cita amorosa: Lionel se equivoca, nunca tengo citas amorosas en Le Nemours). No, está todo bien, voy para allá, ¿nos puede tomar nota dentro de unos minutos?, dije de un tirón. Y acto seguido me acerqué a Bénédicte Ombredanne, que no había dejado de mirarme mientras yo andaba por la terraza hacia ella y se levantó tendiéndome la mano cuando llegué junto a la mesa.

Me enteré de que la vista me había resbalado por el rostro de Bénédicte Ombredanne en dos ocasiones, pero no se había atrevido a pararme, se había conformado con dedicarme una sonrisa atenta, tan discreta como un pájaro, dispuesta a salir volando. En mi descargo conviene señalar que estaba sentada a la misma altura, aunque al otro lado del pasillo y detrás de un pilar, que una de las chicas a las que sí había mirado: ocupado en acechar en el rostro de esta última algún signo que me permitiera reconocerla, no me volví hacia Bénédicte Ombredanne, quien, no obstante, me estaba observando a muy poca distancia. Pero mucho más que el pilar que la ocultaba, mucho más que la otra joven que esperaba a alguien, parisina, a la que una preferencia instintiva de la que me avergonzaba me había impulsado a mirar insistentemente sin fijarme en mi lectora lorenesa, yo sabía que la presencia de Bénédicte Ombredanne me había pasado inadvertida por lo anodina que era: como ya había intuido al leer las dos cartas, era una de esas personas a las que nadie suele ver. Me enfurecía haberme sumado a la larga lista de los que daban fe de esta realidad.

En esa primera cita, salvando algunas preguntas que me hizo Bénédicte Ombredanne, conseguí que hablase un poco de sí misma y concretamente de ese relato de Villiers de l'Isle-Adam que tanto le gustaba, como acabo de mencionar. También me contó que estaba casada y que tenía dos hijos de seis y de catorce años de edad, niño y niña. Pero a pesar de mis embates, guardó silencio sobre lo que la impulsaba a calificar su existencia como *destartalada*, a referirse a su persona como un objeto *de desecho*, a describirse como una mujer *abandonada*. Tampoco logré enterarme de a qué se dedicaba el marido, no me dio la impresión de que tuviera demasiadas ganas de

hablarme de él. Tuve que esperar hasta las confidencias de nuestro encuentro dominical de septiembre para que fuera más explícita.

Al final de la primera cita con ella, Bénédicte Ombredanne me preguntó si había empezado una nueva novela. Estábamos cerca de la boca de metro obra de Jean-Michel Othoniel. Le contesté que no, que no había empezado nada, aún no. Le dije que había prolongado más de la cuenta la embriaguez de las entrevistas y las presentaciones en librerías con el objetivo de retrasar cuanto fuera posible el momento de ponerme de nuevo a escribir. No tenía nada claro cómo iba a alcanzar una felicidad equivalente a la que había alcanzado al terminar el último libro, me parecía difícil reproducir las condiciones que permitieran que aquel movimiento milagroso se repitiese, incluso aunque fuera menos intenso de lo que había sido el otro. No podría escribir nada mejor que esa novela, me pasaba el rato intentando acallar esa idea, por eso me asustaba tener que vivirme en adelante —hasta mi muerte— como *por debajo* del que había llegado a ser en un momento dado de mi existencia, cuando todo mi ser se transfiguró durante meses atrapado en una misteriosa revelación. De hecho, no me encontraba muy bien, volvía a encontrarme igual de mal que en la época en que mis novelas no tenían tanto éxito. Ahora que por fin habían sonado las doce campanadas de la medianoche, que el baile había terminado y que el sortilegio en el que me había consumido durante los últimos meses se iba a disipar, comprendía que iba a tener que cargar con un fardo mucho más voluminoso que la amargura de ser un desconocido: la obligación de hacerlo mejor. ¿Hacerlo mejor que en esta novela? ¿Superarme? A decir verdad, le confieso que lo ideal habría sido morirme nada más salir el libro, o incluso hace dos meses, después de haber disfrutado del éxito. Pero ¿qué está usted diciendo?, me interrumpió entonces Bénédicte Ombredanne, cállese, hombre, ¡prefiero que esté usted vivo! No me replique, la interrumpí, es la pura verdad. Además, el libro le habría gustado aún más, le habría parecido mucho más conmovedor de haber sabido que me había muerto por su culpa, que ese libro era algo tan importante que cada frase había pesado en la balanza de mi desaparición inminente. Ese es el estado de ánimo con el que empecé a escribirlo, ese libro es el testamento de un hombre de cuarenta años que prefiere morirse a ser un escritor del montón, pero que aun así se da una última oportunidad escribiendo el libro definitivo que siempre soñó escribir, que dejará tras de sí después de haber desaparecido. Empecé ese libro con la energía y la ira de un experimento desesperado: incluirme entero en un solo libro postrero en lugar de desmigajarme miserablemente, cotidiano y terrenal, razonable y previsor, en pequeñas dosis, a lo largo de treinta años, en escritos salpicados y relativos, circunstanciales, casi asalariados. He condensado todas las ideas que tenía, he inyectado en el organismo de esta novela voraz el conjunto de mis libretas, mis ideas primigenias, los pensamientos que más aprecio, toda mi sustancia íntima, todo aquello por lo que, desde la adolescencia, me siento escritor. Dar el golpe y desaparecer. Dilapidarlo todo. Arriesgar la vida. Quedarte sin reservas por dentro. Dejar que te sustituya una novela. Prenderte para encender un fuego sublime, una hoguera literaria, por venganza. Impresionarte a ti mismo con ese gesto tan audaz y despedirse. ¿Comprende lo que le quiero decir? Eso es lo que yo tenía en lo más hondo y lo que finalmente me ha proporcionado una profunda dicha: todo partió de una tristeza infinita y del deseo de acabar con la vida y con el arte, y esa tristeza se transformó en euforia. Al conducir a doscientos treinta por hora en la autopista de esa novela sin tener miedo a morir, al correr todos los riesgos pasando de todo, al soltar lastre y lanzarme a toda velocidad hacia mis sueños, hacia Génova, hacia Italia, al olvidarme de los caracoles de clase media yendo a doscientos treinta por hora en este Porsche rojo que me había regalado a plazos (cuando normalmente escribo más bien en Renault Clio, despacito, ahorrando combustible), descubrí la

embriaguez; iba perdiendo las ganas de morirme a medida que avanzaba la novela y que le cogía el gusto a la velocidad, a los kilómetros de dicha que la rejilla de su radiador se tragaba como si nada, por la carretera de mi realización. En cierto punto, el Porsche rojo se convirtió en cohete, surqué el cielo hacia las estrellas. Estaba en plena metamorfosis, por primera vez en la vida sentí que por fin empezaba a ser yo mismo. Era maravilloso. Nunca he sido tan feliz. Tanto que cuando terminé la novela ya no tenía ninguna gana de morirme, nada de nada: ¡quería aprovechar la situación! Miraba a Bénédicte Ombredanne, que temblaba como una hoja bajo la tormenta de mis confidencias: deseaba con todas sus fuerzas un final feliz. Pero ahora he vuelto al punto de partida, continué. Peor aún, porque ya no me quedan reservas: me dejó desvalijado ese que se ilustró a mi costa entre octubre de 2004 y marzo de 2007, y que no es del todo yo. El hombre maravillado que escribió ese libro pasaba ampliamente del menesteroso que vendría tras él, es decir, del hombre que ahora está hablando con usted preguntándose qué va a poder escribir que sea tan libre y tan tempestuoso a partes iguales. He vuelto a ser yo mismo. Ya no me queda nada. Estoy agotado. Como una mina de carbón y como alguien a quien ya no le quedan fuerzas.

Me eché a reír.

Bénédicte Ombredanne me observó en silencio durante unos instantes, la gente que salía de la boca del metro pasaba muy cerca de nosotros mientras ella debía de estar preguntándose si aquellos comentarios tan catastrofistas sobre mi persona iban en serio o si yo tenía por costumbre dramatizar así mis ansiedades, para sobrellevarlas mejor. Tiene usted pinta de no creerme, le dije por fin, pero esa es la pura verdad. Entonces me contestó que no estaba preocupada por mí, que le costaba creer que el autor de esa novela se quedara sin reservas de un día para otro. En cambio, sí que debería usted descansar un poco, concluyó: es normal sentirse agotado después de una vivencia así. Se lo agradezco, seguro que tiene razón. Mientras tanto, y en respuesta a su pregunta, tengo previsto un libro rápido e incisivo que me gustaría que se clavase directamente en el corazón del lector, como un dardo. Esa novela trataría de un personaje masculino de unos treinta años que vive recluso en casa de su madre y mantiene correspondencia electrónica con una pareja exhibicionista que ha conocido por internet. Como Patrick Neftel en su novela, me interrumpió Bénédicte Ombredanne. Exactamente, de hecho, lo más probable es que vuelva a ser él, contesté. Aunque Patrick Neftel mantenía con la pareja inglesa una relación que se podría calificar como idílica, esa pareja exhibía en la red lo plenamente realizada que estaba y justo eso era lo que inspiraba las fantasías de mi personaje: se ponía en el lugar del marido y se imaginaba que estaba casado con la mujer, que vivía con ella, que todas las noches le lamía el puente crudamente alto de los pies. Ahora se trataría de algo distinto, el marido incluye la pareja en un tipo de desviación que mi personaje decide interrumpir porque se ha enamorado de la mujer. Bénédicte Ombredanne me contestó que estaba deseando leer ese libro, pero que tendría una paciencia infinita, que no debía sentirme presionado, debía tomármelo con calma y recuperar el resuello. Le contesté que me había sentado de maravilla hacer con ella un repaso de aquello que me angustiaba. Se ha enterado usted de algo que no me he atrevido a confesarles a los míos: nadie sabe en qué lamentable estado me encuentro, nadie sabe que lloro todas las mañanas encerrado en mi despacho, concluí. Nos besamos en la mejilla, la estuve mirando mientras se hundía en las entrañas de la tierra bajo las cuentas de cristal de Jean-Michel Othoniel; iba a coger el metro para ir a casa de una amiga.

Cuando estás al aire libre a plena luz del sol y entras en un lugar en penumbra, la mirada tarda unos minutos en acostumbrarse antes de poder transmitirle al cerebro imágenes nítidas: del mismo modo, no desentrañé inmediatamente en qué consistía el atractivo del rostro de Bénédicte

Ombredanne. Cegado por su apariencia anodina, tardé una hora en empezar a verlo tal y como era, y fue entonces cuando se propuso seducirme y me puse a observarlo con interés creciente. Me gustaban mucho las expresiones con las que superaba la timidez, o esos silencios prolongados que se otorgaba para pensar. Se mordía los labios como una niña abatida y enfadada, era de una exigencia intransigente con sus propias reflexiones, por eso cuando se callaba siempre me parecía insatisfecha, interna e irremediablemente insatisfecha. También me gustaba mucho lo profunda que era su mirada soñadora, cuyos repentinos destellos metálicos de humildad acudían a repatriar todas las lejanías y entonces era como si todo su ser se arrepintiera estrepitosamente, como si se reprochara el haberse entregado delante de un testigo al esplendor de unas ilusiones lamentables. Cuando se derrumbaba así solía sonreír; la sonrisa de Bénédicte Ombredanne tenía la particularidad de ascender claramente hacia los pómulos dibujando una curva pronunciada: la silueta estrecha de una delicada media luna. A mí me resultaba irresistible que su sonrisa pudiera parecerse a la luna en la primerísima fase creciente, y las dos veces que quedamos me las pasé deseando que apareciese la gozosa imagen de esa pestaña celestial.

El hecho de que le abriera mi corazón a Bénédicte Ombredanne al final de nuestra primera cita fue seguramente lo que la animó a abrirme el suyo al inicio de la segunda. Si no hubiese dejado que entreviera en mí a un hombre que no estaba en su mejor momento (a pesar de que el relato de mis ansiedades fue como unos dibujos animados, lleno de exageraciones y de rebotes burlescos), probablemente ella no se habría sincerado conmigo.

En las semanas posteriores a nuestro primer encuentro, Bénédicte Ombredanne se interesó varias veces por los progresos de mi novela. ¿Progresaba hacia los lectores el dardo que tenía previsto escribir? ¿Se le iba a clavar pronto en pleno corazón? ¿Había conseguido superar mis bloqueos? Como a mí no me apetecía nada comentar mi trabajo con nadie y eludía todas las preguntas que me planteaba sobre la escritura (sin contar con que la perspectiva de una relación epistolar activa me aburría soberanamente, aunque fuera con una lectora de su valía), la relación acabó por extinguirse. Fue después del segundo encuentro cuando volvimos a escribirnos; aquel domingo me enteré de algo que me dejó tan conmocionado que me pareció de lo más natural establecer con ella una relación duradera, por sms o por correo electrónico: no solo para que me mantuviese al tanto y poder reconfortarla cuando lo necesitase, sino también para enterarme de más, para obligarla a aclarar episodios a los que había aludido de pasada en sus confidencias en las cuatro horas que pasamos en Le Nemours. ¿Quién habría sospechado, viéndonos en ese sitio tan elegante, en la terraza, un domingo por la tarde, que aquella joven me estaba contando unas historias tan terribles? Me las contaba fríamente, con precisión clínica, desgranando los hechos, hablando de sí misma como de un caso ajeno y lejano; era yo quien tenía que esforzarse por no mostrar síntomas de debilidad, me entraban ganas de darle un abrazo o de cogerle la mano. Mientras ella hablaba, yo pasaba revista al rostro anguloso de rasgos lívidos y tensos por el insomnio, a los ojos y los párpados que oscurecía el maquillaje, la mirada tan profunda, las uñas pintadas de negro que se apiñaban como un rebaño en torno a la copa de vino, la ropa y las joyas antiguas: un camafeo prendido en el cuello de la chaqueta, un reloj colgante redondo, una sortija muy grande que me recordaba a un relicario. Yo no dejaba de decirle que las cosas se arreglarían, en todo caso era obvio que debía tomar medidas para que la situación progresara, yo la ayudaría, tenía que reaccionar, no podía dejar que la siguiesen destrozando de esa manera sin oponer reacciones más firmes. Bénédicte Ombredanne me contestaba que estaba de acuerdo con la teoría, pero al mismo tiempo, en la práctica, no veía ninguna salida, estaba atrapada, a veces tenía momentos de desfallecimiento en los que le daban ganas de tirar la toalla. Pues no debe hacerlo,

Bénédictte, le decía yo, no debe tirarla, tiene que decidir pelear. Es muy complicado, constataba ella, estoy en una situación complicadísima, ya se lo contaré con más detalle cuando nos escribamos. Así pues, durante varios meses recibí de Bénédictte Ombredanne mensajes electrónicos en los que me refería lo que había vivido en los últimos años; a veces añadía al relato algunas páginas de su diario íntimo o textos que había escrito para sí en la época de los hechos más graves. Teníamos previsto volver a vernos, nuestra correspondencia contemplaba la posibilidad de una nueva estancia en París, pero su marido vigilaba su vida cada vez más de cerca, no entendía que quisiera volver a casa de su amiga jubilada si ya había estado con ella en marzo y en septiembre. Podía acontecer que Bénédictte Ombredanne dejase pasar varias semanas, sin explicación alguna, antes de contestar a mis mensajes; esos períodos de silencio me resultaban tanto más sorprendentes cuanto que interrumpían una intensísima actividad epistolar. Más de una vez llegué a pensar que su marido no era el único que desaprobaba nuestra relación (cuando por fin la descubrió, hizo todo lo posible por dificultarla, por eso Bénédictte Ombredanne tuvo que crear una dirección específica cuya bandeja de entrada solo abría en la sala de profesores del liceo donde trabajaba), sino que la propia Bénédictte Ombredanne, a veces, me daba la impresión de querer frenar nuestra amistad, entorpecer que fluyera libremente, traer consigo algo distinto a un bienestar que quizá le escocía, como si aquella relación también fuese para ella fuente de malestar o de sufrimiento. En más de una ocasión pensé que la asustaba decepcionarme en el afecto que le tenía y que la única forma de superar ese temor era anticiparse frustrando deliberadamente unas expectativas que solo ella había fijado.

En cierto momento del segundo encuentro, casi al final de las cuatro horas que había pasado contándome cosas, Bénédictte Ombredanne me señaló el espacio abierto que se extiende enfrente de la Comédie-Française. Fíjese qué luz tan bonita, oí que me decía, tiene usted mucha razón al afirmar en su libro que es en otoño cuando está la luz más bonita, hoy es milagrosa, se puede sentir cómo vibra en la atmósfera como miles de millones de partículas. Tengo la impresión de que si extendiendo la mano hacia la belleza de esa visión, voy a poder tocarla y va a reaccionar, como si apoyara los dedos en el pelaje de un gato.

Mientras extendía la mano hacia los destellos de la carroza de cuentas de vidrio de Jean-Michel Othoniel, me fijé en la sortija que llevaba en el anular de la mano derecha.

Bénédictte Ombredanne no vestía ni mucho menos como una poetisa decadente de finales del siglo XIX, pero algunos detalles de su atuendo me sugerían que no le habría importado ceder a esa influencia si su cargo de profesora de secundaria le hubiese permitido esa posibilidad. Según había podido observar, solo llevaba colores oscuros, calzaba botines con cordones, lucía encajes y joyas antiguos, y gustaba del terciopelo granate o verde veronés de ciertas chaquetas de corte entallado que se encuentran en las tiendas de ropa de segunda mano. Aquel estilo recordaba al universo simbólico de Edgar Allan Poe y de Villiers de l'Isle-Adam, de Maeterlinck, Huysmans y Mallarmé, un universo crepuscular y desvaído donde las flores, las almas, el humor y la esperanza están algo mustios, ligeramente eclipsados, en su postrera y sublime llamarada, como un melancólico y lánguido atardecer de otoño, íntimo, carnal, todo terciopelo y cintas sedosas, de color de rosa y de sangre. Bien es cierto que en Bénédictte Ombredanne esa inspiración era tímida e incluso indecisa y solo emergía en toques sutiles que se diluían en el carácter contemporáneo de la mayoría de las prendas y accesorios que solía llevar, no tenía una apariencia excéntrica y resultaba relativamente modesta, acorde pues con la imagen que se tiene de una profesora de secundaria, pero para mí Bénédictte Ombredanne desvelaba indicios sobre cómo se imaginaba que

irían vestidas Claire Lenoir, Ligeia, Berenice, Morella y la desconocida de la calle Grammont, sus heroínas.

—Me encanta la sortija que lleva, ¿de dónde sale?

—Me la pongo para las grandes ocasiones. Es una sortija que me dejó mi abuela, que a su vez la heredó de la suya. Es de principios del XIX. Es el cuadro de una mirada.

—¿El cuadro de una mirada?

—Un ojo. Fíjese. Esta sortija la hicieron para una mujer que estaba enamorada de un hombre que pertenecía a otra. Mandó pintar su ojo en lugar de su retrato para que nadie lo identificara. Era una práctica bastante común en el XVIII.

Tomé los dedos con esmalte de uñas negro de Bénédicte Ombredanne entre los míos y, en medio de aquel entrelazamiento, me miraba un ojo minúsculo.

—Espléndida.

Bénédicte Ombredanne acabó por retirar la mano y la mirada antigua desapareció.

—Deberíamos irnos ya. Como sigamos hablando, va a perder el tren.

—No me apetece nada volver a casa.

—Piense en sus hijos. La están esperando, Bénédicte. Sus hijos, que la quieren y la están esperando.

No contestó nada. Miraba un punto más allá de la explanada.

—Nos escribiremos, no se preocupe.

—Me gustaría muchísimo.

—La acompaño a la estación. Vamos a coger un taxi, es domingo y no hay tráfico. Le llevo la bolsa.

Me levanté, cogí la cuenta que estaba encima de la mesa y se la llevé a Lionel, que montaba guardia delante de la puerta y me sonrió al ver que me acercaba a él.

## 2.

Un día de marzo de 2006 a última hora de la tarde, al volver de una reunión que se había prolongado más de la cuenta, esencialmente porque un profesor de Física había llevado una botella de espumoso para celebrar su cumpleaños, Bénédicte Ombredanne se percató desde la calle, mientras aparcaba el coche, de que en su casa pasaba algo raro: no había ninguna ventana encendida y parecía que sus habitantes hubieran desertado. Confirmó aquella impresión al cerrar la puerta de entrada tras de sí: todas las habitaciones estaban a oscuras y silenciosas, circunstancia inusual a una hora a la que solía reinar una animación indescriptible, ya fuera por la televisión con el volumen demasiado alto, por las peleas de sus hijos o los juegos ruidosos a los que solían entregarse, o incluso por las tareas de recoger la cocina después de cenar. Mientras dejaba en el suelo de baldosas el bolso y la cartera de cuero, Bénédicte Ombredanne gritó hacia el piso de arriba el nombre de sus hijos, «¡Lola!», «¡Arthur!», y luego el de su marido «¡Jean-François!», sin obtener respuesta alguna, oscuridad, silencio absoluto. Cuando volvía tarde de las reuniones, a veces se encontraba con los niños viendo una película de dibujos animados que les había puesto su padre (para no tener que verlos correr, chillar, pelearse, estar a punto de romperse la crisma o tirarse vengativamente mondas de patata), pero la televisión estaba en el salón y el salón estaba vacío, al igual que la cocina. La preocupación de Bénédicte Ombredanne se convirtió en pánico, corrió escaleras arriba y se metió en el primer cuarto, el de Lola, también vacío. Gritando el nombre de sus hijos con voz trémula, repitiendo una y otra vez «Pero ¿dónde estáis?», «¡Arthur, Lola, dónde estáis, contestad, no tiene gracia!», se abalanzó hacia la del niño, donde los encontró hechos un ovillo debajo del edredón y en medio de un montón de peluches. Bénédicte Ombredanne se derrumbó encima de la cama con el abrigo puesto aún, temblorosa y jadeante, aliviada al comprobar que los niños estaban bien, al menos a primera vista. Aferrados a su cuello, competían por besarle las mejillas, las manos, la frente, así como los ojos negros ya enrojecidos por las lágrimas, llamándola mamá con ternura, mamá, mamá, sin tregua, sin tregua.

—¿Qué susto me habéis dado! ¿Qué pasa en esta casa, por qué estáis a oscuras?

No contestaban, los estrechaba en sus brazos. Hijitos míos, hijitos míos, estoy aquí, no pasa nada, mamá os quiere, decía bajito Bénédicte Ombredanne, acunándolos. Pasaron unos minutos de ese sosiego reconfortante, sin que nadie pronunciara frase alguna, cada uno de ellos intentaba alejar el pavor acompañando la respiración con la de los otros dos, de tal forma que, transcurrido un buen rato, su unión solo tuvo un único y mismo aliento: el del amor y la dicha de estar juntos, perfectamente sincronizado.

Al cabo, Bénédicte Ombredanne se separó de sus hijos para preguntarles qué había pasado y dónde estaba su padre.

—Se ha encerrado en tu cuarto —le contestó Lola.

—*Nuestro* cuarto, querrás decir.

—*Vuestro* cuarto, vale, está bien, qué más da cómo se llame.

—¿Por qué se ha encerrado en el cuarto? ¿Me lo puedes contar?

—Creo que está durmiendo.

—¿A las nueve de la noche? Lola, procura ser más concreta.

—No quiere ver a nadie.

—Arthur, ¿podrías intentar contármelo tú?

—Sí. Bueno, pues resulta que estábamos en la *cucina*.

—Yo te puedo contar lo que pasó, si es lo que quieres, tardaré menos que él —interrumpió Lola.

—Espera, Lola, déjale terminar.

—No, lo cuento yo —continuó Lola indicándole con un gesto a su hermano que enseguida acababa—. Estábamos con papá, acababa de ponernos la cena, estábamos empezando a comer y él oía la radio. Ya sabes, de pie, apoyado en el armario de al lado del lavavajillas, donde se pone siempre, vaya. De repente nos pidió que hiciéramos menos ruido porque no le dejábamos oír lo que decían los del programa. Yo no estaba escuchando, no sé de qué hablaban, pero parecía que lo ponía de mal humor. De repente, sin saber por qué, estábamos comiendo tranquilamente y portándonos muy bien, te lo juro, ¿a que sí, Arthur, a que no hacíamos nada de ruido?

—Muy muy bien —confirmó Arthur.

—¿Y entonces? —preguntó Bénédicte Ombredanne.

—Nos mandó salir de la cocina. Yo le dije que acabábamos de empezar y que además no le estábamos impidiendo oír el programa, entonces, de repente, se puso a gritar, *en serio, qué forma de gritar*, que si era una insolente, que si me prohibía contestarle en ese tono. Nunca lo habíamos visto así. Nos dijo: que salgáis, joder, ya os llamaré cuando podáis volver.

—¿No estás exagerando un poquito? ¿Es verdad, Arthur? ¿Papá se ha enfadado con vosotros?

—Hoy mismo a las siete y media de la tarde, sin ir más lejos —afirmó Lola categóricamente.

—Gritaba muy alto, de verdad muy muy muy muy muy muy alto —confirmó Arthur cerrando los ojos, como si quisiera contar cuántas veces decía la palabra *muy*.

—No entiendo nada —contestó Bénédicte Ombredanne mirando cómo se le hundían los dedos en el cabello moreno y abundante de su hijo—. No os preocupéis, seguramente dijeron algo que le sentó mal. Voy a preguntárselo. Sería solo un ataque de mal humor. Estoy convencida de que ya se le ha pasado.

—Pues eso espero porque, *francamente*, eso de tratarnos así cuando no habíamos hecho nada, pero *absolutamente nada*...

—Vale, Lola, lo he entendido. ¿Por qué está toda la casa a oscuras?

—Porque después, cuando salimos de la cocina dejando la cena a medias...

—¿Es que no acabasteis de comer? —preguntó Bénédicte Ombredanne interrumpiendo a su hija—. Entonces, vamos abajo, yo tampoco he cenado. Sigue, ¿qué estabas diciendo?

—Nos fuimos a ver una peli al salón. Él seguía oyendo la radio plantado en el mismo sitio. Al cabo de un rato salió de la cocina dando un portazo. En toda mi vida había oído un portazo así. Te juro que tembló toda la casa.

—Sonó PUMBA, así, muy fuerte, PUMBA —precisó Arthur cerrando los ojos cada vez que decía PUMBA, cada vez que decía PUMBA más y más alto mientras escenificaba explosiones con los dedos, estirándolos hacia delante y abriendo la mano bruscamente.

—Que sí, que vale, que ya nos hemos enterado, joder, qué plasta eres cuando te pones.

—PUMBA —repitió Arthur acercando la cara a la de su hermana antes de sacarle la lengua.

—No le digas «joder» a tu hermano. Y tú deja de sacar la lengua. Los niños de cinco años no sacan la lengua a nadie, ni siquiera a su hermana, ¿entendido?

—Luego subió a *vuestro* cuarto —prosiguió Lola con un toque de ironía y mirando a su madre—. Le oímos dar un portazo.

—PUMBA —interrumpió Arthur.

Lola miró a su hermano con una mueca que significaba *eres un auténtico tarado, cuántos años más voy a tener que aguantarte*, y se volvió a su madre con una expresión muy digna.

—Entonces subí y le pregunté: papá, qué ha pasado, por qué te has puesto así; pero a través de la puerta, sin entrar en el cuarto porque no me atrevía. Me contestó: déjame en paz. Yo le contesté: ¿y qué pasa con nosotros, qué hacemos? Lo que os dé la gana, dejadme tranquilo, dejad que la palme de una puta vez, va y me dice. Me importa todo una mierda, va y me dice.

—Lola, *por enésima vez*, no se dice *va y me dice* sino *me dijo*. Te lo pido por favor, de una vez por todas, para ya con los *va y me dice*, no hay quien lo aguante.

—Venga ya, ¿de verdad te crees que es el mejor momento para corregirme la gramática? ¡No estamos en clase, *lo que estamos es bien jodidos! ¡Que no es lo mismo!*

—No ha podido decirte «dejad que la palme» —exclamó Bénédicte Ombredanne mirando a su hija a los ojos—. Lo entenderías mal.

—Te lo juro, mamá. Eso fue lo que dijo. Con esas palabras. *Te lo juro*.

—¿Y qué pasó luego?

—Creo que estaba llorando.

Bénédicte Ombredanne miró a su hija de hito en hito.

—¿Llorando? ¿Tu padre, *llorando*?

—Bajé y le dije a Arthur que más nos valía andarnos con cuidado, que lo que teníamos que hacer era ponernos el pijama e irnos cada uno a su cuarto a esperar a que volvieras. Apagué la luz del salón, subimos y nos pusimos el pijama. Oíamos a papá hablando solo, gritando a veces, creo que incluso tiró algo contra la pared. Como Arthur se había metido debajo del edredón y tenía miedo, me vine con él. Y te esperamos. No nos atrevíamos a movernos. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué se ha puesto así con nosotros?

—No lo sé, cariño, voy a ir a ver.

—¿Te hará daño, como el otro día?

—Pero ¿de qué estás hablando? Vamos a ver, Lola, ¿a qué te refieres?

—Sabes de sobra a qué me refiero —aventuró Lola tímidamente.

—Bueno, pues te equivocas. Escúchame en lugar de mirar al suelo en plan cabezota. Lola, esto es importante, tienes que creerme: *has debido de interpretar mal una situación*. ¿De acuerdo? Ya lo hablaremos si quieres, te lo explicaré todo, pero en otro momento. Mientras tanto, no os preocupéis, que papá no va a haceros ningún daño: no le va a hacer daño a nadie. Bajad y acabaos la cena; Lola, si hace falta, caliéntala, yo voy enseguida.

Bénédicte Ombredanne abrazó a sus hijos unos segundos y se fue a ver a su marido. Llamó a la puerta con dos golpes secos, no obtuvo respuesta, abrió y se adentró en la oscuridad pronunciando su nombre. *Jean-François. Pero ¿qué sucede? ¿Te ha pasado algo malo? ¿Puedo encender la luz?*, pero su marido no contestaba. Como no quería profanar su reposo con la luz abrupta y blanca de la lámpara de techo, encendió la de la cabecera de su propio lado de la cama, atrapada entre pilas de libros. El marido de Bénédicte Ombredanne estaba, en efecto, metido en la cama; había dejado la ropa tirada por todo el cuarto, las prendas parecían despojos, como si las hubiera arrojado al suelo presa de ira o como si una amante enardecida se las hubiese arrancando; siendo así que él solía colocarlas primorosamente en el sillón y metía enseguida la ropa interior en la

cesta de la colada sin dejar que tocara el suelo ni un solo instante. A Bénédicte Ombredanne esta costumbre siempre le había parecido un síntoma de pudor extremo. Recordaba que la primera noche que pasaron juntos, había guardado disimuladamente la ropa interior en la cartera de cuero, aunque, por otra parte, nunca le había importado que fuera su mujer quien metiese en la lavadora la ropa sucia de toda la familia, sin distinción, de modo que no era por deferencia hacia ella por lo que había adoptado ese hábito. Lo que parecía molestarlo era verse a sí mismo tirado en la moqueta, bajo la forma lamentable de un calzoncillo sucio y unos calcetines retorcidos, como si aquel residuo del día transcurrido fuese, en el fondo, lo que mejor lo resumía a él, como el emblema de su identidad más honda: el ser social que se esforzaba por construir día tras día, tratando de elevarlo trabajosamente por encima de sí mismo, a fin de cuentas no era más que un hombre elemental e irrisorio metido en los límites de una envoltura corporal deleznable, realidad esta que los grandes hombres sabían hacer olvidar a los demás y a sí mismos gracias a su trascendencia, mientras que él, concluida la jornada, cuando todo el mundo bajaba la careta, cuando estaba solo consigo mismo y con la conciencia de su finitud, volvía a verse como lo que nunca había dejado de ser: un hombre mediocre sin grandeza alguna, un calzoncillo sucio y dos calcetines pestilentes en el suelo de la habitación. Así pues, tenía que haber sufrido una contrariedad mayúscula para aceptar quedarse ahí tirado en la moqueta. Bénédicte Ombredanne tuvo la delicadeza de arrimar con el zapato al rodapié la ropa interior de su marido y la camisa hecha un gurrño, tras lo cual fue a sentarse en la cama, junto al rostro de párpados cerrados. Le pareció obvio que no estaba durmiendo sino simplemente en duermevela, como un ordenador en el que basta con pulsar cualquier letra para que la pantalla vuelva a iluminarse, la letra I de *inquietud*, la letra P de *prudencia*, la letra A de *aprensión*, cosa que hizo posando suavemente la mano sobre la sien derecha de su marido, antes de empezar a acariciarla muy despacio. Un ojo enrojecido y agobiado apareció al cabo entre sus dedos (como los días en que Bénédicte Ombredanne se ponía la sortija de su abuela, pero aquel ojo era de un tamaño mucho mayor que el de la joya y la aflicción que reflejaba no era la de un enamorado inconsolable de antaño, melancólico y libertino), una pupila que, tras detenerse brevemente en el rostro de su mujer, fue a posar sus reflexiones insondables en una esquina del techo, en la intersección de tres aristas, como si fuera el lugar exacto de una cita donde, precisamente, se mantuvo inmóvil durante gran parte de la conversación. ¿Te ha pasado algo malo? Jean-François, cuéntamelo, ¿tienes algún problema? ¿Por qué te has acostado tan temprano, qué te ha sucedido? ¿Estás enfermo? Los niños me han dicho que te enfadaste por culpa de un programa de radio. Bénédicte Ombredanne desgranó esas preguntas en medio del más absoluto silencio. Él empezó a contestar, entrecortadamente, cuando ella se levantó para quitarse el abrigo, confirmando que lo que lo había dejado anonadado había sido el contenido de un programa radiofónico. ¿Anonadado? Pero ¿qué estás diciendo?, le preguntó Bénédicte Ombredanne. ¿Cómo es posible que un programa te deje tan anonadado como para meterte en la cama a las ocho de la tarde dejando a tus hijos desatendidos? No lo entiendo, habla, cuéntame, tendrás que soltarlo, ¡no puedes quedarte en semejante estado, sin decir nada! La mirada de su marido seguía en pleno conciliábulo en la intersección de las tres aristas y parecía conversar con un número creciente de interlocutores, como si tuviera que justificarse ante una aglomeración cada vez más numerosa y objetiva: en su expresión se leía el miedo. Jean-François, ¿por qué ese programa te ha afectado tanto, qué dijeron para impresionarte así? Él contestó que había recibido un impacto. ¿Un impacto? Pasaba un rato entre una frase y otra. Sí, un impacto. Se había reconocido, fue espantoso, no conseguía sobreponerse. ¿Que te has reconocido? ¿Qué es eso de que te has reconocido? Se había reconocido, no podía expresarlo más claramente, le espetó. El

ojo inmóvil de su marido desapareció un instante tras el párpado antes de que lo atravesara un intenso rayo de pavor: aquello en lo que se había reconocido era algo muy feo, se sentía igual que si el locutor hubiese citado su nombre por las ondas de France Inter, como si lo hubiese denunciado. La frase que acababa de pronunciar le retumbó primero en el espacio de su mirada, donde había causado un rayo de terror, para luego expandirse por la habitación y llegarle a los oídos a Bénédicte Ombredanne. ¿Denunciado?, pero ¿por qué? El marido de Bénédicte Ombredanne tragó con dificultad, tenía sed, ella hizo además de levantarse para traerle algo de beber pero se echó atrás: él estaba a punto de contarle todo. Bueno, pues había reconocido algunas constantes de sus comportamientos más habituales en los testimonios de los oyentes que habían llamado al programa, mujeres pero también hombres, víctimas y acosadores, reconoció, a punto de echarse a llorar. Ahora que había empezado a hablar, parecía que nada podía interrumpirlo, movía el ojo como si fuera un pájaro de rama en rama, en función de las palabras que sonaban en el cuarto, de modo que la mirada se le cruzaba a veces con la de su mujer o se detenía en el rostro de ella brevemente antes de reanudar el vuelo, impulsada por un sobresalto de vergüenza o una palabra determinada que se oía a sí mismo. Las evaluaciones, los diagnósticos, los comentarios de los especialistas no habían hecho más que confirmar lo que los testimonios de los oyentes habían insinuado en su mente desde el principio del programa, a saber: que él llevaba años comportándose con ella como un acosador confirmado. Su marido había dicho eso de verdad, había pronunciado esas palabras: acosador confirmado. Bénédicte Ombredanne no podía creérselo, se había quedado de piedra, miraba a su marido, que había roto a llorar contra la almohada, y no sentía por él piedad alguna sino, antes bien, una frialdad inmensa; como si de repente hubiesen juzgado el caso otorgando a Bénédicte Ombredanne una libertad considerable, en la misma medida que el veredicto de un error judicial libera de un gran peso a la persona a quien beneficia, aunque no borre los tormentos que ha padecido. Así pues, al contrario de lo que su marido se esforzaba por hacerle creer desde hacía años, el sufrimiento que experimentaba no era producto de una imaginación corrompida por la estupidez, las hormonas, la complacencia o la acritud; por los estados de ánimo lacrimógenos, insatisfechos e irracionales de un cerebro estúpidamente femenino, según algunas de las expresiones favoritas de él. ¡Esta era la confesión en la que desembocaba su exilio en el cuarto! ¡Admitía que su forma de comportarse con ella lo incluía de facto en la categoría de los maridos humilladores! ¡El dolor que había padecido Bénédicte Ombredanne año tras año no era un sueño! Retiró la mano del rostro de su marido y lo miró mientras hablaba; seguía llorando y decía que habían llamado varias mujeres para contar el trato que les infligía su cónyuge, describían su existencia como una tortura perpetua y lo que describían no era ni más ni menos que lo que él le hacía padecer a Bénédicte Ombredanne. Había oído anécdotas que parecían sacadas de lo más recóndito de su vida cotidiana, esas anécdotas habían causado una reprobación unánime, los especialistas habían calificado esas situaciones de anormales, sorprendentes, inadmisibles. Aunque a veces les temblaba la voz, las mujeres que aportaban su testimonio se habían mostrado todas ellas fuertes, hermosas, erguidas y valientes, su serenidad obligaba a admirarlas, daban ganas de quererlas, él mismo se había sentido solidario con su dolor. En la emisora de France Inter reinaba un ambiente de recogimiento. Al oír aquellos relatos, sentía el mismo rechazo incontenible que los invitados; salvo que a través de los casos particulares que comentaban, los especialistas lo construían a él, frase tras frase, como a un culpable de la misma calaña; se sintió estudiado, desmenuzado, estigmatizado. ¿Por qué nadie le había dicho nunca que su comportamiento no era adecuado? Los expertos les decían a las oyentes que sus maridos estaban enfermos y que necesitaban tratamiento: la única forma de poner en

marcha ese mecanismo es acabar con la relación, acabar con ella definitiva e incondicionalmente, insistía el psiquiatra presente en el estudio, le contaba a su mujer el marido de Bénédicte Ombredanne. Un acosador arrepentido había llamado al programa para contar que en lo más crudo de su desviación ahora corregida, su mujer lo había dejado de un día para otro, llevándose a los niños. Se le cayó el mundo encima, ella cortó por lo sano sin que él pudiese retenerla; y hoy aquel hombre había rehecho su vida con otra mujer, después de varios años de tratamiento psiquiátrico intensivo. Bénédicte Ombredanne miraba llorar a su marido, cuyo ojo anegado erraba por la superficie de las paredes como un caminante agotado en campo abierto; le daba la sensación de que ese ojo abrumado terminaría pereciendo, cayendo muerto entre las sábanas. Aquel oyente había dicho que si su mujer no lo hubiera dejado, se habría quedado con ella hasta el final de sus días y habría seguido humillándola y maltratándola hasta el final de sus días, estaba convencido, afirmó. Les había dicho una y otra vez a quienes escuchaban el programa: si son víctimas de esta desgracia, si están bajo el yugo de un hombre acosador, VÁYANSE, NO SE QUEDEN AHÍ, HÁGANLO POR USTEDES, PERO TAMBIÉN POR SU MARIDO, PARA QUE PUEDA BUSCAR AYUDA MÉDICA, CURARSE Y REHACER SU VIDA DIGNAMENTE. Porque la mayoría de esos hombres ni siquiera sabe que están enfermos, decía aquel oyente, le contaba a su esposa el marido de Bénédicte Ombredanne. Y acto seguido se le contrajo el rostro y del profundo pliegue de aquella mueca surgió un reguero de agua brutal, daba la sensación de que una mano invisible le estaba escurriendo los rasgos como si fuera una esponja. Sollozaba en la almohada diciéndole a su mujer que iba a dejarlo; no lo soportaría, no, no podría soportarlo nunca, no podría soportarlo nunca, repetía con una saliva muy espesa que le impedía vocalizar claramente las frases que pronunciaba. Ella iba a contarle todo, iba a ir al médico a lamentarse, iba a rendir testimonio de sus miserias y a dar a conocer públicamente su intimidad, imaginarse algo así no le resultaba soportable. Decía lo mucho que lo sentía, le pedía a su mujer que lo perdonara, nunca había caído en la cuenta de lo graves que eran sus actos, había sido necesario aquel programa de France Inter para abrirle los ojos, pero ahora que ya estaba hecho, descubrir que debían considerarlo como un enfermo lo había hundido por completo, su mujer no podía hacerse idea del impacto que le había supuesto, no, no tenía ni idea de lo espantoso que es que te cataloguen, aunque sea a distancia, como a un individuo malsano y neurótico, se sentía avergonzado, no conseguía reponerse. Jamás reuniría el valor suficiente para ir a ver a un médico, pero lo superaría por sí solo, de ahora en adelante iba a respetarla, nunca más volvería a despreciarla, nunca más volvería a humillarla, nunca más le levantaría la mano, se lo prometía. Eso ya me lo has dicho cientos de veces, le contestó Bénédicte Ombredanne fríamente. Su marido no se esperaba esa respuesta. Y te quedas tan oreada, replicó en un arranque de fuerza postrero. ¿Te estoy diciendo que lo siento y que voy a cambiar y tú te pones displicente, mirándome por encima del hombro? Si tú mismo opinas que encajas en la categoría de hombres enfermos que necesitan atención médica, para mí lo menos importante es que decidas cambiar de actitud conmigo, le contestó Bénédicte Ombredanne. ¡Encima no querrás que te dé las gracias por tratarme de forma mínimamente normal, no pretenderás darle la vuelta a la tortilla y que sea yo la que se compadezca de ti! Deberías ir más allá y no conformarte con tus sempiternos propósitos de enmienda, aunque debo admitir que, en efecto, esta noche parecen ser más firmes que otras veces; deberías plantearte la posibilidad de ir a un psiquiatra, como recomendaban los especialistas del programa. Bénédicte Ombredanne se dirigía a su marido con una sequedad cuya determinación ni siquiera a ella podía dejar de sorprenderla, como si las frases que acababa de oír, en lugar de conmoverla, hubiesen tenido el efecto de promulgar su

independencia. Pero ¿por qué? Puede que porque esos remordimientos no habían surgido para restañar unas heridas recién infligidas, como podía llegar a suceder cuando el llanto de Bénédicte Ombredanne empujaba a su marido a un arrepentimiento momentáneo: aquella noche oía esas frases sin que la hubiese reducido previamente a un estado de mendicidad extrema, no eran consecuencia de un deseo de reconciliación; lo que le acababa de expresar se había quedado marcado en la penumbra del cuarto común como una verdad general: por primera vez desde que vivía con aquel hombre veía la situación desde el exterior, definida con una claridad aterradora por la misma persona que se la imponía. Su marido reconocía espontáneamente que le estaba echando a perder los mejores años de su existencia, no tenía más que treinta y cinco años, una edad a la que podía aspirar a rehacer su vida con un hombre cuyo objetivo fuera hacerla feliz, una edad en la que podía gozar de la plenitud de sus facultades físicas e intelectuales, una edad en la que resulta imperdonable renunciar al placer, al disfrute, a la prodigalidad y a la gratitud que se puede esperar de la realidad cuando una es una mujer sensible, inteligente y culta. Eso es lo que decía para sí mientras miraba el rostro de su marido apoyado en la almohada, con el edredón hasta la barbilla.

Bénédicte Ombredanne salió del cuarto sin decir palabra y bajó a la cocina donde su hija estaba quitando la mesa. Les indicó a los niños que debían irse a dormir y acalló las protestas consecuentes prometiéndoles pasar con ellos más rato que de costumbre en el desayuno (tenía que adelantar el despertador diez minutos). Cenó deprisa, de pie, nerviosa, un yogur y una loncha de jamón, abrió un botellín de cerveza, se comió una manzana dando vueltas por la cocina. Acto seguido, se encerró en su despacho, en la planta baja de la casa.

Había tomado una decisión, fruto de las reflexiones en las que se había enfrascado durante el poco tiempo que había tardado en cenar. No obstante, hasta aquella noche de marzo, jamás se le había pasado por la cabeza entrar en ese tipo de páginas, ni siquiera en sus fantasías más inconfesables.

La explosión que acababa de ocurrir había tenido una fuerza inaudita, que acentuaba la actitud contenida de la que había hecho gala durante los últimos diez años: contención de los deseos, de los impulsos, de la alegría, de los sueños, de la esperanza, de las exigencias, de la ambición, de la ternura, de la ira y de la sublevación. Las consecuencias de aquella renuncia deliberada se podían comparar, en definitiva, a una insidiosa acumulación de explosivos; había caído en ello aquella noche cuando la presencia de toda esa dinamita que su abnegación había ido depositando en un recoveco de su cerebro había amplificado aún más la violencia de la onda expansiva. De haber habido un observador dentro de la casa en el momento de los hechos, habría percibido dos detonaciones sucesivas y bien diferenciadas, la primera vinculada al presente y a las confesiones llorosas de su marido, y la segunda, al estropicio en que pensaba que había convertido los últimos años. La segunda había sido aún más ensordecedora que la primera.

Bénédicte Ombredanne encendió el ordenador y abrió la página de Meetic. La ira la había transfigurado, no sentía dolor alguno, tecleaba con determinación, metódica y rápidamente, dirigiéndose en línea recta hacia la meta que se había propuesto alcanzar, como si las llamas surgidas de las dos deflagraciones y que se propagaban a toda velocidad en su mente le permitiesen vislumbrar con nitidez lo que estaba buscando y cómo llegar hasta ello: reinaba la misma claridad que en un incendio. Se iban sucediendo las numerosas pantallas en las que debía introducir los datos para crear su perfil; no imaginó que la inscripción fuera a ser tan tediosa: había que someterse a un proceso de validación que se le hizo interminable. A pesar de todo, no se había sentido tan resuelta desde la época en la que había hecho y aprobado las oposiciones a

cátedra, desde los tiempos lejanos en los que delante de la hoja de papel, solitaria y dispuesta a arrasar con lo que fuera, aspiraba a ser la más brillante; a lo largo de toda su juventud, los momentos en los que se había sentido más espléndida habían sido las horas que pasó esforzándose intensamente en las aulas enormes donde transcurrían los exámenes, entre los demás, como si el puesto que mejor encajaba con ella fuera el de *candidata*, el puesto de la persona que *se mide* con los demás gracias a sus conocimientos y a su capacidad *individual*. Avanzaba, muy concentrada, por aquel recorrido que esquematizaba su identidad, marcando las casillas que le parecían más pertinentes para el carácter circunstancial de aquella empresa, optando ora por los eufemismos ora por las precisiones más nimias y decidiendo en última instancia no contestar a las preguntas más delicadas para que sus posibilidades de éxito peligrasen lo menos posible.

Soy una mujer que busca un hombre.

Estuvo dudando sobre la edad del hombre para acabar situándolo entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años.

Se preguntó si no debería quitarse años, y luego si quizá no le convendría más ponérselos, pero finalmente optó por ser sincera: 12/09/1970.

Mi país de residencia: Francia.

Estuvo reflexionando sobre el departamento. ¿Se podía permitir vivir aquella aventura en su ciudad? Llevaba años ejerciendo allí como profesora de secundaria, por lo que conocía, al menos de vista, en Metz y sus alrededores, a una cantidad considerable de personas, empezando por los padres de sus exalumnos. Se resolvió a buscar fuera de Metz pero a una distancia realista para una cita. Tecléo: 67000. Meetic mostró automáticamente el nombre de la localidad: Estrasburgo.

Perfecto.

Mi apodo.

Las uñas pintadas de negro se inmovilizaron encima del teclado, dispuestas a abalanzarse sobre las letras de un apodo sublime y deslumbrante, tan mágico como un sortilegio, cuyo estallido llenara la pantalla. Pero se quedaron en el aire en suspenso, inquietas, como cuervos volando en círculos.

Bénédicte Ombredanne nunca había tenido que atribuirse un sustituto del patronímico que fuera bonito a la par que razonable. Aparte de las palabras *vela*, *lámpara*, *espejo* y *moqueta*, que se le habían ido ocurriendo a medida que su mirada, ávida de ideas, erraba por la habitación, en su cerebro no floreció ningún vocablo apropiado. Se puso de pie y deambuló por el despacho unos instantes, se acercó a la estantería y sus ojos se toparon con la caja de *Brigadoon*, una película que le encantaba. Cyd era muy corto y, sobre todo, presuntuoso (no hablemos ya de Cydcharisse, cuyo poder evocador daría lugar a expectativas desproporcionadas sobre sus piernas), en cambio Fiona parecía idóneo para el papel que pretendía interpretar en la ficción que anhelaba: una locura de una sola noche, romántica a más no poder. Volvió a sentarse y, encantada con su hallazgo, escribió «Fiona» en el campo destinado al apodo antes de validar su elección.

Este apodo no está disponible, te sugerimos los siguientes:

Fiona\_c\_839

Fiona\_c\_903

Fiona\_c\_282

Fiona\_c\_214

Qué decepción.

¿Quién habrá elegido ya Fiona?

Bénédicte Ombredanne se puso delante de la estantería y ladeando la cabeza desgranó el título

de los libros, hasta llegar a las *Poesías* de Mallarmé. Volvió a sentarse y encantada de aquella nueva idea tecleó Herodias (dejando la i sin tilde, que está proscrita del mundo virtual).

Este apodo no está disponible, te sugerimos los siguientes:

Herodias\_a\_472

Herodias\_a\_145

Herodias\_a\_228

Herodias\_a\_582

Estaba atónita.

*¿En Meetic había gente que decidía figurar como Herodías?*

En realidad, el personal que rondaba por allí debía de ser más refinado de lo que había podido imaginar (por no decir pedante, a quien le preocupaba destacar sobre todo su nivel cultural), probablemente profesoras de literatura que se sentían tan solas como ella, tan amargadas como lo estaba ella aquella noche, sin más consuelo que su amor por los libros y la esperanza de una cita fabulosa, qué patéticas.

Bénédicte Ombredanne repitió la operación con el nombre de la protagonista de las *Noches blancas* de Dostoiévski (Este apodo no está disponible, te sugerimos los siguientes, etcétera), tecleó, empezando a impacientarse, Roseroserose (Este apodo no está disponible, te sugerimos los siguientes, etcétera) y por fin optó por el ingenioso Fionarose, que Meetic aceptó.

Ahora soy Fionarose.

Actualmente, ¿te gustaría iniciar una relación sentimental? Bénédicte Ombredanne marcó la opción de Según lo que surja.

Tu estado civil: casada.

Vives con: mis hijos.

En el apartado de personalidad, Bénédicte Ombredanne descubrió los rasgos de carácter que ofrecía la página: aventurera, conciliadora, bienhumorada, sociable, despreocupada, impulsiva, expansiva, inquieta, reservada, supersticiosa, atenta, tranquila, generosa, sensible, espontánea, tímida, exigente, orgullosa, posesiva, solitaria, tenaz.

¿Quién podría haber hecho una lista tan incompleta, tan desequilibrada, tan arbitraria y tan poco sutil, donde faltaban los calificativos idealista, miedosa y acomplexada, por poner solo tres ejemplos?

La perspectiva de describirse con sinceridad la repelía, tenía que actuar de forma lúdica, desapegada y astuta, de incógnito, procurando no caer en la vomitiva demagogia sentimental de nuestra época: no tenía por qué comercializar su vida interior por internet. En el extremo opuesto, la opción «prefiero no decirlo» dirigida a las usuarias más púdicas tenía el riesgo de hacerla parecer una mujer antipática, o incluso remilgada, cuya compañía no fuera grata, de modo que marcó las palabras *sensible*, *atenta* y *tímida* antes de guardar la selección.

En la casa no se oía ruido alguno, reinaba un profundo silencio, faltaba poco para las once y le parecía penoso que su marido se hubiera quedado metido en la cama llorando. Bien pensado, tanto mejor, le venía bien aquella reclusión pueril; si se presentase ahora en el despacho, sería un auténtico fastidio.

Color de ojos: negros.

Color de pelo: moreno.

Estatura: 160 cm.

Complexión: normal.

Apariencia física: ay, se trata de decir si eres guapa. Bénédicte Ombredanne se lo pensó un

ratito y marcó prefiero no decirlo.

Ideología política: izquierdas. Se lo pensó mejor y marcó extrema izquierda.

Para ti el matrimonio es: prefiero no decirlo.

¿Eres romántica?: bastante romántica.

¿Quieres tener hijos?: no.

Tu nivel de estudios: licenciado o superior.

Tu profesión: prefiero no decirlo.

Bénédicte Ombredanne rellenó los siguientes apartados a toda velocidad: estilo clásico, natación, me gusta comer de todo, no fumo, no tengo animales, lectura, exposiciones/museos, música clásica, musicales, comedia romántica.

¿Cuál es tu libro favorito? En el campo de respuesta escribió: *El maestro y Margarita*.

Cuéntanos cómo es la persona que buscas.

Bénédicte Ombredanne decidió cumplimentar esos apartados con la misma espontaneidad con que lo había hecho con su propio perfil, pues no tenía ninguna idea preconcebida sobre el tipo de hombres que deseaba conocer. Para ir sobre seguro, trazó un reflejo fiel de sí misma: atento, sensible, tímido, además de licenciado o superior, el único punto en el que no pensaba transigir era el nivel intelectual de los candidatos a emanciparla. Por mucho que quisiera ir a la aventura y lanzarse al vacío de una vivencia radical, sabía que no haría concesiones con lo que para ella era esencial: antes de pasar a mayores, para darle al deseo la oportunidad de nacer, tener con ese hombre una conversación mínimamente interesante.

Describe tu personalidad, la persona que buscas, lo que le gusta, lo que esperas de ella...

Bénédicte Ombredanne decidió no dar ninguna indicación sobre por qué y para qué había tomado aquella iniciativa. Guardar y continuar: hizo clic en ese rectángulo.

¡Felicidades! Has completado tu registro.

De repente la catapultaron dentro de la enorme barrica del género masculino y sintió que se hundía en un agua tibia y atestada, profunda, malsana. Ahora la pantalla era el ojo de buey de una escafandra de buzo, notó las sacudidas de un montón de anguilas y presencias precipitadas que la rozaban con su reluciente viscosidad, sin el mínimo reparo ni miramiento.

Napoleon04 está viendo tu perfil en este momento.

Thirydis está viendo tu perfil en este momento.

¡Napoleon04 te ha enviado un flechazo!

Gentleman está viendo tu perfil en este momento.

¡Thirydis te ha enviado un flechazo!

Gentleman te ha enviado un mensaje de chat.

Gentleman: Hla

Bénédicte Ombredanne consultó el perfil de Napoleon04, ejecutivo, treinta y siete años, residente en las afueras de Estrasburgo. Practicaba el karate y el balonmano, le gustaban el cine y los restaurantes, sus aficiones eran el bricolaje y las exposiciones (¡qué combinación tan curiosa!). Lucía una sonrisa muy poco de fiar, y la cabeza en forma de huevo, con aquel jersey de cuello vuelto, parecía colocada encima de una huevera de barro cocido. Para saber quién era realmente ese hombre, y sobre todo lo que ocultaba esa mirada esquiva, habría que quebrar la cáscara de la calva con el revés de una cucharilla, tac-tac-tac-tac, y tomar una muestra de materia cerebral; si no, no habría forma de definir con cierta precisión a ese individuo, pensó mientras inspeccionaba la espantosa cabeza. Precisamente unas líneas más abajo, Bénédicte Ombredanne se tragó un párrafo que le causó la misma sensación que un pedazo de pan mojado en los

pensamientos viscosos de Napoleon04. En la pregunta «Si solo pudiera conservar un objeto», aquel hombre entrado en carnes había escrito: *El calzoncillo o el bóxer... lol... porque esta parte del cuerpo está reservada a quien le corresponda por derecho...* ¡Qué horror! Su retrato mostraba una corpulencia que le daba un aspecto de amabilidad tolerante, pero no era sino una mentira descarada: Bénédicte Ombredanne empezaba a tener buen ojo para las falsas apariencias masculinas y no le cabía la menor duda de que ese hombre sudoroso era un canalla vicioso, sexista y libidinoso. Al imaginarse el pesado corpachón meneándose encima de su cuerpo frágil en el horror de un enlace aberrante, estuvo a punto de apagar el ordenador... pero consiguió serenarse a tiempo.

Fionarose@Gentleman: Buenas noches. ¿Qué tal está esta noche, Gentleman?

¡Dauphinblanc67 te ha enviado un flechazo!

Thirydis: Bns noxs.

Fionarose@Thirydis: Buenas noches. Gracias por su mensaje.

Gentleman: ¿Y tú? ¿Estás aburrida? ¿Te apetece tener visita? ;-)

Fionarose@Gentleman: ¡Va directo al grano, Gentleman! ¡No es propio de su apodo!

Playmobil677 está viendo tu perfil en este momento.

Thirydis: ¿Cómo eres?

Fionarose@Thirydis: Dulce. Atenta. Encantadora, creo.

Thirydis: ¿Lo crees o estás segura?

¡Playmobil677 te ha enviado un flechazo!

Fionarose@Thirydis: Estoy segura. Encantadora. A veces. Otras, algo menos. Depende del día, de las circunstancias.

Thirydis: Esta noche ¿cómo te sientes?

Fionarose@Thirydis: Encantadora.

Thirydis: Pero para ti ¿qué es encantadora? Mejor dicho, ¿cómo eres? ¿Me mandas una foto tuya?

Bénédicte Ombredanne consultó el perfil de Thirydis, cuarenta y cuatro años, casado, director comercial, 177 cm, ojos marrones, busca mujer de veintiséis a cuarenta y cinco años. En el apartado «Unas palabras sobre mí» había escrito: *Estoy buscando una mujer a la que, como a mí, le guste disfrutar de todos los dulces que nos ofrece la vida, la sensualidad, la calidez, el deseo... Señoras y señoritas, estaré encantado de conversar con ustedes para empezar.* El rasgo más destacado de su carácter: aventurero. Actividades deportivas: ciclismo, golf, hockey y judo. La lectura no aparecía entre sus aficiones.

Playmobil677: Buenas noches. Tiene usted un perfil muy misterioso.

Fionarose@Thirydis: Le mandaré una foto mía más adelante. Empecemos por una conversación, como ofrece usted en su perfil.

Thirydis: OK. ¿Qué quieres saber?

Napoleon04: ¿Hola wapa? ¿Cómo lo llevas?

¡Ah, Napoleon04 por fin se manifiesta!

Fionarose@Napoleon04: Lo llevo muy bien, muchas gracias. ¿Y usted?

Fionarose@Thirydis: Solo quiero conversar, para conocernos.

Thirydis: Me da que eres una tía bastante complicada.

Fionarose@Thirydis: ¿Ah, sí, de verdad le parezco complicada? ¿Solo porque le pido que dediquemos un rato a conocernos?

Thirydis: ¡Se me ocurre una forma mucho mejor de conocernos! ;-) ¡Verás que la calidad de mi

conversación no te decepciona! ;-) ¿Me mandas una foto?

Napoleon04: En plena digestión. He cenado en casa de mi madre. Acabo de llegar. Estaba rico.

Fionarose@Napoleon04: Ah, qué agradable poder comer en casa de su madre de vez en cuando, sobre todo si es buena cocinera. ¿Qué le había preparado para esta noche, Napoleon?

Puede que después de todo Napoleon no fuera tan terrible como había supuesto.

Gentleman: ¿Qué es lo que buscas?

Fionarose@Gentleman: Que me traten bien. Que estén pendientes de mí. Reconfortar.

Gentleman: ¡Mira tú por dónde me encanta que me reconforten! ¿Qué haces tú para ser reconfortante? lol

Fionarose@Gentleman: Empezaría por leerle un cuento bonito, como cuando era pequeño...

Napoleon04: ¡Un *cassoulet*! ¡Así que estoy pedo va, pedo viene! Pero tranqui, que cuando nos veamos se me habrá pasado.

Napoleon04: Que no, que estoy de coña, me ha puesto pescado. ¡Así que tengo el aliento fresco!

Gentleman: ¿Qué tipo de libro? ¿Algo picante?

Napoleon04: ¡El aliento fresco y el pito duro, como de costumbre, por si te interesa! ;-)

Fionarose@Gentleman: Si le apetece... Tengo en casa varios libros muy subidos de tono.

Gentleman: *Why not*. ¡Pero tampoco te eternices leyendo, que lo que no quiero es quedarme dormido! lol

Thirydis: ¿Sigues ahí? ¿Te has ido? ¿No me vas a mandar la foto?

Fionarose@Thirydis: Ya le he dicho que le enviaré la foto cuando hayamos hablado un rato.

Thirydis: OK.

Napoleon04: Oye, ¿y cómo eres? No hay foto. ¿Eres una tía potable? lol

Fionarose@Napoleon04: Guapa. Calentorra. Supercachonda. Estoy buscando un rabo potente que se haga cargo de mí.

Napoleon04: Pues has tenido suerte, el mío está listo para usar. ¿Nos llamamos? ¿Me mandas una foto?

Fionarose@Napoleon04: ¡Para el carro, Napoleon, que hay otros haciendo cola! ¿Qué te has creído?

Playmobil677: ¡Misteriosa Fionarose, no me deje de lado! ¡Contésteme!

Bénédicte Ombredanne consultó el perfil de Playmobil677, treinta y seis años, separado, 170 cm, vive en Estrasburgo, busca una mujer de entre veintisiete y cuarenta años. Compleción: atlética. Aficiones: bricolaje, decoración, jardinería. Unas palabras sobre mí: *Es improbable pero ¿quién sabe? Si se empieza por un encuentro agradable y la simpatía es mutua, ¡lo demás suele llegar solo! Quiero dejar claro que busco una relación seria a pesar de mi apodo, que no debe tomarse al pie de la letra: no llevo flequillo, soy un chico bastante flexible y nada envarado, puedo doblar las piernas, no tengo el corazón de plástico ni puedo girar la cabeza 360°. ¡Al fin y al cabo, no es más que un apodo! ¡Hasta pronto!* Precisaba que tenía la custodia compartida de sus hijos. Él tampoco mencionaba la lectura entre sus intereses. Acompañaba al texto una foto, pero era el típico retrato anodino del que no se puede deducir nada, ni bueno ni malo.

El perfil de Playmobil677 le arrancó una sonrisa a Bénédicte Ombredanne.

Fionarose@Playmobil677: Ya estoy aquí, discúlpeme. Buenas noches, Playmobil. El texto de su anuncio me ha hecho sonreír...

Fionarose@Thirydis: ¡No es usted muy hablador! ¡Está claro que soy yo la que va a tener que llevar las riendas de la conversación!

Playmobil677: ¡Ah, qué bien, empezaba a preocuparme!

Napoleon04: Soy un buen amante, las mujeres siempre me lo dicen, hasta mi madre, no hace ni una hora.

Napoleon04: No, estoy de coña :-). Ven aquí y así ves el género. ¡Tengo la polla como un redondo de ternera, pero no me la cortas en rodajas! lol

Fionarose@Napoleon04: ¡Tú sí que sabes hablarles a las mujeres! ¡Qué estrategia de seducción tan sutil! Estoy chorreando como un grifo, me chiflan las pollas como ollas. Cortas y gordas mejor que largas y flacas. ¿La tuya cómo es?

Napoleon04: Larga y gorda. Corta no. *Sorry* ;-)

Fionarose@Napoleon04: Me estás poniendo cachondísima. Me apetece mamártela. Oye, Napoleon, soy una auténtica viciosa, no te arrepentirás. ¿Podemos quedar?

Playmobil677: Me llamo Christian. ¿Y usted, Fionarose?

Napoleon04: ¿Cuándo, esta noche?

Playmobil677: ¿Sabe que Fionarose es un apodo muy bonito? Muy evocador. No sé por qué, pero es un apodo que me hace volar la imaginación.

Fionarose@Napoleon04: Ahora. Pásame tu dirección y voy para allá.

Thirydis: OK.

Fionarose@Thirydis: Perfecto. Me alegra que esté de acuerdo con tener esa conversación. ¿Qué clase de hombre es usted?

Etpourquoipas está viendo tu perfil en este momento.

Fionarose@Playmobil677: Gracias por el cumplido, intenté elegir un apodo poético, me alegro de que le guste. ¡En cambio, el suyo es más bien autocrítico! Qué envidia, yo no sé reírme así de mí misma, aunque me gustaría...

Fionarose@Playmobil677: Me llamo Fiona.

Napoleon04: Pásame tu número que te llamo.

Thirydis: Cerebral.

Valisette69 está viendo tu perfil en este momento.

¡Etpourquoipas te ha enviado un flechazo!

Fionarose@Thirydis: ¿Cerebral?

Thirydis: Cerebral.

Fionarose@Thirydis: ¿Y qué más? ¿A qué se refiere con cerebral?

Thirydis: Funciono con la cabeza. Pero me parece que esta noche ya no hay nada que hacer.

¡Timothée888 te ha enviado un flechazo!

Fionarose@Thirydis: No entiendo. ¿Para qué no hay nada que hacer esta noche?

Thirydis: Para quedar. No paras de hablar, de darle vueltas a lo mismo, no avanzamos.

Blakemortimer67 está viendo tu perfil en este momento.

Fionarose@Thirydis: En efecto, esta noche ya no hay nada que hacer, tiene usted razón. Pero habrá más noches en la vida, también están mañana, pasado mañana, la semana que viene... Se olvida usted de eso, a pesar de sus virtudes de hombre cerebral.

¡Valisette69 te ha enviado un flechazo!

Gentleman: ¿¿¿Y bien???

Thirydis: OK, lo pillo, no voy a perder el tiempo con cretinas como tú, *bye*.

¡Blakemortimer67 te ha enviado un flechazo!

Playmobil677: Sí, es importante saber distanciarse de uno mismo, ayuda a sobrellevar las vicisitudes de la existencia. Me encanta su nombre.

Gentleman: ¿¿¿Qué pasa???

¿¿¿Vamos a hacer algo???

Napoleon04: ¿Cómo eres físicamente? Si se me planta aquí un callo, paso de todo. Ya me la jugaron una vez y no pienso volver a picar.

Fionarose@Napoleon04: La verdad es que tú eres particularmente sexy.

Fionarose@Gentleman: Podría usted tomarse la molestia de intentar seducirme, ¿no le parece? Desde que hemos empezado a hablar no ha tenido ni una sola vez la ocurrencia de escribir una frase completa. ¿Le basta con emitir onomatopeyas para que las mujeres con las que intenta entablar relación caigan a sus pies? ¿Les basta con un telegrama suyo para acudir a su casa en tanga?

Gentleman: Pues sí. Constantemente.

Napoleon04: Gracias por el piropo. No sé si seré sexy, pero tengo buena materia prima. ¡Qué buen ojo tienes, potrilla!

Fionarose@Gentleman: Pues yo no soy de esas, ea. Me gusta ir despacio y que me mimen. Necesito conocerlo mejor.

Fionarose@Playmobil677: Una filosofía muy sensata. ¡No me importaría recibir clases particulares!

Napoleon04: Bueno, entonces ¿estás buena o no? Se me está acabando la paciencia.

Fionarose@Napoleon04: Ya te he dicho que soy guapa, con un cuerpo que vuelve locos a los hombres, tengo unas tetas enormes, soy superardiente, la mamó como una americana, tengo el conejo goteando por la moqueta por culpa de tu polla de redondo de ternera. ¿Me pasas la dirección o qué? ¿Te rajas? ¿Te da miedo no estar a la altura?

Patounet\_563 está viendo tu perfil en este momento.

Napoleon04: Para nada.

Gentleman: Lo entiendo perfectamente. ¿Qué has venido a buscar a esta página, en realidad?

Fionarose@Napoleon04: Tengo ganas de que me pastes el chocho. ¿Te das maña, me vas a hacer gozar?

Fionarose@Gentleman: Me gustaría volver a sentirme viva ante la mirada de un hombre. Pero un hombre que sepa intuir mis anhelos, comprender mi ritmo. Para eso tiene que ser delicado. No soy ninguna experta. Usted me pareció bastante delicado al principio, aunque solo fuera por el apodo.

Playmobil677: Llevo años perfeccionándola. Paradójicamente, para mantenerte fiel a ti mismo, a veces tienes que saber no tomarte en serio. Yo, cuando me topo con un problema de verdad, me meto dentro de un salto, como un niño en un charco, y me río con las salpicaduras. Relativizarse a sí mismo es fundamental. Es una verdad que he descubierto con el tiempo, en los peores momentos de las vivencias que me han sucedido.

Napoleon04: Ya veremos. Pero si no tardas mucho. Que no soy una oveja para pasarme toda la noche pastando.

Gentleman: Pero si soy muy delicado. Lo que pasa es que yo busco algo más de lo que busca usted.

Fionarose@Napoleon04: Lo de pastar es porque tengo el chocho superpeludo, espero que no te importe.

¡Bobby33 te ha enviado un flechazo!

Fionarose@Playmobil677: Yo soy incapaz de eso. Me lo tomo todo demasiado en serio. Nunca me evado de mí misma. Me gustaría poder decir que las cosas que me agobian no tienen importancia ninguna, que mi alma sigue siendo libre y capaz de volar, navegar hacia otros cielos, pero estoy prisionera en mi propio cuerpo, los problemas me lastran, las preocupaciones me

ponen un nudo en el estómago, la mente se me queda confinada en el pecho, es un espacio diminuto y asfixiante. Por eso estoy aquí, para hacer pedazos ese cepo. Me siento secuestrada. Quiero liberarme.

Caffer 68 está viendo tu perfil en este momento.

¡Patounet\_563 te ha enviado un flechazo!

Bobby33: Buenas noches, ¿está usted en Estrasburgo mismo?

Fionarose@Gentleman: ¿Qué sabrá usted? ¿Quién le dice que ambos no esperamos lo mismo de esta relación? Pero usted va directamente a la casilla del sexo sin ni siquiera lanzar los dados.

Napoleon04: No me van mucho las mujeres peludas. ¿No te podrías afeitarte antes de venir? En serio.

Gentleman: Entiendo. A mí también me apetece charlar, pero sin marear demasiado la perdiz. No busco nada complicado. Solo momentos de placer compartido. ¿En qué trabajas?

Fionarose@Napoleon04: Vale, me afeito rápidamente, pero solo por ser tú.

Napoleon04: Guay. Yo también tengo los huevos pelados.

Fionarose@Gentleman: Soy enfermera.

Fionarose@Playmobil677: Perdón por esas reflexiones tan deprimentes. Siento haberle importunado con mis problemas. Está usted aquí para distraerse, no para oír las lamentaciones de una mujer desgraciada. De hecho, creo que voy a apagar el ordenador y meterme en la cama. Mi presencia en esta página está resultando penosa. Adiós.

Gentleman: Ah, guay.

Fionarose@Gentleman: Yo también busco momentos de placer compartido. Con respeto. Con delicadeza.

Playmobil677: ¡No, espere, no se vaya, quédese un rato más!

Fionarose@Napoleon04: Quería avisarte de otra cosa, huelo muy fuerte, espero que no sea un inconveniente. A veces me dicen que apesto, tengo el conejo como podrido, los hombres se lo piensan antes de meter las narices ahí. El otro día estuve con un tío que vomitó en la cama después de lamerme.

Gentleman: No soy un tío irrespetuoso. Siempre me preocupo de que mi pareja esté a gusto.

Napoleon04: Oyeeee... So guarra... anda y que te den. Te has quedado conmigo a base de bien, desgraciada.

Fionarose@Playmobil677: De acuerdo, me quedo otro poquito, pero solo porque usted me lo pide.

Fionarose@Napoleon04: Pero ¿qué pasa? ¿Por qué te pones así, Napoleon? Como eres charcutero, pensé que te excitarían las animaladas.

Playmobil677: Gracias, eso me gusta más. Es usted la única mujer interesante, sería una pena que se marchara.

Fionarose@Gentleman: Pero pongamos un ejemplo. Supongamos que quedamos la semana que viene. ¿Aceptaría aun sabiendo que podríamos no llegar a nada? Me apetece dar ese paso pero no puedo garantizarlo. Podría echarme atrás justo en el último momento.

Napoleon04: De charcutero, nada, ¿te enteras, putón?

Playmobil677: Escribe usted maravillosamente bien y es una bendición leerla, aquí nadie se molesta en mimar las frases. Yo también lo intento, ¡pero no tengo tanto talento como usted!

Fionarose@Napoleon04: ¡Huy, pues perdona, es que me cuesta leer tu perfil! Y no sé por qué, desde el principio he creído que eras charcutero. Será por el careto que tienes.

Bobby33: Yo vivo en Burdeos pero voy a Estrasburgo toda la semana que viene para un curso

de formación. Me preguntaba si quizá, alguna estrasburguesa...

Napoleon04: ¿Cara de charcutero yo? Anda y que te jodan, so zorra.

Gentleman: No tiene por qué pasar algo a la fuerza, sé comportarme con las mujeres.

Fionarose@Napoleon04: No, de charcutero no, de cerdo, tienes la jeta de un cerdo, seguro que por eso he relacionado las dos cosas. Los charcuteros me caen bien.

Playmobil677: ¿En qué trabaja?

Napoleon04: Hija de la gran puta. Como te pille...

Fionarose@Playmobil677: Soy enfermera.

Gentleman: No te creas.

Fionarose@Napoleon04: Espero haberte hecho perder el tiempo. Espero que ninguna mujer haya sido tan tonta como para caer en tus redes esta noche, ya me imagino cómo las tratarás en la cama, debe de ser un espanto. Que te cunda tu redondo de ternera, mámatelo tú, si es que llegas, cabronazo.

Playmobil677: Bonita profesión. Yo soy anticuario. No tiene nada que ver, me dedico a los objetos, no a las personas.

Fionarose@Gentleman: Si no nos gustamos, tendremos que buscar una distracción. ¿Tiene usted un Scrabble?

Fionarose@Playmobil677: Le he mentido. No soy enfermera. En realidad, soy profesora. De secundaria, Lengua y Literatura. Lo siento. No le mentiré más, lo prometo.

Lecalin\_a\_629 está viendo tu perfil en este momento.

Gentleman: Pues charlamos. Una cosa no quita la otra. ¿No tendrás una foto?

Napoleon04: Te juro que como te pille vas a pasar un mal rato, ni te haces idea.

¡Lecalin\_a\_629 te ha enviado un flechazo!

Playmobil677: Comprendo perfectamente que haya quien prefiera disimular su identidad. Imagino que Fiona tampoco es su verdadero nombre.

Fionarose@Gentleman: No se preocupe por mi aspecto, sabré cómo gustarle.

Playmobil677: Ojo, que no le estoy preguntando cómo se llama. Fiona me parece perfecto. Si ha elegido ese apodo, será porque le pega.

Gentleman: Bueno, vale, pero ¿en qué te basas para estar tan segura de que vas a gustarme?

Fionarose@Gentleman: No soy una belleza, pero tengo la piel suave, me esmero, quiero dar placer. Soy tímida, pero cuando cojo confianza sé cómo tratar a los hombres, soy generosa. A veces es mejor compartir la cama con una mujer normal dispuesta a hacerlo bien que con un pibón desganado que espera que el hombre se encargue de todo, ¿no cree?

Fionarose@Playmobil677: Efectivamente, no es mi verdadero nombre. Pero es la primera vez que entro en esta página y es usted el único que me ha preguntado cómo me llamaba, así que vamos a suponer que Fiona va destinado a usted, algo así como un regalo. Usted decidirá cuando quedemos si soy tan encantadora como el nombre. ¿Dónde vive?

Gentleman: Lo que importa es el deseo. Eres morena, bajita, menuda y enfermera, ¡todas mis fantasías juntas! :-) Y si eres generosa con los hombres, miel sobre hojuelas... Como encima te presentes con bata y zuecos, ¡entonces no respondo!

Playmobil677: A pocos kilómetros de Estrasburgo. En una casa antigua muy bonita, en el bosque. También trabajo allí, tengo un edificio grande para almacenar los muebles, soy revendedor, no tengo tienda abierta al público.

Fionarose@Playmobil677: Me encanta el bosque. Siempre me han gustado los bosques. Una casa en el bosque suena a magia. Como un cuento de hadas.

Gentleman: Ay, las enfermeras... Creo que el día que quedemos estaré agonizante. Y tú me resucitarás en un abrir y cerrar de ojos ;-)

Playmobil677: No estoy en pleno bosque, más bien a la orilla del bosque, pero linda con el fondo del jardín y rodea media casa. También hay un estanque grande. Ya lo verá, cuando venga.

Gentleman: Sin nada debajo de la bata de enfermera...

Fionarose@Playmobil677: Lo estoy deseando. Estoy convencida de que me gustará.

Playmobil677: Podemos disparar con arco, si le apetece.

Fionarose@Playmobil677: ¿Disparar con arco? ¿Practica el tiro con arco?

Gentleman: Se me pone dura solo de pensarlo. ¿A ti te pone cachonda, Fionarose, imaginarte que vienes a mi casa sin nada debajo de la bata? Empezaremos charlando tranquilamente...

Playmobil677: Desde que era pequeño. Tengo una auténtica colección. Si le apetece, puedo enseñarle a tirar.

Fionarose@Playmobil677: ¡Ay, sí, me encantaría! La posición de los arqueros siempre me ha parecido muy hermosa, cuando tensan la cuerda y están tan concentrados, quietos del todo durante unos segundos. El momento en que la flecha sale disparada también es muy hermoso, porque da la sensación de que es exactamente el mismo en que la flecha se clava en la diana. Lo que diferencia ambos momentos no es la flecha, sino la mirada del arquero, que calibra el resultado del disparo. La flecha, en ese instante, da la sensación de estar en los dos sitios a la vez, en la cuerda y en la diana. ¡Perdón, me estoy yendo por las ramas!

Gentleman: ¿Te has ido? ¡Yujuuuu! ¡Tierra llamando a Fionarose!

Playmobil677: Habla usted del tema divinamente. Presiento que se le va a dar muy bien.

Fionarose@Playmobil677: ¿Cuándo podemos quedar?

Playmobil677: Cuando a usted le venga bien. Puedo estar en casa cuando quiera.

Fionarose@Playmobil677: ¿El jueves que viene?

Playmobil677: ¿Este jueves, dentro de tres días?

Gentleman: Fionarose, ¿te has mosqueado?

Fionarose@Playmobil677: Si está usted disponible...

Playmobil677: Sí, sí.

Fionarose@Playmobil677: Entonces, perfecto. Estoy encantada.

Playmobil677: Yo también. Le voy a enviar un mensaje a través de Meetic con mi número de teléfono y un plano para llegar hasta mi casa. Es relativamente fácil. ¿Vive en Estrasburgo mismo?

Fionarose@Playmobil677: No se preocupe, que ya encontraré el camino. Llegaré a última hora de la mañana y me marcharé por la tarde, si a usted le viene bien.

Playmobil677: Perfectamente. Puede incluso llegar antes.

Fionarose@Playmobil677: Es un milagro que nos hayamos conocido, todavía no me lo creo. Me registré en esta página en pleno ataque de rabia, sin saber qué estaba buscando. Y ahora, ya lo sé, era a usted.

Playmobil677: Estoy deseando que llegue el jueves. Muy buenas noches. Un beso, con cariño.

Fionarose@Playmobil677: Lo mismo digo...

Bénédicté Ombredanne apagó el ordenador a toda prisa y se tapó la cara con las manos, cerrando los ojos.

Se dio cuenta de que respiraba muy deprisa, perpleja por lo que se había atrevido a hacer. Se había convertido en otra persona durante dos horas, intrépida y con iniciativa, como si se hubiera embarcado en un largo sueño sembrado de imprevistos; y trajera de ese recorrido un botín memorable, un botín que normalmente le habría parecido una quimera reservada a las demás

mujeres: un hombre que le gustaba, un hombre al que además, según todos los indicios, también le gustaba ella, caído del cielo en un plazo de dos horas.

A lo mejor en esas dos horas, había sido ella, sin más, la mujer que habría sido si su vida hubiese tirado por otro camino.

No conseguía creérselo, se decía que todo aquello era tan bonito que se desvanecería al día siguiente, al despertar. Con la cara encerrada en el olor metálico de las manos y la estrecha media luna de la sonrisa brillando tenuemente en aquel confesionario oscuro, Bénédicte Ombredanne no se decía que era feliz, eran sus pensamientos, de ensordecedora alegría, los que se lo gritaban por todo el cuerpo, ensordecedores como una alarma bloqueada, estridente, sobre todo en el vientre y en la caja torácica. Las punzadas, el calor que irradiaba y el inicio de una excitación intensa y lacerante no tardaron en privar al rostro de uno de esos postigos: los dedos de la mano derecha fueron a encajarse en la estrecha curva de la entrepierna, directamente sobre la lana del pantalón, donde presionó suave y lánguidamente para intensificar la irradiación del placer.

Suele suceder que lo que conseguimos en sueños lo perdamos al despertar, por muchos esfuerzos que hagamos para que no se nos vayan de las manos las ganancias de las peregrinaciones oníricas. ¡Cuántas veces había vivido aquella situación, siendo niña, al querer llevarse a su cuarto una muñeca que había encontrado mientras dormía! Pero aquella noche, Bénédicte Ombredanne tenía razones de peso para suponer que aquel encuentro imprevisto no se había desvanecido cuando volvió a su ser al apagar el ordenador: ¿acaso no tenía una cita con ese hombre, el próximo jueves, en los alrededores de Estrasburgo, en una casa junto al bosque, para iniciarse en el tiro con arco?

Como si la asaltaran una duda y un pánico repentinos, se abalanzó hacia el ordenador para comprobar que aquel hombre al que creía haber traído a su vida no había corrido la misma suerte que las muñecas de cuando era niña, volatilizándose al contacto con la realidad. Nada de eso. Encontró un mensaje de Christian con su número de teléfono, su dirección de correo electrónico y un plano para llegar a su casa, junto con unas frases muy tiernas, todo ello enviado apenas quince minutos después de que ella se desconectara.

¡Qué dicha tan disparatada!

Bénédicte Ombredanne empezó a acariciarse pero decidió conservar latente esa excitación casi sagrada que le invadía el sexo; el deseo de gozar lo inundaba como el sonido del órgano en la luz poblada de sombras de una catedral. Puede que si conservaba intacta en el vientre la presencia de ese otro hombre bajo la forma de ese deseo mágico e imperioso, se sentiría protegida de los ultrajes que tendría que soportar al volver a su cuarto. Sabía que su marido iba a querer hablar con ella, lamentarse, llorar, hacerle preguntas. Bénédicte Ombredanne apagó el ordenador, salió del despacho y subió las escaleras lenta y silenciosamente, antes de ir a darles un beso a sus hijos dormidos.

### 3.

El jueves, como Bénédicte Ombredanne solo tenía clase de ocho a diez, aprovechaba que estaba en la calle desde las diez para ir a hacer la compra al Carrefour: había cogido esa costumbre nada más empezar el curso y no la había alterado más que en caso de fuerza mayor: niño con fiebre, curso de formación, grandes nevadas, ese tipo de incidentes. La víspera, al preguntarse cómo se iba a organizar, se dijo que envilecer su feminidad en los pasillos de un hipermercado no era el prelude ideal para un primer encuentro: no había que ser muy clarividente para adivinar que la amante en la que estaba dispuesta a convertirse tenía que diferenciarse todo lo posible de la madre de familia (el mero hecho de ver un tarro de Nutella en el carrito podría tener en su conciencia los efectos de un electrochoque y obligarla in extremis a renunciar al proyecto); por eso Bénédicte Ombredanne había decidido dejar completamente a oscuras la vida familiar y, como en el teatro, no iluminar en su escenario mental más que aquel estridente deseo de mujer, aquellos pensamientos fascinados y la turbadora desnudez de su excitación mientras durase la escapada. En penumbra la nevera, en penumbra su marido y sus hijos, en penumbra los ejercicios para corregir, la aspiradora, la plancha y la burocracia; iría a la compra después de haber encendido de nuevo la realidad, a la vuelta, a las cuatro de la tarde como muy tarde, ya que Bénédicte Ombredanne no podía suponer que el encuentro con aquel hombre pudiese llegar a durar tanto tiempo. Estaría en Metz a las tres como mucho; estaba segura, puede que incluso decidiera echarse atrás nada más llegar, se conformaría con tomar un café y le explicaría a Christian que aquello le venía grande. Al dejar que aquella agradable certeza le penetrara en los pensamientos y se acomodara, ronroneando como un gato, junto al radiador de su deseo, Bénédicte Ombredanne aspiraba a protegerse de cualquier atisbo de mala conciencia: aquella visita a Estrasburgo no la comprometía a nada, ya que podía retirarse de la partida en cualquier momento. Iba a echar un vistazo, nada más, solo un vistazo, porque sí, por curiosidad, para sentirse libre, para que una iniciativa que ella misma iba a tomar y a protagonizar infringiese la inmutable naturaleza muerta de su existencia... Ya vería si se daban las condiciones para llegar a algo más comprometido que una sesión de tiro con arco, pero no le parecía probable. Francamente, lo dudo mucho, pensaba mientras se miraba en el espejo del armario de su cuarto, francamente me sorprendería que yo fuera capaz de dar ese paso, mucho tendría que gustarme ese Christian, seguía pensando mientras intentaba atisbarse las nalgas, de espaldas, inclinando la cara hacia atrás; de hecho, me pregunto por qué voy a hacer ese viaje, esta visita es absurda, iré a pesar de todo porque no está bien anular una cita a última hora, pero le explicaré que me he equivocado, que la situación me supera, y entonces él me enseñará a disparar el arco, solo eso, tiro con arco. Bénédicte Ombredanne se obligaba a cerrar perspectivas no solo para protegerse, sino obedeciendo a un escepticismo muy propio de ella y origen de la convicción de que, a pesar de merecérselo tanto, a una persona como ella nunca iba a pasarle nada extraordinario... Su existencia la había acostumbrado a sentirse más a menudo decepcionada que realizada, desde hacía ya demasiados años. Aun así, se encontró guapa en el espejo del armario normando, lo que ya era un avance colosal para ella, que solía despreciar su apariencia; no paraba de retroceder y

de avanzar para ver qué efecto producía su reflejo cuando acudía a su encuentro. Había dos mujeres frente a frente: la primera, ansiosa y derrotista, indecisa, con pupilas ávidas de elogios, deambulaba delante del armario, temblándole las piernas, preguntándose si sería lo bastante intrépida para realizar ese experimento descabellado (tener la osadía de presentarse ante un hombre con la pretensión de gustarle tanto como para que la deseara sexualmente), mientras la segunda, que ocupaba de pies a cabeza la amplia superficie del espejo, grácil y elegante, estaba impaciente por ponerse en marcha... aquella trataba de disipar un resto de culpabilidad contemplando a esta. Normalmente, cuando coincidían, ambas jóvenes se dirigían una sonrisa; Bénédicte Ombredanne, pasmada del aplomo de su comparsa, llegó incluso a depositar sobre el agua helada que se alzaba ante sus ojos, juntando unos labios con otros, un largo beso, un beso a modo de pacto. Si ese hombre te gusta, Bénédicte, tienes unos labios muy suaves, bésalo, no tengas miedo, prométemelo... ¿me lo prometes? Limpió con la manga el vaho que se había formado: los labios, en la superficie del espejo, se pusieron a sonreírle. ¿De verdad? ¿No te vas a rajar en el último momento, si el Christian este te gusta? Bénédicte Ombredanne miró a la joven que tenía enfrente, ¿me lo prometes por una vez, Bénédicte, tendrás un poquito de confianza en ti misma? Te lo prometo, le contestaron los labios del espejo, te prometo que llegaremos hasta el final, si tú quieres. Esa solemne afirmación se tradujo en una mirada de complicidad y las dos jóvenes fueron una sola, Bénédicte Ombredanne, reunificada al fin, se enfrascó en la contemplación de su retrato: el maquillaje estaba perfecto y tenía buen color, el cutis blanco estaba radiante. Acto seguido, le dio la espalda al espejo, se alejó de él, giró bruscamente para calibrar el efecto que su silueta podría causarle a Christian cuando la viese, de lejos, desde la ventana del salón, salir del coche; luego anduvo hacia su futuro amante con la mayor naturalidad posible, por la hierba, delante de su casa, con una sonrisa en los labios. ¿Iba vestida como correspondía? Había decidido ponerse su mejor vestido, un vestido sencillísimo, de paño de lana marrón oscuro, de factura impecable, que había comprado en una tienda de Metz que le encantaba, de lujo, en los soportales de la calle de Gambetta, entre la estación y la oficina de su marido, aprovechando las rebajas. Se calzó sus botines más bonitos, marrones, con taconitos, que tapaban algo la pierna y se ataban eróticamente a mitad de la pantorrilla, y unas medias Dim Up de color negro que solía reservar para ciertos sábados picarones, en el ámbito conyugal, por supuesto. Llevaba una de sus chaquetas de terciopelo, la granate, y en el cuello redondo prendió uno de los camafeos que más le gustaban, que había comprado en el rastro de Ámsterdam cuando era estudiante. Al observar la joya en el espejo, se le ocurrió que la ocasión bien merecía que ese día en particular luciese su sortija talismán, aunque solo fuese para comparar los dos ojos: el ojo libertino que había conocido, la muy traviesa, una de sus antepasadas remotas, y el ojo de aquel Christian arquero hacia el que estaba dispuesta a echar a volar... ¡Qué buen presagio sería que esos dos ojos tuvieran algún parecido! Fue a buscar la sortija al cajón de la mesilla de noche, se la puso y miró el reloj: joder, las once ya, voy tarde. Bajó la escalera pensativamente, algo más serena que cuando estaba delante del armario, centrada en el deseo de no caer en ningún descuido. Como no sabía a qué hora iba a volver y sus hijos llegaban del colegio un poco antes de las cinco, Bénédicte Ombredanne, presa del peor de los pánicos, el que transcurre lento, pesado y viscoso, parecido a un mal presagio, garabateó en un papel que dejó encima de la mesa de la cocina: *Cariñitos, mamá ha ido a hacer la compra, merendad bien y haced los deberes, enseguida nos vemos, os quiero.* Añadió un corazón que dibujó pensando en Christian como cuando, de adolescente, llenaba páginas enteras con la esperanza de que el chico al que adoraba se enterase de sus sentimientos merced a una especie de eco atmosférico, igual que los indios que golpean la

misma nota tres veces en el tanton durante horas, en la cima de una colina.

Como si fuese hecho a propósito, en el momento en que iba a salir de casa, sonó el teléfono. Titubeó antes de descolgar, seguramente sería su marido, y en ese caso hipotético, era mejor saber lo que quería: lo peor que podía suceder es que se pasara el día intentando hablar con ella. Descolgó y, en efecto, era su marido que la llamaba para disculparse por cómo la había tratado aquella misma mañana, antes de que se fuera al liceo. Perdóname, se me calentó la boca, no pienso en absoluto lo que te dije. Si te apetece, podemos comer juntos. Te invito a comer.

En vista de que su mejor camisa, una Christian Lacroix turquesa de raya fina, estaba sin planchar, siendo así que aquella mañana tenía una reunión a la que asistiría el director regional, el marido de Bénédicte Ombredanne había desencadenado su furia contra ella con una violencia verbal que rara vez había alcanzado hasta entonces. Fuera de sí, le había salpicado la cara de perdigones de odio, casi escupitajos.

De pie en la entrada, con el abrigo acampanado ya puesto, Bénédicte Ombredanne escuchaba a su marido explicar lo agobiado que estaba por la reunión con el director regional, que por eso se había puesto así, que lo sentía mucho, que la reunión, según creía, había ido muy bien y que ya estaba tranquilo. Creo que he ganado puntos. ¿Me guardas rencor? Venga, Bénédicte, por favor, perdóname, estaba muy tenso, corren malos tiempos, en la oficina todo el mundo está de los nervios. Te pido perdón. Te lo pido de rodillas. ¿Qué, te parece bien? ¿Te apetece que comamos juntos?

En circunstancias normales, sin salidas y acostumbrada a afrontar resignadamente todos los estados correlativos de su marido, Bénédicte Ombredanne habría fingido asombro ante la importancia que él le daba al asunto, le habría contestado que no tenía de qué disculparse, que no había sido para tanto y que ya ni se acordaba del tema. Pero aquel día, a la luz de la vivencia que estaba a punto de experimentar, las jeremiadas de su marido le parecieron sumamente repugnantes y su vida conyugal al completo, de una sordidez intolerable. Aquel telefonazo le arrojaba a la cara todo el horror de su existencia como si fuera un cubo de agua sucia.

Sintió, pues, un rechazo aún mayor y la resolución de ir a Estrasburgo se consolidó definitivamente.

No estuvo ni gélida ni rencorosa ni conciliadora, sino sencillamente distante, inalcanzable, indiferente ya.

Estoy ocupada, le contestó. ¿Anda, y eso cómo puede ser? ¡Si los jueves normalmente no tienes clase! Tengo que volver al liceo, habíamos planeado comer en el comedor las tres, Clémentine, Amélie y yo. Pues cancélalo, le dijo. Venga, cancélalo, sé buena, ¡ya las verás mañana! Bénédicte Ombredanne, cincelando frases concisas que no dejaron —podía sentirlo— de sorprender a su marido, le explicó que tenían que hablar de un fin de semana en París con los alumnos de sexto L, que no les quedaba más remedio que quedar para hablarlo. De todas formas, no eran horas porque Amélie también tenía que volver al liceo expresamente para eso y ya debía de estar en camino. Mañana, si te parece, le dijo a su marido. Mañana, mañana, mañana, se lamentó este. ¡Cómo te pasas, de verdad! ¡Tengo la amabilidad de invitarte a comer y tú erre que erre con que no puedes! Lo siento mucho, en serio, le dijo ella. Y acto seguido colgó con cierta brusquedad, no tenía ninguna gana de dejarse arrastrar a una conversación telefónica interminable.

La autopista la ayudó a purificarse: se olvidó de aquella conversación tan penosa.

Le resultó muy fácil encontrar el camino, las indicaciones de Christian estaban muy claras, llegó hacia la una menos cuarto.

Qué suerte tenían de que hiciera tan buen tiempo, el mundo visible parecía dilatarse: aunque

apenas estuvieran a 9 de marzo, aquel paisaje deslumbrante le daba a Bénédicte Ombredanne la impresión de tener toda la primavera alrededor: mientras avanzaba por un camino empedrado hacia la casa de su arquero, sintió que la rodeaba un dilatado espacio temporal. Hay días en los que, sin venir a cuento, no parece que sea el presente lo que se consume, sino un período mucho más amplio, una gran porción de imaginación y de promesas, como si aquel día concreto encabezara un ejército de días idénticos y de acontecimientos radiantes, cuya premonición atrae a su alrededor un porvenir inmensamente grato, un suntuoso palacio hecho de tiempo.

¿De dónde procedía aquella sensación, aparte del hecho de que había una luz sublime? ¿El encuentro que estaba a punto de ocurrir daría lugar a una relación abocada a durar mucho tiempo?

Respiró hondo, miró los árboles que rodeaban la casa y, aunque aquella estación agria, húmeda y decepcionante por principio que es la primavera solía gustarle más bien poco (prefería el otoño, lo veneraba), aquella mañana no le fue indiferente el júbilo que suele despertar en la mayoría la inminente eclosión de los brotes. ¿Sería quizá porque aquella cita era una vivencia nueva e ingenua, inaugural, un intento de renacer? ¡Ojalá aquel hombre le gustara y ella no solo no le pareciese repulsiva sino seductora, a su gusto! ¡Ojalá pudiera vivir algo intenso, algo hermoso! Al pensar aquello sintió una dicha incommensurable... una dicha tan profunda a pesar de su brevedad, que sobrepasaba cualquier emoción de los últimos años. Inmóvil delante de la puerta, sin atreverse a tocar el timbre, se preguntó si esa dicha que la taladraba no era comparable a la que había sentido durante sus dos embarazos (que pasó entregada a la reflexión de que pronto sería madre, una reflexión hermosa y un tanto agobiante), y la respuesta fue afirmativa. En ese instante comprendió que esperaba de aquel encuentro mucho más de lo que se había atrevido a admitir... y aquel mensaje de su conciencia la alarmó.

Había hortensias plantadas a lo largo de la tapia, malvas reales y un espino albar trepador. Un poco más allá, delimitado con unas tablas, un bonito huerto de hierbas aromáticas: tomillo, romero, cebollino, perejil, salvia y menta, cuidado con meticulosidad y sin una sola mala hierba, no como el suyo. Una parra vieja crecía alrededor de la casa, alta y venerable, sujeta a la fachada con un alambre oxidado, horizontalmente, semejante a la estructura de una frase compleja cuyas palabras y cuyo sabor original hubieran sucumbido al invierno: un mensaje que recobraría su significado a lo largo del verano, cuando volvieran a brotar todas las hojas, cuando cada inciso, cada bifurcación, cada paréntesis de corteza de aquella estructura gramatical hiciera florecer el regocijo de un pesado racimo. Se imaginó que entonces se podría leer, no como hoy, un magnífico mensaje de bienvenida.

Bénédicte Ombredanne pulsó el timbre con el dedo. Su estridencia le retumbó por toda la existencia, despertando la sensación de que un día había sido niña y de que un día sería vieja... y que por eso hacía bien en disfrutar de la existencia, aunque su padre la hubiera castigado varias veces, de pequeña, según recordó en aquel instante, por sus imprudencias, imprudencias análogas a la que estaba cometiendo en ese mismo instante; por cierto, pensó sonriendo, como aquel día en el que se aventuró cerca de un estanque sin avisar a sus padres para cazar un sapo. ¡Un sapo! ¡Al que puso de nombre Théodule! Esperó a que Christian acudiese a abrir, diciéndose una y otra vez que no iba a gustarle, que seguramente ni siquiera estaría en casa, cosa totalmente lógica y merecida. Fue entonces cuando una voz grave sonó a su espalda, se dio la vuelta y vio a un hombre de mediana estatura, más bien fornido pero afable, de pelo moreno y corto, que se dirigía hacia ella. Llevaba guantes de jardinero y unas tijeras de podar que dejó en la hierba antes de acercarse. El rostro tenía poco que ver con el de la foto y le gustó bastante más, ¡dónde va a parar!, le gustó; en sus labios apareció una sonrisa que le encogió el estómago de aventurera

intimidada con una brusquedad atronadora, como cuando en coche se pasa a toda velocidad por encima de los raíles de un paso a nivel, una sonrisa radiante. ¿Qué tal la carretera? Ahora que estaban cara a cara, Bénédicte Ombredanne se sentía acobardada, ninguno sabía cómo saludar al otro, bromearon sobre lo tímidos que eran y decidieron darse un beso en sendas mejillas. Tenía una sonrisa realmente arrebatadora, parecía que todo lo que expresaba pasaba de contrabando entre los paréntesis de dos hoyuelos profundos y curvados, creando apartes de alegría al hilo de la conversación. ¡Qué agradable! Lo que más le llamaba la atención a Bénédicte Ombredanne es que ese hombre no parecía sentir curiosidad alguna por su físico: desde el primer momento se mostró cordial y alegre, miraba a su invitada como si la conociera de toda la vida y estuviese encariñado con su rostro, su cuerpo, su compañía y sus modales, sin dar la sensación de estar calibrando disimuladamente, con miradas inquisitivas, su potencial erótico. Mientras que ella, por el contrario, se daba perfecta cuenta, no hacía más que retroceder en su fuero interno para examinarlo mejor, sondear sus impresiones, controlar sus detalles corporales (uñas, dedos, dientes, muñecas, tez, cejas, orejas, pelo y vello corporal, entre otras cosas) y llegar, una y otra vez, a la misma conclusión estrepitosa: le gustaba muchísimo.

Si se hubiese topado con él en la calle, en un café de Metz, y se hubiese dedicado a observarlo, habría buscado en torno a él espacio abierto, cielo y soledad.

Acababan de entrar en el salón.

¿Le apetece una taza de café? Siéntese mejor en este, es más cómodo.

Se sentó en el filo de un sillón club en cuyos brazos pelados se había ensañado algún felino, confiriéndole un carácter de mueble íntimo y ritual. Cuando Christian fue a la cocina a preparar el café, Bénédicte Ombredanne se levantó para dar una vuelta por la habitación y mirar los muebles de cerca. La decoración tenía el estilo propio de un gabinete de curiosidades, con abundancia de animales disecados, insectos, conchas y esqueletos de mamíferos en vitrinas, además de grabados científicos, láminas de botánica y un galeón español bastante voluminoso y de una minuciosidad fascinante que presidía el conjunto desde una consola. Un globo terráqueo, que debía de tener varios siglos; y un poco más allá una pitón muy gruesa se enroscaba en un tronco, sacando la lengua bífida. Un diván desconchado, de color crudo con una funda de seda rosa, algo gastada, en el que le hubiese gustado reclinar el cuerpo ardiente para sofocar el amotinamiento que se le recrudecía por dentro. Alfombras sobre los baldosines hexagonales, pesadas colgaduras de terciopelo rojo, paneles de madera que debían de haber traído de una casa menos rural que la de Christian, que a todas luces era una antigua granja; tenía la esperanza de ver el dormitorio. Amotinamiento interior: dolor de tripa. Dolor de tripa: miedo de no gustarle, ahora que la había visto, a ese hombre que a ella le parecía tan seductor. Guapo no, la verdad es que no: seductor, atractivo. ¡Théodule! ¡Se le había olvidado ese pobre bicho! Se acercó a unas estanterías cargadas de libros antiguos en fila detrás de una rejilla muy fina que se había aflojado con el tiempo, acarició el mármol de una estatua femenina de tamaño natural, voluptuosa, erosionada por la intemperie, que se completaba, en el otro extremo del salón, según se percató más tarde, con un equivalente masculino: un esbelto efebo de turbadora sensualidad, cuyos labios iba a besar murmurando piensa en mí. Una chimenea monumental de sillares, probablemente importada también, con un escudo de armas en la majestuosa placa de hierro colado que había al fondo del hogar, que flanqueaban dos morillos macizos apoyados en garras de león. Reinaba una atmósfera densa, oscura, laberíntica incluso, pensó, por la compleja red de correspondencias que los muebles y objetos que se acumulaban en la estancia parecían tejer entre sí: decidió que aquella casa estaba concebida para pensar, adentrarse en uno mismo, leer libros, amar, conversar,

evolucionar, ser dichoso, cocinar y hacer el amor, ser dichosa, hacer el amor. Christian volvió llevando en una bandeja dos tazas de porcelana, una cafetera humeante y un plato con pastas. Bénédicte Ombredanne alabó la decoración, él contestó que era su oficio, que le encantaban los objetos, hasta el punto de conservar para su uso personal piezas que había comprado para volverlas a vender. Disponía de una red extensa gracias a la que vaciaba casas que procedían de herencias, tras lo cual canalizaba lo que había adquirido a través de anticuarios, decoradores y directores artísticos de grandes almacenes, tanto en París como en Londres, Tokio o Nueva York. ¿Azúcar? Bénédicte Ombredanne dijo que no con la cabeza llevándose la taza a los labios. La semana anterior alguien le había comprado el equivalente de un contenedor de mercancías para montar una tienda de moda en Nueva York, en la Quinta Avenida: muebles industriales procedentes de una antigua fábrica que había desmontado en la región de Oise a principios de año. Bénédicte Ombredanne lo miró sonriendo mientras se calentaba las manos en la taza de café, hacía fresco, le apetecía hacer el amor. Él también la miró, sus hoyuelos abrieron un paréntesis en el silencio de aquel prolongado *tête-à-tête*, un silencio convenido, una sonrisa con un contenido explícito.

Pero usted no ha venido a que yo le hable de antigüedades, supongo, dijo al cabo Christian. Así que, ¿le apetece que intentemos tirar con el arco?

Sacó su arco y se lo entregó a Bénédicte Ombredanne; era un arco tradicional, de madera, muy sencillo, de dos metros de envergadura, con forro de piel de pitón que le había encargado a un amigo suyo guarnicionero que trabajaba para Hermès, un artesano excepcional. Es magnífico, le dijo Bénédicte Ombredanne. Es lo que se llama un arco *longbow*, un arma temible, lo inventaron los ingleses y con él nos diezmaron literalmente en la guerra de los Cien Años. Pero si tiene pinta de ser un arco de lo más manso, observó Bénédicte Ombredanne, yo creo que se parece al que usan los ángeles para disparar el flechazo: no se parece en nada a las catapultas portátiles que se ven en los Juegos Olímpicos y que son un espanto, de lo menos poético. Sí, los arcos de poleas, tiene toda la razón, le contestó Christian, un tanto divertido. Aunque es de suponer que los ángeles no tensan del todo la cuerda cuando disparan, porque con un arco como este, cuya potencia alcanza las 33 libras, la flecha sale con una fuerza capaz de derribar una vaca o un jabalí a cien metros de distancia. ¿Ah, sí? ¿Una vaca o un jabalí con una cosa tan frágil? ¡Entonces este arco suyo no es tan romántico! Christian soltó una carcajada al ver lo ingenua que parecía Bénédicte Ombredanne, lo que ella aprovechó para comprobar lo atractivo que era también en esas circunstancias... Decididamente, esa boca suya era un lugar grato, que la hilaridad había agrandado aún más, añadiendo a los paréntesis de los hoyuelos, ahora monumentales, muchos otros surcos encantadores, risueños, todos ellos simétricos, que le aparecieron casi por todo el rostro. Tenía unos dientes bonitos, blancos, cuadrados, bien alineados. Bénédicte Ombredanne se los miraba maravillada mientras él se reía..., podía ver cómo se reflejaba en ellos toda la intensidad de su deseo, como si fueran unos escaparates amplios y bonitos. Pero no se preocupe, Bénédicte, prosiguió Christian cuando se hubo calmado un poco, no solamente no cazo vacas, ni tan siquiera jabalíes, quédese tranquila, sino que este arco no es un arma imprevisible ni desleal: es un arma instintiva que sitúa al hombre en pie de igualdad con el animal. A Bénédicte Ombredanne se le debió de escapar alguna expresión de escepticismo al oír aquella frase esotérica porque Christian se sintió obligado a explicar qué significaba, tras meditarlo brevemente. Lo que quiero decir es que, con un solo movimiento preciso e instintivo, el cazador ve la presa, alza el arma, tensa la cuerda y dispara la flecha, sin pararse a pensar: en cuanto la cuerda llega a esta altura (Christian abrió un arco imaginario, ya que el real lo seguía teniendo

cogido Bénédicte Ombredanne, y colocó dos uñas de la mano derecha, cortadas a ras de piel con precisión, en el hueco del hoyuelo), en cuanto la cuerda llega a esta altura, junto a los labios, se suelta y la flecha sale. Tras sacar las uñas del hoyuelo, Christian reprodujo el sonido de una flecha rasgando el aire: *flusssss*, igual que los niños cuando juegan a indios y vaqueros en el patio del colegio. ¿Lo entiende? El arco *longbow* lo abres y luego disparas inmediatamente, por instinto, *flusssss*, y sabes si la flecha ha sido buena incluso antes de que llegue al blanco, *toinnnnng*, tal y como lo describió usted con tanta exactitud, la otra noche, en uno de sus mensajes. La flecha es la prolongación del brazo, de la mente. Tienes que fundirte con el arma pero también con el mundo visible, con el instante que estás viviendo. Como si la flecha no fuera más que uno de tus pensamientos: tiene que ser un pensamiento certero para alcanzar el blanco y revelar la verdad de las cosas, pues esto es lo mismo, tienes que alcanzar cierta certeza en tu fuero interno, en la relación con la realidad, si aspiras a que la flecha alcance su objetivo. El tiro materializa tus intenciones, es tu pensamiento al cumplirse: solo existen el blanco, tu actitud interior y la flecha que los une a ambos. Es una presencia singular en el mundo, una presencia a la que aspiro constantemente, aunque no tenga este arco entre las manos. Mientras que con un arco de poleas, la catapulta a la que se refería antes, añadió con una extraña risita burlona, la cuerda se bloquea, la bloqueas, apuntas un buen rato antes de soltarla. No es nada instintivo, es un cálculo de balística, es precisión, es disciplina, es constancia, es tortura, es orgullo, es deporte. Ya veo, lo entiendo, qué bien lo cuenta usted, contestó Bénédicte Ombredanne. Qué bonitas son las flechas, le dijo señalando los emplumados de colores que sobresalían del carcaj. Se las encargo a un amigo, de madera, con auténticas plumas de oca, no me gustan mucho las flechas que venden en las tiendas, en Decathlon y por ahí, es mi faceta de anticuario. Bénédicte Ombredanne pasó el dedo por la punta de metal: ¡Huyuyuy, cómo corta! Sí, mucho, el cazador se compromete a afilar las flechas antes de ir de caza, lo manda el reglamento. Si te hacen un control, la flecha tiene que cortar el vello del antebrazo; si no, te cascan una multa. ¿Caza usted? No, ya no tengo tiempo, pero cacé bastante cuando era más joven... hace dos o tres años, aún iba a mi bosque, al fondo del jardín, muy de vez en cuando, para disparar algunas flechas. Pero ¿por qué tienen que estar tan afiladas? Para no correr el riesgo de herir a un animal sin matarlo, le contestó Christian. Si la flecha está afilada, la velocidad hace que sea tan incisiva que el animal nota una sensación de calor en una parte del cuerpo, se pregunta qué le está pasando, no entiende de dónde viene esa extraña quemazón pero ya está muerto..., está muerto pero aún no lo sabe. (Yo estoy muerta de amor... pero ya lo sé.) Bénédicte Ombredanne señaló algo con el dedo: ¿y eso qué es? Eso es distinto, es una flecha para disparar a los pájaros. ¿A los pájaros? Sí, con la punta roma. Fíjese en el extremo de la flecha, no es una punta, es una funda metálica, para derribar a los pájaros. Bénédicte Ombredanne acarició con el pulgar el extremo abombado y aterciopelado del proyectil. Preguntó por qué era mejor derribar a los pájaros que atravesarlos. Porque está prohibido tirar desde la altura de un hombre o hacia arriba: una flecha como la de antes, acerada, resulta mortal a más de cien metros. Al caer desde el cielo, con la cuchilla de afeitador que tiene en el extremo, podría herir o incluso matar. Las plumas están colocadas de forma distinta, ¿por qué?, preguntó Bénédicte Ombredanne. (¡Pero qué labios tan atractivos!) Buena observación, contestó él. Este emplumado sirve para mantener la máxima potencia durante treinta metros, y de repente la flecha se abre como un paraguas para bajar en vertical: así no se pierde, no cae en cualquier sitio. Qué ingenioso, realmente ingenioso, murmuró Bénédicte Ombredanne examinando el rostro de Christian de reojo (estaba rascando una mancha del cuero del carcaj). El beso que estaba deseando darle la devoraba por dentro, avanzando lentamente hacia sus labios, de tal forma que estos, muy pronto,

lo notaba, saltarían sobre su arquero como un tigre hambriento sobre un apacible antílope... y él tuvo que alzar la cabeza en el preciso momento en que la mirada de Bénédicte Ombredanne alcanzaba la máxima incandescencia, de forma que Christian la sorprendió in fraganti mientras se deleitaba y se arrepentía bruscamente. ¿Ha derribado usted algún pájaro?, se apresuró a preguntar, turbada y roja de vergüenza. Para que se relajase, Christian le dedicó una sonrisa inédita: con la boca cerrada, solo levantó ligeramente el borde superior derecho, como si el labio actuase por un instante como una ceja expresiva, abriendo un paréntesis de un solo lado de la cara, cargado de sobrentendidos que resbalaban por aquel declive y en los que Bénédicte Ombredanne leyó las respuestas a su deseo, respuestas que le gustaron. No, nunca, no soy lo bastante hábil, nunca lo he conseguido. En cambio, tengo un amigo que derriba faisanes en pleno vuelo con este tipo de flechas. Christian rebuscaba algo en el carcaj y Bénédicte Ombredanne lo miraba cada vez con mayor ternura, convencida de que aquel instante no se repetiría jamás. ¡Y eso que lo del tiro con arco y todas esas flechas especiales le importaba un carajo, no le importaba nada de nada! Lo cual no estaba reñido con que podría pasarse horas escuchándolo, mirando cómo manejaba aquel aparejo de niño pequeño horas y horas, le habría gustado que la atase con una cuerda a una columna antigua y que le clavase las flechas del carcaj por todo el cuerpo desnudo, una a una, hasta la última, con suavidad, sin abrir demasiado el arma, con fuerza suficiente para que la flecha se quedase clavada en la carne pero sin hacerle daño alguno, pruebas de amor, pruebas de su contención y de su habilidad, pruebas de la inmensa confianza que estaba dispuesta a depositar en él... Sabía que las flechas de Christian no la atravesarían, ni se caerían al suelo, decepcionantes, tras haberle pinchado la piel como un alfiler, ¿acaso el amor no es eso? Le voy a elegir una flecha pequeña, así, como esta, no muy larga: usted no tiene la misma envergadura que yo. Fuera, en el taller, tengo un arco para adolescentes, es el que va a utilizar: el mío, el *longbow* grande, no tendría suficiente fuerza para abrirlo. ¡Qué se ha creído! ¡Tengo bastante músculo!, exclamó Bénédicte Ombredanne. ¡Fíjese! Le puso delante el brazo en ángulo recto y Christian lo palpó brevemente: no está mal, no está mal, pero no creo que baste. Primero, antes de empezar, tiene que ponerse esto en la muñeca izquierda, tenga, voy a ayudarla. ¿Qué es, para qué sirve? Sea lo que sea, es precioso, añadió Bénédicte Ombredanne, casi erótico, se atrevió a matizar. Christian aprobó con una sonrisa ese comentario audaz y le colocó en la muñeca un caparazón de cuero muy rígido, granuloso, gris, con unos cordones colocados como los de un botín... Christian, con la delicada muñeca de Bénédicte Ombredanne entre las manos, se afanaba en ajustar el protector, manejando los cordones con la punta de los dedos. ¡Qué escalofríos le transmitían los toqueteos metódicos de Christian en el antebrazo! La cuerda podría cortarle las venas si el arco no está bien orientado: me ha pasado varias veces. Me lo ha hecho un amigo guarnicionero usando una oreja de elefante. Está usted hecho todo un esteta: todo tiene que ser siempre perfecto, le contestó Bénédicte Ombredanne. Él la miró con ternura, antes de sonreírle. ¿Está lista? ¿Vamos allá?

Fueron al jardín, donde la temperatura había subido aún más hasta parecer casi agradable. Se colocaron detrás del granero, Christian dispuso contra un árbol una diana que había hecho su hijo hacía unos años: cinco bandas circulares concéntricas, convenientemente numeradas, cada una de ellas pintada con pincel en un color determinado, del amarillo al negro, en un panel de aglomerado rectangular de dimensiones bastante grandes. Los pájaros cantaban en el árbol, la hierba densa era de un verde luminoso, los botines de Bénédicte Ombredanne se hundían en ella blandamente, la tierra también estaba mullida. Se alejaron unos metros, dejando el material en el suelo. Detrás del árbol y de la diana, en segundo plano, se veía la mole oscura del bosque, cuya linde se curvaba en torno al jardín como el mar en torno a un promontorio.

Los pies en forma de escuadra, para tener más estabilidad. El pie izquierdo hacia la diana, el derecho formando escuadra, así, eso es. Tiene que notar que está bien apoyada. Para la flecha he hecho una marca en la cuerda, tiene que ponerla en esa marca. Al colocarla no debe tocar el culatín con los dedos, nunca; si no, la flecha sale torcida. El brazo: lo más estirado posible, así, aún más recto, eso es. Los dos ojos abiertos, se apunta con los ojos abiertos. Cuando la cuerda esté tensa, cuando quiera disparar, suelte los dos dedos, solo eso, suelte, libere la cuerda suavemente, sin impulso, sin transmitir energía. Eso quiere decir que la cuerda se sujeta con la yema de los dedos, la yema nada más, lo más al borde que pueda. ¿Quiere que se lo demuestre?

Christian disparó varias flechas en la diana.

Decía apunto al amarillo: y daba en el amarillo.

Decía apunto al rojo: de lleno en el rojo.

Bénédicté, ¿ve esa mancha de humedad, abajo a la derecha?

Christian disparó una flecha más, que se clavó a unos centímetros de la mancha de humedad.

Vaya, fallé. ¡Bueno, ahora le toca!

Bénédicté Ombredanne se colocó en posición.

Lo más lejos posible en la punta de ambos dedos. Más allá, todavía más allá, ahí. Ahora, traiga los dedos hasta aquí, indicó sobrevolándole con la uña la comisura de los labios, tan cerca que se sintió turbada. Cuidado con el pie, tiene que mantenerlo en línea recta hacia la diana. Por cierto, lleva unos botines muy bonitos, me gustan mucho. Gracias, replicó Bénédicté Ombredanne mientras intentaba tensar la cuerda, pero deje ya de hacerme cumplidos porque si no, me voy a poner a temblar y no voy a conseguirlo. ¿Hasta la boca, ha dicho? Eso es, vamos allá, un poco más, tire de la cuerda un poco más, los dos ojos bien abiertos. Qué dura está, qué resistencia, nunca lo hubiera creído, reconoció con voz débil Bénédicté Ombredanne. Ahí, los dedos, están un poco lejos de la flecha, tiene que acercarlos, así, eso es. Sin tocar el culatín amarillo de la flecha; si no, se torcerá. Ah, sí, una cosa más, contenga la respiración antes de soltar la flecha.

Bénédicté Ombredanne soltó la cuerda al tiempo que cerraba los ojos. La flecha cayó blandamente en la hierba.

¡Lo ve, se lo dije, ha tocado el culatín con los dedos! Bénédicté Ombredanne se defendió riendo: ¡lo que pasa es que soy una negada! Vuelta a empezar, aquí está la flecha: venga, estoy convencido de que se le da muy bien, tiene que aplicarse un poco más, vamos allá. Bénédicté Ombredanne colocó la flecha en la cuerda, recuperó la posición y empezó a traccionarla hacia el esbozo de sonrisa embelesada que lucía. Fue entonces cuando Christian le tocó los dedos para colocárselos y que la dichosa cuerda se tensase de verdad cuanto debía: a pesar del guante que llevaba puesto, aquel contacto la hizo estremecerse en lo más hondo de su ser. Atrás del todo, más, más, más, más atrás, así, perfecto, le decía él. El pie, más hacia la diana: Christian dio dos o tres golpecitos secos contra el botín de Bénédicté Ombredanne para rectificar la orientación... y fue realmente como si otras tantas sacudidas sísmicas le recorrieran el cuerpo. Apunte bien con los ojos abiertos, antes los cerró usted: Bénédicté, le recuerdo que con el arco y las flechas no suena ninguna detonación, así que no hace ninguna falta guiñar los ojos al disparar. Deje de hacerme reír, Christian, sea bueno, o voy a acabar matando a algún animal inocente, si no le doy al panel. Venga, dijo él. Espero que los vecinos más cercanos no tengan ninguna vaca, añadió ella. Bénédicté Ombredanne se concentró unos segundos, traccionó la cuerda un poco más aún hacia su esbozo de sonrisa y la soltó: la flecha volvió a caer en la hierba, al pie del panel, como una hoja de lechuga que se cae de la ensaladera.

Bénédicté, está usando la cuarta parte de la potencia. Intente abrir más ese arco. Ya lo sé, ya lo

sé, contestó ella, confusa. ¡Lo sabe, lo sabe, pero aun así ha disparado, aun así ha disparado! Venga, una vez más. Voy a intentarlo, se lo prometo, contestó ella, divertida por lo en serio que se tomaba Christian su aprendizaje. Con el músculo dolorido y la cuerda mordiéndole la yema de los dedos, volvió a arrimársela trabajosamente a la sonrisa, antes de soltarla: la flecha se plantó en la mancha de humedad, abajo a la derecha.

¡Bravo! ¡Bien! ¡Mucho mejor!

¿Lo ha visto? ¡He hecho lo mismo que usted, he apuntado a la mancha de humedad! ¡Con la diferencia de que yo sí que la he tocado! ¡No se confíe, muy pronto estaré a su nivel, es cuestión de práctica!

Christian corrió a buscar la flecha y la trajo de vuelta.

Bueno, volvamos a empezar. ¡Anda, una urraca! ¿Dónde? Ahí, delante de usted, cerca de ese macizo. ¿El macizo? Sí, el de los helechos. Bénédicte, ahí, delante de los helechos. Ah, sí, ya la veo, ¡qué bonita! Es una urraca, volvió a decirle Christian.

Se quedaron unos segundos observando a la urraca, que giró hacia ellos su cabecita curiosa de movimientos convulsos y echó a volar.

Bueno, sigamos. Se trata de disparar en la diana, no en el exterior de los círculos. Bénédicte, si quiere convencerme de que tiene algún talento, hágame el favor de apuntar al rojo. Aquí tiene la flecha. Bénédicte Ombredanne le cogió la flecha de las manos, volvió a colocarla en la cuerda y se puso de nuevo en posición. Imagínese que quiere matar un animal. ¡Tiene que buscar algo que la motive, Bénédicte! ¡Póngase en situación, imagínese que quiere cazar un jabalí! Está ahí como si nada, levitando, sin saber contra qué va a disparar: nunca conseguirá un buen tiro en esas condiciones. ¡Yo qué sé, haga como si sus hijos no hubiesen comido nada en cinco días! ¡Y tiene que llevarles a casa un buen pedazo de carne!

Bénédicte Ombredanne ancló la cuerda a la altura de los labios, pensó en sus hijos hambrientos y levantó los dedos: flecha en la diana.

No está nada mal, vamos mejorando, vuelta a empezar. Imagínese algo que sea aún más vital para usted. Bénédicte Ombredanne se estremeció con la sonrisa que le dedicó Christian mientras ella le cogía la flecha de las manos, se puso de nuevo en posición, se miró un instante, con la mente en blanco, la punta de los botines, la hierba esmeralda en torno al cuero marrón, las briznas, las briznas de hierba, los centenares de briznas de hierba idénticas, cortadas a ras de tierra. Aunque la misma pregunta llevaba agujoneándole la mente unas cien veces por minuto por cada centímetro cuadrado de tejido encefálico desde hacía ya dos horas, seguía sin saber lo que iba a hacer: tomar la decisión de acostarse con ese hombre o bien salir huyendo de su casa en cuanto disparase la última flecha, antes de que fuera demasiado tarde. Hasta el momento en que lo vio aparecer delante de la casa, había estado convencida de que para recuperar la claridad mental le bastaría con paladear, como si fuera la abertura de un frasco de perfume, tan solo con la nariz y entregada a sus ensoñaciones, los efluvios del atractivo sexual... y hete aquí que tenía que hacerle frente a una prueba inesperada: deseaba a aquel hombre al margen de cualquier otra consideración, solo por ser él, por gula, como un pastel al que no quería resistirse. Bénédicte Ombredanne se concentró, notaba a Christian a su espalda, esperando pacientemente: acordó consigo misma que si esa flecha no se clavaba en el rojo, recogería sus cosas y volvería a casa inmediatamente. Aquel viaje era en realidad una completa locura, una locura peligrosa además, porque ese hombre le gustaba, estaría corriendo un riesgo enorme si se quedaba una hora más, lo sabía con absoluta certeza. Además, ¿cómo era posible que la primera vez que se conectaba se topase, por casualidad, única y exclusivamente por casualidad, con un hombre tan acorde con sus

gustos? ¿No sería que el destino tenía algo que ver? ¿Acaso su vida no estaba dando un vuelco, obedeciendo desde el principio a unas fuerzas que no podía controlar? Rojo, te quedas; si no, te vas. ¿Estamos de acuerdo? Así no tendrás que hacerte ninguna pregunta, la flecha decidirá por ti. ¿Lo hacemos? ¿Me lo prometes? Te lo prometo, se contestó mentalmente Bénédicte Ombredanne. Te prometo que voy a clavar esa flecha en el rojo y que me voy a quedar. Respiró hondo mientras miraba la diana, levantó el arco, tensó la cuerda hasta la cara desprovista de sonrisas, no dejaba de perforar con la mirada un punto concreto rodeado de rojo, hizo un último esfuerzo para ponerse el culatín amarillo delante de los labios, contuvo la respiración con la esperanza de un beso bañado en rojo y los dos dedos soltaron la cuerda. En ese preciso instante, la asaltó el presentimiento de que había fallado el tiro.

La flecha apenas había salido disparada hacia la diana cuando las exclamaciones de entusiasmo resonaron a su espalda.

¡Bénédicte! ¡Qué maravilla! ¡De lleno en el blanco! ¡Menuda proeza! ¡Así se hace! ¡En pleno corazón! ¡Y es la cuarta flecha que dispara! No es posible, *¿cómo lo ha hecho?*

La flecha de Bénédicte Ombredanne, errada, se había clavado a unos veinte centímetros del lugar al que apuntaba, pero en pleno corazón de la diana, magnífica, profunda y perfectamente perpendicular.

Incluso a ella la conmocionó haber logrado ese resultado sobrenatural, como si de repente su presencia en el mundo quedase zanjada, por más ampollas que fuera a traerle luego aquella proeza. La invadió la sensación de hundirse por completo en el vacío, como en las aguas en que naufraga una nave que, por una avería, se va a pique.

De pura alegría, Christian abrazó a Bénédicte Ombredanne; estaba exultante, era la primera vez que veía a una principiante dar en el blanco en tan pocos intentos, ¡menuda aprendiz está usted hecha, Bénédicte, menuda aprendiz excepcional está usted hecha, no me lo puedo creer! La estrechaba muy fuerte contra sí, acompañando el abrazo de un movimiento de rotación más y más rítmico, el que avisa no es traidor; ya estaba avisado de que acabaría consiguiéndolo, le asestó Bénédicte Ombredanne riéndose, ¡ahora no se haga el sorprendido! Aun así, le contestó Christian apretándola contra el torso, ¡no pensaba que progresaría tan rápido! Para serle franca, lo interrumpió Bénédicte Ombredanne, soltándose, no estaba apuntando exactamente a esa zona, fui menos ambiciosa, tuve suerte con este disparo, hay que reconocerlo... o más bien mala suerte. ¿Mala suerte? Me había prometido a mí misma darle al rojo, le contestó Bénédicte Ombredanne. Ahora se hablaban mirándose a los ojos, en un abrazo como un nudo que se había aflojado ligeramente. En el tiro con arco no hay casualidades, Bénédicte, ni mala suerte, ni promesas que valgan. Ha dado en el blanco y punto. ¿Cómo sabe que su inconsciente no estaba apuntando al centro de la diana, como todo el mundo, aunque, en apariencia, creyese que quería darle al rojo? En el fondo, no estaba apuntando al rojo, estoy convencido, sino a lo absoluto, a la belleza definitiva. Eso significa que está bien que nos hayamos conocido, que ha sido un encuentro providencial que obedece a una profunda necesidad, lo quiera usted o no. Esta flecha indica que entre nosotros está sucediendo algo milagroso y lo sabe tan bien como yo.

Subyugada por esas palabras, Bénédicte Ombredanne le sonrió.

Creo que tiene razón, Christian, le dijo. Ya sé que tengo razón, le contestó él sonriendo también. La besó.

Se besaron largo rato.

El hecho de que sus bocas se entendieran tan bien instintivamente, de forma tan obvia, no dejó de asombrar a Bénédicte Ombredanne, a la que hacía muchos años que ningún hombre había

vuelto a besar (su marido nunca utilizaba los labios para deleitar los suyos, a excepción de los *muacs* que intercambiaban a diario, por la mañana y por la noche, como parte de la rutina, como una tarjeta magnética que se pasa por delante de un lector para entrar y salir de un edificio). Hasta ella llegaba el canto de un pájaro y un poco de viento le acariciaba la cara. Fue un beso voraz, tierno, lascivo, solemne, melancólico y ambicioso... igual que un pensamiento dinámico, un pensamiento que se ejecuta con brillantez hasta concluir brillantemente.

Fue Bénédicte Ombredanne quien, tras escuchar todo lo que aquel beso podía enseñarle, acabó interrumpiéndolo para dedicarle a Christian una mirada muy dulce: el plano fijo de una sonrisa luminosa, contemplativa, que su rostro le imponía a sus labios sin que ella pudiera controlarlo, en la euforia de la felicidad que sentía. Ya no controlaba nada: ni sus pensamientos, ni sus expresiones, ni su imaginación en plena fuga... ni siquiera las reacciones de ámbito general de todo su cuerpo, secreciones, mareos, agujetas, palpitaciones, explosiones a cámara lenta en las fibras de los músculos.

—¿Quiere que entremos en casa, o que vayamos al bosque?

—No lo sé. ¿Qué hora es?

—Las tres y diez —le contestó Christian mirando el reloj.

—Entonces al bosque.

En cierto momento del paseo, entre los troncos apareció un corzo que los estuvo contemplando unos instantes antes de alejarse brincando desordenadamente, sin seguir ningún eje, como si saltara en las casillas de una rayuela larga y sinuosa. Christian y Bénédicte Ombredanne iban cogidos de la cintura, charlaban y se detenían a menudo para besarse. A veces se cogían de la mano, pero Bénédicte Ombredanne no conseguía aceptar ese gesto íntimo, como si sus dedos, al dejar que los tocaran, le concediesen a Christian unas esperanzas que no estaba en condiciones de darle. Cuando notaba en su mano la mano de aquel otro hombre, se ponía a pensar en la mujer que era en realidad, casada y madre de dos hijos, y esa mujer, en su fuero interno, se ofendía, con una descarga eléctrica, ante ese gesto herético, por su connotación matrimonial, mientras que los besos, incluidos los más extremos, lograban que se olvidara de ella por completo (qué realidades tan curiosas descubre una cuando empieza a salirse de las sendas más trilladas). No le gusta que la cojan de la mano, Bénédicte, lo noto, ¿por qué? Prefiero que nos cojamos de la cintura, si no tiene inconveniente, le contestó. Así fue como la condujo bajo su árbol favorito: un roble de dimensiones monumentales, en cuyo pie brotaban infinidad de flores azules. Christian iba a menudo allí para meditar, se estaba planteando incluso colocar un banco, un banco en el que, en verano, romántico, podría leer buenos libros y escribir poesía, a la sombra de las frondas seculares, añadió en tono burlón.

Playmobil677 confirmaba su capacidad para reírse de sí mismo, como si se condenase a pagar una tasa adicional y prohibitiva cada vez que se oía decir algo demasiado serio. ¡Le enviaré mis poemas, Bénédicte, se los dedicaré a usted!

Se besaron. Ella le acariciaba la nuca. Le gustaba cómo olía. El sabor de su saliva. A veces abría los ojos hacia un retazo de cielo. Oían cómo crujían las ramitas bajo el peso de su abrazo. Su lengua de macho era un animal osado. Christian aventuró las manos por debajo del vestido de Bénédicte Ombredanne pero ella se zafó.

—Discúlpeme —le dijo—. Había creído...

—No importa. Es culpa mía. Lo siento.

—No, qué va, si lo entiendo.

Bénédicte Ombredanne, con la cabeza gacha, miraba fijamente el pecho de Christian, que

acariciaba con la mano derecha, pensativamente. La izquierda, con el puño apenas cerrado, descansaba sobre su esternón, que golpeaba con suavidad de tanto en tanto, como si fuera la puerta de una posada.

—No voy a poder hacerlo. Lo siento mucho.

—No importa.

—Sí, claro que importa. Usted quería una aventura, debe de estar decepcionado. Soy una tonta, debería haberme dado cuenta, así no le habría hecho perder el tiempo.

—¿Tiene miedo?

Alzó la cabeza hacia el rostro de Christian y le sonrió, avergonzada, con la esperanza de que la perdonara por esa respuesta.

—Estoy aterrada.

—Pues no lo esté.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Nada nos obliga a llegar más allá. Si quiere que nos limitemos a besarnos en el bosque, pues ya está, así de fácil, nos daremos besos en el bosque y nada más. ¡Sois dueña de mi conducta, como decían en las novelas del XVIII!

—Vaya, ¿no me diga que le gustan las novelas del XVIII?

—*Las amistades peligrosas. La vida de Marianne. La noche y el momento. Manon Lescaut. Ningún mañana. El sofá.* ¿Cuál más?

Bénédicte Ombredanne lo observó, incrédula y maravillada.

—Las cosas modernas no me dicen nada. Para que algo me emocione, tiene que ser antiguo, con referencias de otro siglo, a ser posible remoto. Me pasa igual con las personas: prefiero a las que parece que se han escapado de otra época, es la gente con la que me relaciono. Por cierto, esa sortija ¿de dónde sale? Es magnífica. Es una pieza excepcional, imagino que ya lo sabe.

—De mi abuela, que a su vez la heredó de la suya, no sé por qué estaba en la familia.

—Si esa sortija perteneció a una antepasada suya —enlazó Christian con tono malicioso—, tiene motivos para creer que no es usted la primera de su linaje...

—Sí, ya lo sé —interrumpió Bénédicte Ombredanne—. El único problema es que no sé si mi tatarabuela le compró esta sortija a un anticuario o si ella también la había heredado de su abuela y así hasta la época de Marivaux y hasta la culpable. A mí también me encanta *La vida de Marianne*. También tengo mayor sensibilidad para lo que pasó hace siglos. Lo que más me gusta de mí es lo que me une al pasado. De haber podido, me habría gustado que nos conociésemos en 1883.

—¿En 1883?

—Es el año en que Villiers de l'Isle-Adam publicó el libro al que dediqué la tesis de licenciatura. Pero es que en ese año también pasaron muchas otras cosas que me gustan. ¿Ha leído algo de Villiers de l'Isle-Adam?

—No me suena de nada.

—No es muy conocido. Pertenecía al movimiento simbolista, era íntimo de Mallarmé y alternaba con Huysmans. Antes de escribir sus relatos, probaba el impacto que causaban declamándolos en los cafés, en público, y deslumbraba por su carisma, su ironía y la fuerza visionaria de su prosa. Era un soñador, era un idealista. Le otorgaba la máxima importancia a las experiencias sensitivas porque son las que pueden revelarnos las verdades del mundo. Estaba convencido de que el más allá está inscrito en nuestra realidad y que podemos llegar a él merced a

las vivencias cotidianas por poco que lo deseemos, que sepamos ver lo que pasa a nuestro alrededor y seamos plenamente receptivos. Nuestro mundo está habitado, posee un sentido del trasfondo que se puede descubrir mediante el fulgor de las sensaciones, intermitentemente, del mismo modo que la luz de un flash puede iluminar un paisaje nocturno. Todas las narraciones reflejan la búsqueda de lo Absoluto, de ese deseo inagotable de alcanzar el Ideal, la «otra orilla», la Belleza suprema que revela un orden superior de la realidad, allende nuestra lamentable realidad atrapada en una época.

—¿Qué escribió?

—He conocido a cierto número de hombres que solo vivían en las cimas del pensamiento, no he conocido a ninguno que me haya causado una impresión tan clara e irrevocable de ser un genio. Es lo que decía de él Maeterlinck.

—Resulta muy tentador.

—Estoy segura de que le gustarían sus libros. Por ejemplo, los *Cuentos crueles*. No lo digo con segundas —añadió sonriendo.

—¿Es la primera vez?

—Se los regalaré.

—¿Es la primera vez?

—¿A qué se refiere?

—Que engaña a su marido.

—No me acaba de gustar esa palabra, la palabra *engañar*. Me parece espantosa.

—Bueno, pues ¿es la primera vez que va a casa de otro hombre, sin saber muy bien para qué pero, a pesar de todo, con la intención de, si se diera el caso, si las circunstancias fueran favorables...?

—Es la primera vez —lo interrumpió Bénédicte Ombredanne.

—¿Qué pasó? ¿A qué viene, de repente, querer hacerlo?

—No tengo muchas ganas de hablar de eso.

—Como prefiera, discúlpeme.

—Necesitaba demostrarme a mí misma que podía escapar a su influencia, tomar iniciativas que solo me afectan a mí, en secreto, como una mujer libre. No he capitulado. Sigo estando viva. Soy la única que dirige mi vida, a pesar de las apariencias. Sé muy bien dónde ir a buscar la belleza, nada ni nadie podrá impedirme ejercer ese derecho, empezando por mi marido, o el liceo, o el decoro. Si me apetece hacer algo, lo hago. Eso es todo, ¿está satisfecho?

—¿No la trata bien?

—¿Por qué me pregunta eso?

—No lo sé, es una corazonada.

—Digamos que no es de trato fácil.

—¿Le pega?

—No.

—¿Está segura?

—No en sentido estricto.

—Qué respuesta más rara.

—Christian, por favor, vamos a dejar el tema, ¿vale? ¿De verdad quiere que hablemos de eso?

—Me preocupo por usted. Si está usted aquí, en cierto modo es por eso, ¿no?

Bénédicte Ombredanne le sonrió. Con la sonrisa le decía: buena jugada.

—A veces me da un empujón y entonces, hay veces en que me caigo, porque soy muy menuda, y

me hago daño. Lo que tengo que hacer es mantenerme más firme, como cuando voy en el autobús. No me pega. Menos cuando se le escapa un gesto algo brusco hacia mí, porque no puede evitarlo, pero no son golpes, no, no son golpes, no en sentido estricto.

—¿Cómo? ¿Que no puede evitarlo?

—Christian, por favor, no es una buena idea hablar de esto, se lo aseguro.

—Si he entendido bien lo que me ha dicho, al parecer algunos hombres pegan a las mujeres porque les gusta, por costumbre, con conocimiento de causa, y otros les pegan sin pegarles de verdad, a su pesar, sin querer hacerlo, casi por despiste, porque se les escapa alguna que otra bofetada, o un empujón, y a esos hombres hay que perdonarlos de antemano, habría que disculparlos porque, al parecer, son ¿qué sé yo, débiles? ¿Esclavos de sus impulsos? ¿Dignos de compasión? ¿Según su propia confesión? En cuyo caso ¿habría que quitarle hierro a su comportamiento? No estoy de acuerdo.

—No puede usted ponerse en mi lugar. Es muy fácil ponerse a juzgar desde tanta distancia.

—No la estoy juzgando, Bénédicte. Ni tampoco a su marido, por cierto. Pero puede que hablar del tema, solo eso, hablarlo, entre los dos, aquí y ahora, no sé...

—No le falta razón. Que seamos dos, por una vez, para analizar mi situación y comentarla, en lugar de estar yo sola, en efecto, sienta bien, me consuela un poco; no lo había pensado, tiene toda la razón, gracias.

—¿Por qué no deja a su marido?

—Se negaría. Categóricamente, vamos. Y tengo que pensar también en los niños. Lo haré cuando sean mayores. Quizá. Si las cosas no se arreglan. De momento, ni me lo planteo.

—Eso es lo que usted cree.

—Es como si estuviera presa. Y lo que me queda... Mi hijo cumplirá cinco años en octubre, trece años de condena.

—Esa no es forma de razonar, es absurdo.

—Nada indica que las cosas no vayan a arreglarse. Este amor es agotador, me supone una dura prueba, pero creo que es un amor de verdad, una historia auténtica.

—Si usted lo dice... Pero puede que esa forma de enfocar el asunto resulte una trampa.

—Le repito que no se puede poner en mi lugar.

—¿Y qué es lo que tenía pensado, buscarse un amante? Desquitarse por ese sacrificio a medias...

Christian dejó la frase en el aire. Bénédicte Ombredanne estuvo mucho rato observándolo, intentando encontrar en su rostro, en las promesas que podía ofrecerle ese rostro, la respuesta, en principio algo arriesgada, a esa pregunta no menos arriesgada y que él acababa de formularle, astutamente, con un brillo en la mirada, tanteando el terreno.

—No lo sé. No creo. Y eso que con usted, la idea de tenerlo de amante titular...

—¿Cuando usted quiera, Bénédicte! ¡Si quiere que sea su amante titular, no tiene más que decirlo, es cosa hecha!

A Bénédicte Ombredanne le llegó al alma aquel arrebatado de sinceridad.

¡Qué bien le sentaban, sí, *qué bien*, su amabilidad, su generosidad, esa sencillez bella y grandiosa, en aquel mundo donde todo se calibra, donde se sopesan las palabras, donde las relaciones humanas están sometidas a las constantes rectificaciones de los mandatarios de la desconfianza y del miedo, de la envidia, de la acritud y de los celos! ¡Cómo desentonaría ese hombre anacrónico en la sala de profesores del liceo, epicentro de la mediocridad contemporánea! Pero ¿cómo puede una sentirse tan a gusto y tener una sensibilidad tan afín con

alguien que acaba de conocer?

—Vivimos un poco lejos para que sea mi amante titular. Enseguida se nos complicaría la vida a los dos.

—¿Cómo que un poco lejos? No lo entiendo.

—Vivo en Metz.

—¿Ah sí? ¿En Metz? Pero si me había dicho... ¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible qué? ¿Que no haya querido citarme con un hombre en Metz sino en Estrasburgo, lejos de mi casa?

La miró unos instantes.

—Puedo ser yo quien vaya, la próxima vez, si le parece bien.

Bénédicté Ombredanne se limitó a sonreír antes de agachar la cabeza.

—¿Siempre es usted tan risueña?

—¿Cómo? ¿Yo? ¿Risueña? ¿Usted cree?

—Pocas veces he visto a una mujer sonreír tanto; parece que está usted fuera de la gravedad, tiene una sonrisa luminosa que nunca se le va de los labios. Incluso cuando hablamos de cosas serias, su sonrisa nunca está lejos: basta con que nos miremos para que reaparezca. Su rostro es como el tiempo que hace hoy: cálido y soleado.

Bénédicté Ombredanne transformó la sonrisa en carcajada, como para darle la razón, aunque en realidad lo hacía por turbación y pudor.

—¿Si usted supiera! No, no soy una mujer especialmente risueña.

Notó que se ruborizaba.

—Cualquiera lo diría.

—Es que hoy soy feliz, indescriptiblemente, si quiere saberlo todo. Nuestra cita, en una vida tan ordenada como la mía, ha sido como una revolución: estas sonrisas son Algaradas de una multitud jubilosa, no puedo impedir que estallen, son como clamores, me encanta esa sensación. Estas sonrisas no me pertenecen, la magia del momento tampoco me pertenece, lo sé, lo noto. Este día milagroso no se repetirá nunca, seguramente es el último día feliz de toda mi vida. Estoy ardiendo entera; al tiempo que transcurre este día ideal, me consumo de felicidad del todo, desde dentro, ¿comprende? Estoy quemándome de felicidad, desde dentro, del todo. Cuando me vaya de aquí, solo quedará de mí un montoncito de cenizas.

—¿Pero qué me está contando, Bénédicté! *¿Cómo puede decir que es el último día feliz de toda su vida?* ¿Pero bueno!

—Porque lo sé.

—¿Deje de decir tonterías! ¡Habrá más días felices! *¡Ya lo creo que sí!*

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y cinco.

—Vamos a su casa, al final se me va a hacer tarde.

Se acostaron juntos dos veces.

El dormitorio de Christian, espacioso, estaba decorado con el mismo refinamiento que el salón.

Bénédicté Ombredanne se dejó desnudar sin miedo a parecerle poco agraciada, quizá porque estaba ocupada desnudándolo a él al mismo tiempo, con ansia, dejándose llevar por la intensidad del deseo, impaciente por descubrir su cuerpo.

Esas pocas horas los vieron reír, gemir, comer, jadear, susurrarse palabras definitivas, eminentemente sinceras, cuyo recuerdo obsesionó a Bénédicté Ombredanne durante meses, como una herida fatal en el alma.

La hizo gozar con la lengua, sin escatimarle el tiempo ni el espacio, para que recuperase la confianza en sí misma, lentamente, con absoluta quietud, sin obligaciones de ningún tipo.

El retrato de un eclesiástico —un óleo de grandes dimensiones, denso y oscuro, pintado en el siglo XVII— presidía una cómoda que ocupaban un desnudo de bronce, varios frascos de perfume y un reloj de sobremesa cuyas manecillas le recordaban a las flechas que había disparado, ambas rematadas con un afilado acento circunflejo.

Recorrió con la lengua los dientes blancos de Christian, uno a uno, mirándolo a los ojos con vivos destellos de alegría, lo que le hizo sonreír.

¿Tan tarde es ya?

Todavía no, no te preocupes, ya no funciona, le contestó Christian derribándola de nuevo sobre las sábanas.

El eclesiástico estaba arrugado, tenía una piel cérea, se enfrentaba al mundo con unos ojillos intimidatorios, como si desde lo alto de un pedestal de desaprobación considerase a los humanos con los que se cruzaba su mirada rectilínea, inmensamente pensativa y reticente, sin indulgencia alguna.

Christian lamentó haberse derramado contra su vientre, en abundancia, cuatro o cinco salvas que chocaron contra la piel marmórea, al concluir el primer coito. Se disculpó humildemente, no se había atrevido a eyacular en su interior porque no sabía si usaba algún anticonceptivo. Podías hacerlo, Christian, le dijo. La próxima vez, me gustaría que gozases dentro de mí.

En el eje de la cama, un espejo inclinado, sujeto a la pared con un cordón antiguo, le permitía a Bénédicte Ombredanne ver sus cuerpos a cierta distancia, en un plano amplio. Le gustaba el cordón, les otorgaba perspectiva a las visiones que captaba el espejo, la perspectiva del pasado.

Se atrevió, al iniciar su segundo encuentro, a meterse el sexo de Christian en la boca, cosa que nunca había hecho con su marido porque este le había dicho, poco después de conocerse, que era algo que no le gustaba demasiado, prefería la mano, con diferencia.

De vez en cuando la mirada de Bénédicte Ombredanne se cruzaba con la del prelado, y entonces se daba cuenta de lo feliz que se sentía. La inmensa belleza de aquel momento de intimidad, a la par que delictivo, bien merecía que interviniera un cardenal.

El sexo de su marido, puntiagudo, tenía el aspecto de un animal taimado de los que se cuelan por todas partes, una garduña o un ratón, una rata, un zorro. Por el contrario, la circuncisión y el grueso glande del sexo de su amante le otorgaban un aspecto franco, conmovedor y simpático: le recordaba a un monje con una casulla amorfa y el cabezón tonsurado.

Oía, procedente de los árboles que rodeaban la casa, el canto de los pájaros, como si espolvoreasen los sonidos incesantemente alrededor de la cama y de sus cuerpos entrelazados.

El olor de algún plato delicioso subía hasta el dormitorio, discreto e irrefutable, y cuyo origen era un misterio para Bénédicte Ombredanne, pues no había visto a su amante en los fogones.

Después de disculparse por haberle ensuciado el vientre, Christian fue al cuarto de baño contiguo al dormitorio a buscar un guante de baño humedecido en agua templada y una toalla de color violeta de Parma, perfumada, que le pasó suavemente sobre la piel, limpiándola con delicadeza.

Al tocarlo con la lengua, sorprendida, el glande carnoso resultó ser divinamente excitante, notaba cómo le llenaba la boca como si fuera un trozo de comida demasiado grande. Christian soltaba unos resoplidos espectaculares, roncós, que parecía no poder controlar a medida que se amplificaban, proporcionalmente al placer que sentía.

El reloj marcaba las seis y diez desde que se había fijado en las dos manecillas en forma de flecha. A partir de aquella tarde, la más hermosa de toda su existencia, todos los días a las seis y diez de la tarde procuraría mirar las manecillas de su reloj de pulsera, dedicándole sus pensamientos a Christian, al severo eclesiástico y a sus cuerpos desnudos en la lejanía del espejo.

Cuando Christian le introdujo un dedo en el ano, se estremeció. Las pupilas del prelado no se inmutaron, constantes y resignadas.

Al notar que el semen de Christian estaba a punto de salir disparado contra sus encías, se sentó encima de él y le untó el sexo con los fluidos del suyo, cadenciosa y aplicadamente, besándolo en los labios mientras él le pellizcaba los pechos con una crueldad que multiplicó su placer. ¡Sí, así, eso es, qué rápido aprendes! Te quiero, te quiero, te quiero, le decía ella en voz baja, en voz muy baja, a través de los besos. Al cabo de un rato, Bénédicte Ombredanne tomó la iniciativa de adoptar su postura favorita y se colocaron frente a frente, apoyándose en las manos, sin dejar de mirarse a los ojos. Se sonreían, era bonito sonreírse así mientras hacían el amor cara a cara, pero de repente un resurgimiento simultáneo del placer borró de ambos rostros cualquier vestigio de plenitud, arrastrándolos a los dos, con los párpados cerrados, a su bosque vertiginoso.

Un cordón fechado en 1883: dos cuerpos antiguos, pegados uno al otro, atisbados en un reflejo de antaño.

Christian le dijo que debía de tener hambre, había llegado a la una de la tarde y no había comido nada desde entonces. Había un guiso de adobo haciéndose a fuego lento en la cocina de leña y se proponía servirle un delicioso almuerzo allí mismo, en el dormitorio, encima de la cama, acompañado de un excelente vino de Graves y un buen pan, ¿qué le parecía? Se levantó de un brinco y Bénédicte Ombredanne se cubrió con la sábana el cuerpo desnudo.

Hubo un momento en que Christian saltó sobre Bénédicte Ombredanne y la tumbó de espaldas, aplastándola contra el colchón, presa de un impulso de posesión total. Parecía rabioso, la iba a asesinar, Bénédicte Ombredanne chillaba, Christian, no, por favor, para... Le agarraba las nalgas para que fuera más deprisa, más lejos, más bruscamente, le daba miedo quedarse anonadada en el momento de culminar su gozo, ¡Christian, no, te lo ruego, para, voy a gozar, para, es demasiado, Christian, te quiero, me voy a morir! Laceró como una furia la espalda y los hombros de su amante, el gozo se desencadenó en su cuerpo mientras que un rayo caído del cielo fulminaba, a su vez, a Christian: lo sintió derramarse convulsivamente, encabritándose con cada salva que expulsaba, parecía como si reaccionase ante unos mordiscos profundos; en el cuerpo de Bénédicte Ombredanne, el placer seguía irradiándose hasta hacerla llorar, el vientre le quemaba de tanta violencia; Christian se estremeció unos segundos antes de dejarse caer encima de ella pesadamente, aniquilado, resoplando ruidosamente.

En rigurosa superposición y concomitancia, la progresión del placer mutuo había sido tan exacta y fulgurante como la trayectoria de la flecha, con la única diferencia de que había durado un cuarto de hora en lugar de una fracción de segundo... hasta el prodigio del impacto en la diana, en el centro de todos los círculos, explosión de gozo corporal.

Se abrazaron, recuperaron la calma, respiraban apaciblemente, con los ojos cerrados, acariciándose con dedos distraídos.

Me has matado, le dijo muy bajito al oído Bénédicte Ombredanne, me has matado, tesoro mío.

No se atrevía a preguntar qué hora era, no quería pensar en marcharse, intentaba protegerse de las recomendaciones de la razón, que, sin embargo, como a través de la reja de un tragaluz, indiscreta y aguafiestas, insistía en meterle prisa y recordarle que tenía que volver a casa.

Al cabo de unos minutos de silencio, Bénédicte Ombredanne volvió a hablar con voz ronca.

Había gritado tanto que tenía las cuerdas vocales irritadas.

—Hay una sensación que noto desde hace mucho tiempo, es bastante curiosa, no sé si será muy habitual.

—Describémela y te diré si la conozco.

—Voy a intentarlo, pero no es fácil.

—Te escucho.

—Bueno, pues no sé por dónde empezar. Digamos que intento aprovechar todo lo posible el presente: el hecho de que el tiempo vuele a mi pesar me resulta insoportable. Lo ideal sería poder asignar un calificativo a cada día de mi existencia, conservar un rastro, acordarme de él. Por supuesto, es fácil darse cuenta de que la memoria no puede funcionar a una escala tan pequeña y, además, al transcurrir uno tras otro, los días se parecen demasiado entre sí, sería absurdo querer distinguir uno de otro.

—Coincido contigo.

—Entonces, por lo menos, intento que cada día deje en mi memoria un sabor específico, hay incluso ciertos años que se pueden subdividir en distintos períodos, en cuyo caso los archivo por ambientes, como una coleccionista de esencias únicas. Si me hablas de la primavera de 2002, es como si clavaras acordes en un armonio, recupero en el acto las sensaciones que la primavera de 2002 dejó en mi memoria. Esas sensaciones tienen carácter propio, como una melodía o un perfume. De este modo no tengo la sensación de que la vida se me escapa entre los dedos y de que se me escapa entre los dedos porque he sido pasiva o no le he dedicado a lo vivido toda la atención que requería. Porque ese es mi mayor miedo: que mi vida transcurra inútilmente como el agua de un grifo que alguien se ha olvidado de cerrar o que tiene una fuga, algo así, ¿entiendes?

—Lo entiendo.

—Al final te acaba pasando factura, una factura desproporcionada para lo que es tu consumo real o para lo que es tu consumo consciente, es decir, que los años pasan, el agua corre, los años pasan, el agua corre, y cuando te das cuenta de que han pasado esos años, compruebas que no has vivido nada, o muy poco, o no lo suficiente, y te lo reprochas: dices, joder, me tendría que haber fijado un poco más, la factura es de diez años pero he vivido tres cosas relevantes, lo demás, pues eso, viene de la fuga de agua, del grifo que se ha quedado abierto. Así que procuro, todos los días me acuerdo de hacerlo, estar atenta al tiempo que pasa (por eso me hace tanta gracia tu reloj de sobremesa), aunque mi existencia, y bien que lo siento, es bastante sosa, relativamente repetitiva... pero al menos no es por no haber esperado mucho de la realidad, no es por que haya sido negligente o haya dejado al tiempo solo consigo mismo mientras le daba la espalda, entretenida con alguna otra cosa. Sin embargo, fijate que el tiempo, por mucha atención que le preste..., sigue pasando como si tal cosa. Así que si alguien me enseña una foto mía de cuando tenía veintiséis años, pienso, caramba, es de hace diez años, cómo pasa el tiempo, no lo he frenado lo suficiente, no lo he examinado lo suficiente, no lo he inmovilizado lo suficiente con el pensamiento, mantenido en el punto de mira con mis expectativas y mi enfoque, con mi deseo de vivir y con mis exigencias, es culpa mía que el tiempo haya pasado tan deprisa, he sido una negligente, he sido más indecisa de lo que creía, y pienso: pobres de mis amigos, de la persona que me enseña esta foto, es culpa mía que hayan envejecido tanto, si hubiese prestado más atención, no seríamos tan viejos hoy día, tendríamos todos veintiocho años como mucho y no treinta y seis. Sí, eso pienso: si por aquel entonces me hubiese concentrado más en el presente, hoy estaríamos todos menos alejados de él, incluso puede que estuviésemos aún allí, o no muy lejos. ¿Comprendes? Es como si yo asumiera la responsabilidad de que el tiempo pase. Como si

cada individuo tuviese en la mente la capacidad de frenar el paso del tiempo y de frenarlo no solo en la impresión que pudiera producirle, sino de verdad, para todo el mundo.

—Entiendo lo que quieres decir, pero nunca he experimentado esa sensación. Tampoco creo que sea muy habitual. Es muy bonita, te convierte en una persona excepcional. A mí me pareces maravillosa. Me gustaría que fueses mi mujer.

—Qué bobo eres.

—Lo digo en serio.

—Ya estoy casada. Y aún me quedan trece años. ¡Podemos quedar dentro de trece años, si te parece!

—Esa manía tuya de que estás encarcelada es una ridiculez. Eres libre, las paredes de esa prisión no existen, puedes decidir que dejas a tu marido de un día para otro, si se te antoja.

—A lo mejor, si me quedo, es porque le quiero.

—¿Quieres una copa de vino?

—Solo un poco, si no, no podré conducir.

Christian se levantó y le sirvió una copa de Graves. Bénédicte Ombredanne estaba apoyada en las almohadas de pluma, con los pechos al aire y con la sábana subida hasta las caderas; Christian estaba sentado frente a ella, con las piernas cruzadas y un albornoz blanco.

—No me apetece volver a casa. No tengo ningún recuerdo de haber sido nunca tan feliz, o es de hace mucho tiempo, de otra vida.

Miró las manecillas del reloj y preguntó si, por casualidad, no habría llegado el momento en que fueran las seis y diez de verdad.

—¿A qué hora tienes que estar en casa?

—Debería haber llegado hace mucho. El jueves, solo tengo clase de ocho a diez. Ese día mis hijos están acostumbrados a que yo esté en casa cuando vuelven del colegio y a encontrarse la nevera llena. Hoy su madre estará ausente y la nevera, vacía. ¿Qué hora es?

—¿No tienes reloj?

—Está en el bolso. Me lo quité para ponerme tu oreja de elefante.

—Ah, sí, es verdad.

—¿Y bien?

—Son las seis y diez.

—¿En serio? ¡Qué desastre!

—Tampoco exageres.

—No sé cómo me las voy a apañar para salir de esta. Lo más raro es que ahora mismo, aquí, frente a ti, en esta cama, ese problema tan grave no me preocupa nada de nada; estoy anestesiada, como si fuera un sortilegio, incluso creo que, si me hiciera caso a mí misma, podría hacer una tontería de las gordas.

—¿Cuál?

—Vivir a tope la felicidad de esta situación, sin preguntarme nada, obedeciendo únicamente a mi bienestar, y volver tarde de verdad.

—¿No te importa que tus hijos estén preocupados por ti?

—Mis hijos... No hay nada tan egoísta como un niño, ¿verdad? ¿No estás de acuerdo? Vaya, pues qué suerte tienes. Los quiero con locura, no se trata de eso, pero si llegaran a preocuparse, y digo bien *si llegaran*, se les pasaría a los cinco segundos, en cuanto se enteraran de que todo está en orden y de que solo me he retrasado. Es más, percibiría en su alivio una pizca de decepción, estoy convencida.

Christian la miró sin comprender: se pasó la mano por la parte inferior de la cara, como si quisiera comprobar cuánto le había crecido la barba, a pesar de haberse afeitado por la mañana.

—Hijitos, no os lo vais a creer, resulta que al salir del supermercado ¿sabéis con quién me tropecé? No os lo podéis ni imaginar.

Christian sonrió y meneó el pie de Bénédicte Ombredanne a través de la sábana para felicitarla por la imitación.

—Mientras que ahora tendré que decirles que he pasado el día en el campo porque necesitaba pensar. Les diré que me quedé sin gasolina. Así se tranquilizarán, cierto, suponiendo que en algún momento estuvieran preocupados, pero sobre todo se llevarán una decepción o estarán molestos por los contratiempos que supone esa escapada tan rara, primero por la nevera vacía y también porque la cena no estará lista. Tendrán hambre, muchísima hambre, todos, el padre igual que los hijos, por supuesto, faltaría más. Que yo satisfaga mis deseos, mis necesidades, les importa un bledo, no sabes cuánto. Mi equilibrio o mi bienestar, lo mismo, indiferencia absoluta. En mi casa nunca me pregunta nadie si estoy bien o no, si soy feliz o no, si me falta algo o no, jamás de los jamases. Qué horror, ¿verdad? ¡Como ves, estoy en plena crisis! ¡Me rebelo! ¡Me he ido de casa para rebelarme!

Bénédicte Ombredanne se echó a reír.

—Pues entonces, llámales.

—¿Tú crees que es algo habitual que las madres de familia deserten de su casa de un día para otro sin dar ninguna explicación, hastiadas de que los suyos las traten con una profunda indiferencia, o es algo que no pasa nunca, impensable?

—No tengo ni idea. No he leído ningún estudio al respecto.

—¿Llamarles? Si no tengo móvil.

Christian la miró de hito en hito: Bénédicte Ombredanne le sonrió.

—Es por mi marido. Le asusta que aproveche para tener una vida social excéntrica, amigos, amantes. Pero con el fijo, como me exige estar localizable, no me queda más remedio que volver a casa después de clase: tiene mi horario, sabe a qué horas puede llamarme. Obviamente, si tengo que salir para hacer algún recado, pues salgo, me deja libertad de movimientos. No estoy prisionera, tampoco hay que exagerar. Pero me sigue el rastro, sabe en todo momento dónde estoy. Esta mañana sabía dónde me metía cuando decidí desaparecer de las pantallas de radar durante unas horas. Ahora tendré que asumir las consecuencias. Lo único que espero es que sean tolerables y que no se eternicen.

—¿Tolerables?

—No te preocupes. Serán tolerables.

—Bénédicte, ¿estás segura de que puedes volver a casa sin correr peligro?

—Sí, estoy segura, no te preocupes. Gritará, tendré que tranquilizarlo, pedirá explicaciones, querrá pruebas, tendré que cumplir mi penitencia, pasarán tres días y se acabó.

—No dejes de llamarme si surge algún problema. ¿Lo prometes?

—Pero qué atento eres. No estoy acostumbrada a tratar con gente tan amable. En casa, la encargada de prestar los servicios de protección soy yo, de consuelo, orientación, intendencia, logística, especialización, asesoramiento, cariño, mantenimiento y seguridad. ¿Qué más? Estoy sometida a un deber de abnegación constante e incondicional, con todos los miembros de la familia. A cambio, lo único que recibo es indiferencia. Al fin y al cabo, es lo normal, que mamá se ocupe de todo, ¿no? Así que, ¿por qué habría que darle las gracias o demostrarle que les gusta lo que hace? Vengo a ser como una camarera de restaurante: nos damos cuenta de que la camarera

del restaurante es un ser humano cuando no hay mostaza en la mesa y tarda demasiado en traerla, es decir, cuando nos entran ganas de partírle la cara porque la comida se está enfriando y vamos a tener que comérnosla a palo seco. Salvo en las ocasiones en las que sus carencias de ser humano nos enfurecen, es transparente del todo, no la vemos, le damos órdenes acostumbrados a que las ejecute como si fuera una máquina o un ente abstracto.

—¿Y en tu casa es así?

Bénédicte Ombredanne miró a Christian sin contestar, antes de sonreírle.

—Una cosa puedo decirte, una cosa de la que estoy segura: el día que hemos pasado juntos justifica que tenga que asumir las consecuencias, tengan el alcance que tengan. Nunca me arrepentiré de haber tomado la decisión de venir a verte, ni de lo que he hecho contigo esta tarde. Lo sé. Lo tengo grabado aquí, aquí, aquí y desde aquí hasta allí, para siempre jamás, al margen de lo que sea de nosotros —le dijo a Christian señalándose con el índice, sucesivamente, la sien, los labios, el corazón, el vientre, el sexo y, por último, los dedos de los pies (en ese momento, divertida por aquella breve ceremonia improvisada, dejó que irrumpiera una amplia sonrisa), que su amante le tenía cogidos a través de la sábana.

—Habrás más días como este, que pasaremos juntos —le contestó Christian cogiéndole la mano.

Se besaron largo rato, antes de que Bénédicte Ombredanne se hundiera de nuevo en la blandura de las almohadas.

—No sé si tendré fuerza. Vine aquí pensando que solo sería una vez.

—Esas son cosas que se piensan, pero luego...

—Ya veremos —lo dijo con cierta sequedad—. Ni siquiera sé con lo que me voy a encontrar en casa dentro de un rato.

Christian la examinaba con expresión preocupada y las manos cruzadas en torno a la copa de Graves, como si rezara.

Bénédicte Ombredanne, por el contrario, sujetaba la suya por el pie, con la punta de los dedos. La copa vacía oscilaba en el aire como un borracho que no consigue avanzar, vertical y en equilibrio inestable.

—Cuando dentro de diez años alguien mencione delante de mí la primavera de 2006, ya no será como unos acordes tocados en un armonio, sino como el órgano mayor de Notre-Dame. ¡El 9 de marzo de 2006, entre la una y las siete de la tarde, la apoteosis de mi juventud!

Se levantó de la cama, se ducharon juntos enjabonándose mutuamente y se vistió delante del espejo grande.

Se besaron junto a la estatua de mujer, en el salón, ella con el abrigo acampanado ya puesto y él con el torso desnudo, vestido solo con el pantalón.

Bénédicte Ombredanne le pidió que la dejara salir sola, no le gustaban las despedidas, él le prometió que no la miraría desde la ventana.

Bénédicte Ombredanne cerró personalmente la puerta principal mientras él se alejaba en dirección a la cocina, que estaba en el otro extremo de la casa.

Al encaminarse por el sendero empedrado, Bénédicte Ombredanne no pudo contener las abundantes lágrimas, a las que siguieron hondos sollozos. Por mucho que se repetía que había pasado una tarde increíble, que podría volver siempre que su estado de ánimo necesitase consuelo urgente, la tristeza se imponía a los tesoros que había acopiado, sedosos e inolvidables.

Se fue de casa de Christian a las siete. Se paró en una estación de servicio, junto a la autopista, para llenar el depósito y llamar por teléfono. Descolgó su marido; Bénédicte Ombredanne se limitó a articular, como si estuviera muerta, que se había ido de excursión a los Vösgos, que se

había quedado sin gasolina y que ya se lo contaría todo, que no se preocupasen y que estaría en Metz dentro de dos horas a más tardar. Colgó en cuanto él empezó a gritar, no le apetecía tener que justificarse por teléfono, lo único que pretendía era tranquilizar a su familia, nada más. A pesar de lo breve que había sido la conversación, tuvo la certeza de que el regreso sería terrible.

Ahora que había tranquilizado a los suyos, ya no tenía tanta prisa por volver. Condujo a velocidad moderada, por el carril derecho, demorándose detrás de unos tráileres inquietantes con matrícula alemana, a los que finalmente adelantaba, angustiada al verles las entrañas, manteniendo el intermitente, antes de volver a su carril.

Comprendió en ese trayecto que el mundo se dividía en dos categorías antinómicas. Para ella fue una revelación: un descubrimiento. No era cuestión de ricos y pobres, de dominadores y dominados, de tener el poder o no tenerlo. Eso son categorías secundarias, muy visibles, no esenciales, casi anecdóticas, cuya principal razón de ser es ocultar la auténtica partición de la realidad. No, el mundo se divide entre los que viven la urgencia y la belleza asfixiante de una pasión loca... y los que no viven la urgencia y la belleza asfixiante, aturdidora y obsesiva de una pasión loca. No se trata del amor, no del amor propiamente dicho, sino de ese sentimiento ardiente que se apodera de ti obligándote a ceder a su gobierno hasta acabar haciendo lo que sea, corriendo todos los riesgos, infringiendo todos tus principios... sobre todo si esa pasión es clandestina y peligrosa. Aquella noche se sentía orgullosa, con las manos en el volante, alada y palpitante, de haber conocido por fin ese sentimiento, de descubrir de repente la verdadera fractura que ordenaba el mundo, y de decirse que era afortunada por contarse entre aquellos que, invisibles a primera vista, conocen los arrebatos de una pasión. No habría cambiado las delicias de esa aristocrática pertenencia por ninguna garantía de seguridad.

Le gustaba hacer lo que estaba haciendo, conducir de noche, sobre todo por una autopista. Pero hubiese preferido hacerlo para alejarse, irse, soñar, en lugar de para mancillar y repudiar a la mujer luminosa que había sido durante las seis últimas horas, para clausurarla. Eso era lo que iba a tener que hacer, lo sabía, a menos que lo confesara todo al llegar.

¿Lo confesaría todo al llegar para poder volver a marcharse inmediatamente con Christian y tomar su sexo entre los labios y sentirlo adentrarse en ella?

Era la primera vez que conducía por el tramo sur de la autopista A4, entre Estrasburgo y Metz.

En el tramo norte, que sí recorría con frecuencia para ir a ver a sus padres a Champaña, se sucedían los indicadores que demostraban que la historia de aquella región no había sido más que una sucesión de heridas y peripecias traumáticas o decisivas: VERDÚN, EL OSARIO DE DOUAUMONT, LA VÍA SACRA, LA BATALLA DE VALMY, LOS TAXIS DEL MARNE, LA HUIDA DE VARENNES, GRAVELOTTE 1870, y así hasta que todo conductor, al hilo de los kilómetros y los letreros, acababa preguntándose si la existencia de cualquiera no sería igualmente una sucesión de traumas y de conflictos, de ataques, de injusticias, de expolios, de hostilidades sangrientas y destructoras, pero dentro de una continuidad paisajística impasible, una resistencia a los hechos y una forma de indiferencia hacia los recuerdos del dolor, incluidos, incluso, algunos días de cielos azules abiertos y alentadores, y pájaros alborotados. A pesar de tener que afrontar los acontecimientos más ingratos, seguimos avanzando, los árboles vuelven a crecer, el tiempo pasa, podemos renacer, hay despaciosas figuras de rumiantes en los lugares donde se amontonaban los cadáveres, los días transcurren y prosiguen su eterna cuenta atrás. Este trayecto nos enseña que nuestra vida es, en efecto, el cielo de los acontecimientos desagradables con los que nos tenemos que enfrentar, que no son sino su suelo, su tierra y sus guijarros: sus campos de batalla.

Por este motivo, a Bénédicte Ombredanne, aquella noche, le hubiese gustado vislumbrar, junto a la autopista A4, el indicador de alguna batalla sangrienta, salvaje y apocalíptica: habría encontrado en él un alivio como aquellos a los que recurría Playmobil677, cuando le tocaba vivir períodos difíciles, riéndose de sí mismo. De ese modo, el ver reflejado el peligro de su situación en el espanto de un indicador conmemorativo, la habría hecho sonreír y acordarse de él, sintiéndose menos sola, agradecida.

Ironías del destino, entre Estrasburgo y Metz no hay junto a la carretera ningún inventario de matanzas, ningún catálogo de cicatrices ni ninguna indicación histórica en forma de letrero, siendo así que aquella noche, de regreso a su casa, Bénédicte Ombredanne se sentía como un soldado camino del frente, arrastrado por el caudal de la Historia, incapaz de cambiar su destino y de protegerse. Lo único que podía esperar, como el soldado al que mandan a una carnicería, era que no sucediese lo peor y acabar sin demasiadas heridas. El frente estaba en el corazón de Metz, en el barrio de Sablon, en la calle de Saint-Pierre, donde por fin aparcó, algo temblorosa, sobre las ocho y cuarenta y cinco, apagando los faros del coche con la misma aprensión gélida con que lo hubiera hecho si, en adelante, su existencia fuera a quedar privada de toda visibilidad, como en un período de guerra.

#### 4.

Solo cuando le rogaron a su padre, a eso de las siete y media, muertos de hambre, que les diese algo de comer, este se dignó a descongelarles una pizza... pero como no paró de ir arriba y abajo por toda la casa soltando largos improperios, la dejó en la rejilla del horno unos minutos de más y se le quemó el fondo. Arthur y Lola no se atrevieron a decírselo y con una cucharilla, se comieron, resignados y en silencio, la cobertura de salsa de tomate y de gruyer fundido, hecho lo cual se zamparon el borde crujiente y abandonaron en la mesa, al terminar la cena, un extraño *single*... la parte de abajo estaba tan negra como un vinilo y uno de los niños había hecho un agujerito en el centro, como pudo comprobar Bénédicte Ombredanne a la mañana siguiente, al tirar a la basura aquellos restos surrealistas. Después, como nadie había hecho la compra y la nevera estaba casi vacía, Lola tuvo que sacrificarse y dejar que el egoísta de su hermano disfrutase del único flan que quedaba, mientras ella se conformaba, asqueada, con el último plátano, que tenía una mitad como un ojo a la funerala. Estaba marrón, estaba morado, estaba blando y tumefacto, le dijo Lola a su madre sin percatarse de lo brutal que resultaba el comentario, aunque puede que no fuera tan inocente aquella metáfora del hematoma en la cara, puede que fuese una advertencia que prudentemente le hacía su hija... pero Bénédicte Ombredanne no creía que la situación pudiera llegar a tanto. Según cruzaba el umbral de la casa, le rogó a su marido que pospusiera unos minutos la agobiante avalancha de preguntas, reproches y gritos (antes que nada tengo que ocuparme de los niños, nuestros asuntos no les incumben, luego hablamos todo lo que quieras), de modo que ambas podían oírlo golpear las paredes, farfullar quejas amenazadoras, gritar claramente insultos tras los que, a veces, se oía el golpe de algún objeto al caer, mientras ellas hablaban, refugiadas en el comedor. Le había concedido el cuarto de hora solicitado, pero, mientras esperaba a que estallaran las hostilidades, bramaba su ira a distancia siguiendo incansablemente un recorrido concéntrico, como si diera vueltas a su alrededor pisando sus propias huellas de león enjaulado, de una habitación a otra. Lola seguía contándole lo que había pasado aquella tarde a su madre, que reaccionaba ante los sonidos más aterradores con una sonrisa desganada que pretendía resultar reconfortante, como diciendo: ya está montando otro numerito, no te preocupes, enseguida se le pasa, aunque ninguna de las dos llegaba a creerse que la violencia de aquel comportamiento fuera fingida o anecdótica. Después de cenar, si es que a eso se le puede llamar cena, su hermano y ella se habían ido al salón para ver una película... de hecho, su padre no paraba de preguntarles, cada vez que se cruzaba con ellos, que por qué lo miraban así, de modo que se dio por enterada de que más les valía estarse quietecitos en lugar de intentar intervenir y consolarlo, aunque hubo un momento en que se le acercó para darle un beso y él lo toleró, le contó Lola. De la cocina llegó un ruido que la interrumpió en mitad de una frase. Ambas callaron un instante. Bénédicte Ombredanne le preguntó a Lola dónde se había metido su hermano y por qué no estaba con ella, Lola le contestó que seguía viendo la televisión porque pasaba mucho de todo ese jaleo; para que se estuviera quietecito le había ofrecido que eligiera la película que quería ver y, por supuesto, había pedido las aventuras de Gégé, por eso ella había salido corriendo a recibirla en cuanto oyó que se cerraba la puerta principal: empezaba a estar

hasta los huevos. A estar harta, la corrigió Bénédicte Ombredanne severamente, empezabas a estar *harta*, observación esta cuyo efecto inmediato fue que Lola se encogiera de hombros. Por cierto, ¿cómo llevas la redacción? ¿La has terminado, te las has apañado bien? Se oyó otro ruido, esta vez procedente del pasillo, como si el pie del marido de Bénédicte Ombredanne hubiese mandado por los aires el teléfono. Estaban sentadas en una esquina de la mesa grande, con las manos encima del mantel gris formando cuatro capas de ternura maternal y de perplejidad adolescente, contrapeadas, con los dedos de una hacia la muñeca de la otra y la mano derecha de Bénédicte Ombredanne arriba del todo, como una tapadera de amorosas caricias. De vez en cuando, para animar a Lola, sus uñas pintadas de negro le cosquilleaban la piel, aunque aquellas travesuras no traían consigo sonrisa alguna y resultaban ineficaces.

—Anda, te has puesto la sortija del ojo, ¿a santo de qué? No sueles ponértela nunca para ir al liceo.

—Porque sí, se me antojó.

—¿Por qué no avisaste de que ibas a pasar todo el día fuera? ¿En los Vosgos, un jueves, tú sola, qué ocurrencia es esa? Mamá, estoy asustada.

—No tengas miedo, amor mío. Ya te lo contaré otro día. Con papá todo irá bien, le contaré lo que he estado haciendo, él lo entenderá y todo volverá a su cauce.

—Pero ¿tú has visto cómo se ha puesto? ¿Qué mierda de semana es esta? ¿Qué os pasa a los dos? ¿Vais a separaros?

—¡Pues claro que no! ¡Pero bueno, Lola! ¡Cómo se te ha podido ocurrir semejante cosa! ¡Cómo se te puede siquiera pasar por la cabeza que papá y yo... que podamos... hay que ver!

—Yo quiero que sigáis juntos. Quiero que deje de gritar. Estoy harta de este ambiente asqueroso. Estoy asustada. Él me asusta. Haz lo que haga falta para que se calme y volvamos a ser felices.

Bénédicte Ombredanne le apretó la mano a su hija con una sonrisa contrita, frunciendo los labios, mirándola a los ojos.

—Tengo miedo de que te haga daño. No para de decir cosas horribles.

—Nunca me ha hecho daño, no creo que vaya a empezar hoy.

—Pero ¿por qué te has ido a los Vosgos sin avisar a nadie? ¡Ponte en su lugar! ¿A cuántas mujeres conoces que se vayan a los Vosgos por las buenas, un jueves, solas, supuestamente para dar un paseo, con la excusa de que hace bueno? ¡Ni siquiera yo me creo lo de esa excursión tuya, que ya es decir!

Bénédicte Ombredanne miró a su hija sin replicar, le palmeaba la mano suavemente, atónita ante el aplomo con el que había expresado su opinión.

—Todavía no me has contestado a lo que te pregunté antes. ¿Has terminado la redacción?

—Te has puesto la sortija de los días de fiesta. Llevas el vestido bueno y tus botines favoritos. No tiene lógica. Qué has estado haciendo hoy, mamá, dime la verdad.

—Son cosas mías, de mujer, aún eres muy joven para entenderlo. De vez en cuando, una tiene que reflexionar. No es nada que esté prohibido y sobre todo no es nada que los hijos puedan prohibirles a los padres. Venga, a la cama, que ya es hora, voy a ver qué está haciendo tu hermano.

—¡Cosas tuyas de mujer! ¡Te recuerdo que también eres madre! ¡Y eso, perdona que te lo diga, parece que se te ha olvidado!

—No creo haber faltado nunca a mis obligaciones de madre. Por favor, date prisa —añadió palmeándole la mano con insistencia.

—No será hoy.

—¿Cómo?

—Digo que lo de no faltar nunca a tus obligaciones de madre es lo que tú te crees. Prueba de ello es que hoy, *once again*.

A Bénédicte Ombredanne le faltó poco para cruzarle la cara a su hija. Lo que le retuvo la mano fue que ese golpe habría sido desproporcionadamente violento, cargado de doce años de abnegación y entrega absoluta.

Esa misma mañana, sin ir más lejos, Lola habría sido incapaz de hablarle así, estaba convencida. ¿Es posible que la existencia se modifique tan deprisa? ¿Le estarían pasando ya factura y al contado aquellas seis horas de felicidad que apenas acababa de vivir? Era como si Lola y su padre hubiesen presenciado todo lo que había hecho durante la tarde con Christian, absolutamente todo, hasta el detalle más nimio, como por una rendija.

Su vientre parecía el tambor de una lavadora, tan cargado, tan denso, tan siniestramente rítmico. En él diversos sentimientos se entremezclaban, se movían y oponían sus respectivas texturas; Bénédicte Ombredanne tomaba conciencia de esa complejidad a través de la puerta transparente de aquel presente tan aterrador, nuevo para ella, que las circunstancias la obligaban a afrontar, a ella que jamás había engañado a su marido. En aquel remolino incesante y compacto, la culpabilidad, el dolor, la euforia, la sublevación, los remordimientos, la alegría, el miedo, la dicha, el deseo, la excitación, la indecisión y la amargura eran las prendas húmedas y pesadas que giraban en sus entrañas. Todo se mezclaba. Le dolía.

—Puede suceder que a los treinta y seis años te apetezca volver a hacer lo que puede que hicieras a los veintiséis. Recuperar la espontaneidad, hacerte una especie de regalo. Resulta menos caro y algo más sustancioso, poéticamente hablando, dar una caminata por el campo que comprarte un vestido. A menudo, las mujeres, yo la primera, para quitarse el estrés, se compran un vestido o unos zapatos, nosotros ya no nos lo podemos permitir desde que papá trabaja a tiempo parcial. Así que esta mañana, para quitarme el estrés, en lugar de ir a la calle de Gambetta, decidí irme a dar una vuelta. Como sabía que a él no le iba a parecer bien...

—Eso por descontado —la interrumpió su hija con un deje de sarcasmo en la voz—: *segurísimo que te habría dicho que no*.

—Pues por eso decidí hacerlo sin contárselo a nadie. Como una mujer libre.

—Como una loca, querrás decir.

El tambor giratorio del vientre se le llenó con un único sentimiento: una ira incontenible que casi parecía odio. Pero fue un ataque pasajero, separó las manos de las de su hija y recuperó la angustiada complejidad giratoria de su estado, tremendamente lenta, amargura, dolor, excitación, sublevación, culpabilidad, alegría, miedo, dicha, indecisión, deseo, remordimiento y euforia, que seguían enredándose entre sí con una inédita ambigüedad de sensaciones.

—Como una mujer libre —repitió—. No digas tópicos. Es agradable sentir que te puedes mover a tus anchas, ese paseo no habría tenido el mismo sabor si hubiera avisado a todo el mundo. No es una infracción demasiado grave, ¿sabes?

—Pero bueno, ¿es que no ves cuál es el resultado? ¡El mismo sabor! ¡Espero que por lo menos estuviera bien, el paseito ese, dadas las consecuencias! ¡Espero que mereciese la pena!

Bénédicte Ombredanne miraba a su hija a los ojos. La niña acabó por apartar la mirada.

—Sí, ha merecido la pena, soy feliz por haber hecho lo que he hecho. Lo necesitaba, estoy feliz por haberlo comprendido y haberme puesto manos a la obra. Asumiré las consecuencias. A ti no te va a suceder nada, ni tampoco a Arthur.

—De verdad, cómo te pasas. Lo de estar encantada de no decirle nada a nadie, *please*, nos lo

has colado una vez, está guay, pero para ya, no vuelvas a hacerlo. No vuelvas a comportarte como si estuvieras sola en la Tierra.

—¿Acaso te parece que suelo comportarme como si estuviera sola en la Tierra? ¿De verdad, Lola, es eso lo que piensas? ¿Sí?

Ambas se miraron.

Era obvio que su hija se disponía a rechazar la reprimenda.

Pero se guardó para sí la frase que iba a decir, bajó la mirada sonriendo antes de volver a alzarla. Su rostro se veía contrito, algo confundido y apaciguado. Lola parecía recobrase de una pesadilla.

—Lola, chiquitina mía, entiendo lo que sientes. Pero todo se arreglará. Se va a arreglar, ya lo verás, estoy convencida, podemos volver a hablar de esto mañana, si te apetece. Venga, y ahora a la cama.

Bénédicte Ombredanne se puso de pie, estrechó a su hija contra sí y la besó con ternura en la frente antes de desearle buenas noches.

En el salón, le costó una barbaridad que Arthur se fuera a su habitación. El niño había entendido sobradamente la ventaja que podía sacar de aquella noche turbulenta, debió de pensar que sus padres se olvidarían de que estaba viendo una película y por eso se las apañó para no llamar la atención. Bénédicte Ombredanne levantó la voz, le arrebató el mando a distancia y apagó la pantalla, Arthur rompió a llorar, ella le dijo que no estaba el horno para bollos, él chilló, su marido surgió en la habitación para saber qué pasaba, le contestó que Arthur estaba rebelde y no quería acostarse, y eso que era tardísimo, que tenía clase al día siguiente, que necesitaba que la ayudara a hacerlo entrar en razón. Si su madre no le diera mal ejemplo haciendo lo que le da la gana, decidiendo sin vacilación alguna y sin contar con nadie, replicó él, darse homenajes totalmente inadmisibles, entonces cabría esperar que estuviera dispuesto a portarse mejor. Pero resulta que su madre sí que hace lo que le da la gana y se comporta como una perdida (decía todo aquello mientras Arthur berreaba y se agarraba al brazo del sofá, crispándose desesperado, cuando normalmente era un niño que nunca cogía rabetas, ni era maleducado o desobediente; lo que significaba que la situación debía de haber sido especialmente intolerable para todos o que debía de haberles afectado mucho para que todos la trataran con tanta hostilidad), así que ¿por qué, según tú, él sí tiene que obedecer tus reglas? Bénédicte Ombredanne interrumpió a su marido diciéndole que no deberían tener ese tipo de conversaciones delante de los niños y que si tanto lo acuciaban las ganas de insultarla, más valía que la ayudara a acostar a Arthur y así, dentro de unos minutos, podría darles rienda suelta, le dijo con una ironía que incluso a ella la sorprendió. Su marido le pidió a Arthur que se calmase, el niño se soltó del sofá y dejó que lo llevaran a su cuarto, donde su padre lo acostó. Cuando estuvo listo para dormir, Bénédicte Ombredanne fue a darle un beso, pero tuvo que hacerlo a través del edredón porque Arthur se había escondido debajo en cuanto la oyó entrar. Buenas noches, Arthur, mi niño guapo, mamá te quiere, hasta mañana. Pero su hijo acogió estas palabras con un silencio que, a pesar de no tener más que cinco años, sabía que era cruel: era el castigo que había decidido imponerle.

Cuando regresó a la planta de abajo, Bénédicte Ombredanne se encontró a su marido en mitad del salón, con brazos y piernas algo separados, tan inmóvil y disuasorio como un centinela armado. Al acercarse a él no sospechó que estaba entrando en un espacio donde iba a quedarse encarcelada cuatro meses.

¿Dónde estabas? No me vengas con cuentos. ¡Un paseo por los Vosgos! ¿Quién te crees que se va a tragar semejante cosa? Venga, te escucho, tengo toda la vida por delante. Quiero la verdad,

exijo una explicación, aquí no se acuesta nadie hasta que lo sueltes. ¿Por qué te has vestido así, por qué te has puesto la sortija de tu abuela, por qué te has puesto las medias Dim Up? ¿Ahora te pones medias Dim Up para ir al liceo, para ir a pasear por los Vosgos? ¡Por los Vosgos! La señora se va de paseo por el campo sin avisar a nadie, la señora pretende que nos lo creamos, la señora es lo bastante ingenua para pensar que nos lo vamos a creer! ¡Con la primavera se le ha antojado irse a disfrutar de la naturaleza, con botines, medias Dim Up y la sortija del putón de su abuela en el dedo! ¡Si es que le viene de familia! ¡Todas las mujeres de tu familia son unas salidas desde hace siglos, eso es lo que pasa! ¿Te has creído que soy gilipollas? Llamé a Amélie, no habíais quedado para comer en el comedor, has mentido, ¿dónde estabas? Me has mentido, me remito a las pruebas de Amélie, sigues mintiéndome, acabaré por saber lo que ha pasado. Quiero la verdad. Quiero la verdad y la sabré. Quiero la verdad y la sabré aunque tenga que estar interrogándote hasta el final de nuestros días. ¿Dónde vive tu amante? ¿Quién es? ¿Dónde lo conociste? ¿Cómo se llama? ¿Desde cuándo os acostáis? ¿Os acostáis todos los jueves, es eso? Y hoy te lo estabas pasando tan bien que te dejaste llevar por los acontecimientos, te olvidaste de la hora que era, no podías desprenderte de su hermoso y atlético cuerpo, ¿es eso? ¿Folla bien, la tiene muy grande? El jueves toca follar, ¿es eso? No hace falta ser adivino para entender lo que ha pasado, te has ido de jodienda toda la tarde, por eso vuelves a las nueve de la noche sin haber avisado a nadie. ¡Hasta Lola se ha dado cuenta, con solo doce añitos: me mira con cara de pena, sabe perfectamente que algo no encaja en esa historia! ¡Sin gasolina! ¡Llamas a las siete de la tarde para decirme que te has quedado sin gasolina! ¿Quién te crees que se va a tragar algo tan inverosímil? ¿Yo? ¿Yo? Mírame a los ojos en lugar de buscar respuestas en la moqueta, que pareces retrasada. No te creas que con esa actitud contrita te vas a librar, hipócrita, putón. No me he creído ni por un momento eso del paseo por los Vosgos, no me creo ni un segundo lo de que te quedaste sin gasolina, ni lo de disfrutar del sol, la excusa esa de hacer balance. ¡Necesitaba reflexionar! ¡Necesitaba hacer balance, ver las cosas con perspectiva, mirarlas desde lo alto! ¡La señora, para reflexionar, necesita elevar su ínfima capacidad intelectual hasta la cima del puerto de la Schlucht porque, si no, no ve nada, no puede enfocar su existencia! ¡Hacer balance! ¡Lo que me faltaba por oír! ¿Es que ahora resulta que tienes necesidad de reflexionar y hacer balance? ¿Tu vida es tan triste que no te queda más remedio que reflexionar y hacer balance? ¿La señora no es feliz? ¿Se trata de su marido, es eso? ¿Su marido ya no le sirve? ¿Ya no puede satisfacer sus necesidades? ¿Sus necesidades sexuales, sus necesidades literarias, sus necesidades metafísicas, sus necesidades de vida radiante y feérica, por usar dos palabras que tanto le gustan a la señora? ¿Necesitas, como en las películas americanas, como los subnormales de los americanos esos en sus películas americanas para gilipollas, lanzarte a recorrer carreteras al azar, para reflexionar, para hacer balance? ¿Tú, que odias la naturaleza? ¿Tú, que presumes de que siempre te ha gustado más pasear por la ciudad que los paseos por el campo? Y por eso mismo, el día en que la señora necesita reflexionar, el día en que la señora necesita hacer balance, el día en que la señora tiene que meditar profundamente sobre su vida conyugal, no opta por coger el tren para ir a París, ¡no! Ni decide darse una vuelta por Metz, ¡qué va! Ni tampoco decide ir a pasar el día a Estrasburgo, ¡para nada! ¡Se va a los Vosgos! ¡Se va a los Vosgos! ¿A qué parte de los Vosgos? ¿Puedes decirme cómo se llaman los pueblos por los que has pasado? Si saco un mapa, ¿me puedes enseñar qué camino has hecho, pero con total exactitud, una carretera tras otra? ¿Me puedes describir los paisajes? ¿Me puedes decir dónde has comido? ¿Me puedes decir dónde te quedaste sin gasolina? ¿Serías capaz de decirme cómo se llamaba el mecánico que te ayudó? ¿Puedes, acaso puedes? ¿Voy a buscar el mapa al coche? ¿No prefieres confesar ahora mismo? ¿No crees

que deberías escupirlo todo ahora, sin pasar por la humillación de un interrogatorio que te dejará en evidencia a los tres minutos? Pedazo de puta, has ido a pasar la tarde follando, lo vas a pagar caro.

Esta melopea se convirtió en el pan de cada día de Bénédicte Ombredanne.

Se sentía como en un bosque profundo y agobiante, inextricable, donde las frases que su marido le dirigía de continuo parecían reproducirse hasta el infinito, como cientos de troncos, día tras día, muy prietos, sin dejar a la vista ninguna salida, absolutamente nunca, en ningún punto de las tinieblas donde Bénédicte Ombredanne estaba prisionera, sometida al furor inquisitivo de su marido. La llamaba varias veces al día. Cada vez más a menudo la despertaba por la noche para decirle cosas. Se le venía encima por las mañanas, en cuanto despegaba un ojo, tras dos o tres horas de sueño en malas condiciones, con la esperanza de que bajase la guardia, atrapada en una astuta estratagema que se le había ocurrido durante la noche. Se estaba duchando y, de repente, la mampara se entornaba y aparecía el rostro de Jean-François, de nuevo a la carga. Cada vez que estaba con ella y sin los niños, la máquina de acusar, la máquina de preguntar, la máquina de calumniar, la máquina de atar cabos, la máquina de investigar en la que se había convertido volcaba encima de Bénédicte Ombredanne su producción quejumbrosa y encarnizada, inflacionista, infatigable, durante horas, durante horas, durante horas, como si quisiera asfixiarle el cerebro, privarlo de toda luz, obligarlo a expulsar la perla del secreto que albergaba, por agotamiento.

¿Quién es el tío ese? ¿Dónde os conocisteis? ¿Dónde vive? No te molestes en volver a llorar, qué facilones resultan los sollozos y las lágrimas, tendrías que haber pensado antes en las consecuencias de tu traición, aparta esa almohada, enséñame la cara, más, levanta la cabeza, deja esas mañas inmediatamente. Sigamos adelante. Según lo que acabaste soltando el otro día, al principio tenías intención de ir a pasear por Estrasburgo y por el camino, al ver que seguía haciendo bueno, fue cuando se te antojó ir al campo, y por eso te vestiste así, con tu mejor vestido, los botines, la sortija de tu abuela, porque en principio, es así, tenías intención de pasar el día en Estrasburgo, mirar escaparates, comer en una cafetería, leer un libro y reflexionar tranquilamente, ¿es eso? ¿Sí o no? ¿Cómo, qué dices? No entiendo nada, vocaliza. ¿Estás diciendo que sí? Vamos a suponer que sí. De acuerdo pues, sigamos con esa versión. Vamos a desarrollarla bien para ver qué nos cuenta, la versión esta. Así que sigo esperando a que me expliques por qué para pasar un día literario en Estrasburgo tenías que vestirte como para una cita sexual. Me contestas que últimamente tenías la autoestima y la confianza en ti misma muy bajas, que te apetecía arreglarte un poco, hacerte valer en lo físico y en lo mental. Me dices que es agradable que se fijen en ti, notar que existes en la mirada de los demás, alguna vez de tanto en tanto. Me dices que se te puede antojar, sin razón aparente, alguna vez de tanto en tanto, ponerte guapa para sentirte deslumbrante. *Why not.* Lo puedo entender. Pero ¿para ti misma? ¿De verdad, para ti misma? Mírame, Bénédicte, deja de desviar la mirada constantemente. La gente, me refiero a la gente *normal*, ¿te crees que se pone su mejor ropa cuando sabe que no la va a ver nadie en todo el día? ¡Bénédicte! ¡La gente *normal* se pone su mejor ropa cuando sabe que va a ver a los amigos, a la familia, a las autoridades, a sus superiores, en algún acontecimiento que lo justifique! ¡O cuando va a ver a un amante o una querida! O sea, que me estás diciendo que puedes tener ganas de que se fijen en ti unos desconocidos por la calle, incluidas las mujeres, *incluidas y sobre todo las mujeres*, por cierto, matizas con una picardía que me parece totalmente fuera de lugar en la situación en la que estás. Me contestas que es agradable, cuando estás cansada, o alicaída, cruzarte con miradas halagüeñas, incluidas las miradas de las mujeres. Me encanta lo de *incluidas* y lo de *sobre todo*.

Me encanta el adjetivo *halagüeña*. La verdad es que es un adjetivo muy bonito, no lo había oído prácticamente nunca, es una pena que no se use más. El adjetivo *halagüeña* definitivamente está muy bien. Bénédicte, ¿en serio creías que te ibas a librar coqueteando con el vocabulario? Insistes tanto en la importancia que puede tener para ti la mirada de las demás mujeres hacia tu persona que tiene que haber gato encerrado: hace trece años que comparto la vida contigo y nunca me había fijado en que te afectara cómo pudieran mirarte las demás mujeres, por la calle o en cualquier otro sitio, de forma halagüeña o no. Incluidas y sobre todo las miradas de las demás mujeres, la verdad es que tiene miga, voy a tener que apuntarlo en una libreta para que no se me olvide. De modo que fuiste a Estrasburgo, en principio tenías intención de ir a Estrasburgo para atraer hacia ti las miradas halagüeñas de otras mujeres, para que se fijaran en ti mujeres a las que les parecieses guapa, que dirían en su fuero interno, al cruzarse contigo en la calle: ¡vaya, fijate en esa, hecha un brazo de mar, con ese vestido tan bonito y esos botines tan lindos y delicados! ¡Dios mío, pero qué vestido tan bonito! ¡Qué guapa está, da gusto ver a una mujer así, radiante, con unos botines tan preciosos! ¡Cómo me gustaría parecerme a ella! ¿Es eso? ¿Sí? ¡Bénédicte, levanta la cabeza, despierta, mírame, contesta! ¿Te has vuelto a dormir? ¡Despierta, contéstame! ¿Para eso fuiste a Estrasburgo y volviste a las nueve de la noche? ¿Es eso? No te he oído, vocaliza mejor, no oigo nada, estás farfullando para tus bigotes de tía fea. ¿Qué? ¿*Es eso exactamente?*? ¿Te atreves a darme semejante respuesta: *es eso exactamente?*? ¡Y voy yo y me lo creo! ¡Me estás tomando el pelo! ¿Te crees que me chupo el dedo o qué? ¡Bénédicte! ¿Fue para hacerte valer ante la mirada de las demás mujeres por lo que te pusiste las medias Dim Up? ¿Te pensabas que esas mujeres iban a adivinar que llevabas unas medias Dim Up debajo de tu mejor vestido? Me has dado, en los quince días que llevamos hablando de ese dichoso día —y solo Dios sabe cuántísimo tiempo le dedicamos—, explicaciones más o menos convincentes sobre un montón de detalles concretos, pero sobre eso, sobre lo de las medias Dim Up, no tienes nada que decir, se te bloquea la imaginación, cosa que puedo comprender. El motivo es relativamente sencillo: la que se pone unas medias Dim Up es para follar. Nunca te has puesto ese tipo de medias más que los sábados por la noche, con la clara intención de calentarme, siempre quedaba más o menos implícito que, en tu caso, el hecho de llevar medias Dim Up implicaba sexo, seducción. Nunca te he visto llevar medias Dim Up entre semana. Nunca te he visto llevar medias Dim Up el día que sueles ir a hacer la compra al Carrefour para llenar la nevera. Y por pura casualidad, el único jueves que te pones unas medias Dim Up, la nevera se queda vacía, ¿qué es lo que no encaja?, ¿*a ti* no te parece que hay como algo anómalo? Lo que significa que, de propina, has faltado a tu deber de madre más elemental, eres tan cínica que para alargar el folleto todo lo posible elegiste el día en que sueles dedicarte a alimentar a tus hijos. Hasta los animales alimentan a sus crías. No se sabe de ninguno, aunque sea el peor de los animales, o el más salvaje, o el más indigno y repugnante, que se olvide, que se desentienda de alimentar a sus crías. Irse de jodienda el día que habitualmente se dedica a hacer la compra para alimentar a los propios hijos, pasarse tanto tiempo follando, pasárselo tan bien como para decidir aplazar el deber materno más elemental, tendrás que admitir que a nivel simbólico te has lucido, ¡bravo, te felicito! (Siempre que pronunciaba esa frase, Jean-François le dedicaba unos aplausos a su mujer, pero con las yemas de los dedos, sin hacer el menor ruido.) Debe de ser que tu amante folla como nadie, ¿no? ¿Qué tiene ese tío que no tenga yo? ¿La tiene muy grande? Te escucho, Bénédicte, te cedo la palabra, voy a estarme callado unos minutos. Cuéntame lo bien que te follaba como para olvidarte de tus propios hijos. ¿Se la has chupado? ¡Cada vez que pienso que ni siquiera llamaste a tus hijos cuando acabaron las clases para avisarles de que volverías tarde! ¡Arthur, cuando llegó, se encontró con la puerta cerrada! ¡Llamó

y no le abrió nadie! ¡La puerta estaba cerrada con llave! ¡Un jueves! ¡El día que normalmente no trabajas! ¿Qué te pensabas que iba a pasar? *¿Que Arthur esperaría en los escalones de la entrada durante horas?* ¿Con cinco años? ¿Que su hermana vendría a rescatarlo de la espera? ¿Te das cuenta de lo que has hecho, Bénédicte, sí o no? ¿Sí o no? ¡Menos mal que a la cuidadora de su amigo se le ocurrió llevárselo, me llamaron a la oficina al llegar a casa de Jean-Baptiste, ni te cuento la sorpresa que me llevé! ¿Te haces cargo o no? ¡Le dije a Arthur que se quedase en casa de su amigo hasta que Lola saliera de clase! Menos mal que tenía llaves, vio la nota encima de la mesa de la cocina y me llamó para preguntarme si estaba al tanto, le dije que fuera a buscar a su hermano a casa de Jean-Baptiste ¡y se quedaron esperando a que volvieras de la compra! ¿A ti te parece normal todo esto, sí o no? ¡Imagínate qué preocupación! ¡Todos creíamos que habías tenido un accidente de tráfico! *¡Pero qué coño estabas haciendo! ¡Qué coño estabas haciendo, Bénédicte!* ¡No te creo ni por un segundo! ¡Estoy empezando a perder la paciencia! ¡Estoy harto de hacerte siempre las mismas preguntas, de chocar día tras día con esa expresión terca, con esas sempiternas negativas, esos llantos, esas lágrimas! ¡Si te hubieses ido a los Vosgos, habrías llamado a casa a las cinco para decir: no os preocupéis! ¡No se sostiene ni por un segundo esa explicación tuya de que estabas en un sendero de montaña filosofando, alejándote para ver con perspectiva! ¡Lo que pasa es que estabas follando y no tenías ninguna gana de dejarlo, sí, esa es la verdad! ¿Con quién? ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo me engañas, Bénédicte, y con quién, exijo que me digas su nombre! *¡DESDE CUÁNDO, BÉNÉDICTE, TE REPITO LA PREGUNTA, DESDE CUÁNDO ME ENGAÑAS Y CON QUIÉN, EXIJO QUE ME DIGAS SU NOMBRE! ¡VOY A ACABAR ENFADÁNDOME DE VERDAD!*

En ocasiones, ante esos gritos, Bénédicte Ombredanne tenía miedo de que la presencia de su marido erguida frente a sus ojos, que tan amenazadora resultaba desde su indefensión, se transformase repentinamente en una fuerza física y que fueran sus puños en lugar de su sintaxis los que le golpearan la cara para quebrantar su silencio... entonces podía llegar a suceder que escondiese la cara en las manos, pero aquella medida de protección que adoptaba provocaba en su verdugo ataques de ira aún más terroríficos. ¿Qué haces, por qué te pones las manos en la cara, tienes miedo de que te pegue? ¿Sí, es eso? *¿Te crees que soy tan primario como para pegarte en la cara?* ¿Te proteges porque te piensas que me voy a liar a golpes? ¿Sí, es eso? Ahora tienes tan mala opinión de mí que cuando hablo contigo escondes la cara por si acaso, ¿verdad? ¿Sí, a eso hemos llegado? *¡Me cago en la madre de la madre de la madre que te parió!* ¡Es que no eres más que una perdida que solo sirve para que la follan, quita las manos, enséñame la cara, aparta las manos inmediatamente! Bénédicte, te lo juro, es un insulto insufrible, ¿cómo te atreves a hacerme esto? *Voy a contar hasta tres, mírame a los ojos, quita las manos, ¿acaso te he pegado alguna vez en la cara?*

Bénédicte Ombredanne se destapaba la cara y miraba a su marido directamente a los ojos.

Te lo suplico, ten piedad, déjame dormir, no sigas hablándome, necesito dormir, me voy a morir de agotamiento si sigues así, murmuraba a punto de derrumbarse.

Su marido le preguntaba si acaso ella, casualmente, se había apiadado de él el día que decidió ir a que su amante se la follara toda la tarde. ¿Por qué iba a tener él que apiadarse de ella, podía explicárselo? ¿Sí? ¿Se lo podía explicar?

No tengo ningún amante, no he tenido ningún amante, nunca tendré un amante, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? No querrás que me invente un amante solo por darte gusto, ¿verdad? ¿Eso es lo que quieres?

Y rompía a llorar. Se encogía en el suelo del dormitorio, apoyada contra la pared. Le dolía el

vientre, la ansiedad no la dejaba respirar, sentía que estaba a punto de desmoronarse. Pero, desgraciadamente, nada cedía ni se resquebrajaba en su interior: aquella resistencia la condenaba a soportar, noche tras noche, sin paliativos ni escapatoria posible, los interrogatorios interminables de su marido.

¿Eso es lo que quieres? ¿Que me invente un adulterio y que te cuente cómo follamos? ¿Es eso?

Él le contestaba que no se creía lo de que no había ido a verse con ningún hombre. Así eran las cosas, no conseguía creérselo. ¿Qué quería que le hiciera?

Pues no, no he ido a ver a ningún hombre, ya está, lo siento por ti.

Redoblaba los sollozos, muerta de cansancio y de desesperación.

Su marido le decía, de pie junto a ella, dándole golpecitos en las costillas con la punta del zapato, como si quisiera sacarle del cuerpo cualquier presencia de sueño inoportuna: dame alguna prueba de que ese día no pasaste la tarde con un hombre y dejaré de molestarte.

Ella le decía que no estaba en situación de darle ninguna prueba, pero que eso no implicaba que fuera culpable, como ya le había dicho cientos de veces.

Sin embargo, tienes a tu alcance una forma de exculparte radicalmente: vamos a hacerle una visita a ese dichoso mecánico para que confirme que, en efecto, te quedaste sin gasolina y que él te ayudó.

Ya no me acuerdo, ya no sé dónde es, no podría volver a encontrar ese sitio.

Me has dicho que ese dichoso mecánico no aceptaba la tarjeta de crédito y que por eso le pagaste en metálico, solo unos litros, antes de llenar el depósito en la autopista, a la salida de Estrasburgo, como lo demuestran los movimientos de la cuenta. ¿Sigues empeñada en mantener esa versión de los hechos? ¿Te crees que es verosímil que en 2006 aún haya algún mecánico que no acepte tarjetas de crédito, aunque sea en un pueblo de los Vosgos?

Bénédicte Ombredanne metía la cabeza en los brazos, doblados en arco, y la agachaba para esconderla entre las rodillas, arqueando la espalda, como el brazo de una excavadora que baja lentamente hacia la superficie donde va a cavar.

Pues entonces voy a seguir interrogándote, voy a seguir hasta el momento en que te decidas a decir la verdad. Te lo noto claramente en la mirada, que estás mintiendo: no he pasado todos estos años contigo para no ser capaz de darme cuenta de cuándo mientes y cuándo dices la verdad.

Al día siguiente del que pasó con él, Christian había escrito a Bénédicte Ombredanne para saber si todo iba bien, esperaba que su marido no se hubiese puesto muy agresivo con ella al llegar a casa. Desde que se fue de la suya, no había dejado de pensar en ella, no sabes lo agradable que es recordar las horas sublimes que vivimos juntos, le escribió. Bénédicte, es absolutamente necesario que volvamos a vernos. ¿Tú crees que dos personas que están tan bien juntas tienen derecho a tomar la decisión de privarse la una de la otra para siempre jamás, fría y cruelmente, por una cuestión de principios? Sería un grave error y un sufrimiento inmenso. No se me olvida que estás casada y tienes dos hijos, pero a juzgar por algunas confidencias que me has hecho, esa situación no es incompatible con que te entregue mi amor, ni que sueñe con que acabes aceptándolo y amándome tú a mí con la misma intensidad. Ya te lo he dicho, tengo dos hijos que vienen a verme cada dos fines de semana y la mitad de las vacaciones, siempre me han encantado los niños, me siento capaz de prodigarles a los tuyos un afecto tierno y sincero. ¡Qué bien estaríamos todos juntos! Seguro que piensas que me estoy poniendo manos a la obra demasiado rápido pero ¿por qué demorarlo? Ya no tenemos edad para dedicarnos a reflexionar antes de dar un paso decisivo, he adquirido una seguridad para evaluar las cosas que me permite saber inmediatamente las que tienen algún valor o no tienen ninguno, y qué comportamiento conviene

adoptar en tal o cual situación: por supuesto, resulta muy útil para mi profesión, como ya te imaginarás, ¡pero también para las relaciones humanas! Bénédicte, tesoro mío, no es que te esté poniendo al mismo nivel que una soperá del siglo XVIII, pero aun así es importante saber reconocer a la primera la belleza y el valor de las cosas, y hacerse una idea del precio justo que hay que asignarles. Bromas aparte, durante mi juventud cometí errores, pero he aprendido a conocerme a mí mismo, de tal forma que el instinto, desde hace varios años, ya no me ha vuelto a engañar, por decirlo de algún modo. Es obvio que nos llevamos de maravilla y lo sabes tan bien como yo: no hacen falta más horas para darle a ese presentimiento el nombre de certeza. Bénédicte, no solo te me has metido por los ojos, como se dice vulgarmente: al entrar en contacto contigo, noté que me sucedía algo fundamental, y ese algo fundamental se me sigue moviendo por el cuerpo aunque ya no estés aquí para alimentar sus embates. Podría decir que tu aparición de ayer hizo nacer un animal en mi vientre, un animal que crece de hora en hora, con piel, músculos, hocico, unos bigotes muy finos que me hacen cosquillas, con dientes puntiagudos y unas buenas garras que me arañan y me desuellan, un animal que se alimenta de mis sueños, me lame los órganos, se sustenta de mis entrañas para no morir de hambre y todas y cada una de las veces que come me causa un placer infinito, como un orgasmo interior y continuo, en sordina, de violín, femenino, podría decirse, que se amplifica al tiempo que esta comadreja aumenta de tamaño... Bénédicte: ese animal que tu belleza ha hecho nacer me devora desde dentro y es fantástico, nunca había sentido nada así, semejante placer de vivir, físico, mental y orgánico, desde hacía tantos años... ¿y pretendes que renuncie a él? ¡He vuelto a ser realmente un hombre joven, gracias a ti, en el plazo de seis horas! Bénédicte, dime la verdad, ¿en serio quieres que mate a esa pobre comadreja, que la ahogue sin piedad? Puedo entender que me pidas tiempo: forzar las cosas da miedo. Pero ¿podríamos vernos en Metz de vez en cuando, para comer juntos y charlar, dar un paseo por el campo, ir quizá a algún hotel discreto, si se nos antoja? Sé de uno que está muy bien, podríamos, si quisiéramos, establecer en él nuestras rutinas. Bénédicte, tengo ganas de besarte, de acostarme contigo una y otra vez. Me he dado cuenta de que no tengo tu número de teléfono, ¿podrías dármelo? No lo utilizaría más que en caso de fuerza mayor, en realidad es más bien para quedarme tranquilo y saber que no te has esfumado. Espero que consultes a menudo el correo electrónico y que la dirección de la que dispongo no sea una dirección ficticia creada para esa ocasión y que ya no exista. Pienso en ti y te mando un beso desde lo más hondo de mi corazón, con todo mi afecto y también, ya, todo mi amor,

Christian.

Bénédicte Ombredanne nunca había recibido una carta tan hermosa. ¡Su primera carta de amor a los treinta y seis años! ¡Qué dichosa era leyendo esas líneas, descubriendo que el día que habían compartido había dejado en él sensaciones tan valiosas! Estaba totalmente de acuerdo con él: no necesitaban verse más para saber que estaban hechos el uno para el otro, estaba convencidísima de ello, son cosas que una nota, que una sabe. Bénédicte Ombredanne había releído la carta decenas de veces para deleitarse con su sustancia pero, sobre todo, para aprenderse de memoria largos pasajes... antes de borrarla, inconsolable. Más tarde se arrepentiría de haber destruido aquel texto, de no haberlo ni siquiera copiado a mano en una hoja de papel que podría haber metido entre las páginas de un libro, pero le daba miedo que su marido se pusiera a registrar a fondo su despacho buscando pruebas o elementos comprometedores, cosa que acabó haciendo, por cierto, unas semanas más tarde, arrasando con todo, aunque gracias a aquellas prudentes medidas no había encontrado nada. Gracias a Dios, ni en los libros, ni en los cajones, ni en el

ordenador. El día que la recibió, Bénédicte Ombredanne resolvió redactar la única respuesta que se podía concebir para aquella carta y mientras lo hacía, tenía la íntima convicción de estar actuando contra sí misma violentamente, de despojar su propia vida de posibilidades maravillosas, sin piedad alguna.

Le agradeció las frases tan hermosas que le había escrito, esas frases que la habían conmovido hasta lo más hondo. Estaba muy cerca de poder afirmar que aquel día había sido uno de los más hermosos de toda su existencia, y sin duda el más hermoso de su categoría: la de la felicidad de amar. Sin embargo, sabía que su relación no tenía ningún futuro, por un montón de razones muy fáciles de adivinar y sobre las que no le apetecía oír su opinión, le escribió. Le rogaba que no volviera a ponerse en contacto con ella, para no estropearle el recuerdo que conservaba de aquel día mágico, que le era tan querido y cuyos sabores iban a acompañarla durante largos años, podía estar seguro de ello, le escribió. A ese día de bellezas inefables has sumado una carta absolutamente sublime, la más conmovedora que jamás me haya escrito nadie, semejante a un broche cuajado de piedras preciosas: con esas frases has cerrado el círculo, ese círculo encantado que es el día 9 de marzo en cuyo interior permaneceremos ambos, intactos, inalterables, idealizados por el propio hecho de no habernos visto más que una sola vez, algo así como dos personajes de un cuadro de Fragonard colgado en la pared de un museo, le escribió, inmersos eternamente en la premura de su deseo, en la belleza de su afán de felicidad. Recordemos ese día como quien mira un cuadro en un museo: aún falta mucho para que lleguemos a hastiarnos de ese día, hazme caso, porque nos veremos en él para siempre, milagrosos e ingenuos, hermosos y tímidos, instantáneos, inesperados, exactamente igual que en una obra maestra inmortal, que es lo que fue aquella tarde... No quiero reabrir ese círculo: solo serviría para destruir lo que alberga en su interior, solo serviría para deteriorarnos el uno a ojos del otro y perdería lo más precioso que tengo hoy, al día siguiente: el aprecio hacia mí que te sentí en los ojos. No intentes volver a establecer contacto conmigo, nunca más, te lo suplico. A poco que me quieras, me obedecerás. ¡Vamos! ¡Soy aquella que no va a olvidarse de ti! Te mando el beso más tierno y también el último,

Bénédicte.

A las dos horas recibió otro mensaje de Christian en el que la instaba a recapacitar sobre aquella decisión. Le rogaba que no fuese tan drástica, le decía que le parecía bien dejar pasar cierto tiempo, que podría escribirle al cabo de dos meses, o de seis meses, o de un año, lo que ella quisiera, pero que no podía cerrar así la puerta para siempre jamás, irrevocablemente: tenía que dejarle un rayo de esperanza.

Aquellas líneas dejaron destrozada a Bénédicte Ombredanne: la tuvieron llorando varias horas, explicándoles a sus hijos que los ojos enrojecidos y el goteo de la nariz eran consecuencia de una alergia al polen. Tuvo la sensación de cortarse a sí misma un dedo, o incluso varios, sin anestesia y con la hoja de un cuchillo muy largo, causándose un intenso dolor en todo su ser, cuando contestó secamente, sin tan siquiera firmar el mensaje:

Por favor.

De todos sus compañeros, Amélie fue la única que le preguntó qué le pasaba para estar tan mal. Los demás se conformaban con comentarle que parecía cansada y dirigir hacia su rostro, cada vez con mayor frecuencia, miradas llenas de preocupación, pero sin atreverse a indagar nada más. Sus alumnos, algunas mañanas, la observaban con expresión desconfiada e indecisa, todos, absolutamente todos, como si intentasen comprender por qué tenía aquella pinta; y eran las expresiones de esos adolescentes las que menos le mentían, en los instantes en que veía reflejarse

en sus ojos que era un ser humano en peligro, al borde de un precipicio. De temperamento reservado, Bénédicte Ombredanne le contestaba a Amélie que tenía falta de sueño, que ya no conseguía dormir pero no sabía por qué, su médico de cabecera le había recetado un tratamiento homeopático con el que el insomnio debería remitir, ya veremos, le decía. Pero el verdadero motivo que tenía para ser tan discreta era que no podía mencionar lo que le estaba haciendo su marido sin revelar al mismo tiempo lo que venía siendo su existencia desde hacía muchos años: un desastre. Porque no solo no se lo había contado nunca a nadie, sino que se esforzaba por hacerle creer a todo el mundo que su matrimonio funcionaba de maravilla, que ella y Jean-François habían conseguido, a diferencia de la mayoría de la gente, perpetuar la emoción inicial, la atracción sexual y el deseo de estar juntos. Había sido siempre tan ambiciosa en lo referente al futuro de su matrimonio que nunca se resolvió a no mostrar, de cara al exterior, ni siquiera cuando las cosas empezaron a torcerse, las apariencias de un éxito rotundo, seguramente por orgullo, o por no ser lo bastante valiente, pero también porque nunca había perdido la esperanza de que un buen día la situación terminase arreglándose, por puro idealismo adolescente. Aparentando que todo iba bien —es más, difundiendo el ejemplo de una plenitud conyugal tan espléndida que humillaba y despertaba envidias y rencores entre todos los que asistían a ella— Bénédicte Ombredanne sin duda se vengaba salvajemente, además, como se lo había llegado a confesar a sí misma, de sus esperanzas traicionadas; experimentaba un placer insano atizando en los demás aquello que la hacía agonizar en secreto. También se decía que aquella ficción destinada al público se le parecía en el fondo mucho más que la existencia defectuosa que tenía que soportar por el mero hecho de que existiera su marido, aquel maquillaje sintetizaba lo que le habría gustado vivir, abarcaba una parte de verdad sobre su persona, hablaba mucho mejor de sus fantasías que cualquier otra cosa relacionada con ella, aunque fuese una mentira descarada, una comedia social con aspectos ciertamente repugnantes, hipócrita y burguesa. Y ni siquiera cuando su intimidad conyugal alcanzó tal estado de desamparo, Bénédicte Ombredanne se resolvió a revelar los tormentos que la hacía padecer: no solo persistió en hacerle creer a Amélie que todo iba a pedir de boca, sino que si esta hubiese sido lo bastante hábil para sacarle confidencias que demostrasen que su relación había naufragado, aquella no lo habría podido soportar y habría cargado con esa mortificación como con un fardo demasiado pesado para ella y puede que, por vergüenza, hubiese desembocado en romper toda relación con su eterna cómplice. Dicho lo cual, todo indicaba que Amélie no se tragaba aquellas ficciones perfectas que elaboraba su amiga, y aunque Bénédicte Ombredanne no sabía de dónde procedían sus sospechas, las combatía sin concesión y lo mejor que podía, para acabar aniquilándolas. Bénédicte, ¿seguro que estás bien, no te apetece que hablemos? ¿Qué son esas zarandajas del insomnio? ¡Si siempre me has dicho que nunca habías tenido problemas de sueño! ¿Tienes algún problema? Oye, si tuvieses algún problema, me lo contarías, ¿verdad? ¡Con lo púdica que eres, capaz serías de no contármelo! Bénédicte, mírame a los ojos: está pasando algo en tu vida, lo veo, tienes la cara demacrada, dime la verdad, no puedes seguir como si tal cosa, no puedes seguir aguantando lo que estés aguantando sin sincerarte con nadie. Bénédicte Ombredanne que, paradójicamente, se tomaba aquellas muestras de cariño como una agresión, le contestaba a Amélie que no tenía por qué preocuparse, que el único problema era que padecía, desde hacía varias semanas, ataques de insomnio recurrentes, no había que buscarle tres pies al gato. ¡Pero si siempre aseguraba que dormía como un niño pequeño! ¡Siempre se jactaba de tener un sueño pesadísimo!, le replicaba su amiga. Exacto. Pero en la adolescencia había tenido graves perturbaciones del sueño, se inventó Bénédicte Ombredanne: al parecer, aquel año, la primavera había decidido producir en su organismo los mismos efectos que en su adolescencia. Ese día,

Amélie, suspicaz, se obstinó en sus indagaciones: después de un prolongado silencio, le preguntó si, por casualidad, no tendría problemas con Jean-François. Bénédicte Ombredanne miró a su amiga con hostilidad, ofuscada de que se permitiese alusiones de esa clase, hasta tal punto que Amélie dejó la frase a medias.

—*¡Desde luego que no! ¡Qué pinta Jean-François en todo esto! ¡Es humillante tener que soportar ese tipo de insinuaciones!*

—¿Humillante? A mí no me lo parece.

—Todo va a pedir de boca en mi matrimonio: *qué tal si hablamos del tuyo, ya que estamos.*

—Sabes perfectamente que no anda en su mejor momento. Desde luego que podemos hablar de él, pero ese no es el problema.

—Vale, ¿y el problema cuál es, según tú?

—Me preguntaba —enlazó Amélie con todas las precauciones posibles. (Una larga mirada entre las dos amigas)—. Me preguntaba si el verdadero culpable no será tu marido —continuó.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Fíjate, antes te gustaba mucho —contestó Amélie con serenidad— que nos tomásemos algo las dos al salir de clase, de vez en cuando, o que fuésemos...

—Sigo sin ver qué pinta Jean-François en todo esto —la interrumpió Bénédicte Ombredanne, gélida.

—Tiene que haber necesariamente alguna razón: de momento no veo ninguna otra. Y más teniendo en cuenta que Jean-François, como he podido observar en las escasas ocasiones en las que he coincidido con vosotros dos...

—Vamos a dejarlo ahí, es lo mejor para nuestra amistad —la cortó Bénédicte Ombredanne con una sequedad de la que no se creía capaz—. Te lo he dicho: ya no duermo, no sé por qué, pero ya no duermo. El caso es que después de clase solo me apetece una cosa, que es volver a casa a descansar, ¿no puedes entender eso? Y ahora, déjame en paz. El día que necesite que me aconsejes o que me asistas, ya te llamaré —concluyó alejándose.

A veces, de puro agotamiento, Bénédicte Ombredanne lloraba en el coche, de vuelta del liceo.

A veces, de vuelta del liceo, paraba el coche en alguna calle residencial para dormir diez minutos.

Pensaba en Christian en cualquier momento del día, pensaba en él como en una isla sublime y fragante, carnal, sonora, cuyos atractivos se intensificaban a medida que transcurrían los días y que mermaba la posibilidad de recuperarlos alguna vez, de regresar a ella. Sucedió que algún recuerdo de aquella tarde irrumpiera en sus pensamientos de la forma más inoportuna, por ejemplo, cuando estaba dando clase, dejándola transida de una nostalgia dolorosa, como si todo su ser sufriera un calambre muscular, hasta el punto de tener que tomarse un respiro de varios segundos con la mano apoyada en una esquina del escritorio. En otras ocasiones, mientras los alumnos leían en silencio algunas páginas de literatura que les había indicado, miraba pensativamente por la ventana y se olvidaba de dónde estaba... hasta que la intervención de algún alumno temerario —*¿está usted bien, profesora?*— la despertaba —*sí, lo siento, disculpadme, estoy bien. ¿Qué? ¿Ya está? ¿Habéis acabado de leer el fragmento?*—. Se decía a veces, a través del cristal, con los ojos vueltos hacia el gimnasio, que el hecho de recordarlos hacía que de esos momentos emanase una perfección que jamás habían alcanzado en la realidad, cuando los había vivido. Era porque el tiempo estaba obrando su deber no de olvido sino de sublimación, de acentuación, de amplificación, de cristalización mitológica.

¿Habría cometido un grave error al despachar a Christian tan bruscamente? ¿Podría perdonarla?

¿Accedería a abrirle de nuevo la puerta después de semejante ultraje? Tenía la esperanza de que algún día pudieran volver a verse, quería creer que podría escribirle para contarle que era una mujer libre y lo amaba, y esa ocurrencia utópica era como la llama de un farol en la cubierta de un barco, por la noche, en plena tempestad: le calentaba el alma y suavizaba el tormento que sufría; aunque la mayor parte del tiempo, la dureza de lo que le imponía su marido soplaba la llama del farol y Bénédicte Ombredanne quedaba sumida en las tinieblas más opacas, sin visibilidad ni perspectivas, incapaz de imaginarse nada apaciguador sobre su futuro. Los recuerdos de aquella tarde eran entonces lo único que la reconfortaba, unos recuerdos cuya luz la impulsaba a dar un giro de ciento ochenta grados, volviéndoles la espalda a las tinieblas de su futuro, volviéndoles la espalda a las tinieblas de su presente incluso, podría decirse, para poder sentirse viva, impregnada de la luminosidad de su tarde del 9 de marzo.

Bénédicte, está usando la cuarta parte de la potencia. Intente abrir más ese arco. Ya lo sé, ya lo sé, contestaba ella, confusa. ¡Lo sabe, lo sabe, pero aun así ha disparado, aun así ha disparado! Venga, una vez más. Voy a intentarlo, se lo prometo, contestaba ella, sonriendo con todo el cuerpo, ¡le prometo que voy a esforzarme por intentar alcanzar la maldita diana esa!

Todos los días a las seis y diez de la tarde, Bénédicte Ombredanne miraba su reloj de pulsera y mantenía los ojos fijos en las manecillas, como si el ángulo que formaban fuese un secreto que desencadenaba la reverberación de suntuosos recuerdos, aunque ese ángulo solo duraba un minuto antes de desvirtuarse, de despedir otra luz desconocida para ella, carente de significado, sin ninguna complicidad especial. Durante esos pocos segundos, Bénédicte Ombredanne volvía a ver su desnudez compartida bajo la sentencia del imponente prelado, cuyas pupilas reprobadoras articulaban ahora en su memoria: se lo dije, debería haberme hecho caso, hija mía, ahora la penitencia será terrible. A veces se dejaba llevar por sus ensoñaciones y se quedaba absorta mirando el reloj tanto rato que las dos manecillas acababan superponiéndose, la grande encima de la pequeña, el macho encima de la hembra, con ambas cabezas hacia abajo, para lanzarse hacia la diana.

En el tiro con arco no hay casualidades, Bénédicte, ni mala suerte, ni promesas que valgan. Ha dado en el blanco y punto. ¿Cómo sabe que su inconsciente no estaba apuntando al centro de la diana, como todo el mundo, aunque, en apariencia, creyese que quería darle al rojo? Esta flecha indica que entre nosotros está sucediendo algo milagroso y lo sabe tan bien como yo.

Amélie no era la única persona de su entorno con quien Bénédicte Ombredanne, por culpa del cansancio, se mostraba poco flexible y con la sensibilidad a flor de piel: también estaban sus hijos, sobre todo Lola, con quien aquella rigidez se manifestaba cada vez más a menudo y en unas proporciones que no alcanzaba con ninguna otra persona allegada. Hasta entonces, Lola había sido una alumna excelente (preocupada siempre por tener las mejores calificaciones y unos boletines de notas insuperables, objetivo que siempre había logrado alcanzar gracias al apoyo de su madre, que se encargaba de que estudiase todas las tardes), pero desde las vacaciones de Todos los Santos sus resultados habían ido bajando, hecho que, para desesperación de Bénédicte Ombredanne, no solo no le importaba sino que incluso la regocijaba. Bien es cierto que Lola aún no había llegado a adoptar frente a las exigencias de su madre una actitud abiertamente contestataria, pero se notaba tácitamente que ahora asociaba los valores de excelencia que defendían sus padres a nociones tan despreciables como el conformismo, el orden establecido y la falta de miras, como si, recientemente, desde un lugar ajeno a la familia, se hubiesen incorporado a su imaginaria unos horizontes mucho más emocionantes; unos horizontes que la lógica del sistema escolar no tomaba en cuenta nunca, bajo ningún concepto, nunca, ni tan siquiera como

anexos o temas afines a los objetivos que se había fijado, y que no eran otros que los chicos, la felicidad, el amor con mayúscula o la ambición de hacer de la propia vida una aventura resplandeciente. Los profes lo que quieren es adaptarnos a la norma, pero yo quiero conservar mi personalidad y mis defectos, que no me los toque nadie, que nadie intente trivializarme o encajarme en un molde: todo lo que me hace especial es lo que el cole quiere corregir, decía Lola cuando estaba inspirada. Cada vez que Bénédicte Ombredanne le oía aquel discurso, saltaba como un resorte. Eso son clichés, Lola, le decía, pero el problema es que a los doce años no sabes lo que son los clichés, puedes confundirlos con una sustancia viva que solo te pertenece a ti, porque sientes por dentro algo abrasador e intenso, algo urgente, íntimo, que puede parecerse a la manifestación de tu auténtica personalidad. Pero no abrasa porque sea auténtico, sino porque es nuevo, y es urgente porque es tu propio yo que está naciendo, y eso significa que eres tremendamente joven: es un momento maravilloso, te envidio por estar viviéndolo, le decía Bénédicte Ombredanne, pero las cosas espléndidas de esa primerísima juventud no son un fin en sí mismas, tienes que vivirlas como la promesa de otras etapas que vendrán luego, mil veces más sabrosas, a condición de que sepas quién eres, para que puedan desarrollarse. Bénédicte Ombredanne miraba a su hija directamente a los ojos para intentar convencerla de que aquello era una verdad objetiva. ¿Sabes? Lleva tiempo saber quién eres, hay que pensar mucho en ello y para eso hay que aprender a pensar, sí, a pensar, has oído bien, es decir, a equiparse con las herramientas adecuadas, adquirir una cultura, ejercitar la sensibilidad y la inteligencia. Para eso sirven los estudios, fíjate tú, y no para formatearle la mente a nadie, le decía Bénédicte Ombredanne, pero esas palabras solo provocaban miradas de impaciencia hacia la puerta del salón, a veces hacia el techo, es decir, hacia su cuarto, donde, ostensiblemente, estaba deseando replegarse, para huir de su madre y de sus sermones sin fin. Mientras que, por el contrario, querer conservar tu pureza original so pretexto de que en ella se esconde la quintaesencia de tu verdadera personalidad... *porque eso es lo que quieres decir, ¿verdad, Lola?* Silencio. Cruce de miradas. ¿No? Sí, más o menos, simplificando, le contestaba su hija de mala gana (Lola siempre le reprochaba a su madre que simplificaba de forma insultante lo que pensaba para poder descalificarla mejor), pero venga, sigue, ¿adónde quieres llegar? Bénédicte Ombredanne le dedicaba una sonrisa prolongada. A esto: si renuncias desde hoy a las clases para mantener intacto ese estado original en el que crees identificar lo que define tu singularidad, resulta que dentro de unos años, una buena mañana, al despertarte te darás cuenta de que estás presa en una situación que no habías visto, descubrirás un sistema establecido donde creías que había un inmenso territorio de libertad: comprenderás que ese estado de pura inmediatez se corresponde con un lugar perfectamente catalogado para la mujer en la sociedad, un lugar inmemorial y desconcertante, de servilismo y de sumisión, te percatarás de que ese territorio de libertad es un espacio de degradación, una forma de asignarte el papel más convencional que sea posible imaginar (precisamente, Lola, aquí sí que se puede hablar de formatear), el de la muñequita sensible y emotiva, sincera y vulnerable, desvalida y obediente. ¿Me estás escuchando? ¿Me estás escuchando, Lola? *¿Podrías dejar de enrollarte ese mechón en el dedo cuando te estoy hablando? Me siento como si tratara con una loca.* Echándose el mechón tras la cara de chica guapa que había tenido bajados los párpados maquillados de gris iridiscente, Lola se ponía a mirar a su madre con agresividad, fijamente, como diciéndole *Que sí, que vale, ¿has acabado ya con tu sermón de feminista caducada, puedo irme a mi cuarto?* En ese momento, en lugar de apartar la conversación de aquel arbusto espinoso, en lugar de acercarse a Lola por un lateral para orientarla con tacto hacia las disposiciones que quería que adoptase, Bénédicte Ombredanne se

ponía tensa y se endurecía: exagerando el peligro que, según ella, acechaba a su hija, queriendo salvar del infierno familiar lo que aún podía salvarse, es decir, en primer lugar, el futuro de sus hijos, ejercía sobre Lola una presión desproporcionada sin ver, por puro agotamiento, lo pernicioso, nocivo y envenenado que resultaba para las dos, tanto juntas como separadas. Voy a pelear hasta el final, me oyes, hasta el final, aunque tenga que declararte una guerra sin piedad, para impedir que acabes siendo... Nunca he dicho que quisiera acabar *empanada*, la interrumpía Lola: solo he hablado de *formatear*. El resultado es el mismo, no sé de qué otra forma podrías acabar, sea cual sea el nombre que le des: empanada, maruja, pava, barbie... ¡Di que sí, ponme verde, no te cortes! ¡Qué agradable es que tu propia madre diga que eres una pava! ¡En ningún momento he dicho que fueras una pava! Lo único que digo es que a los doce años no puedes tomar la decisión de renunciar al colegio, de dejarlo todo para dedicarte a estar guapa, a seducir, a seguir tus sentimientos, a divertirte, a salir por ahí, a vestir a la moda, a maquillarte, a actuar por capricho, a entrar en Facebook y todo lo demás... ¡Casi nada!, la interrumpía Lola soltando una prolongada risa irónica, ¡desde luego, es una descripción de lo más agradable, me pregunto cómo me sigues aguantando! ¡Puajjj, qué hija tan tarada, joder, menuda peste! ¡Pobre mamaíta, qué mala suerte has tenido! ¡Tú que soñabas con una hija parecida a ti, que hiciese una carrera superlarga! ¡Tú que soñabas con que entrara en la Escuela Normal! ¡Escuela Normal! ¡Escuela Normal! ¡Escuela Normal!, entonaba Lola haciendo molinetes con los brazos en una parodia de coreografía televisiva. ¡A mí no me hables en ese tono!, la interrumpía Bénédicte Ombredanne, te estás poniendo insolente. ¿Yó?, exclamaba Lola. Pero ¿qué dices, *insolente yo*? ¡Pero si eres tú la que me ataca a mí! ¡Tú la que me dice que soy boba! ¡Fíjate en lo que dices, joder! ¡Que tengo quince sobre veinte de media! ¡Quince de media! De momento, la interrumpía Bénédicte Ombredanne: estás en caída libre, y no me extraña teniendo en cuenta que ya no haces nada, *lo que se dice no dar palo al agua*. Eso lo dirás tú, lo que pasa es que me he organizado de otra manera, nada más. Sí, ya lo veo, estás en otra parte, estás desmotivada, estás pensando en cualquier otra cosa, le contestaba secamente Bénédicte Ombredanne. Ya no lees, vas a depilarte con el dinero de la paga, ya no tenemos conversaciones como antes. ¡Lola, deja ya de tocarte el pelo de una maldita vez, no lo aguanto más! ¡Lola, no aguanto más verte obsesionada con el pelo, suéltalo! Lo que dices de mí es muy humillante, decía Lola, herida. ¿Es que no tengo derecho a que me interesen otras cosas además de estudiar? Lola miraba a su madre con ojos de dibujo animado japonés: dilatados, soñadores incluso enfadados, con una sinceridad cegadora. ¿Es que no tengo derecho a que, *cinco minutos al día*, me interese algo que no sea *Jean-Jacques Rousseau*? ¿Qué tienes que hacer para mañana?, enlazaba Bénédicte Ombredanne. Te he hecho una pregunta, repetía al cabo de unos instantes. Bénédicte Ombredanne se había vuelto abrupta como un acantilado. Pero ¿por qué te ensañas así conmigo, qué es lo que te he hecho?, le preguntaba Lola, llorando. ¿No puedes dejarme en paz de una puta vez y ocuparte de tus problemas? ¿O te crees que no tienes bastantes problemas en tu life como para andar siempre encima de mí? ¿Es para evadirte, es eso? ¿Para no tener que pensar en tu mierda de vida prefieres ocuparte de la de los demás? ¡Es precisamente porque tengo una vida de mierda, sí, en efecto, tienes razón, por lo que me niego a ver cómo echas a perder la tuya por gilipoleces!, le contestaba Bénédicte Ombredanne a grito pelado. ¡Pues perdona pero, francamente, *francamente, precisamente*, visto el resultado, vista la vida de mierda en la que te estás pudriendo, prefiero hacer las cosas a mi manera antes que seguir tus consejos!, decía Lola gritando aún más fuerte que su madre. Y acto seguido salía de la habitación dando portazos por donde pasaba y abandonando a Bénédicte Ombredanne en el sofá, temblorosa, desesperada por los malentendidos que permitía que proliferasen entre su hija y

ella... con cuya frialdad tendría que vivir luego durante días, asfixiada por el error que había cometido por ser totalmente incapaz de acabar con ellos, de hacer que su hija la perdonara.

Para ir al liceo, Bénédicte Ombredanne pasaba por una glorieta en la que hacía poco habían colocado una escultura abstracta. Desde que se fijó en ella, la examinaba atentamente, preguntándose qué representaría, antes de olvidarse de ella hasta que volvía a verla, por la tarde o a la mañana siguiente. Un día la fulminó la convicción de que sabía lo que representaba, semejante a un calambre muscular y una migraña de acero, aquella repelente presencia urbana: *era su retrato anticipado*. Lo cual se confirmó de forma aplastante unos días después, tras otra noche de insomnio, cuando acabó en carne y hueso en medio de la glorieta, viva pero embutida en la escultura, prisionera de su oxidación. ¡Era ella, allí, sí, repulsiva! Presa del pánico, apartó los ojos de aquella visión terrorífica y lanzando alaridos de rechazo, giró de golpe para salir de la glorieta y tomar el camino por el que se iba al liceo... cuando un coche se estampó contra ella violentamente, destrozando la puerta derecha de su modesto Peugeot y rociándole la cara de cristales rotos.

Aquel accidente sin importancia la asustó mucho, sobre todo cuando la carcasa de su cochecito chocó contra el asfalto, recordándole a una pelota de balonmano deshinchada que rebotaba contra el suelo y le sacudía el cuerpo aferrado al volante. Algo se agitó en su cerebro, como si se activara un interruptor, de cuyos efectos no tuvo conciencia inmediatamente, ni en las horas que siguieron.

Estuvo llorando unos minutos muy largos, inmóvil, con las manos crispadas en el volante y la frente apoyada en el plástico, sin oír las preguntas que le hacían a través de la puerta abierta.

Cuatro días después, en la noche del 6 al 7 de mayo, cuando su marido la despertó una vez más a las tres de la mañana, estalló. El mecanismo que había desencadenado el interruptor se puso por fin en marcha: de la violencia de la colisión ahora surgía, con una fuerza que la dispensó de preguntarse sobre la conveniencia de ceder a ella, la sublevación imperativa de la palabra y del cuerpo... se tiró de la cama y le lanzó a la cara a Jean-François todo lo que iba encontrando a mano, sin darse cuenta de la metamorfosis que estaba sufriendo, ciega de ira.

—¡Sí, tenía una cita! Tenía una cita con un hombre y me gustó, como lo oyes, me gustó, follamos como locos, fue genial, lo quiero, no dejo de pensar en él, hala, ya está, ya te lo he dicho, ¿estás contento? —gritó de pie en el dormitorio, después de haber encendido la luz—. Hala, ya está, ¿estás contento? ¿Tienes por fin lo que querías? —le dijo tirándole ropa, un expediente del banco y la cartera de cuero.

—¿Qué?, pero ¿qué dices? *Pero ¿qué me estás contando?* —le preguntó su marido esquivando perezosamente los proyectiles.

—¿Ya estás contento? ¿Tienes por fin lo que querías? ¿Y qué sales ganando, me lo puedes decir?

—¡Pero bueno! Pero ¿qué me estás contando? ¿Qué haces, por qué me gritas así, has perdido la cabeza o qué? ¡Para, estás loca! ¡Vas a despertar a los niños, para! ¡Ay, que me haces daño!

—¡Un desconocido! ¡Exactamente! ¡Y lo encontré en internet! ¡Ya ves lo bajo que he caído: apuntarme en una página de citas, buscar a un tío que estuviera dispuesto a recibirme por las buenas en su casa un jueves por la tarde! ¡Y todo para sentirme viva! ¡Para recibir afecto! ¡Porque estoy harta de echar a perder mis mejores años! ¡Porque estoy harta de esta vida sin amor, harta, harta, harta! ¿En serio te creías que iba a renunciar a ser feliz, que iba a dejar que mi vida se fuera a pique, es eso? ¡Pues resulta que no soy de piedra, no soy de piedra! Te voy a decir una cosa, para que te enteres: ¡no me arrepiento de haberlo hecho, *para nada!* Cuando me fijé en mi pasado,

en la vida tan triste que he tenido, tan monótona... ¡una vida tremendamente dura, fría, sosa, árida! ¡Sí, *árida*, siniestra, *como lo oyes*, no hace falta que pongas esa cara! ¡Contigo para ensuciarme! ¡Contigo para humillarme! ¡Sí, sí, para humillarme, *pues claro que me humillas*, tú mismo lo reconociste hace dos meses, después de aquel programa de radio! Cuando me fijo en mi pasado, lo que resplandece es esa tarde, unas pocas horas con un desconocido, ¡que ya es el colmo! Y sabrás, querido mío, que sentí cosas mucho más fuertes ese día, en solo seis horas, que contigo a lo largo de diez años, que se dice pronto! ¡Como lo oyes, cosas más fuertes, cosas más tiernas, sinceras, tajantes, en una sola tarde que en diez años contigo! ¡*Desde luego, es algo que tienes que saber, es una información que vale su peso en oro!*, gritó Bénédicte Ombredanne mientras recorría la habitación. (Le pareció que no había gritado tan fuerte en toda su existencia: debían de estar oyéndola en todo el vecindario pero le daba igual, la tenía sin cuidado despertar al barrio entero con su sublevación.) Llevas dos meses acosándome para saber la verdad, ¡pues te la voy a contar, te habrá merecido la pena el viaje! ¡*Te juro que te vas a enterar de todo!* ¡Desgraciado, llevas dos meses suplicando que te cuente cómo te engañé! ¡Para saber todos los detalles! ¡Serás gilipollas! Pues muy bien, ¡*TE VAS A ENTERAR DE TODA LA VERDAD!* ¡Vamos, tú preguntas y yo respondo, *TÚ LO HAS QUERIDO!*

El marido de Bénédicte Ombredanne la estuvo interrogando hasta el amanecer: ella le contó qué había pasado aquella tarde hasta los detalles más nimios, fuera de sí, con desprecio, infligiéndole frases tan brutales como escupitajos, precisas y humillantes.

Él formulaba las preguntas con serenidad, derrotado, casi sin voz: ella contestaba mediante asaltos espléndidos, como si cada respuesta fuese un breve ataque, una venganza deliciosa, un reproche explícito, una picadura venenosa.

El instante en que inició sus confesiones había franqueado un territorio al que se lanzó con todas sus fuerzas y una alegría salvaje, como si supiera que por el otro extremo de aquella línea recta penetraría en una aurora llena de obviedad, rosada y ligera, que la vería coger sus cosas y a los niños, salir de casa y marcharse al encuentro de Christian, liberada y purificada. ¡Qué mar de fondo, qué despliegue de fuerza y de luz! Bénédicte Ombredanne no pensó en las consecuencias que podrían tener sobre su futuro las cosas tan comprometedoras que le estaba revelando a su marido, estaba como en trance, transfigurada por la energía que cruzaba por ella, exactamente igual que la noche en que se registró en Meetic y se puso a hablar con unos desconocidos. Esa noche, al contarle a Jean-François lo que había vivido con Christian, tuvo la sensación de estar viviéndolo por segunda vez con una intensidad inaudita, más enamorada de lo que lo había estado nunca.

Tras despertarse por culpa de los gritos de su madre (cuyas palabras más tremendas eran como flashes que llegaban a sus oídos con ensordecedora claridad: follar, polla, gozar, hombre, glande, chupar, orgasmo, ano, húmeda, salpicar, engañar, paja, penetrar, desconocido...), Lola y Arthur acudieron varias veces, por turno. Cuando abrían la puerta, vislumbraban en la penumbra a un hombre que lloraba, postrado y desnudo encima de las sábanas, deshecho, como un soldado herido que ha capturado el enemigo, mientras que, en primer plano, deslumbrante y furiosa, Bénédicte Ombredanne iba y venía en la oscuridad, blandiendo un sable, con los pies embarrados y el cabello al viento (esa era al menos la imagen que debían de tener en su imaginación, pensaba ella). Entonces, volviéndose hacia aquel de sus hijos que había abierto la puerta, murmurando asustado «pero ¿qué pasa, por qué le gritas así a papá?», Bénédicte Ombredanne intentaba reconfortarlo dirigiéndole unas cuantas frases muy breves y dándole un beso húmedo en la frente, con mirada abrasadora, antes de volver a cerrar la puerta (aunque en dos ocasiones acompañó a

Arthur de vuelta a su cuarto para arroparlo cariñosamente).

Después de atravesar a Jean-François con una última frase (ya se había hecho de día, los pájaros gorjeaban detrás de los cristales y la aurora no era rosada ni acogedora, sino más bien gris, opaca, sucia y lívida), Bénédicte Ombredanne no decidió escaparse de casa, como habría podido hacer y que, de hecho, había pensado hacer varias veces durante la noche, en los momentos álgidos de su insurrección, cuando las palabras que le arrojaba a su marido llegaban a ser tan fuertes como para hacerle creer que se estaba librando de él, librándose de él de una vez y para siempre. En cambio, bajó a la cocina para hacer el café, calentar la leche, poner en la mesa los *corn flakes* y las galletas para los niños, y sacar de la nevera la mantequilla y las mermeladas. Se hizo un tajo en el índice al cortar una rebanada de pan y luego se quemó el dedo corazón de la misma mano al sacarla de la tostadora, donde se le había quedado atascada. Despertó a los niños y ayudó a Arthur a prepararse para ir al colegio. Jean-François y ella no se dirigieron ni una sola mirada, ni una sola palabra, en todo el desayuno. Los niños, petrificados por la falta de sueño y a punto de echarse a llorar, no se atrevían tampoco a decir nada. Tenían miedo de que pasara otra vez lo mismo. Acto seguido, tras ducharse y vestirse (se vistió de cualquier manera, con vaqueros y camiseta, sin lavarse la cabeza aunque ese día le tocaba), se fue al liceo, comió en el comedor, dio sus clases y volvió a casa a media tarde, como si tal cosa. Después de la noche que habían pasado, a Bénédicte Ombredanne se le ofrecía una ocasión única para abandonar su hogar, al menos durante una temporada, para demostrarle a su marido que ahora ella dominaba la situación y tenía que respetarla. Pero ni siquiera se planteó si podría hacerlo, si debía aprovecharla: reanudó motu proprio la rutina de la vida familiar.

Estuvieron tres días sin hablarse.

Traumatizada por su arrebato de violencia, Bénédicte Ombredanne se sentía cercenada de sí misma y del mundo exterior: ya no era más que un tremendo estrépito, como si las frases que había gritado aquella noche, espantosas e irreversibles, aún le retumbasen en el cerebro y en el cuerpo, sin tregua. Por su parte, Jean-François estaba destrozado: miraba con ojos apagados unas esferas móviles suspendidas en la atmósfera como planetas que solo él pudiera ver, rotando discretamente.

El cuarto día, cuando los niños estuvieron acostados, Bénédicte Ombredanne le preguntó a su marido qué tenía que hacer para que se recuperase: estaba dispuesta a volver a empezar sobre nuevas bases, pero él tenía que implicarse y no seguir consumiéndose. Tras un prolongado silencio, Jean-François contestó que nunca lograría rehacerse de lo que le había revelado la otra noche, no se le ocurría cómo iba a poder integrar aquel episodio a su existencia, no sabía si podría volver a mirar a Bénédicte Ombredanne sin sentirse mancillado y humillado. Saber que su mujer se había acostado con un desconocido lo dejaba aniquilado, así de sencillo. Saber que, además, ella no conseguía olvidarse de ese hombre, que este le había sugerido irse a vivir con él y que ella se había planteado acceder, que incluso se arrepentía, según sus confidencias de la otra noche, de no haberle dicho que sí... por todo aquello no se le ocurría cómo iba a poder seguir viviendo, volvió a decirle esa noche.

Desde que la elocuencia de Bénédicte Ombredanne lo había hecho polvo, su marido se expresaba con mucha calma, casi sin hacer ruido, evasivo y desdibujado, como si su ser retrocediera constantemente: daba la sensación de que se estaba borrando del mundo progresivamente, de que se difuminaba. Después de soltar aquellas frases lapidarias, y de soltarlas con aparente indiferencia, muy dócil, volvió a sumirse en un mutismo insondable, con la mirada prendida en un nuevo planeta. Bénédicte Ombredanne intentó consolarlo: le dijo que sus

palabras de la otra noche trascendían sus pensamientos, que la presión a la que llevaba someténdola durante dos meses al final la había trastornado, eso podía entenderlo, ¿no?

—¿Verdad que lo entiendes, Jean-François? Querías oírme decir que había pasado la tarde con un hombre: así que exploté, rompí a hablar, ¡pero exagerando mucho! *¡Exagerando!* —le confesó Bénédicte Ombredanne esforzándose por parecer conciliadora... aunque solo sentía reticencia, se daba perfecta cuenta de que sus frases sonaban a falso, como si tuviera el alma desafinada, como un piano largo tiempo olvidado—. ¡Pues claro que sí, hombre! ¡Cómo te lo has podido creer ni por un momento! ¡No me pareció ni fu ni fa, te lo aseguro! ¡Todo eso lo dije para vengarme! *¡Nada más!* —le susurró, cariñosa—. ¡Para vengarme, solo por eso! *¡Por amor!* ¡Nada más, créeme! *¡Jean-François, con ese tío no sentí nada de nada!*

—Eso lo dices para salir del avispero donde te han metido tus confesiones —le contestó su marido al cabo de unos minutos de silencio—. Prefiero que nos atengamos a la versión inicial, sin atenuar lo que me confesaste la otra noche, porque si no, ya no respondo de nada: no te pongas a mentirme otra vez, o si no, te juro que te mato, mato a todo Dios y luego me quito de en medio — Bénédicte Ombredanne se sobresaltó: fijó la mirada en Jean-François, que estaba temblando—. Esa historia es tan desmesurada que no voy a poder asimilarla nunca. La única forma que tengo de conseguirlo es creer que me has dicho toda la verdad: convencerme de que no hay ninguna zona oscura y que no me queda nada por descubrir, que hemos llegado hasta el final y que podemos pasar a otra cosa. ¿Lo entiendes? — Bénédicte Ombredanne asintió con la cabeza—. Si hoy vuelves a abrir la caja de Pandora insinuando que en realidad las cosas no sucedieron exactamente de ese modo, no acabaremos nunca: yo querré saber la verdad, no pararé de hacerte preguntas, nos tiraremos así diez años y no acabaremos nunca. ¿De acuerdo?

Bénédicte Ombredanne observó a su marido en silencio, con la mayor ansiedad, antes de asentir con un gesto de la barbilla, bajando la mirada hacia sus dedos entrelazados.

—Lo entiendo, estoy de acuerdo, vamos a hacerlo así.

—¿Qué? ¿Qué dices? Vocaliza, no hables para tus bigotes, no oigo nada.

Se estremeció al volver a oír la palabra *bigotes*.

¿Así pues, ni siquiera con aquella iniciativa tan radical había conseguido eliminar aquel vocablo humillante del lenguaje de su marido?

—He dicho que de acuerdo, que vamos a hacerlo así.

—Es la única forma viable —concluyó él rompiendo a llorar, y estuvo sollozando gran parte de la noche sin que ninguna de las caricias que le prodigó su mujer pudiera atenuar su sufrimiento.

Aquella etapa maníaca duró más o menos una semana.

Lloraba, dejó de hablar y estaba cada día más delgado.

Por la noche se le podía ver con los ojos clavados en la televisión, mascando chicle muy despacio. Con la mirada perdida en el vacío, daba la impresión de que no veía las imágenes en las que se enfrascaba y que proyectaban sobre su rostro sombras y luces aleatorias, mecánicas e indiferentes... y que, en cambio, estaba contemplando un extenso paisaje interior, un paisaje yermo y desolado, con los estragos de un tifón, puede que incluso toda su vida, todo su intelecto. Si Bénédicte Ombredanne le hacía alguna pregunta, no contestaba. Si se sentaba a su lado, se levantaba y se iba a otra habitación. A la hora de acostarse, se metía en la cama, cogía un libro o un periódico, leía unas pocas páginas y luego mullía la almohada, apagaba la lámpara de cabecera y se volvía de espaldas sin decir palabra. Si, para demostrarle que estaba más que dispuesta para él y que Christian ya era solo un recuerdo que repudiaba, Bénédicte Ombredanne le ponía la mano en la piel, se sobresaltaba con la misma prontitud recalcitrante que si la hubiese tenido

electrificada.

Como se reconoció a sí misma más adelante, tenía que haber aprovechado la ventaja obtenida en aquel momento sobre su marido para imponer nuevas normas en su relación. De haber sido más previsora, le habría explicado cuáles eran sus expectativas para su vida en común y habría establecido para siempre el nuevo equilibrio de fuerzas con marcas situadas entre ambos, análogas a los alfileres con los que una costurera marca el dobladillo de un vestido. De ese modo, cuando él hubiese vuelto a las andadas, dichas marcas no solo dejarían constancia de cuánto se estaba apartando de ellas, sino que Bénédicte Ombredanne habría estado en situación de replicar con la inmediatez de una alarma de museo: *Has vuelto a hacer esto, me estás diciendo otra vez tales frases, vuelves a utilizar la palabra bigotes, estás repitiendo tales gestos, me voy, hemos terminado, ¿me oyes? ¡Cojo a los niños y me voy de esta casa en el acto, date por enterado de una vez por todas!*, pero en realidad no percibía la decadencia de su marido como una victoria que le ofrecía la posibilidad de impulsar su relación, sino que la veía como una prueba molesta, vergonzosa y espectacular de su culpabilidad, una culpabilidad cuyo alcance podía comprobar cualquiera fijándose en lo mucho que su conducta incalificable había afectado a Jean-François. Este disfrutaba astutamente mostrándose destrozado en público, se le daba estupendamente andarse, delante de sus allegados, con sobrentendidos que la señalaban como culpable de un hecho grave que, a juicio de todo el mundo, no podía ser más que un adulterio, resultaba de lo más obvio, decía para sí Bénédicte Ombredanne. Por eso opinaba que el enfriamiento de su marido era un problema para ella más que para él, especialmente de cara a los niños que, como cualquiera puede imaginar, solo aspiraban a una cosa: que su papá recuperase la sonrisa.

Con tal fin, Bénédicte Ombredanne fue atenta, generosa y tierna, sin desfallecer, durante unos veinte días. Se mostró incluso ocurrente, deseable e inesperada, y recuperó una espontaneidad que le recordó la de su primera juventud. A menudo tenía que pasarse horas argumentando para convencerlo de su amor, le decía que no lo iba a dejar nunca, que no lo engañaría más, se lo prometía. *¿De verdad, nunca más, me lo prometes?* Nunca, nunca más, te lo prometo, le decía Bénédicte Ombredanne. *¿Aunque a veces te parezca que tengo defectos? Aunque a veces me parezca que tienes defectos, le decía ella con dulzura.* Llegados a este punto, podía acontecer que su marido le diera a entender que quería acostarse con ella. Accedía, él se le tumbaba encima y la tomaba mientras seguía haciéndole preguntas, se entregaban el uno al otro reanudando la conversación que acababan de interrumpir, delicada y reconfortante.

Pero otras veces, después de que Bénédicte Ombredanne accediese a contarle una vez más cómo había hecho el amor con Christian, le exigía que lo chupara, y que le enseñase cómo sus labios habían conseguido llevarlo hasta el orgasmo. *Venga, empieza, métete mi sexo en la boca, enséñame cómo se la mamaste al maricón del anticuario, enséñamelo, quiero saberlo.* Entonces lo chupaba para que se encontrara mejor, para que se calmara, para que no estallara una crisis, un ataque de ira, los reproches, que reavivarían sus heridas y despertarían a los niños. Y tras eyacularle en la boca y obligarla luego a tragarse el esperma, Jean-François se dormía sin hacerle un gesto cariñoso a su mujer, sin una disculpa o un remordimiento, mientras ella lloraba en silencio con la cara metida en la almohada.

Ese estado de ánimo tan perjudicial podía llegar a amainar durante un período en el que Bénédicte Ombredanne intentaba convencerse de que su marido había necesitado aquellas sesiones tan degradantes para superar el dolor: se decía que gracias a ellas habían seguido hasta el final un doloroso proceso de expiación. No importaba que la medicina fuera tan amarga, al fin y al cabo, mientras fuera eficaz (llegaba a pensar a veces); estaba dispuesta, incluso, a pagar por

haberse distanciado, a someterse a una austera penitencia, siempre y cuando no fuese a costa de su dignidad: una penitencia que la pusiese a prueba, con la mente fija en la figura única de su esposo, para demostrarle a este cuánto amor se sentía capaz de brindarle si se resolvía a dejar de rebajarla. Durante aquellas breves mejorías, volvía a creer en ello, a creer en que tendrían un futuro juntos. Él le lamía el sexo y ella, a cambio, se lo chupaba a él; se podría decir que, en definitiva, el sorprendente deslíz que cometió en Estrasburgo había tenido afortunadas repercusiones para su sexualidad. Sus relaciones eran apasionadas y ella disfrutaba, disfrutaba con un fervor que nunca se había atrevido a manifestar hasta entonces en brazos de su marido, con quien se había mostrado siempre tan púdica como el primer día. Siempre había temido que, después de varios años de vida erótica en modo menor, resultase ridículo adoptar de un día para otro un comportamiento más descarado, dado que siempre se había mordido los labios o desollado los pulgares con los dientes para no gritar demasiado fuerte al alcanzar el orgasmo, por miedo a que su marido le preguntase a qué estaba jugando o quién se creía que era. Tras varios años refrenando constantemente sus impulsos, se había abierto un abismo entre lo que se sentía capaz de saber, en lo referente a erotismo, y lo que se permitía mostrar y concederse. Como sus confesiones habían dejado claro que podía ser una mujer distinta a aquella esposa modesta y soterrada a la que estaba acostumbrado su marido, ahora adoptaba un rostro algo más pícaro, se atrevía a ser algo más libre y a su marido parecía gustarle, ya que no se burlaba de ella. En resumen, *habían dejado muy atrás* la tarde del 9 de marzo y los sufrimientos que aquellas seis horas de luminosidad adúltera habían encendido en Jean-François habían quedado definitivamente superados: eso era lo que Bénédicte Ombredanne se decía en esos momentos, dichosa de que concluyera el calvario que llevaba soportando tres meses.

Pero al cabo de un día o dos, su marido empezaba a perseguirla de nuevo, todos los pensamientos nocivos volvían a revolotearle por la cabeza y a torturarlo, cual cuervos funestos en un cielo tormentoso. Bénédicte Ombredanne lo notaba por las noches cuando se movía, inseguro, por el dormitorio, lo veía en las miradas que le lanzaba, intrusivas, antes de meterse entre las sábanas, como una presencia viscosa y desquiciada. Era en esas ocasiones cuando reconocía ante sí misma que debería haber desconfiado de aquel hombre el mismo día en que lo vio esconder disimuladamente en la cartera de cuero el calzoncillo sucio y los calcetines retorcidos... porque aquella noche tenía la misma mirada de esponja, chorreando vergüenza y complejos, doblez y mezquindad infantil, que las noches que se acostaba de humor sombrío, con la imaginación saturada del aura mirífica de Christian.

Al igual que en los dos primeros meses, cada vez más a menudo la despertaba de madrugada. Le decía que no podía dormirse, que no conseguía deshacerse de su ansiedad, que necesitaba que lo ayudase a despejarse, le decía que su vida seguiría siendo un infierno hasta que no lograrse dar salida a lo que ella había hecho con aquel hombre, le decía que no entendía que hubiese hecho semejante cosa, le preguntaba cómo había podido, si llevaba trece años viviendo con él, entregarse de repente a un hombre al que había conocido dos horas antes, no lo entendía, no lo entendía, no lo entendía, no le cabía en la cabeza, le decía quejumbroso, en plena noche, quebrándole el sueño a Bénédicte Ombredanne con sus lamentos. Que hubiese tenido la osadía de aceptar entre sus muslos el rabo de un desconocido, le decía sujetándose el vientre (como si una bala enemiga se le hubiese alojado en las carnes y estuviera agonizante), era una monstruosidad que sobrepasaba su capacidad de absorción. Podían ser las tres o las cuatro de la madrugada, ninguno de los dos había encendido la luz, Bénédicte Ombredanne oía, muy cerca de su oído, lúgubre y suplicante, la voz de su marido rogándole que le explicase cómo había tenido la osadía

de tomar entre los dedos, sus dedos, *los de su mujer desde hacía trece años*, el sexo de un hombre que no era él... el sexo abultado de un hombre que no era él entre los labios de su mujer, dentro de su boca, pegado a sus dientes, esa imagen se le había quedado colgando de la bóveda craneal y no conseguía librarse de ella; por las noches, esa imagen insufrible le iluminaba el cerebro entero, colgando como un proyector de la bóveda de su mente, le decía restregándole el sexo contra el muslo y llorando. ¿Cómo quería que se durmiera con esa luz en la cabeza? Pasa la película de esa atrocidad, ayúdame a ver lo que sucedió para que pueda quitármelo de encima y destruir los negativos: Bénédicte, Bénédicte, Bénédicte, te lo suplico, cuéntamelo otra vez, como si esta noche quisieras volver a proyectarte la película de esa tarde inconcebible, venga, cuéntamelo, qué pasó cuando entrasteis en el dormitorio después de pasear por el bosque. Bénédicte Ombredanne protestaba diciendo que no quería, que ya le había contado esa escena varias veces, especialmente la noche en que confesó que había cometido algo tan dañino para su amor, que lo lamentaba con todas sus fuerzas, tenía que creerla. Ya te lo he contado todo varias veces hasta el mínimo detalle, Jean-François: *no me obligues a volver a empezar*, le decía, soñolienta, con la luz apagada, mientras su marido se refrotaba contra ella con el sexo erecto. Cuando le viste la polla la primera vez, ¿qué pensaste, Bénédicte? ¿Te dieron ganas de metértela en la boca enseguida o te entraron más tarde, cuando ya estabais en acción, dime? (Estaba llorando, se lo notaba.) Jean-François, te lo suplico, no quiero volver a pensar en todo eso, no quiero seguir hablando de ello. ¿Te desnudó él primero o fuiste tú la que se lanzó como una furia a arrancarle la ropa, impaciente por verle el sexo y metértelo en la boca? ¿Sabías ya que ibais a acostaros cuando llegasteis al dormitorio o todavía tenías dudas? Necesito saberlo, es la única forma posible para deshacerme de este dolor, de esos ataques de ansiedad perpetuos. Bénédicte, lo necesito, tengo que saber lo que pasó exactamente, tengo derecho, no puedes negármelo. (Silencio de unos segundos en los que se meneaba contra ella gimiendo de placer y llorando.) Oye, Bénédicte, ¿cuando le quitaste el pantalón ya estaba empalmado o no? Ya estaba empalmado, le contestaba Bénédicte Ombredanne. Pero ¿de verdad? ¿Tenía el sexo duro del todo, empinado, solo de verte el cuerpo? Sí, se le empinó solo de verme el cuerpo. ¿Y tú estabas húmeda? (Mientras hablaban, Jean-François se le frotaba más y más fuerte contra el muslo. Muy pronto, estaba convencida, se le tumbaría encima para poseerla.) No me acuerdo. ¡Sí te acuerdas! ¡Pues claro que te acuerdas! ¿Estabas húmeda? Sí, seguramente: seguramente algo. Y luego, ¿qué hicisteis? ¿Fue entonces cuando le cogiste el sexo entre los labios? Jean-François, por favor, para ya. No, no paro: haber pensado antes en las consecuencias de tus actos, ¿cómo quieres que haga yo para superarlo? Mira tú qué fácil: ¿la señora se beneficia a un tío que encuentra en internet como una guarra y yo me las tengo que apañar para digerirlo sin ayuda? Mira tú qué fácil: tienes que ayudarme. Pero así no, Jean-François, *así no*, protestaba casi llorando Bénédicte Ombredanne... Pero no quería llorar delante de su marido, su dignidad le impedía derramar ni una lágrima: sabía muy bien lo degradante que sería lo que viniera luego, se ponía tensa, se encogía detrás de las corazas mentales que le permitían no apiadarse de su propia suerte y no sufrir demasiado por aquellas ofensas. Te estoy escuchando: ¿qué hicisteis luego? Yo me tumbé y él me desnudó. Vale, ¿y luego? Luego me lamió el chocho, mucho rato, tardando lo que hubiera que tardar primero con los labios y luego con toda la boca, como un beso apasionado, y luego con la lengua, la punta de la lengua focalizada en mi clítoris, con precisión milimétrica. ¿Te gustó? ¿Te gustó que te lamiera el chocho así, tanto rato y con tanto talento, como un experto? Te lamía como un experto, ¿no? Bénédicte, eso fue lo que me dijiste el otro día: dímelo otra vez. Me lamió como un experto: era sublime, nunca había sentido nada igual con nadie. ¿Ni siquiera conmigo? Ni siquiera contigo. Vale, ¿y luego?

Si Bénédicte Ombredanne se negaba, o vacilaba, o se resistía a someterse a aquel ritual sórdido, él perdía los nervios, le gritaba e incluso a veces la violentaba, se le podía escapar un gesto y le daba en el hombro con la determinación suficiente como para intimidarla. Una noche, Bénédicte Ombredanne salió de la cama, encendió la luz y de pie en el dormitorio intentó razonar con su marido. Le dijo que comprendía muy bien que deseara oír ese relato, pero que tenía que contenerse, poner fin a esa necesidad que iba a destruirlo todo, sí, a destruirlo todo, tenía que ser consciente de eso. Entonces Jean-François se levantó a su vez y le dijo a Bénédicte Ombredanne que no solo lo había engañado de la forma más inaceptable, sí, ¡inaceptable!, sino que ahora, de propina, ¿pretendía establecer las reglas? Se negaba a ayudar a su marido a superarlo, ¿era eso?, le dijo gritando, tanto que Bénédicte Ombredanne tuvo que meterse otra vez en la cama, temerosa, para no enfurecerlo más ni arriesgarse a asustar a los niños. Y aunque esa noche no siguió insistiendo, unos días después, de madrugada, la volvió a despertar sollozando, ella le preguntó qué le pasaba y él contestó que la quería con toda el alma, le preguntó que si ella también lo quería, y ella contestó que sí, a lo que él replicó: entonces, si me quieres, ¿por qué me engañaste? Fue un error, contestó Bénédicte Ombredanne: no volveré a hacerlo. Por las noches intento dormir, pero veo el sexo de ese hombre entre tus dedos, esos dedos que amo, y esa imagen me destroza, entonces me despierto y lloro. Veo tus labios cerrarse sobre el glande del tío ese y es horrible, ¿cómo pudiste hacer algo así? Consuélame, tranquilízame, cógeme el sexo con los dedos, por favor, te lo suplico, si no, me voy a morir. Hazme gozar, si no, me voy a morir. Bénédicte Ombredanne obedecía, él le hundía la mano en sus partes íntimas, que estaban secas, y sus dedos empezaban a entrar y salir de ella con fuerza. Estás seca como un desierto, ¿lo ves, qué te había dicho? Te toco yo, que soy tu marido, y te quedas seca. ¿Con ese otro estabas seca? No, qué va: estabas chorreando, eso me contaste varias veces. No eres más que una puta de poca monta. Voy a tomarte, vamos a hacer el amor, te voy a follar como te folló el tío ese aquel día, te voy a desgarrar el chocho, vas a chorrear y vas a correr.

Y tendría para dos meses de ese proceder, dos meses tan espantosos como los dos anteriores, pero con una fuerza ofensiva mucho más temible porque Bénédicte Ombredanne ya no contaba con la única defensa eficaz que tenía: el secreto. Cuando este desapareció, fue como si su marido se le metiera dentro, arrasando con todo, valiéndose para ello del argumento de que, como efectivamente lo había engañado, tenía derecho a sacarle todos los detalles y toda la verdad, hasta de los recovecos más íntimos, sobre aquella tarde inconcebible, que era como seguía refiriéndose a ella. En teoría, el contrato conyugal que habían firmado en el ayuntamiento obligaba a Bénédicte Ombredanne a guardarle la más absoluta fidelidad a su marido, a un deber de transparencia. Y él aspiraba a que se le respetaran esos derechos.

El sufrimiento y el deleite del marido de Bénédicte Ombredanne al escuchar de continuo el relato de su ejecución no tenían fin, eran vertiginosos.

Gozaba dentro de ella gritando mientras Bénédicte le susurraba al oído el furor animal de Christian. Luego se levantaba para ir a limpiarse el sexo al cuarto de baño, orinaba, volvía a acostarse sin decir palabra, como si le guardara rencor a su mujer por las verdades intolerables que acababa de infligirle. Le daba la espalda para dormirse, evitando tener contacto alguno con ella.

Ni siquiera tenía la delicadeza de llevarle a la cama una toalla para que Bénédicte Ombredanne pudiera limpiarse el semen que había derramado en su cuerpo. Ella se levantaba a su vez para ir al cuarto de baño. Una noche que acababa de pasarse un guante de ducha por los labios vaginales, se plantó delante del espejo del lavabo y se pasó mucho rato mirándose a los ojos: miró mucho

rato a los ojos de la escultura espantosa que estaba viendo, de acero, abstracta, irreconocible... Oía cómo todo pasaba a su alrededor irremisiblemente, vehículos ruidosos, bultos sonoros y oscuros que arrastraban remolques cargados de palabras, de frases, de párrafos, era una hora de mucho tránsito y la glorieta en la que se erguía Bénédicte Ombredanne, repulsiva, de acero, en lo más hondo del espejo, era un lugar con un tráfico desquiciante que la llenó de pánico. La cabeza le daba vueltas, se sujetó a la porcelana del lavabo, cerró los ojos unos instantes y volvió a abrirlos: allí estaba ella de nuevo, Bénédicte Ombredanne, en el espejo del cuarto de baño, viva, con cara de cansancio, el cutis algo céreo y los ojos tristes. Al retirarse, el estruendo le había dejado en el cerebro una impresión que pronto se impuso como una grata y serena certeza. Abrió su neceser, sacó dos blísteres de Xanax, uno de ellos empezado, rompió con la uña el borde de papel metálico de todos los alveolos y juntó en la porcelana blanca doce semillitas sonrosadas que había sacado de la vaina. Echó un poco de agua en un vaso y se tomó las doce semillitas sonrosadas de tres tragos, mirándose fijamente, feliz, expectante. Hecho lo cual, escondió en la papelera los dos blísteres de Xanax desmenuzados, apagó la luz del baño y se tumbó en la cama, donde su marido ya estaba roncando.

## 5.

Esa noche todo París relumbraba en el teatro de Les Italiens. Cantaban *Norma*. Era la velada de despedida de María Felicia Malibrán.

La sala entera con los últimos acentos de la plegaria de Bellini, *Casta Diva*, se había puesto en pie y llamaba a saludar a la cantante entre un tumulto de gloria. Llovían flores, pulseras y coronas. ¡Una sensación de inmortalidad arrojaba a la artista augusta, casi moribunda, y que escapaba creyendo que cantaba!

En medio del patio de butacas, un muchacho muy joven en cuya fisonomía se traslucía un alma resuelta y arrogante demostraba, rompiéndose los guantes a fuerza de aplaudir, la apasionada admiración que lo embargaba.

Nadie conocía, en el mundillo parisiense, a ese espectador. No parecía ser de provincias, sino forastero. Las prendas que llevaba, un tanto nuevas, pero de lustre discreto y corte irreprochable, habrían parecido casi singulares en el patio de butacas a no ser por los misteriosos toques de elegancia que destacaban en toda su persona. Quien lo mirara tendería a buscar en torno espacio abierto, cielo y soledad. Resultaba extraordinario: pero ¿no es París la ciudad de lo Extraordinario?

¿Quién era y de dónde venía?

Era un adolescente indómito, un huérfano señorial —uno de los últimos de este siglo—, un melancólico castellano del Norte que se había evadido tres días atrás de la oscuridad de una mansión de Cornualles.

Respondía al nombre de conde Félicien de la Vierge; era el dueño del castillo de Blanchelande, en Baja Bretaña. ¡Una sed ardiente de vivir, una curiosidad por nuestro maravilloso infierno se había adueñado de repente, allá lejos, de aquel cazador y lo había tornado febril...! Emprendió viaje y ahí estaba, sin más. Su presencia en París databa solo de por la mañana, de forma tal que sus grandes ojos eran aún espléndidos.

¡Era su primera velada de juventud! Tenía veinte años. Era su entrada en un mundo de pasión ardorosa, de olvido, de trivialidades, de oro y de placeres. Y *por casualidad* había llegado a tiempo de oír el adiós de la que se iba.

Le había bastado con unos pocos instantes para acostumbrarse al centelleo de la sala. Pero, con las primeras notas de la Malibrán, el alma le dio un respingo. El hábito del silencio de los bosques, del viento ronco de los escollos, del ruido del agua en las piedras de los torrentes y de la solemne caída del crepúsculo había encumbrado a aquel arrogante joven a la categoría de poeta y en el timbre de esa voz que oía le parecía que el alma de aquellas cosas le estaba rogando desde allá lejos que regresara.

En el momento en que, arrebatado de entusiasmo, aplaudía a la artista inspirada, se le quedaron las manos quietas en el aire; se inmovilizó.

En la delantera de un palco acababa de aparecer una joven muy hermosa. Miraba el escenario. Le sombreaban los trazos delicados y nobles del impreciso perfil en las rojas tinieblas del palco, como si fuese un camafeo florentino en su medallón... Empalidecida, con una gardenia en el pelo

moreno y sola, apoyaba en la barandilla del palco la mano, cuya forma revelaba un linaje ilustre. En la abrochadura del cuerpo del vestido de moaré negro, velada de encajes, una piedra enfermiza, un ópalo admirable, a imagen de su alma seguramente, brillaba en un aro de oro. Con expresión solitaria e indiferente a cuanto hubiera en la sala, parecía olvidada de sí misma, sometida el encanto invencible de aquella música.

Quiso el azar, sin embargo, que desviase algo los ojos hacia el gentío; en ese instante, la mirada del joven y la suya se encontraron solo el tiempo necesario para brillar y apagarse, un segundo.

¿Se habían conocido alguna vez...? No. En la tierra, no. Pero que quienes puedan decir dónde empieza el Pasado decidan dónde se habían poseído ya, en verdad, esos dos seres, pues esa única mirada los había convencido, en esa precisa ocasión y para siempre, de que venían de antes de su cuna. El relámpago ilumina de golpe las olas y la espuma nocturna y, en el horizonte, las lejanas líneas de plata de las ondulaciones del mar: de esa misma forma, no fue gradual la impresión en el corazón de ese joven ante el influjo de aquella rápida mirada; ¡fue el íntimo y mágico desbordamiento de un mundo al apartarse un velo! Bajó los párpados como para retener los dos fulgores azules que se habían extraviado en ellos; luego, quiso resistirse a ese vértigo opresivo. Alzó la vista hacia la desconocida.

¡Ella, pensativa, seguía con la mirada puesta en la suya, como si hubiera entendido el pensamiento de ese amante indómito y como si le hubiese parecido natural! Félicien notó que se ponía pálido; le llegó la impresión, en esa ojeada, de dos brazos que se unían, lánguidos, en torno a su cuello. ¡Ya era un hecho! ¡El rostro de esa mujer acababa de reflejarse en su mente como en un espejo familiar, de encarnarse en ella, de *reconocerse*! ¡De quedarse clavado en ella para siempre por una magia de pensamientos casi divinos! Amaba, con el primer e inolvidable amor.

No obstante, la joven, abriendo el abanico cuyos encajes negros le rozaban los labios, parecía haber vuelto a encerrarse en su ausencia de atención. Ahora hubiérase dicho que se limitaba exclusivamente a escuchar las melodías de *Norma*.

Cuando iba a apuntar al palco con los prismáticos, Félicien cayó en la cuenta de que sería una impertinencia.

—¡Pero si la quiero! —se dijo.

Impaciente por que acabase el acto, se ensimismaba. ¿Cómo dirigirle la palabra? ¿Y enterarme de su nombre? No conocía a nadie. ¿Mirar mañana el registro del teatro de Les Italiens? ¡Y si fuera un palco casual, adquirido para esta velada! El tiempo apremiaba, la visión iba a desaparecer. Bien está, pues su coche iría siguiendo al de ella, eso es... Le parecía que no había más solución. ¡Luego, ya vería! Después se dijo, con una ingenuidad... sublime: «Si me *quiere*, se dará cuenta y me dejará alguna pista».

Cayó el telón. Félicien salió corriendo de la sala. Ya en el peristilo, se dedicó sencillamente a dar paseos por delante de las estatuas.

Se le acercó su ayuda de cámara y él le cuchicheó unas cuantas instrucciones; el ayuda de cámara se apartó a una esquina y se quedó allí, atento.

El amplio ruido de la ovación que recibía la cantante fue cesando poco a poco, igual que todos los ruidos triunfales de este mundo. La gente bajaba por la escalinata. Félicien, clavando la mirada en la parte de arriba, entre los dos jarrones de mármol, desde donde manaba el río deslumbrante de la muchedumbre, esperó.

Ni los rostros radiantes, ni los aderezos, ni las flores en la frente de las muchachas, ni las esclavinas de armiño, ni el oleaje resplandeciente que discurría ante él, bajo las luces, nada de eso vio.

Y toda esa asistencia no tardó en desvanecerse, poco a poco, sin que apareciera la joven.

¿La habría dejado escapar sin reconocerla...? ¡No! Era imposible. Un criado anciano, con peluca blanca y arropado en pieles, estaba aún en el vestíbulo. En los botones de la librea negra relucían las hojas de apio de una corona ducal.

De pronto, en lo alto de la escalera ¡apareció *ella!* ¡Sola! Esbelta, con un abrigo de terciopelo y una mantilla de encaje tapándole el cabello, apoyaba la mano enguantada en la barandilla de mármol. Divisó a Félicien, de pie, cerca de una estatua, pero no dio muestras de que le preocupara su presencia.

Bajó pausadamente. El criado se le acercó y ella le dijo unas cuantas palabras en voz baja. El lacayo se inclinó y se alejó sin demora. Pasado un instante, se oyó el ruido de un coche que se alejaba. Entonces salió ella. Bajó, siempre sola, las escaleras de la fachada del teatro. Félicien apenas si se tomó el tiempo de decirle deprisa estas palabras a su ayuda de cámara:

—Vuelva solo al hotel.

En un segundo estaba en la plaza del teatro de Les Italiens, a pocos pasos de la dama; la muchedumbre ya se había esfumado por las calles colindantes; el eco lejano de los coches se iba debilitando.

Hacía una noche de octubre seca y estrellada.

La desconocida andaba muy despacio y como si no tuviera costumbre de hacerlo. ¿Seguirla? Era menester, se decidió a ello. El viento de otoño le traía el perfume de ámbar, muy tenue, que emanaba de ella y el moroso y sonoro susurro del moaré por el asfalto.

En la calle de Monsigny, se estuvo orientando un momento y luego anduvo como indiferente, hasta la calle de Grammont, desierta e iluminada apenas.

De pronto, el joven se detuvo: le cruzó una idea por la mente. ¡A lo mejor era extranjera!

¡Podía pasar un coche y llevársela para siempre! ¡Mañana se toparía con las piedras de una ciudad, una y otra vez! ¡Sin volver a encontrársela!

¡Que lo separase de ella el azar de una calle, de un instante que puede durar toda la eternidad! ¡Qué porvenir! Ese pensamiento lo alteró tanto que olvidó cuanto se le debe al decoro.

Adelantó a la joven en la esquina de la oscura calle; entonces se dio media vuelta, se puso espantosamente pálido y, apoyándose en el poste de hierro colado del farol, la saludó; luego, con gran sencillez y en tanto que una especie de magnetismo encantador le brotaba de todo el ser, dijo:

—Señora, bien lo sabe; la he visto esta noche por primera vez. Como temo no volver a verla, tengo que decirle —desfallecía— que *¡la amo!* —concluyó en voz baja—, y que, si sigue andando, me moriré sin volver a decirle estas palabras a nadie más.

Ella se detuvo, se alzó el velo y miró a Félicien fija y detenidamente. Tras un breve silencio, respondió con voz en cuya pureza se traslucían las más remotas intenciones de la mente:

—Caballero, el sentimiento que le confiere esa palidez y ese porte debe de ser, efectivamente, hondísimo para que halle en él la justificación de lo que está haciendo. No me siento, pues, ofendida en absoluto. Recóbrese y téngame por amiga suya.

A Félicien no lo extrañó esa respuesta: le pareció natural que lo ideal respondiera idealmente.

Se trataba de una de esas circunstancias en que ambos debían recordar, si es que eran dignos de ella, que eran de la raza de quienes establecen las conveniencias, no de la raza de quienes las soportan. Lo que el público de los humanos llama, por decir algo, conveniencias, no es sino una imitación mecánica, servil y casi simiesca de aquello que pusieron en práctica seres de naturaleza elevada en circunstancias generales.

En un arrebato de cariño ingenuo, él besó la mano que ella le tendía.

—¿Quiere darme la flor que ha llevado en el pelo toda la velada?

La desconocida se quitó en silencio, bajo los encajes, la pálida flor y dijo brindándosela a Félicien:

—Y ahora adiós, y para siempre.

—¡Adiós...! —balbució él—. ¿Así que no *me ama*? ¡Ah! ¿Está casada? —exclamó de repente.

—No.

—¡Libre! ¡Ah, cielos!

—¡Olvideme, sin embargo! Es preciso, caballero.

—¡Pero si se ha convertido en un instante en los latidos de mi corazón! ¿Puedo acaso vivir sin usted? ¡El único aire que quiero respirar es el suyo! Eso que dice ya no lo comprendo: olvidarme..., ¿cómo podría?

—Una terrible desgracia me aflige. Confesársela sería darle una tristeza mortal, es inútil.

—¿Qué desgracia puede separar a los que se aman!

—¡Esta!

Al decir esa palabra, cerró los ojos.

La calle seguía adelante, completamente desierta. Una portalada que daba a un cercado pequeño, algo así como un jardín triste, se abría junto a ellos. Parecía brindarles su sombra.

Félicien, como un niño irresistible y que siente adoración, la condujo bajo esa bóveda de tinieblas, abrazándola por la cintura, que consentía al abrazo.

La embriagadora sensación de la seda turgente y tibia que ceñía esa cintura le infundía el deseo febril de estrechar a la joven en sus brazos, de llevársela, de perderse en un beso. Resistió. Pero el vértigo lo privaba de la facultad de hablar. No dio más que con estas palabras, balbucientes e inaudibles:

—¡Dios mío, pero cuánto la quiero!

Entonces aquella mujer inclinó la cabeza contra el pecho del hombre que la amaba y dijo, con voz amarga y desesperada:

—¡No lo oigo! ¡Me muero de vergüenza! ¡No lo oigo! ¡No oiría su nombre! ¡No oiría su postrer suspiro! ¡No oigo los latidos de su corazón que me golpean la frente y los párpados! ¿No ve este espantoso sufrimiento que me mata? Soy... ¡ay!, ¡soy SORDA!

—Sorda —exclamó Félicien, a quien fulminó un gélido estupor, estremeciéndose de pies a cabeza.

—¡Sí! ¡Desde hace años! ¡Ay, toda la ciencia humana sería incapaz de resucitarme de este horrible silencio! ¡Soy sorda como el cielo y como la tumba, caballero! Es como para maldecir aquel día, pero es la verdad. ¡Déjeme, pues!

—Sorda —repetía Félicien, quien, ante esa inconcebible revelación, se había quedado sin pensamientos, conmovidísimo e incapaz incluso de pensar en lo que decía—. ¿Sorda...?

Luego, de pronto:

—Pero ¡esta noche en el teatro aplaudía, sin embargo, aquella música!

Se detuvo, pensando que no debía de estarle oyendo. Aquello se volvía tan espantoso de repente que movía a la sonrisa.

—¿En el teatro? —respondió ella, sonriendo también—. Olvida que he tenido tiempo de estudiar la apariencia de muchas emociones. ¿Soy acaso la única? Pertenece al rango que nos otorga el destino y es deber nuestro mantenerlo. ¿Esa noble mujer que cantaba no era muy merecedora de unas cuantas marcas supremas de aprecio? ¿Piensa, por lo demás, que mis

aplausos fueran muy diferentes de los aplausos de los *dilettanti* más entusiastas? ¡Yo era música hace tiempo...!

Ante esas palabras, Félicien la miró un tanto extraviado y, esforzándose por seguir sonriendo, dijo:

—¡Ah! ¿Acaso se está burlando de un corazón que la ama hasta el desconsuelo? ¡Se acusa usted de no oír y me responde...!

—¡Ay! —dijo ella—. ¡Es que... eso que dice usted piensa que es *personal*, amigo mío! Es sincero, pero sus palabras solo son nuevas para usted. Para mí está recitando un diálogo cuyas respuestas, todas ellas, conozco de antemano. Para mí es siempre el mismo desde hace años. Es un papel en que todas las frases están dictadas y requeridas con una precisión realmente espantosa. Sé interpretarlo tan bien que si aceptase (lo cual sería un crimen) unir mi desvalimiento, aunque solo fuera por unos días, al destino de usted, se olvidaría en todo momento de la confidencia funesta que le he hecho. ¡Podría proporcionarle, completa y exacta, la ilusión de que soy *ni más ni menos que cualquier otra mujer*, se lo aseguro! Sería incluso incomparablemente más real que la realidad. ¡Piense que las circunstancias dictan siempre las mismas palabras y que el rostro siempre se armoniza un tanto con ellas! No podría creer que no lo oigo porque yo acertaría con precisión. Vamos a echarlo al olvido, ¿quiere?

Él, esta vez, se asustó.

—¡Ah! —dijo—, ¡qué amargas palabras tiene derecho a pronunciar...! Pero yo, si así son las cosas, quiero compartir con usted incluso el silencio eterno, si es menester. ¿Por qué quiere excluirme de ese infortunio? ¡Habría compartido su dicha! Y nuestra alma puede suplir cuanto en el mundo exista.

La joven se estremeció y cuando lo miró lo hizo con ojos colmados de luz.

—¿Quiere andar un rato, dándome el brazo, por esta calle oscura? —dijo—. ¡Nos imaginaremos que es un paseo repleto de árboles, de primavera y de sol! Yo también tengo algo que decirle, que no volveré a decir.

Los dos enamorados, con el corazón en el cepo de una tristeza fatal, caminaron de la mano, como desterrados.

—Atienda —dijo ella—, usted que puede oír el sonido de mi voz. ¿Por qué noté que no me ofendía? ¿Y por qué le contesté? ¿Lo sabe?... Es, desde luego, de lo más sencillo que yo haya adquirido la ciencia de leer, en los rasgos de una cara y en las actitudes, los sentimientos que determinan las acciones de un hombre, pero lo que es muy diferente es que presienta, con exactitud tan grande y por así decirlo casi infinita, el valor y la calidad de esos sentimientos así como su íntima armonía con quien me habla. Cuando se forzó para cometer conmigo esa espantosa inconveniencia de hacer un rato, yo era quizá la única mujer que podía captar al instante su significado auténtico.

»Le contesté porque me pareció ver brillar en su rostro esa señal desconocida que anuncia a aquellos cuyo pensamiento, lejos de que lo oscurezcan, dominen y amordacen las pasiones, va a más y diviniza todas las emociones de la vida y hace aflorar el ideal que existe en todas las sensaciones que siente. Amigo mío, déjeme que le revele mi secreto. ¡La fatalidad, tan dolorosa al principio, que aqueja a mi ser material se ha convertido para mí en la manumisión de muchas servidumbres! Me ha liberado de esa sordera intelectual de que son víctimas la mayoría de las mujeres.

»Estoy sorda, ¡ay!, pero ¿y ellas? ¿Qué oyen ellas...? ¡O, más bien, qué escuchan de las frases que les dicen, a no ser su ruido confuso, que armoniza con las expresiones de la fisonomía de

quien les habla! De forma tal que, no prestando atención no al sentido aparente, sino a la *calidad* reveladora y honda, al sentido *verdadero*, en fin, de todas y cada una de las palabras, se conforman con notar en ellas una intención de halago que les basta ampliamente. Es lo que llaman “lo positivo de la vida” con una de esas sonrisas que... ¡Ah, ya verá, si vive! ¡Ya verá qué misteriosos océanos de candor, de suficiencia y de torpe frivolidad son lo único que se oculta tras esa sonrisa deliciosa! ¡Ese abismo de amor hechicero, divino, oscuro, auténticamente estrellado, igual que la Noche, que sienten los seres que tienen esa forma suya de ser, intente traducírselo a una de estas mujeres...! En el supuesto de que esas expresiones de usted les entren en el cerebro, allí se deformarán como un manantial puro que cruza por un pantano. De forma tal que en realidad ninguna de esas mujeres *las habrá oído*. “La Vida no tiene posibilidad de colmar esos sueños”, dicen, “¡y le pide usted demasiado!”. ¡Ah, como si la Vida no estuviera hecha para los vivos!

—¡Dios mío! —susurró Félicien.

—Les atribuye a las mujeres un secreto porque se expresan con acciones. Satisfechas, orgullosas de ese secreto que ellas mismas ignoran, les gusta dar a creer que podemos intuirlos. Y todos los hombres, halagados al creerse que son el intuidor esperado, malversan la vida para casarse con una esfinge de piedra. Y ninguno de ellos puede encumbrarse *de antemano* hasta la reflexión de que un secreto, por muy terrible que sea, si no se expresa nunca, es igual a la *nada*.

Bénédicte Ombredanne se detuvo.

—Estoy amarga esta noche —dijo ella—, y es por lo siguiente: había dejado ya de envidiarles lo que poseen tras comprobar el uso que le dan, ¡y el que seguramente le habría dado yo! ¡Pero aquí está usted, aquí está usted a quien tiempo atrás habría querido tanto...! ¡Lo veo...! ¡Lo adivino...! Reconozco su alma en sus ojos... ¡Me la brinda y *no puedo tomársela!*

Bénédicte Ombredanne se cubrió la frente con las manos.

—¡Ah! —respondió muy bajo Félicien, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Al menos puedo besar la tuya en el hálito de tus labios! ¡Compréndeme! ¡Cede a la vida y vive! ¡Eres tan hermosa...! ¡El silencio de nuestro amor lo tornará más inefable y más sublime, mi pasión crecerá con todo tu dolor y toda nuestra melancolía...! ¡Mujer querida, desposada para siempre, ven y viviremos juntos!

Ella lo miraba, con ojos húmedos de lágrimas también, y, poniendo la mano en el brazo que la tenía enlazada, dijo:

—¡Usted mismo dirá que es imposible! ¡Siga escuchando! Quiero concluir en este mismo momento de revelarle cuanto tengo en el pensamiento... porque no me volverá a oír... y no quiero que me olvide.

Hablaba despacio y caminaba apoyando la cabeza en el hombro del joven.

—Vivir juntos... dice usted... Se olvida de que, tras las primeras exaltaciones, la vida adquiere rasgos de intimidad en que la necesidad de expresarse se vuelve inevitable. ¡Es un instante sagrado! Y es el instante cruel en que quienes se casaron sin fijarse en sus palabras reciben el castigo irreparable del poco valor que concedieron a la calidad del sentido real, ÚNICO en fin, que les daban a esas palabras quienes las decían.

»¡Pues no quieren darse cuenta de que no poseyeron más que lo que deseaban! Les resulta imposible creer que (con la excepción del Pensamiento, que todo lo transfigura) todo es solo ILUSIÓN en la tierra. Y que toda pasión aceptada y concebida solo en el ámbito de la sensualidad no tarda en volverse más amarga que la muerte para quienes cedieron a ella. Míreles la cara a los transeúntes y ya verá si estoy engañada. Pero ¡nosotros, mañana! ¡Cuando llegase ese instante...!

¡Tendría su mirada, pero no tendría su voz! Tendría su sonrisa... pero ¡no sus palabras! ¡Y siento que no debe usted de hablar como los demás!

Al oír estas palabras, el joven se había ensombrecido: lo que sentía era terror.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Es que me está usted entreabriendo en el corazón abismos de desdicha y de ira! ¡Tengo el pie en el umbral del paraíso y debo cerrar la puerta de todas las alegrías y quedarme fuera! ¡Está visto que es la tentadora suprema...! Me parece que le veo brillar en los ojos no sé qué orgullo por haberme desesperado.

—¡Descuida, soy la que no te olvidará! —respondió ella—. ¿Cómo olvidar las palabras presentidas que no se han oído?

—Señora, ¡ay!, se complace en matar toda la joven esperanza que sepulto en usted... ¡No obstante, si estás presente donde yo viva, el porvenir lo venceremos juntos! ¡Amémonos con más valor! ¡Cede y ven!

Con un gesto inesperado y femenino, anudó los labios con los de él, en la sombra, despacio, por unos pocos segundos. Luego dijo, como con cansancio:

—Amigo mío, le digo que es imposible. No profanaré mi vida con la mitad del Amor. Aunque virgen, soy la viuda de un sueño y quiero seguir insaciada. Le digo que no puedo tomar su alma a cambio de la mía. ¡Sin embargo, estaba destinado a quedarse con mi ser...! Y por eso mismo mi deber consiste en arrebatarme mi cuerpo. ¡Me lo llevo! ¡Es mi prisión! ¡Ojalá me vea pronto libre de ella! No quiero saber cómo se llama usted... *¡No quiero leerlo...!* ¡Adiós! ¡Adiós...!

Un coche relucía a pocos pasos, en la revuelta de la calle de Grammont. Félicien llegó a reconocer al lacayo del peristilo del teatro de Les Italiens cuando, al hacer una seña la joven, un criado bajó el estribo del cupé.

Ella le soltó el brazo a Félicien, se liberó como un pájaro y se metió en el coche. Un instante después, todo había desaparecido.

El señor conde de la Vierge regresó al día siguiente a su solitario castillo de Blanchelande, y nunca más se oyó hablar de él.

No cabe duda de que podía jactarse de haberse encontrado a la primera con una mujer sincera, con una que por fin *se atrevía a ser consecvente con lo que opinaba*.

## 6.

Cuando se despertó, le dijeron que llevaba allí setenta y dos horas y que ya les había hablado a los médicos varias veces antes de volver a sumirse en un sueño profundo.

No recordaba nada.

Estaba en las urgencias psiquiátricas del hospital provincial de Metz, en una habitación individual.

Su estado no era grave. Le explicaron que nadie se había muerto nunca por tomarse dos blísteres de Xanax, aunque era probable que lo supiese, puesto que lo había hecho. En una ciudad como Metz no era infrecuente que llegaran todas las noches a las urgencias psiquiátricas del hospital varias personas con intoxicación farmacológica y que ninguna de ellas deseara realmente morir, como resultaba fácil comprobar en todas y cada una de las ocasiones. Le preguntaron el porqué y Bénédicte Ombredanne contestó que no tenía ni idea, seguramente por agotamiento y quizá por desesperación. Le preguntaron el motivo por el que estaba desesperada y respondió encogiéndose de hombros antes de volver a cerrar los ojos. Al día siguiente la informaron de que iba a tener que volverse a casa.

No le apetecía en absoluto.

Preguntó si podía quedarse unos días más; le contestaron que su estado no lo justificaba. Indicó que no quería regresar a su casa, deseaba descansar un poco más. Le explicaron que la necesidad de recobrar las fuerzas no justificaba el prolongar su estancia en el hospital. A petición suya, el jefe de servicio acudió para recibir su lista de agravios; se reafirmó en la negativa de dejarla en las urgencias psiquiátricas, cuyo objetivo, como su propio nombre indicaba con suficiente claridad, no era el de albergar de forma duradera a los pacientes. Lo encontró un poco seco. Él le preguntó por qué no quería volver a su casa; probó a entender mejor su situación preguntándole por su entorno familiar; ¿suponía acaso un factor de riesgo especial? Ella respondió que no con la cabeza, pero se obstinó en no querer aclarar en qué posición se hallaba, limitándose a contestar que necesitaba descansar, estar en un lugar tranquilo, sola, sin trabajar, lejos de sus allegados. ¿Tiene problemas con sus allegados? Bénédicte Ombredanne cerró los ojos unos segundos antes de volver a abrirlos, llenos de lágrimas. El psiquiatra le dijo que iba a gestionar su admisión en Sainte-Blandine, donde podría quedarse unos quince días, no más, quince días, si eso es lo que desea, señora, le dijo. Como ya sabe seguramente, Sainte-Blandine es una clínica psiquiátrica privada que está en el centro, no voy a mandarla a Jury, a un centro público, por que se haya tomado dos blísteres de un ansiolítico, sería desproporcionado. Le deseo que se mejore.

Siguió siendo igual de evasiva con el psiquiatra de Sainte-Blandine que la recibió. Le habló de un cansancio oceánico fruto de unos insomnios recurrentes; aseguró que no sabía por qué razón no conseguía dormir. Eludió todas las preguntas relacionadas con su vida familiar, mantuvo una falta de precisión irrevocable al respecto y declaró firmemente que no tenía ningún problema específico en ese aspecto y, en cualquier caso, no más que otra persona cualquiera, afirmó. Notaba, por la insistencia con la que el psiquiatra le preguntaba por su marido, que alimentaba unas cuantas sospechas fundadas al respecto. ¿Desea que tenga una entrevista con él?, le preguntó.

No, no, no, de eso ni hablar. El psiquiatra le comunicó a Bénédicte Ombredanne que tendrían entrevistas diarias; iba a recetarle ansiolíticos, somníferos y, salvo indicación contraria, podría irse de allí probablemente transcurridas dos semanas.

Bénédicte se pasó los dos primeros días durmiendo y descansando sin asomar la cabeza fuera. En Sainte-Blandine servían las comidas y administraban la medicación en la habitación misma. El psiquiatra no se empeñó en que sus charlas transcurriesen en otro lugar que no fuera ese, íntimo y protegido, donde Bénédicte Ombredanne, frágil aún, parecía sentirse tan a gusto y tan segura.

Su marido venía a verla a diario, a última hora de la tarde, cuando salía del trabajo. Para evitar que la agobiase y cayera en la tentación de ir a verla con más frecuencia, se comportaba con él de forma refractaria, por no decir frigorífica. E incluso, con frecuencia, cuando estaba él presente, cerraba los párpados y fingía que se quedaba dormida para que se fuese y dejara de tomarla con ella, agresivo, siempre con las mismas preguntas hirientes acerca de los motivos por los que había intentado poner fin a sus días. Por desgracia, solía suceder que Jean-François se presentase a la hora de la cena, lo que obligaba a Bénédicte Ombredanne a hacer frente a sus preguntas obsesivas y sus reproches y sus lamentaciones sin poder evadirse de más forma que concentrándose en el contenido del plato, con la cabeza gacha, carnes blancas y patatas, silenciosa. Lejos de querer consolarla, o convencerla de que todo iba a ir estupendamente cuando volviera a casa, Jean-François se presentaba todas las tardes ante su mujer como la afrentada víctima, merecedora de reparaciones, de un acto que le parecía ofensivo: haber querido perecer por voluntad propia, pegada al cuerpo de él, arteralmente, mientras él dormía, para que, por la mañana, no fuese ya sino el esposo íntimo de un cadáver gélido y contiguo que convertía el tálamo en fosa. Estaba claro que el objetivo de Bénédicte Ombredanne había sido castigarlo por una situación de la que ella era la única responsable, cosa de la que parecía haberse olvidado: no era él quien un jueves por la tarde se había beneficiado a una desconocida con la que había contactado por internet. *¿Te das cuenta de lo que habría pasado si lo hubieras conseguido? ¿Te das cuenta de en qué se habría convertido mi vida si al despertarme te hubiera encontrado muerta en la cama?* Parecía horrorizado de que algo tan atroz hubiese podido sucederle a él y ser una carga para su memoria hasta el fin de sus días (no decía *su conciencia*, sino *su memoria*): que su propia mujer se hubiese dado muerte en el umbral del dormitorio de ambos, a sus espaldas, para expirar, sin estar enterado él, bajo el edredón conyugal, mientras él dormía, dormía inocentemente, como una acusación póstuma que le lanzaba, muda y eterna: eso es lo que lo escandalizaba hasta extremos indecibles, de forma tal que le reclamaba a diario Bénédicte humildes disculpas por aquel gesto pasmoso que había perpetrado y encauzado en contra de él. Cuando Jean-François, a última hora de la tarde, empezaba a soltar esos parlamentos, no le respondía y fingía que la tenían atontada los neurolépticos, como si las frases que le espetaba le cruzasen por el cerebro sin poder analizarlas y se quedasen igual de opacas y arbitrarias que cuervos divisados en un cielo cualquiera.

Bénédicte se había negado a que fueran sus hijos, no quería que la vieran en aquel estado, o que se cruzasen por los pasillos con pacientes a los que tuviera desquiciados la medicación, que anduvieran a trompicones o a cámara lenta, con la mirada turbia de sueños apenas extintos o chispeantes de espantos sobrecogedores. Ese entorno seguro que los agobiaría, además de presentarla a ella bajo una luz denigrante.

Ya vendrán más adelante, dentro de unos días, cuando me encuentre mejor, dales un beso de mi parte y, sobre todo, díles que los quiero y que me acuerdo de ellos todo el rato. *¿Cuándo vuelves?*, le preguntaba su marido. No lo sé; lo que está previsto es que me quede aquí unos quince días. *¡¿Cómo?! ¡¿Quince días?! Pero ¡¿por qué quince días?!*, decía él indignado. Por lo que veo,

estás estupendamente: no hay razón alguna para que sigas aquí. ¿Le has dicho al psiquiatra que querías irte a casa? ¿Sí? ¿Se lo has dicho o no? No, todavía no, respondía ella, evasiva, fingiendo somnolencia. Él la miraba fijamente con desaprobación. Le decía que no entendía ese deseo de seguir recluida: opinaba que estaría mejor en casa que en una clínica psiquiátrica, rodeada de locos. Esas personas no están locas, le decía ella con tono severo. Ya, y entonces ¿qué es lo que están?, preguntaba él con una carcajada lúgubre. La mayoría tiene una depresión nerviosa, le decía ella. También hay bipolares. O gente traumatizada, por lo que me ha parecido entender. ¿Depresión nerviosa? ¿Gente traumatizada? Pffff, decía él moviendo la cabeza y clavando la vista en los pies que zapateaban sin parar en las baldosas, rítmicamente, con impaciencia, como el batería de un grupo de rock, exasperado por tener que ir a diario a esa clínica de retrasados mentales a ver a su pobre mujer. Se lo he preguntado al psiquiatra, le decía ella: sí, la mayoría tiene una depresión nerviosa, agotamiento, síndrome del trabajador quemado, estado de choque. Aquí descansan de su realidad y nada más, le decía ella. Esa gente no está loca.

Se daba cuenta perfectamente de que su marido no estaba lo bastante a gusto dentro de ese recinto de alta vigilancia sanitaria para tratarla de forma amenazadora, con rencor y abiertamente coactiva (pese al evidente deseo que sentía de hacerlo), hecho del que podría ella quejarse, si a mano viene, en sus conversaciones con el psiquiatra. Debía de temer que una tarde lo citase este para poner encima del tapete, y pasar revista a todos los engranajes, lo que Bénédicte le hubiese contado a ese hombre de su intimidad durante los meses anteriores. Eso es lo que ella se decía cuando, al comunicarle a Jean-François: *Ahora déjame, necesito estar sola, ya no quiero ver a nadie*, él se marchaba servilmente, sin protestar casi, siendo así que le notaba el deseo de vituperar su estado y de hacer añicos el cristal de ese nimbo de delicadeza donde, según parecía reivindicar ella desde que estaba ahí, en Sainte-Blandine, la habían colocado fuera de su alcance, como si fuese un objeto frágil bajo un fanal transparente. Era obvio que la felicidad que sentía al disponer de una habitación para ella sola —princesa en los altos de un castillo, alcoba lenitiva apartada de las furias del mundo— escandalizaba muchísimo a su marido y lo tenía estupefacto. A veces susurraba dos o tres palabras quejumbrosas con las que esperaba despertar su compasión y que le dijera vale, está bien, quédate conmigo otro rato, pero Bénédicte Ombredanne seguía inflexible y, con mirada hostil, de frente, empecinada y de acero, rechazaba a su marido como con un rastrillo, mientras él retrocedía hacia la puerta de la habitación, como si lo desescombraran, despojado de sus puntos de referencia, después de besarla en los labios con cierto asco.

En sus conversaciones con el psiquiatra, Bénédicte Ombredanne caía casi en el mutismo por el deseo de no revelar nada del proceso que la había llevado a tomarse dos blísteres de Xanax. Le daba miedo que, si su caso se aclaraba, lo colocasen con condescendencia en la categoría de los fenómenos sociales: el psiquiatra los reuniría a los dos una tarde a última hora en su despacho para animarlos a reflexionar sobre su situación, les recetaría seguramente una terapia de pareja, intentaría que Jean-François entrara en razón, lo intimaría a respetar a su mujer; algo así. Y entonces se acabaría casi de inmediato su estancia en Sainte-Blandine (clínica que ya suponía ella que no tenía por qué hacerse cargo de las mujeres a las que acosaban sus maridos), pulverizando el sosiego que había conquistado por fin al conseguir esconderse en este refugio con el que estaba ya tan encariñada, donde por primera vez desde hacía años veía destellar en sus pensamientos, *sus pensamientos que volvían a ponerse en marcha*, la luz de un deseo por la vida y de una esperanza de renacimiento. Esa marcha era bastante lenta aún, desde luego, y algo vacilante, pero era innegable, le permitía la esperanza de que solo con su cerebro —como si fuera subida en una bicicleta reparada— podría ir a alguna parte, obtener algún resultado y quizá, incluso, producir

hermosura, sí, por qué no, hermosura con palabras, con frases y con ideas de ritmos; con fulgores que brotasen de noche de su lápiz, encerrada en su cuarto, comparables al ciervo que surge ante los ojos de un paseante, en pleno bosque, entre las ramas de un instante en suspenso, una sublime y trémula sorpresa. Estarían ese animal y ella, *ella y ella*, mucho rato mirándose a los ojos antes de que saliera huyendo, estremecido de miedo, y pudiera ella decirse que acababa de volver a dar con su senda, y se divisara por fin, sí, *ella*, mirándose a los ojos, en el reflejo metafísico de un instante fugitivo. Eran acontecimientos de esa índole los que se sentía capaz de engendrar en sus frases, en sus noches fortificadas, como se dice de una ciudad encerrada en sus murallas. ¿Podía confesárselo al psiquiatra? No, no podía, temía que le dijera que él no tenía un hotel y que podía perfectamente pensar durante una estancia en el campo, en una pensioncita, si lo que andaba buscando era tranquilidad y silencio, estar sola consigo misma y con sus pensamientos profundos para escribir y meditar, para recuperar su integridad de ser humano, de mujer. Eso es lo que le diría seguramente el psiquiatra si empezaba a hablar en serio. En vez de eso, parapetándose tras una postración mentirosa, silencios calculados y miradas fijas y húmedas de lágrimas clavadas en las paredes, le creaba al psiquiatra algo así como un trampantojo insondable, falsamente patológico, capaz de extraviar su ciencia por entre prolongadas y frondosas conjeturas, para poder perpetuar su estancia.

Durante el día, además de dormir, intentaba leer un poco, pero sobre todo escribía. Le habría gustado hacerse con un cuaderno, pero no había tenido valor para pedirle a su marido que le trajese uno, que habría podido comprar una tarde al salir del trabajo: temía que le hiciera preguntas acerca de esa necesidad de un cuaderno, y de escribir, y de escribir qué, y para qué, y para quién, y que le pidiera un día, más adelante, que se lo enseñara, o incluso que intentase, cuando ella saliera, dar con él para comprobar que su mujer tenía, desde luego, un doble fondo, una mente perturbada llena de secretos inconfesables y la imaginación de un delincuente. Estaba segura de que pedirle a Jean-François que le trajese un cuaderno sería fuente de tormento, sería sembrar el desasosiego en su mente, volver a abrirle las heridas, echar aceite a la hoguera de su dolor y sacar de esta todos sus espantosos males tras convertirle el sufrimiento en máquina de acosar. Esa actividad, la escritura, tenía que llevarla a cabo en secreto, tanto más cuanto que su proyecto era dejar constancia exacta de todo lo que le había dejado en la memoria aquella tarde del 9 de marzo: las frases, en su integridad, que se habían dicho Christian y ella, si tal cosa fuera posible; la descripción de su casa, de los muebles y de los objetos en que se había fijado. Sus dos encuentros sexuales también deseaba describirlos desde dentro, de la forma más exacta que fuera posible, darles un número a todas y cada una de las sensaciones, hacer un inventario exhaustivo, dejar establecidos los grados y las progresivas metamorfosis. De qué forma le había retumbado cada una de ellas en el cuerpo, y dónde, y por cuánto tiempo, antes de esfumarse, y de qué forma, y a qué velocidad, para que luego la sustituyese, y con qué intensidad, otra, cuál, de qué tipo, fruto de qué hecho juicioso, sorprendente, agudo y calibrado, o, por el contrario, completamente instintivo, que hubiera iniciado Christian, su sublime amante de un día. Le preguntó al psiquiatra, una mañana, cuando estaba a punto de marcharse, si tendría la amabilidad de proporcionarle papel y lápiz. Él no le contestó nada concreto, moviendo la cabeza como quien está al cabo de la calle. Pero, pasados diez minutos, llamó a la puerta una secretaria y le entregó un mazo de hojas y un portaminas preguntándole si le bastaría con eso. La secretaria, que rondaba los treinta, era pelirroja y rellenita, preciosa: se arrebolaba cada vez que decía algo. Con aquel regalo en las manos, Bénédicte Ombredanne estaba exultante por las cosas que iba a poder emprender merced a esos objetos, tan corrientes sin embargo, que acababan de traerle y cuya valía primitiva recobraba

en toda su integridad de pronto, con júbilo propiamente infantil, como si una prolongada penuria los hubiera convertido en rarezas; súbitamente nada le había parecido más valioso que un papel y un lápiz. Me apañaré, muchísimas gracias; si necesito algo más, ya se lo diré, le hizo saber con los ojos llenos de lágrimas. No dude en pedirme más, será un placer, le contestó la secretaria, arrebolándose, visiblemente emocionada ella también, antes de cerrar la puerta.

Sí, en efecto, eso era lo que estaba ocurriendo en su existencia: al tiempo que recuperaba el valor esencial de una simple hoja de papel, se le volvía a dar a conocer la radiante valía de su persona, su sabor, eso que la definía como un ser diferente de los demás, único, inefable, digno de estima, en su fuero interno. Volvió a aprender a quererse: primero tímidamente, como a tientas, sin mucha fe que digamos; luego, de forma más sostenida según iban pasando los días y se acumulaban las hojas que escribía. Siempre que las volvía a leer, le daba la sensación de reflejarse en un espejo, un espejo donde le sorprendía siempre encontrarse única y digna de estima, poéticamente a su gusto. ¿Se debía ese resultado a haber dormido setenta y dos horas, petrificada en un sueño radical? La dicha que sentía por haber vuelto a descubrir en sí ese filón de mineral olvidado, dicho de otro modo, *toda la singularidad inicial de su sensibilidad y de su universo mental*, un yacimiento que se alegraba de poder explotar de nuevo, a diario, con las perforaciones de sus escritos, durante todo el tiempo que durase su estancia en Sainte-Blandine, esa dicha le pareció inigualable y se confundía en gran parte con la que le hubiera proporcionado que Christian se presentase en su habitación (en carne y hueso, con una abierta sonrisa entre los paréntesis de los hoyuelos) o la posibilidad de regresar a su pasado para volver a vivir el 9 de marzo merced a los poderes mágicos de un hada.

Qué dicha escribir, qué dicha poder, de noche, muchas veces de noche, adentrarse en uno mismo y describir lo que ves, lo que sientes, lo que oyes susurrar a los recuerdos, la nostalgia o la necesidad de recobrar intacto el propio encanto desvanecido, desvanecido en la realidad, pero tan vivo en lo hondo de tu ser, vivo en el fondo de tu ser y encendido a lo lejos igual que una casa en la noche, una casa hacia la que dejas que se encaminen tus pasos, a solas y llevando por guías la confianza, la inspiración, las intuiciones que renacen, el deseo de llegar a ese lugar que ves brillar a lo lejos, en las tinieblas, atractivo, iluminado, sabiendo que es la propia casa, que ahí es donde está encerrado, en lo hondo de una, lo más valioso que posees, la forma de ser más secreta. (Ese derrotero, por supuesto, va acompañado de potentes sensaciones corporales. Me noto desde hace poco en el vientre un punto de densidad incompresible, incandescente, semejante a un hormigueo de alegría, semejante al colear de una animación molecular incesante, como si la lente de un microscopio aumentase mi organismo en ese lugar, y ese aumento no se tradujese en imágenes, no, sino en el incremento de las manifestaciones sensoriales que causa allí la dicha. El perímetro de esa ardorosa intensificación se me aventura hasta la garganta, donde aparecen con frecuencia hipidos de euforia, y sobre todo en el bajo vientre, con frecuencia húmedo y melodioso, donde el sexo de Christian deja una huella, en hueco, por esa atroz abstinencia en que estoy de él en mi fuero interno.) Es curioso; cuando te hundes en ti de esta forma y caminas hacia esa luz lejana y habitada es como si se desplegara un paisaje nocturno, grandioso, colmado de tantas sensaciones y frases cuantas voces de pájaros y rumor de animales y aromas de flores y de corteza, y de musgo, y de setas pueden retumbar en un bosque: sonido mental convertido en paisaje o en bosque, en territorio de caza y de recolección, donde se cumplen trayectorias como latigazos a través de los bosques, sinuosas a través de los matorrales y las zarzas, o, antes bien, más suaves, veloces, rectilíneas, a través de la epidermis de una llanura cultivada. Las palabras son tan amables, asombrosamente dóciles y benevolentes, se dejan vislumbrar y cortar tan fácilmente, las ordeno en

el papel a favor de frases que me parecen hermosas, que se van revelando espontáneamente según avanzo, revelándome a mí mi propio cuerpo, colmado de sensaciones y de fuerzas. Se me revelan esas frases como un paisaje a lo largo de un camino, me basta con abrir los ojos y ahí están las frases, en mis pensamientos, y las apunto, dejo que se inscriban solas en la página, me basta con estar sobre aviso, disponible, volcada por completo en lo que sucede en mí cuando ando y escribo, cuando ando dentro de mí y dejo caer las palabras de esa recolección en el papel, como si volviera a ser la muchacha que fui hace tiempo, de lleno en mi cuerpo, de lleno en la lengua, de lleno en las palabras, de lleno en mi ser: pues nunca soy hasta tal punto yo misma y estoy en mi ser y en mi verdad como a través de las palabras, las frases, los libros, los grandes autores y su genialidad para el verbal y lacerante fulgor. Desde luego que habrá que podar un tanto en lo que acabo de escribir, me repito en varios pasajes, pero da igual, lo importante es notar que me hinca los dientes desde dentro el deseo de escribir, me hinca los dientes y me atrapa y me arrastra la escritura como si fuese un animal que me apresara con los colmillos, aunque corra el riesgo de pasarme y de llegar demasiado lejos, de gritar de dolor bajo el dominio de esa quijada imperiosa, da igual. ¡Tras todos estos años de sequía interior no voy a quejarme de que lo que escribo sea demasiado barroco, tan cargado de metáforas como la mula de un campesino marroquí! (Es broma, me estoy burlando de mí misma, por supuesto.) ¿Qué he hecho para merecer esto, tanta benevolencia por parte de las palabras y de la lengua francesa, con todo lo que las descuidé en estos últimos años, conformándome con la enseñanza, siendo estrictamente idéntica a esa en quien me resigné a convertirme un día, siendo esa persona obstinadamente, año tras año, sin volver a moverme, sin volver a evolucionar, aferrada solo a mis adquisiciones, solo a mis resignaciones asumidas, olvidándome de quién fui muy al principio de mi vida, hasta aquella noche de las doce semillitas sonrosadas.

Bénédicté Ombredanne le había dicho a su marido que le trajese una lámpara que le gustaba muchísimo y había heredado de su abuela, cuya pantalla iluminaba solo la hoja de papel, más o menos, como si esta fuera el escenario de un teatro y su mano, que sujetaba el portaminas, la actriz que interpretaba en él un monólogo, mientras la habitación estaba sumida en unas tinieblas tan densas como las de fuera de la clínica; la mirada de la persona que estaba escribiendo, ella en el presente caso, quedaba así en un propicio entredós de sombra y de luz, de oscuridad y de claridad íntima, exactamente igual que el pensamiento cuando se está formando, cuando surge poco a poco de sus tinieblas originarias para situarse bajo la luz de la inteligencia. Bénédicté Ombredanne se despertaba, se ponía la bata, encendía la lamparita y nada más, la lamparita confidencial e intimista de su abuela, y dejaba apagado el espantoso y lejano plafón (que le recordaba a su marido); y entonces escribía, debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada y Bénédicté Ombredanne escribía en lo hondo de la noche, desde lo más recóndito de su ser, feliz como no había vuelto a serlo desde la juventud, cuando vivía en casa de sus padres; tenía que habérselas con la severidad de un padre intransigente y estudiaba cada vez más, hacía fichas, leía libros y anales, se aprendía de memoria a diario cientos de datos dispares, todo ello para intentar, de acuerdo con sus deseos más sinceros, desde luego, pero sobre todo con las ambiciones que había expresado su padre, aprobar su segundo año de preuniversitario para el ingreso en la Escuela Normal Superior y entrar en ella, y esperaba que toda la casa durmiera ya para dar de lado el papel que querían que interpretase, y que por lo demás interpretaba de manera ejemplar, dócil y competente, para reunirse por fin consigo misma y volver a su mundo interior genuino. Encendía la lamparita que había heredado de su abuela y leía debajo de las sábanas, se fabricaba con las sábanas una cueva blanca, alargada y aérea, bastante baja, metía dentro la lámpara y leía libros

que tenía ganas de leer de verdad, que no estaban en el programa, salutíferos, por el gusto de notar cómo vibraba con la hermosura de las frases que descubría, íntimas, destinadas solo a ella, exactamente igual que una conversación a fondo, pero en silencio, escritos mediante; y ella también le lanzaba al escritor, desde su refugio, a través de los siglos, respuestas sensitivas a las frases que la cautivaban, confidencias, elogios y palabras de amor susurradas. Tanta prudencia — me estoy refiriendo a la cueva y a los susurros— para que si su padre se levantaba para ir al retrete, no la acusara de dilapidar en vano valiosas horas de sueño que, perdidas irremediablemente, les resultarían gravosas a su concentración y a sus competencias de los días sucesivos y, por consiguiente, para su porvenir, todo su porvenir, le diría él, airado, lo sabía. Le había encantado hacer eso a los dieciocho o diecinueve años, leer de noche, en el silencio de la casa, cuando todo el mundo dormía y era la única en vela, rodeada de las tinieblas del campo, libre al fin y viva, encendida por dentro con la dicha de la lectura bajo la bóveda de una cueva blanca, alargada y baja. Desde que estaba en Sainte-Blandine, esa era la sensación con que volvía a encontrarse, cuando, de noche, se levantaba para escribir en el silencio de la clínica.

Le pongo la mano derecha en la sien izquierda a Christian, de forma tal que el ojo de mi sortija esté junto al ojo de mi amante.

ÉL: ¿Qué haces?

YO: Espera, no te muevas, estoy comprobando una cosa.

ÉL: Qué gracia. A ver, ¿a qué conclusión has llegado, querida mía?

YO: Pues no te lo vas a creer.

ÉL: No me digas.

YO: Sí te digo.

Christian se echa a reír. Yo me echo a reír también.

YO: Deja de reírte o ya no va a ser lo mismo, lo cambia todo. El amado de mi abuela no se reía cuando posó para el pintor. Tómalo en serio y concéntrate un momento, para que pueda comprobarlo.

ÉL: De entrada, el color es el mismo.

YO: Buena observación: no en vano eres anticuario.

ÉL: ¡Tengo mucho ojo! Y no pretendo hacer un juego de palabras malo. Bueno, demasiado tarde, perdón, lo siento. Qué vergüenza, lo reconozco, es malo a rabiar.

YO: El mismo tono gris azulado, exactamente el mismo. Las pestañas bastante largas, casi femeninas. Te perdono el chiste malo. ¿Te han dicho ya que tienes unas pestañas muy bonitas?

ÉL: De niño, sí. Después, ya no. Cualquiera diría que no es decoroso elogiarle a un hombre las pestañas. Me había convencido de que debían de haber perdido su encanto, puesto que era un tema que ya no salía nunca a relucir con las mujeres.

YO: Las mujeres te hablarán más bien de tu sexo, supongo, que es aún más hermoso que las pestañas.

ÉL: ¡Ah, qué estoy oyendo! Pero, Bénédicte, mujer...

YO: ¿Qué pasa? ¿Acaso no es verdad? Me gusta tu sexo, es hermoso, me ha encantado lo que noté que me hacía, hace un rato, cuando se metió en mí. Así que te lo digo, y ya está.

Christian sonrío; lo emocionan mis palabras.

Me pongo seria, se me impregna la cara de esos sentimientos que noto que nacen en mí; entonces él también se pone serio: nuestros sentimientos son el reflejo de los del otro, como también, seguramente, lo es un dolor sordo en el vientre ante la idea de que no tardaremos en tener

que separarnos.

Sigo teniendo la mano derecha, que ahora me tiembla un poco, apoyada en su sien izquierda; a Christian le brillan los ojos, que están así en armonía con el esmalte de la miniatura. Las dos miradas tienen exactamente la misma expresión. La misma profundidad. La misma dulzura inestimable y entregada a la dicha del destinatario. La misma integridad moral e intelectual. La misma melancolía tenue, vinculada a ese estado de amante secreto, que el deseo de agradar aún más a su amante intenta menguar tras unos chisporroteos de elegancia, de elegancia. Todo ello en una mirada única desdoblada, una de carne y otra de óleo, antigua y actual, que se abisman en mi rostro ansioso y deslumbrado. Una esencia igual con un intervalo de siglos.

YO: Es de locos: incluso la forma del ojo es la misma, como una almendra, algo rasgado, con el párpado caído, algo grueso y abombado. Eso es lo que le da a tu mirada esta expresión un poco sombría, circunspecta, pese al resplandor de la pupila. No me lo puedo creer. Me encantan tus ojos.

ÉL: Entonces ¿estás de acuerdo?

Miro a Christian sin entenderlo.

ÉL: ¿Qué más prueba quieres de que estamos hechos el uno para el otro? ¿No es una señal del destino?

Me echo a reír.

Christian sigue serio.

YO: ¿Estoy soñando o me estás pidiendo en matrimonio por segunda vez en lo que va de tarde?

ÉL: ¿Y qué? ¡No irás a quejarte, encima!

YO: Ya te lo dije hace un rato: no soy libre. Ese es el mensaje de la sortija, ¿no?

ÉL: ¿Qué? ¿Qué mensaje?

YO: Pues que soy tu amante, ¡pero *secreta*! Y que tú eres mi amante, ¡pero *clandestino*! ¡*Clandestino, Christian!* ¡Que no podemos casarnos, vaya! ¡No soy libre! ¡Soy una mujer casada!

Seis días después de llegar a Sainte-Blandine, tras llenar con su letra unas cuarenta páginas, Bénédicte Ombredanne decidió salir de la habitación.

Se limitó a andar por los pasillos y a dirigir a las personas con quienes se cruzaba, aunque solo con la mirada, saludos que no dejaban de ser tímidos, muy pudorosos.

Había localizado un cuarto de estar para los pacientes, diminuto, con sillas, una mesa baja y un televisor, apagado las más de las veces, pero no se atrevía a aventurarse a entrar. Cuando pasaba por delante, podía ver por el cristal que transcurrían en él conversaciones de grupos reducidos apiñados alrededor de la mesa baja, como si los ocupantes de la sala se conocieran desde hacía mucho y no estuvieran muy dispuestos que digamos a meter a ningún recién llegado en el grupo; parecían conspiradores. Todos los atardeceres, unos cuantos quedaban allí para tomar una infusión y comerse a mordisquitos unos dulces (la mesa baja estaba llena de las mismas galletas que les compraba ella a sus hijos, Figolu, Chamonix, Choco BN, Pépito, palmeras), pero se esforzaba en no mirar mucho lo que ocurría en la sala, por temor a que su curiosidad despertase desconfianza, comentarios despectivos e incluso sarcasmos. Además, si por fin la admitían en el grupo, le preguntarían seguramente por los motivos de su presencia en Sainte-Blandine, cosa que le resultaría molestísima; no tenía ganas de hablar de sí misma, y menos aún en público, ante una reunión nutrida. Lo que más había valorado, desde que llegó, había sido que se le permitiera no decir nada en todo el día, así que no iba a reanudar de un día para otro los hábitos del mundo exterior que, por el contrario, obliga a todo el mundo a emitir frases constantemente.

En un momento dado del segundo día de observación, por no decir de vagabundeos medrosos fuera de su habitación, una joven de mirada inquieta acabó por dirigirle la palabra a Bénédicte Ombredanne. Se le plantó delante y le dijo: tú me gustas, ¿sabes?, de verdad que tienes una pinta bastante curiosa, ¿qué coño hace aquí una mujer como tú, en este tugurio? ¿No quieres que vayamos las dos a beber algo? Tenía una voz grave y profunda, ronca, una voz de hombre casi. Soltó una carcajada sonora al ver tan confusa a Bénédicte Ombredanne, a quien desconcertaba el atrevimiento con que aquella joven se había dirigido a ella, saltándose todo preámbulo: se había plantado de un salto en el decimoquinto minuto del desarrollo de un encuentro codificado según los usos en vigor en nuestras sociedades civilizadas. Volvió a ponerse seria y le preguntó si le parecía bien. Bénédicte Ombredanne le dijo que sí con la mirada antes de preguntar dónde quería que fueran (la verdad es que no se le ocurría dónde podían ir *a beber algo*). ¡Pues abajo, al café!, le contestó la joven. ¿Todavía no has ido nunca?, le dijo, muy asombrada. ¿No has visto que había un café aquí abajo? ¡Ven, sígueme, te lo voy a enseñar! De hecho, Bénédicte Ombredanne, al llegar a Sainte-Blandine en ambulancia, no se había fijado en que hubiera un café (por lo demás, le pareció una excentricidad que pudiera haber un café en los bajos de una clínica). Miraba fascinada a la joven que estaba hablando con ella, cuyo aspecto físico le recordó a la Maja de Goya, pero enriquecida con la imaginería de otros cuadros más violentos del mismo pintor, más violentos y también más funestos. Tenía la misma densidad corporal, la misma mirada reluciente de la Maja, tendida indolentemente en su lecho de placer, con esa melena larga y abundante y ese cutis oscuro y brillante. Se oía en presencia suya un clamor español, trágico y excesivo, cruel, como los ecos de una fiesta por las ventanas de una vivienda. Tenía la mirada tensa, crítica, escéptica, burlona, perversa, peligrosa e irónica, muy poco crédula y de vuelta de todo, rebosante de vida y de un deseo ardiente de lanzarse a lo loco a la existencia y sus placeres, sus aventuras y sus sorpresas, quemando todas las etapas y arriesgándose a lo que fuera, incluso a la muerte, ya que en realidad no tenía nada que perder y ya estaba muerta en buena medida, parecía decir continuamente la materia opaca y centelleante de su mirada, pelaje de lobo o noche en el mar, se decía para sus adentros Bénédicte Ombredanne, pasando revista a su interlocutora. Llevaba unos pantalones de chándal blancos, de terciopelo sintético, y una camiseta que había encogido con los lavados, blanca también, que dejaba al aire un vientre redondo, suave, tostado, que perforaba un ombligo tan profundo que atraía continuamente los ojos de Bénédicte Ombredanne. Calzaba unas zapatillas muy feas que llevaba con calcetines de tenis y, sin embargo, pese a ir vestida de cualquier manera, seguía siendo atractiva (debían de tener más o menos la misma edad, treinta y cinco o treinta y seis años, calculó Bénédicte Ombredanne al observarla), sobre todo por la intensidad del rostro, conquistador podría decirse, que parecía avanzar como la proa de un navío por entre olas altas, a toda velocidad, con las salpicaduras de la realidad que lo rodeaba, recibiendo los rociones de presente en la piel y en los ojos, lo que parecía causarle una gran embriaguez, que la hacía *relucir*. Era verdaderamente esa velocidad suya, esa velocidad intrínseca, incluso cuando sus rasgos dejaban de moverse, lo característico de la impresión que causaba su cara, que parecía estar surgiendo hacia sus interlocutores en un impulso perpetuo hacia la vida y hacia los demás, y entraban a veces tentaciones de hacerse a un lado, por temor, literalmente, a que lo atropellase a uno. Aquella agitación revelaba una gran sensualidad o, más bien, una voracidad insaciable, como si aquella mujer estuviera a punto de sucumbir a un deseo impetuoso de fornicar: miraba fijamente con frecuencia una presencia indiscernible a la derecha de Bénédicte Ombredanne y, a veces, le lanzaba breves sonrisas antes de volver a fijar la mirada en esta, avergonzada de haberse ausentado de esa forma. En otras ocasiones, tenía la mirada de

una mujer que acaba de cometer un asesinato atroz y se pone a reflexionar, examinando fijamente la superficie de la mesa, con los dedos entrelazados, para saber qué pasa cuando has matado a alguien y qué consecuencias podría tener. Bénédicte Ombredanne, entonces, se asustaba, pero no se decidía a alejarse por temor a contrariar a su amiga.

Tengo que describir ahora la configuración de Sainte-Blandine. Fui hace poco a localizar ubicaciones para poder escribir este capítulo. Porque, efectivamente, no me quedaban claros unos cuantos detalles en las páginas que recibí de Bénédicte Ombredanne en el otoño de 2008, escritas allí entre el 6 y el 21 de julio, dos años antes. No sería posible captar lo que viene a continuación sin tener una idea exacta del lugar.

El conjunto tiene la forma de una U bastante profunda cuya base, al fondo del todo, en el lado opuesto al único acceso posible para salir al mundo, alberga la unidad de psiquiatría.

La entrada de la clínica, que da a una plaza grande próxima al centro histórico de la ciudad, la cierra un edificio de la década de 1960 por debajo del cual pueden pasar los peatones y los coches para meterse en el interior de la U.

En las dos ramas de este conjunto arquitectónico heterogéneo, formadas por edificios de épocas varias (algunos, probablemente conventuales, del siglo XVIII y, entre ellos, una capilla encantadora a más no poder), están alojados los servicios de diabetes, enfermedades metabólicas, endocrinología, cuidados paliativos, uro-nefrología, etcétera.

En ese prolongado vacío central de la U, además de las plazas de aparcamiento del personal hospitalario, hay dos terraplenes circulares plantados de árboles de diferentes especies, algunos bastante majestuosos, en medio de un césped, ralo por causa de la sequía estival.

En la base de la U, que brinda un ejemplo de arquitectura hospitalaria de la década de 1950 (de la que perviven elementos originales admirables, tales como solerías, marcos de puertas y ventanas, barandillas, iluminación, y también un olor a coche viejo que me pareció que procedía de esa época), tiene cabida, por la parte de fuera, añadido curioso y encantador, un café prefabricado construido en la década de 1970; un café que desempeña exactamente el mismo cometido que una clásica cafetería de hospital, pero con la apariencia, inesperada en un lugar así, de un local urbano auténtico, atractivo, abierto al público, al que puede ir todo el mundo libremente y que se llama La Bulle. Como es fácil de imaginar, los vecinos de Metz no quedan aquí con los amigos para tomar algo al salir del trabajo (y hacen mal): lo frecuentan sobre todo los enfermos y sus familias y, en realidad, casi todo el tiempo, solo los internos del servicio psiquiátrico situado encima, formando un saliente, cuya escalera concluye a pocos metros de una puerta acristalada que da a la parte trasera del local (una salida de emergencia comparable en el presente caso a una entrada de artistas), bajo una galería cubierta que permite a los pacientes ir con comodidad.

Fue a La Bulle adonde Éliisa se llevó a Bénédicte Ombredanne pocos minutos después de haberla conocido; fue en La Bulle en donde Bénédicte Ombredanne, tras presentarla su nueva amiga, conoció a otros cuantos pacientes que acudían allí a relajarse y tomarse alguna cosita en un entorno intermedio entre la vida de fuera, hiriente, de la que habían huido, y la vida en la clínica, enclaustrada, en que habían hallado refugio. Reinaba allí un algo ficticio y un tanto teatral que recordaba a un tiempo al mundo real y al mundo del hospital, como si fuera un decorado dual y ambiguo con el que la imaginación de los pacientes pudiera pactar a su aire. El encanto de aquel sitio residía en su ambiente de sanatorio: Bénédicte Ombredanne se acordó en el acto de *La montaña mágica*, una novela que le encantaba, al sentarse frente a Éliisa. En La Bulle era posible

tener una vida social imitación de la del mundo real, pero resguardada de sus peligros por el propio hecho de que ese café podía considerarse legítimamente como una dependencia aneja natural de la clínica: era como si, bajo la forma de ese bar pequeño y urbano injertado al pie del edificio, hubieran reproducido un ámbito de sociabilidad ciudadana solo para los residentes del servicio psiquiátrico de Sainte-Blandine, para que pudiesen volver a aclimatarse con total sosiego a la rugosidad del mundo exterior, por etapas, con toda la suavidad necesaria, antes de regresar a él en serio. La verdad es que aquel lugar era como un simulacro o, más exactamente, como un juguete, pero un juguete de tamaño natural y destinado a adultos cuya fatiga existencial había despeñado a una especie de infancia social bastante honda. Eso es lo que notaba Bénédicte Ombredanne en lo referido a sí misma: notaba que estaba en una regresión diaria hacia una irresponsabilidad deliciosa; por fin dejaba de aferrarse y, por primera vez en su existencia, consentía en naufragar hasta lo más profundo de sí misma con deleite, sin temor a dejar que la realidad viviera su triste suerte (la realidad ya se las apañaría sola unos cuantos días, se decía), y resultaba realmente voluptuoso no sentirse ya con obligaciones o deberes ante ningún principio o ningún cometido, ni ante nadie. Y así estaba volviendo a conquistar eso que había perdido sin darse cuenta en su vida cotidiana anodina de los diez últimos años, empezando por la conciencia de quién era, y cuyo rastro más fiable se había quedado lejos, en su pasado, como me parece que he comentado ya.

El café, con las paredes forradas de madera lacada en marrón, resultaba muy cálido: sillas de escay rojo, manteles grises, vegetación artificial que aportaba al ambiente retazos de selva virgen a lo aduanero Rousseau, espejos y cuadros. Había plantas de interior colocadas en el suelo o encima de muebles bajos; los espejos tenían, de adorno, guirnaldas de flores; una farola blanca de jardín, incongruente, daba luz a un fútbol en el que nadie jugaba nunca; en una vitrina, estaban en venta, para regalo, unas figuritas de porcelana de inspiración variopinta, ranas, hadas, budas, caballos encabritados, caballistas. Un rito, al que Bénédicte Ombredanne le agradó someterse también ella, disponía que a la hora de la merienda había que ir a tomar un gofre encima del que el dueño apilaba maliciosamente una carga considerable de nata montada, algo así como un elevado montículo de grava en una gabarra. Nunca había visto tal cantidad de nata montada encima de un postre; ese detalle indicaba que, efectivamente, los pacientes de Sainte-Blandine eran unos niños grandes que asumían, golosos y concentrados, meticolosos, muy enternecedores, su proceso de regresión. Había que verlos relamerse con esa humorística desproporción de nata montada. También Bénédicte Ombredanne vivía ese rito como un momento de infancia y de deleite, tanto más cuanto que nadie hablaba, andaban todos a brazo partido con su nata, pringándose con la mayor seriedad todos los dedos y la cara, alrededor de la boca, en la barbilla y las mejillas, y a veces incluso la frente. Después del gofre y de unas cuantas frases soñolientas cruzadas en la modorra de la digestión, los ocupantes de las mesas se dispersaban; unos se iban a su habitación; otros cambiaban de sitio y de interlocutores, salían a fumar un cigarrillo a la galería cubierta o miraban soñadoramente por las ventanas las coníferas de los terraplenes en torno a las que pasaban enfermeros, médicos, camillas, ambulancias, familias afligidas, enfermos con muletas o arrastrando, en bata y con un cigarrillo en la mano, la bolsa del suero colgada de una percha. Éliisa era la que pasaba más tiempo en el café; era la titular de una mesa que nadie más tenía permiso para ocupar ni siquiera cuando ella no estaba. Bénédicte Ombredanne la había visto enfadarse con una joven que, pese a las advertencias de la camarera, había tenido el descaro de sentarse en su silla. Pareció que iban a pegarse o, más bien, que Éliisa iba a machacar a la imprudente a quien se le había metido entre ceja y ceja disputarle su territorio.

La Bulle permitía a los pacientes de Sainte-Blandine vivir a veces conmovedoras escenas de confidencias y de revelaciones. En la ociosidad de las largas tardes de verano, el azar que juntaba en una mesa a ciertos parroquianos y, por ende, sus respectivos universos mentales, a menudo desencadenaba conversaciones etéreas en que todos contaban a los demás, y sobre todo a los recién llegados, lo que les había pasado en la vida para que fuera menester una estancia en el servicio psiquiátrico de Sainte-Blandine. De la misma forma que la contemplación del océano induce al deseo soñador de crucero, de un lugar más allá, de algo sin límites, y consigue que nos liberemos de las contingencias del mundo real y del propio cuerpo, precario, para convertirnos en mirada inmensa, en vida interior levitando en la luz oceánica, las tardes pasadas en el bar ponían a los internos frente a frente con su única esencia metafísica de ser humano, y todos y cada uno le contaban a su vecino, ese desconocido, lo que nunca se habían atrevido a contar a nadie, ni siquiera a su mejor amigo, a sus amigos de infancia. Durante esas reuniones aleatorias —contra cuyo casco se oía el chapoteo de las horas que iban pasando, lentas, casi estancadas, llenas de vacío (pues la mayor parte de los pacientes cumplía con la aceptación del silencio con no menos tolerancia que el personal sanitario y era posible quedarse callado sin que nadie se molestara)—, Bénédicte Ombredanne habló de su marido y de su vida de pareja, del programa de radio *El teléfono suena*, de Meetic, de Christian, de los cuatro meses que acababa de soportar. Los componentes de la mesa que prefería, con los que había llegado más lejos en el púdico, titubeante y temerario progreso de sus confidencias, eran Élisa, Patrick, Grégory, Véronique y Marie-France.

Élisa, en realidad, no era española, sino de origen argelino. Su hermano —que vivía en la Costa Azul y tenía un trabajo estupendo, elevados ingresos y una espléndida villa con piscina donde ella pasaba con frecuencia las vacaciones— había ido, haría tres años en octubre, a ver a la madre de ambos a Argel, solo, sin su mujer ni sus hijos, para pasar allí una semana. Una tarde salió a comprar cigarrillos y lo asesinaron. Cinco individuos, por un motivo que seguía siendo una incógnita, se le echaron encima y lo apuñalaron; habían encontrado su cuerpo con las laceraciones de numerosos navajazos. Élisa nunca se había recuperado; se había venido abajo en el acto, anonadada. Era auxiliar sanitaria en una residencia geriátrica y no había vuelto a tener fuerzas para ocuparse de los ancianos que tenía a su cargo; irse a trabajar por la mañana se había convertido en una prueba cada vez más insostenible. Pasar ocho horas sometiéndose a su lentitud, darles de comer, escucharlos, moverlos con precaución, contestar con sensatez a su humor quejumbroso o belicoso (ademanos tranquilizadores, sonrisas, palabras reconfortantes o concesiones negociadas con mucha paciencia), hablarles alto y al oído, separando las sílabas para que distinguieran en las frases que les decía el perfil de las palabras elementales que usaba en ellas, todo eso había acabado por quebrantarla; se iba volviendo brusca e irascible, casi rencorosa. Estaba resentida con el mundo entero. Los dedos de Élisa tenían que tocar pieles rugosas, lavar culos, frotar espaldas y vestir cuerpos rígidos, mientras tenía siempre ante los ojos, en todos los momentos del día, el rostro del hermano, sus juegos infantiles, los ratos que habían pasado de adultos, inolvidables, junto a la piscina, en verano, en Cannes, tomando un cóctel a sorbitos y riendo. La mayoría de esos ancianos lo que más deseaba era morir; hablaban de ello y se lo reclamaban continuamente, vindicativos, chillones, críticos y antipáticos, a quienes los acompañaban en aquel absurdo aguante de sus órganos, mientras que a su hermano, deportista, próspero, lleno de iniciativas y ambicioso, lo habían parado en seco en pleno impulso sublime hacia la riqueza y la felicidad, repartiendo ambas cosas en torno con la generosidad de que siempre había hecho gala. Élisa había conseguido por fin que le diesen una baja por enfermedad y, a partir de entonces, se había ido a pique sin hacer nada para impedirlo. Su propia hija, en vista

del estado de deterioro en que se iba hundiendo su madre, había querido irse a vivir con su padre y Éliisa había accedido porque no se sentía ya capaz de cuidar a una niña de diez años. Cuando se quedó sola, no hubo ya ninguna obligación externa que la sometiera a los hábitos que estructuran la existencia, las horas de las comidas y la hora de acostarse, los horarios de la oficina o de apertura de los comercios, el colegio. Se pasaba el día en la cama viendo la televisión, ya no salía, ya no se vestía, ya no se lavaba. Era la vecina quien le hacía los recados y limpiaba la casa, que se había vuelto insalubre, un antro. Al final, Éliisa se había hundido en una desesperación tal que ya no le abría la puerta a la vecina. Quería estar sola, ahora olía mal, había dejado de comer, había roto con el mundo exterior, como si se hubiera ido a un largo y peligroso viaje por las tinieblas, en los confines de lo real, a las mismas puertas de la muerte. Quería ir a reunirse con su hermano, *era su obsesión*, pero no matándose, no, qué va, más bien desintegrándose en los recuerdos, en los pensamientos que se pasaba el día rumiando, que no admitían esa ausencia. A lo único a lo que aspiraba era a dejarse absorber por el dolor. Ese dolor suyo, lo sabía, conducía hasta el lugar donde se hallaba su hermano, un dolor vertical, infinito, amoroso, tan hondo y negro como un pozo. Ese dolor suyo, como un pozo infinito que le salía del vientre y llegaba hasta el hermano. Entonces fue cuando la vecina, con ayuda de un cerrajero, consiguió entrar en su casa; llamó a los bomberos y hospitalizaron a Éliisa, en los huesos, medio muerta. Eso había sido hacía dos años. Poco a poco fue haciendo pie; pero, tres semanas antes, al notar que volvían los mismos síntomas, le pidió a su médico que accediese a conseguir que la admitiesen en Sainte-Blandine (donde había pasado dos años antes la fase más decisiva de su convalecencia) para una estancia de cinco semanas. Pero en realidad ese nuevo arranque de la crisis había sido una falsa alarma, había notado que se restablecía nada más llegar; al ver a su alrededor a todas esas personas mermadas. Su estado mental había notado un efecto de repulsión. ¡Tenía ganas de vivir, de sentirse bonita y deseable, de que la aclamasen, de moverse!

Cuando Éliisa les decía esas cosas, y con grandes carcajadas, sus compañeros le respondían que saltaba a la vista que estaba bien, que se encontraba en un estado espléndido. De eso fue de lo que me di cuenta al llegar aquí, fijaos, les confirmaba Éliisa; al veros a todos en semejante estado he comprendido que no quería volver a estar mal; a lo mejor es eso lo que vine a buscar a Sainte-Blandine en esta ocasión, les decía riéndose. ¡Espabilad, demonios! ¡No dejéis que os sigan dominando vuestras angustias, echadlas, volved a la vida, divertíos!

Mejor para ti si eres capaz de tener esas energías, pero para mí todavía es pronto, le decía Véronique con voz temblorosa.

Estás tan guapa, le decía Marie-France.

Pero entonces ¿por qué te quedas?, le preguntaba Bénédicte Ombredanne.

Con el abatimiento de los neurolépticos, la mayoría de los interlocutores de Éliisa se expresaban con dificultad, con la boca llena de canicas y la cara quieta, como petrificada en la cera de una expresión única, inalterable. A Éliisa, en cambio, le chispeaban los ojos de júbilo... aunque asomaran, entre todos esos reflejos, en movimiento y en proporciones elevadas, fugaces partículas de consideraciones morbosas, irreversiblemente desesperadas. En realidad, se había dicho varias veces Bénédicte Ombredanne, Éliisa era hemipléjica, pero por dentro de la cabeza, a través de su percepción de la vida y del mundo: una de las mitades de Éliisa estaba muerta, enterrada en su pasado, en sus recuerdos.

¡Hay que ver qué a gusto estoy con vosotros! Me voy a quedar unos días más para estar segura de que tengo bien metido en la cabeza que he pasado página. ¡Quiero estar del lado de la vida, recuperar a mi hija, enamorarme, divertirme, ver buenas pollas! Todo el mundo se reía, Marie-

France hacía como que la escandalizaban esas palabras. ¡Sí, me habéis oído bien: buenas pollas, y que sean generosas! Bueno, claro que me da un poco de miedo que me vuelva la ansiedad cuando esté ya en casa, y por eso me quedo aquí con vosotros, y además te lo pasas muy bien y comes gofres; ¿queréis otro? Bénédicte, cariño, poetisa mía, ¿quieres otro gofre?

No, ya está bien así, gracias, contestaba Bénédicte Ombredanne con sonrisa afectuosa; eres muy amable, ya no tengo ni pizca de hambre.

Venga, que estás muy flaca, ¡tienes que echar carnes! ¿Qué va a pensar Christian cuando te vea en ese estado? Si pareces el espíritu de la golosina. ¿Tú crees que le van a entrar ganar de abrazarte? Esa estupenda polla tan bien rematada ¿te crees que se pondrá directamente a contemplar la bóveda celestial al verte el esqueleto? ¡No! ¡Claro que no! ¡Se quedará a media asta! ¡Marchando una de gofres obligatorios!

Déjala en paz, decía Patrick. A mí Bénédicte me parece perfecta tal y como está. Y, si a mano viene, el Christian ese tendrá los mismos gustos que yo.

¡Toma ya! ¡No os lo perdáis! ¡Idilio a la vista! ¡Llevábamos una temporada de poco folleto! Os dejo, amigos, voy por mi gofre, vuelvo dentro de un momento. ¡Sobre todo sed buenos!

Todos soltaban la carcajada; Bénédicte Ombredanne era la primera en divertirse con esas provocaciones; sabía perfectamente que con esas salidas lo que pretendía Éliisa era espabilar a sus compañeros amodorrados para devolverlos a sí mismos y a la vida. Bénédicte Ombredanne miraba a Patrick con ojos agradecidos porque sus elogios le resultaban reconfortantes: hacía mucho que nadie le regalaba el oído.

En realidad, a mí también me apetece otro gofre... rectificaba Aurélie, levantándose para reunirse con Éliisa en la barra del bar.

Bénédicte Ombredanne miraba con ternura cómo se alejaba Aurélie. Le daba la impresión de que, desde hacía unos días, estaba recuperando algo de lustre.

Parece que está mejor, decía Véronique.

Qué gracia tiene que digas eso; es exactamente lo que estaba pensando yo.

¡Estupendo!, decía Patrick. Cuando llegó, no daba yo ni un céntimo por ella. Me pregunté cómo se las iba a arreglar para subir la cuesta empezando de tan abajo.

Yo también, decía Bénédicte Ombredanne. Me alegro por ella. Me gusta mucho esa muchacha.

¡Pobre! ¡Espero que recobre la belleza!

Ya la está recobrando un poco, ¿no os parece?

Sí, estoy de acuerdo. Está ya algo más relajada que hace tres días.

Fijaos, la compañía de Éliisa le sienta la mar de bien. Acaba de conseguir que se ría a carcajadas. Nunca había visto a Aurélie reírse así.

Éliisa le está diciendo al dueño que le ponga algo más de nata montada al gofre de Aurélie. ¡No sé cómo se las va a arreglar para comerse todo eso!, decía Marie-France, tapándose la boca con la mano con un gesto humorístico de susto.

A Aurélie, por lo que habían sabido de sus propios labios pocos días antes, la persigue desde hace dos años un hombre que anda rondando de noche por delante de su casa. Da vueltas alrededor de su coche, acaricia el capó, mira adentro; o, si no, deja huellas de su paso en la carrocería, sobre todo en la puerta delantera izquierda, o roces que se notan en la suciedad, la nieve o la escarcha; o palabras; o dibujos; o arañazos sin ir más lejos. Con frecuencia es por esas huellas por lo que se da cuenta de que ha pasado por allí de noche, les dijo Aurélie sentada a una mesa de La Bulle el día en que les contó su historia. No puede más, la cosa viene durando dos años, ese hombre estuvo seis meses en la cárcel el año anterior cuando le puso una denuncia (su

padraastro consiguió una noche sorprenderlo in fraganti y le hizo una foto delante de la casa), pero esa temporada entre rejas no valió para nada, desde luego que no, no sirvió para nada, antes bien. Fue un preso modélico; juró que no volvería a molestarla; lo creyeron; le produjo una impresión excelente al personal penitenciario, al juez, al psiquiatra y a la asistente social, hasta tal punto que pudo acogerse a una remisión de la condena. A punto estuvo la situación de volverse en contra de ella y a punto estuvieron todas las personas ya citadas de desear que fuera ella a la cárcel para castigarla por mostrarse tan insidiosa. ¡Mira que tener la desfachatez de rechazar a un hombre así, tan culto! Se expresa a la perfección y es de una inteligencia claramente superior a la media; eso es lo espantoso, que te acose un hombre lo bastante maquiavélico para no dejarse pillar otra vez y que, en caso contrario, tendrá la habilidad suficiente para hacerse con la indulgencia del juez de instrucción: lo verán como a un enamorado inconsolable a quien humilla una fulana histérica.

Aurélie precisaba, para conseguir que lo volvieran a mandar a la cárcel, que lo sorprendieran otra vez con las manos en la masa: la sentencia le prohíbe entrar en su barrio. Así que, desde que lo pusieron en libertad, intenta hacerle una foto; pero él tiene un sexto sentido, es algo así como un animal silvestre, siempre logra escurrirse hasta llegar a su coche cuando no está ella apostada detrás de las cortinas. Además ¿cómo sacarle una foto, sin que la vea, de noche, en las tinieblas de una calle mal iluminada (la farola más cercana está a unos diez metros)? Supongamos que por fin lo sorprende delante de su casa; tendría que abrir la ventana y aparecer en el hueco, de forma tal que él tendría tiempo más que de sobra para salir por pies antes de que ella estuviera en condiciones de disparar la cámara. Si tuviera algo de dinero, contrataría a un detective privado; un detective privado conseguiría reunir las pruebas que necesita ella para que lo vuelvan a meter en la cárcel o que lo alejen definitivamente de la zona; pero no tiene medios para pagarse los servicios de un detective privado. La policía, por supuesto, hace rondas con regularidad; ve pasar a veces a los agentes, de noche, por delante del edificio; pero su paso no ha coincidido nunca con la presencia de ese hombre delante de su casa. En febrero pasado, una noche en que estaba angustiadísima porque el hombre llevaba una semana yendo todas las noches (lo notaba por la mañana, al despertarse, por señales que dejaba en el coche, tuyas sin error posible), invitó a una amiga a dormir en su casa. No se acostaron, quisieron acechar la llegada del hombre desde la ventana de la cocina, a oscuras, bebiendo vino tinto: charlaban; su amiga intentaba calmarla con mejor o peor fortuna; pasaban las horas y el hombre no venía. En un momento concreto, su amiga fue a darse un baño. Pocos minutos después la llamó, desde el cuarto de baño, porque no encontraba el champú. Aurélie se apartó entonces por un instante de la ventana y, al volver, su nombre estaba escrito en la nieve que había en el techo del coche. A partir de esa noche empezó a asustarse de verdad. Todo ocurría como si ese hombre tuviera poderes sobrenaturales que le permitieran adivinar los momentos en que podía presentarse delante de su casa sin temor a que lo estorbase nadie. Esa angustia no había menguado desde entonces; antes bien, se había acentuado incluso, como si aquel hombre no se limitase a pasar todas las noches delante de su casa para rendir culto a la carrocería de su coche, sino que se le hubiera instalado en el cerebro como una especie de virus, un virus del que irradiaba un desasosiego irracional, constante, que se le infiltraba en los pensamientos y le empapaba la conciencia: no solo vagabundeaba, de noche, por la acera de delante de su casa, sino por su cabeza, en cada instante del día, sin que pudiera impedir esas intrusiones mentales. Aquel hombre se había convertido en su vida entera: ya no había en su vida nada más que aquel hombre. En vista de eso, hace un mes pidió la baja en el trabajo; pero incluso durante la baja no durmió; se levantaba sin parar de noche, con la cámara colgada del hombro, para vigilar la acera de delante de su casa; y durante el día, la luz y la

contaminación acústica le impedían conciliar el sueño. Debería haber vuelto a trabajar la semana anterior, pero no había tenido fuerzas; era maestra de quinto de primaria. Lloraba continuamente, seguía sin dormir, y entonces su médico le recomendó una cura de reposo en Sainte-Blandine.

Sus interlocutores miraron a Aurélie fijamente, con afecto y una honda compasión. Volvió a echarse a llorar. Dijo que ese individuo le estaba jodiendo la existencia; su vida no había sido ninguna juerga hasta entonces, había pasado por cosas difíciles, se habría merecido que el destino le permitiera pasar una temporada algo más agradable, solo eso, algo más agradable. ¡No pedía la luna! ¡Solo ser feliz! ¡Feliz como todo el mundo, una felicidad sencilla y normal! Y precisamente en ese momento, como por casualidad, les dijo Aurélie llorando, se plantó ese hombre en su vida, y se la estaba destrozando, destrozando metódicamente, como si fuera siguiendo al pie de la letra un programa de demolición y se hubiera prometido llevarlo a cabo hasta el final, hasta acabar del todo, acabar con ella. Iba a cumplir los cuarenta, soñaba con traer hijos al mundo, le quedaban dos años para conocer a un hombre y casarse; y esos años, que son insustituibles, se los estaba estropeando aquella historia abominable, estropeando definitivamente. ¿Por qué a ella? ¿Por qué le tenía que haber tocado eso a ella? Es el final de mi juventud y está machacada; no tardaré en hacerme vieja y este período lo habrá neutralizado ese hombre. ¿Os dais cuenta? Mi vida se ha convertido en un *tête-à-tête* continuo y exclusivo con ese hombre, en soledad, ventana mediante, de noche, sin que nadie pueda hacer nada para erradicar esta anomalía: *impunidad total*. Me paso el tiempo llorando, no duermo, mirad qué pinta tengo, estoy espantosa, parezco un monstruo. ¡Yo que soy de carácter risueño! ¡Cualquiera lo diría al verme así! Pero ¡os juro que me gusta la vida, soy divertida, suelo ser alegre, me encanta reírme!

Intentó reírse para demostrarlo, pero en el acto se puso otra vez a llorar.

Haciéndose un ovillo, temblaba como un animal, extenuado tras una persecución larguísima, que, postrado al pie de un árbol, incapaz de seguir corriendo, está a la espera de que lo alcance su predador y resuelto a dejar que se lo coma.

Carnosa y femenina, Aurélie era de rasgos muy puros, con manos gráciles, uñas largas, melena abundante, castaño claro, que le caía por los hombros, digna de Herodías y del poema de Mallarmé, se había dicho varias veces Bénédicte Ombredanne. Tenía los ojos azul claro y el cutis pálido, pero la angustia le había desfigurado la cara y su encanto había desaparecido. Se notaba que había sido tiempo atrás pizpireta y sensual, seductora, pero eso formaba parte del pasado: Aurélie solo mostraba ya a las miradas la imagen de una mujer aterrada continuamente, en estado de pánico, lívida y nerviosa, vacía de cualquier pensamiento confiado o sereno.

Pero ese individuo, en realidad, ¿quién es? ¿Por qué lleva dos años persiguiéndote así?, le había preguntado Élisa cogiéndole las manos cariñosamente entre las consumiciones.

¿Ha sido compañero tuyo?, le preguntó Bénédicte Ombredanne. ¿Lo conocías antes de que empezara a perseguirte?

No, qué va, lo había conocido en Metz Plage. Le gustaba mucho, antes de esta historia, ir a Metz Plage las noches de verano a oír conciertos echada en una tumbona, con un vaso en la mano, ella sola, para relajarse. Aquella noche, al llegar, vio que un hombre, acomodado con un amigo no lejos de su tumbona, no paraba de echarle ojeadas, claramente atraído. Ella, en cambio, tuvo buen cuidado de que no se le cruzasen los ojos con los de él; es siempre muy prudente con los hombres, les tiene reservado siempre un recibimiento hosco, para que no piensen que está dando pie a algo. Al final del concierto (concierto que no le gustó gran cosa, dicho sea de paso), fue hacia la salida para volverse a casa. Cuando llevaba recorridos unos cien metros, él la alcanzó a la carrera y le dijo que era una pena que se marchase, le habría gustado mucho conocerla; ¿y si se quedaba? Le

contestó que no, que lo sentía mucho, que no podía. Él entabló una conversación; se expresaba con palabras sorprendentemente precisas, con frases elaboradas que decía con cierta distinción (hubiérase dicho que había crecido en la alta burguesía); hizo que se sintiera a sus anchas. Era en verdad un grato encuentro casual entre una mujer y un hombre de la misma edad: es una hermosa noche de verano, hablan, se gustan, no hay nada enfermizo. Él le dio su número de teléfono; ella llamó pasados unos días; él la invitó a ir a tomar algo a su apartamento el sábado siguiente. Fue, charlaron, se besaron, pero había en la forma de comportarse de él una insistencia que la hacía sentirse incómoda: la miraba fijamente con una devoción excesiva, como si ya la considerase una diosa insuperable; ella debería haber caído en la cuenta ya entonces de que aquel hombre estaba trastornado y haber sido mucho más prudente. Se besaban, se acariciaban, ella solo se quitó el sostén. Llegado el momento en que la dramaturgia de la velada pedía que se acostasen, ella le dijo que tenía que irse a casa. Pero ¿por qué?, le preguntó él. Porque necesito dormir, he tenido una semana muy larga y muy complicada. Duerme aquí si quieres, no te pondré las manos encima, puedes fiarte de mí, me apetece verte dormir, nada más, solo dormir contigo. Aurélie le vio en los ojos que podía fiarse de él, que no la tocaría. Pero no le apetecía nada quedarse.

Patrick había ido a sentarse a la mesa y, ante el silencio de sus compañeros —que escuchaban religiosamente la historia que Aurélie, con voz débil y a veces trémula, les estaba relatando—, se limitó a sonreír y se tomó con una pajita la Coca-Cola que traía, mirando también él el hermoso, el sublime rostro anonadado de Aurélie.

¿Y qué paso luego?, preguntó Marie-France.

Sí, ¿cómo se llegó a esa situación si te fuiste a tiempo y no pasaste la noche con el individuo ese?, preguntó Bénédicte Ombredanne.

Tras oír esas preguntas, Aurélie soltó un prolongado suspiro acongojado que acompañó con una sonrisa afligida: claro, parecía decir, ninguno de vosotros, tras escapar de las garras de ese enfermo, se habría dejado arrastrar al infierno en que llevaba encerrada dos años. Efectivamente, había cometido en esos momentos un grave error. Debería haberlo llamado para decirle que el asunto estaba acabado, sin andarse con paños calientes, como habría hecho cualquiera de aquella mesa. O no llamar en absoluto y esfumarse sin dar explicaciones. Aquello no la convencía, estaba en su perfecto derecho, no tenía que justificarse de nada. Pero resulta que su mayor defecto en esta vida es que se preocupa demasiado por lo que sientan los demás. Así que fue a verlo para decirle que no quería seguir adelante. Estuvieron dos horas hablando, no conseguía librarse de él, la liaba, e incluso llevaba hasta cierto punto la voz cantante en la conversación. Le decía que cambiaría de opinión, que lo quería, pero que aún no se había dado cuenta porque las cosas habían ido demasiado deprisa para ella. Era normal que la alterase un encuentro que no solo había sido por sorpresa, sino que era decisivo para el porvenir de ambos, le decía con total seriedad. Él tenía confianza, esperaría, que se tomase ella el tiempo que necesitara para analizar los sentimientos que su aparición había despertado: no estaba preocupado y no tenía la menor duda acerca del desenlace favorable de esas reflexiones. Había notado perfectamente, la otra noche, en el sofá, mientras se besaban, que también ella había sentido un flechazo, que la atracción era recíproca: nadie besa así a un chico por el que no tiene, incluso sin saberlo, sentimientos profundos, sentimientos amorosos. Debería haberle dicho entonces, al oírlo hablar así, les dijo Aurélie a sus amigos de Sainte-Blandine, que era un enfermo grave y haberlo mandado a paseo, haberse ido de su casa dando un portazo, haberle hablado con ironía, amenazarlo. Demostrarle que no era la clase de chica que se deja manipular. Pero no lo hizo. No supo qué contestarle para salirse de esa locura pegajosa. Estaba sentada en el sofá, muy mansa, e intentaba elaborar las

frases más moderadas que fuera posible. Respetaba las formas. Limaba las asperezas. Evitaba las palabras hirientes. Su intención había sido diluir con delicadeza, erosionándolas por decirlo de alguna manera, sin apresurarse, las ilusiones que se había hecho aquel hombre, para no humillarlo. Los argumentos que se le iban ocurriendo edulcoraban la aversión que le inspiraba y, en consecuencia, lo inducían seguramente a malinterpretarla; a lo mejor le parecía que ella titubeaba, interpretaba que la consideración era afecto, como si tuviera delante a una muchacha indecisa, que no estaba convencida de nada, a la que sería fácil desestabilizar. Ella susurraba que había venido a decirle que todo había acabado, había acudido personalmente porque pensaba que no estaba bien romper a distancia, sobre todo con un hombre como él, amable y culto. Era una persona estupenda, sí, quería que supiera cuánto lo respetaba y le parecía estupendo, pero, sin embargo, no iba a cambiar de opinión, no, ya había tomado una decisión, no puedes esperar ya nada de mí, se acabó, fue muy agradable lo de la otra noche, de verdad, te lo aseguro, pero el caso es que, no sé, no estoy segura, preferiría dejarlo, le decía ella, según les contó Aurélie a sus amigos de Sainte-Blandine. Me parece bien dejarlo una temporada, volvía a decirle él, para que puedas interiorizar el choque de nuestro encuentro y la rapidez con que hemos trabado relación, pero volveremos a vernos, estoy seguro, para vivir juntos este amor tan hermoso. No, creo que no, creo de verdad que hemos acabado del todo, respondía tímidamente Aurélie, apurada, entrelazando los dedos, sentada al filo del sofá, con mirada suplicante. Se fue al cabo de dos horas, cortando por lo sano una conversación que se estaba empantanando en las mismas frases viscosas que él repetía en bucle, frases de amor, tiernas, devotas, frases que no correspondían en absoluto a lo que expresaba ella y, sobre todo, con sus sentimientos profundos. De hecho, estaba loco, era totalmente innegable, encerrado en un delirio que había edificado él solo y solo para él, y que nutría nada más con su imaginación podrida, aislada de cualquier realidad.

Bénédict Ombredanne miraba a Aurélie con ganas de quererla y protegerla hasta el final de su vida.

Poco después, él escribió en el coche de Aurélie, delante de su casa, en la mugre de la carrocería: TE QUIERO, AURÉLIE; y también: ERES EL AMOR DE MI VIDA. ¿Cómo sabía dónde vivía? No se lo había dicho, no venía en la guía y él no sabía su apellido. Así que la habría seguido una tarde, al salir del trabajo, porque había cometido la imprudencia de decirle su profesión y dónde la ejercía. Empezó a flipar. Estaba claro que él no pensaba ceder y, efectivamente, empezó a dejarle en el coche mensajes cuya regularidad le daba la impresión de que la estaba atando y esa sujeción, a la que daba una vuelta más todas las noches, dificultaba cada vez más los movimientos de su ser interno; estaba amarrándola a algo desconocido y monstruoso que empezó a aterrarla, a ser una obsesión en todos sus pensamientos. Le llamó para pedirle que la dejase en paz, se lo había dejado claro la otra tarde: *no tenía nada que esperar de ella, podía mirar por otros sitios y buscarse otra chica, ella no iba a cambiar de opinión*. Eso es lo que tú crees, le dijo él. Me quieres, pero todavía no lo sabes; es algo que ocurre con mucha frecuencia, ¿sabes? La prueba es que dejaste que comenzase a hablarte, viniste a mi casa, nos besamos, me diste tus pechos: te gusto, es un hecho, es lo que hay, no puedes cambiarlo. *¡Pero si he cortado contigo, si te he dicho que se había acabado!*, repuso ella con absoluta firmeza. *¡Si hasta has vuelto a mi casa!*, replicó él entonces. *¡No pudiste resistir a la tentación de volver personalmente a mi casa! ¡Pero fue para no ser tan brusca y ser más educada y más civilizada!*, se defendía Aurélie: *no lo hice por volver a tu casa, estás equivocado, ¡es un malentendido!* (Era presa del pánico al oír las cosas que él le decía: pensar que había vuelto a su apartamento porque

sentía atracción por él, Dios mío, qué locura de idea, qué malentendido tan penoso; ¿en qué situación de pesadilla se había metido?) Los malentendidos no existen, le dijo él: las cosas se hacen o no se hacen. Sabes cómo funciona el subconsciente, ¿no? ¿Te suena eso del subconsciente, de los actos fallidos, de los sentimientos reprimidos? Volviste a mi casa y te quedaste dos horas, no conseguías marcharte, resultaba tan enternecedor ver cómo te rebullías en el sofá sin poder resolverte a irte de mi casa; te tenía imantada una fuerza poderosa y te sujetaba a mí, ¿te acuerdas? Ya verás, no te preocupes, nos querremos, estoy seguro, es solo cuestión de tiempo. No, le respondió ella. No te querré nunca, estoy segura, completamente segura: y ahora déjame tranquila de una vez o llamo a la policía. Fue entonces cuando, en contra de cuanto fuera lógico esperar, a menos que su estrategia consistiera de forma deliberada, en ese momento, en dejarle vislumbrar el carácter inevitable del proceso en que la había metido, le hizo una confesión peculiar, le contó informaciones que, lógicamente, habría debido mantener en secreto. A menos, digámoslo una vez más, que lo que tuviera pensado fuera basar en la angustia que iba a causarle aquello la esperanza de un avance significativo en la prosecución de su plan diabólico. Le dijo que era inútil que se esforzara, *que lo llevaba claro*, que no se iba a ir de rositas, que no le daba miedo la policía, ya se había librado otras veces. Silencio de Aurélie al teléfono y silencio de Aurélie en el café de Sainte-Blandine. Todos la miraban sin atreverse a mover un músculo. Se le habían llenado los ojos de lágrimas y las había contenido pudorosamente, para que no corriesen. Entonces, como si todos a la vez hubieran tenido que enfrentarse a los mismos rigores, aparecieron simultáneamente en torno a la mesa expresiones compasivas, igual que paraguas abriéndose, y las lágrimas les empañaron la mirada a todos los interlocutores de Aurélie, incluida Bénédicte Ombredanne, que no tardaría en borrar con los dedos una gota única que había empezado a serpentearle por la mejilla. Pocos años antes, en Toulouse, le contó él entonces, según les dijo Aurélie al reanudar el relato, estuvo cinco años centrado en una joven. Vivió con ella una semana, así que llegó algo más lejos que con Aurélie, y pasó cinco años persiguiéndola con sus asiduidades, sin tregua y sin desanimarse. Estuvo tres veces en la cárcel: una estancia de seis meses, otra de nueve meses, otra estancia de seis meses en un hospital psiquiátrico y a continuación la justicia lo expulsó de ese departamento; no podía ya poner los pies en él. Entonces se fue a vivir a Metz y, por supuesto, no se arrepentía de la elección pues en esta ciudad, tan poco sexy sin embargo, había tenido un encuentro que lo había sacado de quicio: no le quedaba más remedio que reconocer que lo que estaba sucediendo entre ellos era mil veces más intenso que lo de Toulouse. Aurélie, estaba seguro, era la mujer que llevaba esperando toda la vida. Y acabaría por enamorarse locamente de él a su vez, pues así lo había querido el destino y él creía en el destino. A ella, en contra de lo que hizo con la otra, le dijo por teléfono esa tarde, según les contó Aurélie a sus amigos de Sainte-Blandine, no pensaba soltarla: se tomaría el tiempo que fuera necesario para hacerle entender que así lo había decidido la providencia. Acabaría viviendo con él. Acabaría por darle hijos.

Silencio en torno a la mesa.

Qué locura, dijo Bénédicte Ombredanne secándose otra lágrima.

Una auténtica chaladura, añadió Éli... El individuo ese como me encuentre con él me lo cargo. Ya me darás sus señas. Voy a decirle dos cositas más bien antes que después.

Ahora, cuando a Bénédicte Ombredanne venía su marido a verla, le hablaba de las miradas frías que le echaban los pacientes de Sainte-Blandine, pero también el psiquiatra y el personal hospitalario, y la acusaba de haberlos puesto en contra de él. Antes de llegar a la habitación de Bénédicte, tenía que pasar por delante de las lunas del bar, meterse por la galería cubierta, la escalera, el vestíbulo y, por fin, por un pasillo largo; según decía se cruzaba con una cantidad

pasmosa de miradas desaprobadoras e incluso abiertamente de odio o insultantes, que le reprochaba a Bénédicte Ombredanne durante toda la visita; ya solo le interesaba ese tema.

Sobre todo esa española tuya, que ni me acuerdo ya de cómo se llama, le decía.

Supongo que te refieres a Élixa, le contestaba Bénédicte Ombredanne con hastío.

Siempre con esa mirada irónica, con esa sonrisita insolente. No le va a quedar más remedio que tener cuidado porque te aviso de que un día no voy a poder seguir controlándome, se me va a ir la mano de pronto y no va a entender qué le está pasando.

No te lo aconsejo, tesoro. Esa mujer es mucho más fuerte que tú y de lo más violento. ¡A las personitas burocráticas como tú se las come de un bocado!, le decía ella riéndose para intentar que el ambiente se relajara.

En realidad, a Jean-François no le faltaba razón: los pacientes le demostraban una aversión que entraba por los ojos y que regocijaba a Bénédicte Ombredanne. Por primera vez desde que se había casado estaba compartiendo con otras personas el peso de su marido, esa carga agotadora... y, en vista de eso, le pareció menos agobiante y aprendió a modular sus efectos tóxicos con la orientación de sus pensamientos nada más. Más fuerte merced al apoyo de sus amigos, que parecía que la miraban actuar a distancia, solidarizándose con sus esfuerzos; se había percatado de que si decidía con el pensamiento, concentrándose, no concederle a ese hombre el poder que sus incordios la movían habitualmente a otorgarle, resultaría que ese peso menguaría por sí solo; conseguía verlo tal y como era de verdad, se decía que tenía ante sí todas las tardes, dando paseos airados por su habitación, igual que un niño chillón y caprichoso, a un hombre menor y lastimoso, insípido, insignificante; y se preguntaba por qué curioso prodigio, siendo como era tan poca cosa en sí, podía destrozarle la vida con tanta facilidad y topándose con tan poca resistencia: *¿cómo era concebible, incluso, que pudiera dominarla y prevalecer sobre ella aunque no fuese más que un cuarto de hora?* En lo referido al psiquiatra y al personal sanitario, lo que podía explicar las impresiones de Jean-François era que no se dejaban engañar: sabían por experiencia que una mujer joven que se niega a explicar por qué ha querido poner fin a su vida y pide obstinadamente que la dejen en el hospital cuanto sea posible está padeciendo seguramente en casa, por parte del marido, un trato cuyo rigor iría a más si este se enterase de que se lo había confesado a terceros; y una realidad así no era de las que pudieran inspirar al personal de Sainte-Blandine miradas de especial simpatía cuando, a la hora de la cena, veían a Jean-François dar vueltas, con aspereza, por la habitación de su mujer, a la espera de que se marchasen para seguir atormentándola.

¿Qué les has contado?, decía. (Vociferaba esos susurros con odio. Cuando hablaba así, entre dientes, trituraba las frases en la prensa de las muelas antes de arrojárselas a la cara como un hollejo de uva, casi inaudibles porque las sofocaba el desprecio que sentía por ella.) *¿Qué monstruosidades, inventadas de cabo a rabo, les has contado acerca de mí?* ¡No voy a volver a poner los pies en este puñetero sitio, avisada quedas!

¡Ah, estupendo, no vuelvas!, le contestaba Bénédicte Ombredanne con voz clara y sonora. De todas formas, ten un poco de paciencia, me voy de aquí dentro de tres días, ya no vas a tener que seguir pasando mucho tiempo por esta situación humillante, añadía con ironía.

¡Cualquiera que te oyese pensaría que lamentas tener que irte de este manicomio tuyo; parece mentira! *¡No me digas que preferirías quedarte aquí, rodeada de enfermos graves, mejor que volver a tu casa y ver a tus hijos!*

Ella, en realidad, lo que quería era no irse.

A Bénédicte Ombredanne le gustaban las personas con las que había hecho amistad. Dos semanas habían bastado para que le gustasen más que ninguna otra con la que trataba en el mundo

exterior. Vista desde aquí, Amélie le parecía tan hueca, ciega, artificial, falsa y estereotipada como una muñeca rectilínea ganada en una caseta de tiro una noche de verano: se adaptaba con mediocridad a su vida mediocre y decepcionante, llena de capitulaciones menudas que acumulaba sin caer en la cuenta y que ni siquiera recordaba ya (exactamente igual que ella antes de la noche de las doce semillitas sonrosadas), mientras que aquí, de una u otra forma, todos habían hecho pedazos esa hipocresía íntima consigo mismos y habían tenido el valor de activar una explosión desde dentro, o de permitir esa explosión, y de ponerse al desnudo ante sí mismos.

Le daba la impresión de que había encontrado por fin su lugar, su auténtico lugar, en el recinto de esa clínica, en los nueve metros cuadrados de su celda de poetisa, como la llamaba Éliisa con ternura.

Lo que quería era no irse.

Cierto es que a veces se decía que al cabo de unos cuantos meses le habrían entrado ganas, seguramente, de volver a alzar el vuelo. Pero es que entonces estaría en condiciones de cambiar radicalmente de vida porque habría dejado atrás, dentro de sí, distancias considerables; descubierto paisajes nuevos; ocupado su puesto de salida en inéditas visiones de sí misma; elaborado dosificaciones nuevas de los ingredientes que constituían la fórmula un tanto compleja y embrollada, no del todo convincente, de su personalidad y de su presencia, de toda la vida, en el mundo. Seguramente sería capaz, tras pasar unos cuantos meses aquí, se decía, de dejar a su marido, de alejarse de Metz, de llevarse a sus hijos y de rehacer su vida en algún lugar más lejano, en un contexto nuevo, o incluso desconocido. Sainte-Blandine le había dado apetencias por lo desconocido. Haber confrontado su imaginería con las vivencias de sus amigos ingresados allí le había infundido fuerza y coraje suficientes, con cierto distanciamiento de sus propias contrariedades, para aspirar a experiencias arriesgadas y singulares y a entornos ajenos a los que había conocido hasta ahora. Dejaría la enseñanza: saldría también de esa cárcel que la tenía recluida en una definición estrecha de sí misma (vocación, compromiso político y social, entrega a la juventud y al porvenir de Francia, etcétera) en detrimento de aspiraciones más ambiciosas. En resumidas cuentas, estaba harta de vivir entregada casi exclusivamente y por este orden a su marido, a sus hijos y a los hijos de los demás sin recibir a cambio nada constructivo. Haría un curso para trabajar en el mundo editorial: a fin de cuentas, era catedrática de letras, lo cual no era nada baladí; seguramente podría hacerse correctora o lectora, o también, algún día, quién sabe, una editora cuyos autores apreciaran, ¿por qué no? Escribir, no, no creía tener talento para eso más allá de las palabras que le gustaba verter de noche en el papel para proporcionarse la embriaguez de ahondar todo lo posible en las profundidades de su ser interno, pero solo para ella y únicamente para realizarse, de manera clandestina, como en un diario íntimo. No le apetecía exhibir sus experiencias en público siendo así que, a la inversa, era ese procedimiento el que más le gustaba en los escritores contemporáneos a quienes leía, ese procedimiento más que ningún otro, más que el procedimiento puramente novelesco, quería decir, pero ya me había entendido usted, Éric. Ella no, ella era demasiado frágil para exponerse así a la mirada de los otros, incluso oculta tras su escritura, pensaba, pues imaginaba las páginas que escribía como una habitación encendida en la noche y que daba a una calle: cuanto mejor escritas estaban más oscuro le parecía el exterior y que ella estaba a la vista y que su persona resplandecía paseándose desnuda por la claridad de esa vivienda iluminada sin poder divisar a quien estuviera observando desde la calle, a saber qué individuos, y cuántos, y con qué talante para con una. No, escribir no estaba hecho para ella. En cambio, trabajar en una editorial, en París, después de haberse instalado allí con sus hijos, eso es lo que pensaba que habría podido considerar a la postre si su estancia en Sainte-

Blandine hubiese durado lo suficiente para darle fuerzas y coraje para elaborar en su mente una certeza firme y no solo un sueño vago e ilusorio, sino una certeza firme, un proyecto con fundamento, una decisión edificada con seriedad y realismo durante meses, con la confianza que aquel lugar le había proporcionado a diario, al resguardo de los perjuicios del mundo. ¿Por qué iba a llevar menos tiempo construirse por dentro el proyecto de un porvenir nuevo que la construcción de una casa de verdad? ¿Acaso es posible alzar del suelo una casa en dos semanas? ¿Por qué no había podido quedarse en Sainte-Blandine más que dos semanitas de nada? ¿No habría estado justificado que pasase en Sainte-Blandine el tiempo que precisa la edificación de un unifamiliar de dos plantas de doscientos metros cuadrados con todos los acabados incluidos, por ejemplo? Y, en vez de eso, la escupían como un simple hueso de fruta al ambiente del que procedía y se volvía a encontrar, idéntica y agravada, inalterable, la situación de la que había huido quince días antes al tomarse las doce semillitas sonrosadas una dura noche de julio.

¿Entiende lo que le quiero decir?, me dijo entonces Bénédicte Ombredanne. Quería quedarme en aquel sitio el tiempo necesario para poder tomar una decisión radical. Pero el psiquiatra no fue de esa opinión: tras concederme cuatro días de propina, me dijo que no me iba a quedar más remedio que volverme a casa.

Estábamos tomando vino blanco, ella iba ya por la tercera copa, yo le iba orientando el relato con preguntas o dándole ánimos afectuosamente. La luz en la plaza de Colette era cada vez más palpable y licorosa, viva, habitada, como si la ciudad se estuviera dejando invadir por una sensación de plenitud y de júbilo: una resplandeciente premonición de consumación imperaba en la terraza del café donde estábamos sentados a una mesa y englobaba a todos los consumidores en la dulzura de sus visiones, prometiéndonos una dicha inminente, azares prolíficos, encuentros decisivos, una benevolencia universal. Por mucho que Bénédicte Ombredanne, con el relato que acababa de hacerme, me hubiese tenido aterrado toda la tarde, me daba la impresión de que iba a salir adelante, que se le iba a franquear una era dichosa; eso les susurraba al menos a nuestros pensamientos la luz que bañaba la explanada. Porque ante nuestra vista el ambiente que elaboraba la ciudad —tan reconfortante como palabras que nos susurrasen al oído los labios de una persona prodigiosa, valiosísima, de confianza, invisible pero sustancial, que llevase siglos viviendo, que hablase de otro lugar que no era el de nuestra actualidad presente: *un lugar más sagrado*—, ese ambiente que elaboraba la ciudad me aseguraba, pues, que Bénédicte Ombredanne era una auténtica joya de los tiempos antiguos, una auténtica joya que merecía que la protegieran y a quien los acontecimientos de su propia vida acabarían por proclamar como tal. Bénédicte Ombredanne bebió otro sorbo de vino antes de dejar la copa encima de la mesa. Seguramente estaba un poco piripi y supongo que esa embriaguez le había resultado propicia para el impulso que había seguido, intenso y sin solución de continuidad, en línea recta de su corazón al mío, al contarme sin flaqueza aquella primavera atroz de 2006.

A veces, cuando estaba desesperada de verdad, iba por la zona del cuartel, en la parte trasera de la clínica, y miraba la ventana de su habitación, se pasaba mucho rato examinándola para intentar que volviera a nacerle en el pensamiento la luz que allí había conocido. Una luz de renacimiento, de esperanza y de vuelta a empezar. Pero nunca más recuperó esa luz, nunca más: había vuelto a apagarse y para siempre.

En otras ocasiones, de noche, bajaba a su despacho, para intentar escribir, pero esos intentos no la conducían a ninguna parte, ya no conseguía que se desplegaran en su ser esos paisajes que había recorrido, libre y feliz, mediante la escritura, en Sainte-Blandine, durante horas, hasta perderse; lo recordaba con dolor. Ahora se quedaba en la superficie, como tendida en una playa, y se veía

intentándolo, hasta el momento en que cubría por completo toda la playa esa misma figurita de una Bénédicte Ombredanne que se reflejaba en sí misma hasta el infinito y fracasaba en el intento de olvidarse. O, a veces, para saber en qué andaba metida, o comprobar que no estaba escribiendo a un amante potencial que hubiese encontrado en internet, se presentaba su marido de repente en el umbral del despacho, es decir, en el umbral de las imágenes que a lo mejor se le habían venido a la cabeza aquella noche y las destruía en el acto, arrasando de golpe con el hechizo que, quizá, en ese instante fatal, había empezado a expandirse en el supuesto de que aquella noche su intento hubiera arrancado bien.

Le enviaré las páginas que escribí allí, siguen en mi taquilla del liceo, dentro de un sobre grande de papel de estraza. Las fotocopiaré y se las mandaré, a lo mejor hace usted algo con ellas un día si la historia lo inspira. Hoy no me ha dado tiempo a contárselo todo. Pero en esas cuarenta páginas está todo; se las mandaré la semana que viene.

Mi regreso a casa fue difícil, por no decir gélido. Mis hijos no es que estuvieran muy acogedores. Estaban un poco apurados, nada espontáneos, como si creyeran que su madre estaba loca, o que era culpable. ¿Habrían oído a mi marido hablar por teléfono de Sainte-Blandine, desacreditarme? No lo sé. Pero les noté en los ojos durante varias semanas algo así como una reticencia interrogativa; sondeaban mi apariencia con expresiones de preocupación y miradas inquietas, algo retraídos, como si me estuvieran vigilando; acechaban y temían en mi comportamiento la aparición de algo. No quiero decir que los tuviera alarmados que un eventual peligro pudiera amenazar a su madre, ni mucho menos: me parecían preocupados por tener que vivir con una mujer que era no solo su madre, sino también un fragmento de lo desconocido, un territorio mal explorado, que parecía cubrir en gran parte una intensa y amedrentadora selva ecuatorial donde podría perderlos y que podría tragárselos, llena de fieras, de insectos y de reptiles. Debían de decirse que su madre no era del todo como las de sus compañeros. Que a lo mejor era peligrosa, inaprensible, imprevisible y, la verdad, poco tranquilizadora en lo referente a su seguridad.

Pero ya se han arreglado las cosas, no se preocupe.

En cuanto a mi marido, alterna las fases en que se considera culpable de haber convertido mi vida en un infierno, se describe a sí mismo como un verdugo y me pregunta cómo es posible que lo quiera todavía, suplicándome, hecho un mar de lágrimas, que no lo abandone; y las fases en que me reprocha literalmente haberle amargado la vida, en que se lamenta de haber encadenado su destino al de una mujer fea y bigotuda, una tía flaca con un conejo apestoso, una que tan pronto se viste con coquetería y se pone arrebatadora con la esperanza de que se la follen los desconocidos como, si lo interpreto bien, se viste como un saco, sin elegancia, como si él, *Jean-François Ombredanne*, hubiese venido a este mundo para ir hecho un mamarracho con una mujer que apenas si es mujer y lo avergüenza. No eres una mujer, me dice. Cuando vamos por la calle y nos cruzamos con una mujer bonita, o con una mujer de lo más corriente, me dice: eso, ¿sabes?, eso es una mujer, ¿ves la diferencia? Tú no eres una mujer, Bénédicte, no sé qué eres, pero no eres una mujer. Desde que salí de Sainte-Blandine está distante, indiferente. No me ve. Ya casi no me habla. Nunca me pregunta nada. Las únicas frases que me dice son reproches o insultos. Ya no se nos cruzan nunca las miradas. Se porta como si yo no estuviera presente.

Seguramente lo hace porque sabe que me hace sufrir, o, peor aún —aunque no me atrevo a considerar que esta hipótesis sea la más pertinente—, porque opina que mi existencia no se merece ni una mirada. Me trata como a una simple criada. Muchas veces cena solo mientras ve la televisión; tengo que prepararle una bandeja y llevársela. Cuando cenamos los cuatro, no escucha

lo que digo; nunca me dice la mínima palabra que pudiera servir para iniciar una conversación; si le hago una pregunta, la rehúye abiertamente; se centra exclusivamente en los niños con los que siempre está atento y untuoso. Solo se preocupa de su bienestar para que, por contraste, yo me sienta auténticamente desnuda, desnuda de todo afecto, considerada como alguien sin importancia. Menos aún que un animal que acariciamos, menos aún que una planta de interior que regamos, menos aún que un objeto al que quitamos el polvo, menos aún que una puta a quien se paga. Encuentre usted mismo la expresión adecuada. Ese desprecio no le impide, de noche, con la luz apagada, cuando le apetece, ponerse encima de mí y penetrarme. Yo le dejo, diciéndome que el acto sexual es quizá lo único que tenga aún entidad para hacer que salte una chispa entre nosotros, pero he acabado por no creer tampoco en eso. Por lo demás, mientras me posee me paso casi todo el rato llorando, pero él ni siquiera se da cuenta.

Intenté dos veces dejarlo el año pasado. Las dos veces me amenazó con matar a los niños y luego matarse él: yo, al contrario que tú, puedes estar segura de que no caeré en un suicidio de opereta. Sé muy bien cómo apañármelas para que haya cadáveres.

Eso es chantaje, le dije a Bénédicte Ombredanne. No hay que ceder. Pero, al tiempo, me hago cargo de que no es fácil reaccionar ante amenazas como esas.

Sobre todo cuando no se siente una en forma y está vulnerable y agotada, como llevo yo varios años.

Habría sido necesario, como decía usted hace un rato, que hubiese podido quedarse en Sainte-Blandine algo más, que recobrase fuerzas y cortar sus relaciones por lo sano.

Desde luego, cuando salí de Sainte-Blandine podía dormir algo mejor que antes de ingresar; mi marido no me preguntaba ya de noche por lo que había hecho con Christian, pero la indiferencia que sentía por mí me metía en el cuerpo la misma soledad que la ausencia de sueño, el mismo plomo frío e inanimado. Una angustia que se me solidificaba en los miembros. Estaba como muerta, torpe y helada, exactamente igual que antes de que me ingresasen en las urgencias del hospital de Metz. Mi estancia en Sainte-Blandine, como si escampara inesperadamente, como un claro aparecido por la merced de dos nubarrones negruzcos que se separan, puso en mi vida una luz de renacimiento; me dije muchas veces, en esas dos semanas, en el silencio de mi cuartito, que mi vida iba por fin a volverse hermosa, sorprendente, llena de enclaves, de brillo, de delicias, de secretos, de dulzura, de música, de historias, de retos interesantes. Mi vida iba a volver a arrancar, como un partido después de un gol. Yo estaba metiendo un gol, mi estancia en Sainte-Blandine era un gol a cámara lenta, veía mi destino encaminarse hacia la felicidad y mi salida coincidiría con el momento en que alcanzase esa felicidad y el balón fuera a morir en la red. *Nada ni nadie podría impedir que se me hubiera metido en el pecho esa felicidad.* ¿A lo mejor me atrevía a llamar a Christian? Iría a verlo una mañana y se le hundirían los ojos en mi mirada para alimentar en ella el amor que tenía la suerte de haberle inspirado, me decía eufórica en mi cuartito de Sainte-Blandine. Nos queríamos durante mucho tiempo, me iría a vivir con él, a lo mejor teníamos hijos. Había empezado a otear una visión admirable: me decía a mí misma que no tardaría en poder bañarme, desnuda y dichosa, en un lago oscuro e infinito, límpido, con estrellas engastadas. Pero la trampilla se cerró de pronto con un estruendo tremendo y aterrador. Cuando salí de Sainte-Blandine volví a quedarme encerrada bajo la trampilla de una loca esperanza de quince días que había caído violentamente encima de la tristeza habitual de mi existencia y contra una pared que se erguía ante mis ojos en la oscuridad, interponiéndose entre mí y la felicidad que había divisado. Esa pared era mi marido y la vida árida que me imponía. Un sótano, vamos. Pasé meses y meses en ese sótano, sentada en un escalón de tierra, prisionera, llorando otra vez. Solo la

lectura de ese libro suyo en septiembre de 2007 me devolvió la luz: enderecé la cabeza, volví a creer en mí misma y a tener ganas de luchar, de regresar a la realidad y de ser feliz. Entonces alcé la trampa, salí del sótano y aquí me tiene, contándole mi vida en esta terraza, al sol, en esta tarde de otoño sublime. Fíjese qué luz tan bonita, tiene usted mucha razón al afirmar en su libro que es en otoño cuando está la luz más bonita, hoy es milagrosa, se puede sentir cómo vibra en la atmósfera como miles de millones de partículas. Tengo la impresión de que si extendiendo la mano hacia la belleza de esa visión voy a poder tocarla y va a reaccionar, como si apoyara los dedos en el pelaje de un gato.

En el taxi que nos llevaba a la estación del Este, le pregunté a Bénédicte Ombredanne por qué razón había dicho, en un momento de su relato, que su marido había tenido que coger media jornada. Le dijo usted a su hija que ya no podía comprarse vestidos en la calle de Gambetta, bajo los soportales, desde que él trabajaba media jornada, ¿se acuerda?

Había tenido graves dificultades con sus relaciones del trabajo. A su marido, de funcionamiento psicológico alambicado, cuesta seguirle el hilo de los razonamientos, las reacciones, las tomas de posición. Es además de una susceptibilidad enfermiza y tremendamente rencoroso, con una memoria completamente fenomenal para los perjuicios que se le causen; no se le olvida nada, almacena en la cabeza todos los agravios que haya podido notar, en un momento o en otro, asociados a un padecimiento tan disimulado como a prueba de bomba, en alguno de sus colegas, justificadamente o no. Se había metido en una relación insufrible con uno de ellos y ese conflicto precisaba frecuentes arbitrajes de la dirección para dar la razón a uno o a otro. De forma tal que al cabo de cierto tiempo hubo que pensar en organizar de otra manera toda la sucursal bancaria para separar por completo los territorios y las competencias de ambos beligerantes. Quedó probado que la culpa la tenía ante todo su marido, todo el mundo había testificado en ese sentido. El director de la sucursal le comunicó que con esa nueva distribución era indispensable contratar a otra persona. Pero en ese contrato solo era posible pensar si él, Jean-François Ombredanne, renunciaba a parte de su sueldo, es decir, aceptaba trabajar media jornada. O decía que sí, y en tal caso trabajaría a tiempo parcial en adelante, o decía que no y a la dirección del banco no le quedaría más remedio que iniciar un procedimiento de despido por incompatibilidad de carácter. Por supuesto, el director de la sucursal esperaba que aceptase el acuerdo que le proponía.

Tras meterse por la calle de Sainte-Anne, el taxi había seguido por la calle de Grammont, que es la prolongación, y pasado junto al teatro de Les Italiens, es decir, la Ópera Cómica, empotrado en la manzana, a nuestra derecha, o sea, del lado en que iba Bénédicte Ombredanne, que no sabía, mientras respondía a mis preguntas, que estábamos en la calle en que la desconocida de Villiers de l'Isle-Adam rechazó de manera sublime al deslumbrado Félicien de la Vierge. Habríamos podido divisar a los dos, en un reflejo del pasado, que se presentó encubiertamente al azar de dos siluetas enfrentadas, al pasar deprisa el coche calle arriba.

Si lo he entendido bien, Bénédicte, no es usted la única en considerar que su marido tiene un funcionamiento problemático, por no decir patológico.

Por ese motivo es también por lo que he tenido siempre que cuidarlo como una madre, protegerlo, tranquilizarlo, incluso en la actualidad, aunque nuestras relaciones estén en plena glaciación. Lo que no impide que, veinte minutos después, cuando he conseguido ya reconfortarlo en lo tocante a un disgusto profesional, me diga a voces los peores insultos; a ver quién lo entiende. Así que empezó a trabajar a tiempo parcial, pero la situación económica se puso difícil, por la hipoteca de la casa y los dos coches: lo habíamos calculado todo muy justo. Restar de nuestros ingresos la quinta parte de su sueldo bastaba para comprometer el equilibrio del

presupuesto doméstico: a partir de ese momento tuvimos que tener más cuidado que antes y recortar de casi todo. Renuncié a la asistenta y cogí horas extra en el liceo. No paraba de poner lavadoras. Volvía a casa a la hora de comer para hacer tareas domésticas en vez de ir al comedor, como antes, dos veces por semana al menos, para charlar con mis compañeras del liceo.

Habíamos llegado a la estación del Este y andábamos en dirección a las vías.

Fueron las horas de plancha las que me hicieron perder la estabilidad poco a poco. Todo empezó con la plancha, con las horas que pasé, mortales, por las tardes o a la hora de comer, en un silencio que me volvía loca, incluso cuando me ponía música a tope, planchando, dedicada a la plancha, de pie en ese vacío absoluto, con la plancha en la mano, humedeciendo la ropa, apoyando la plancha mientras oía esos ruidos insoportables del vapor que sale, doblando la ropa de casa y la otra, subiendo las prendas a los dormitorios, colocándolas en los cajones. El agotamiento contribuía a proporcionarme una percepción muy peculiar de la realidad, todo estaba exacerbado, aumentado y delirante. Me flotaban las cosas en la cabeza y las voces se multiplicaban hasta el infinito, vociferando cada vez más, durante esas horas de plancha, durante esas horas de vacuidad, de aburrimiento, de humillación. De absurdo. De desconcierto. En ese contexto llegó la emisión *El teléfono suena* y lo que vino después. ¿Qué vía es? No consigo leer lo que pone en el cartel, la letra es demasiado pequeña.

—Vía G. Por allí, a la derecha, venga, nos quedan diez minutos, la acompaño a su asiento. ¿Qué coche es?

—Un momento, que voy a validar el billete.

Bénédicté Ombredanne mete el billete en la ranura de la máquina, que suelta un sonido; le da la vuelta y lo introduce del otro lado; la mandíbula lo pica, ella lo saca y lee:

—Coche 7, asiento 24.

—Vamos allá.

—¿Está seguro? Puedo apañármelas sola, ¿sabe? La maleta no pesa tanto, ya le he hecho perder toda la tarde.

—No me ha hecho perder nada en absoluto, Bénédicté. La acompaño a su asiento, vamos.

Avanzamos por el andén en dirección al coche 7.

Bénédicté Ombredanne me da las gracias por haberle dedicado tanto tiempo; nota ya que hablar conmigo le ha sentado estupendamente. Hasta ahora, solo había contado su historia a los pacientes de Sainte-Blandine. ¿Los sigue viendo?, le pregunto mientras en los cristales del TGV París-Luxemburgo se reflejan nuestras dos siluetas dirigiéndose al coche 7. ¿Ha vuelto a ver a Élisabeth, a Aurélie, a Patrick y a Grégory? Le daba vergüenza confesarlo... pero nunca había vuelto a entrar en contacto con ellos; le habían dado su número de teléfono y sus señas, pero ella se había vuelto a su vida sin ganas de mirar atrás. Élisabeth, Patrick, Aurélie y los demás se habían quedado allí cuando ella se fue de Sainte-Blandine con el ánimo por los suelos y le parecía hasta cierto punto que seguían allí, que no tenían existencia fuera de la clínica, como si fuese su auténtico y único territorio. Como si hubieran aparecido en el mundo real aprovechando la estancia de ella en la clínica antes de desvanecerse de nuevo cuando ella se marchó. Exactamente como Brigadoon, del que tan bien habla usted en su libro: para mí, Sainte-Blandine es Brigadoon. No es que me enamorase de nadie allí, si hablamos con propiedad, o quizá de determinada idea de mí misma y de una imagen posible de mí misma en una realidad más amplia. Me enamoré también de todas las personas a las que conocí allí, sí, de todas y cada una, y del vínculo de amistad y confianza que teníamos unos con otros: algo único. Querría que fuera posible volver, y volver a verlos a todos, y que la realidad se extinga tras de mí de forma definitiva, que desaparezca otra vez por un período

de cien años, como si fuera a proseguir allí con mi vida, a buen recaudo, con ellos, para siempre, exactamente igual que en la película.

Estábamos ante el coche 7.

Al tren le faltaban dos minutos para salir.

Se oía una voz femenina que salía de un altavoz y decía que los viajeros habían subido a bordo del TGV n.º 2835, destino Luxemburgo, que el equipaje tenía que llevar etiqueta y que se invitaba a los acompañantes de los viajeros a bajar del tren.

Subí al vagón la maleta de Bénédicte Ombredanne y, luego, me volví hacia ella.

Estábamos los dos en el andén, nos quedamos un buen rato mirándonos a los ojos, bastante serios, quietos, sin sonreír; y luego le di un par de besos a Bénédicte Ombredanne en las mejillas con el mayor afecto posible, apretándole suavemente los hombros para que notase que estaba ahí, con ella, y que podía contar conmigo. Me dijo que me iba a mandar una copia de esas famosas cuarenta páginas que escribió en Sainte-Blandine en el papel que le proporcionó la secretaria pelirroja, que a mí me habría gustado mucho, por cierto, ya que me gustan las pelirrojas, dijo, con un guiño a modo de conclusión. Me dijo que íbamos a escribirnos, le encantaba la idea de poder escribirse conmigo. Le dije que a mí también me agradaría mucho y que no debía dudar nunca en llamarme o mandarme un sms, sobre todo si estaba triste o si se sentía en situación desesperada.

Acompañada de una prolongada señal sonora, la voz que salía del altavoz anunció que la salida era inminente y que cuidado con las puertas.

Cúidese, me dijo Bénédicte Ombredanne.

Se subió al coche 7 del TGV 2835 de las 18.40 con destino Luxemburgo, la puerta se cerró nada más entrar ella y nunca más la volví a ver.

## 7.

Nos estuvimos escribiendo hasta la primavera siguiente por correo electrónico, ahondando en lo que me había contado en la terraza de Le Nemours. Durante esa temporada, no me costó darme cuenta de que su marido no había sido nunca tan degradante como ahora y de ahí los eclipses que ritmaban nuestros intercambios, eclipses totales bastante largos en algunos casos, durante los que suponía que las circunstancias obligaban a Bénédicte Ombredanne a concentrarse nada más que en protegerse a sí misma. Volvía a aparecer al cabo de un tiempo, sin dar explicaciones, rogándome que tuviera a bien perdonarle el silencio. Yo le preguntaba si todo iba bien, ella me respondía que estaba saliendo de una secuencia algo más bronca de lo normal, pero que todo estaba ya en orden y me agradecía que fuera tan paciente y comprensivo con ella; saber que yo estaba apostado, haciendo guardia, a la puerta de su vida la tranquilizaba.

Bénédicte Ombredanne tenía ahora dos móviles; el que su marido le había dado permiso para comprar poco después de salir de Sainte-Blandine y que él usaba también llegado el caso y otro, clandestino, que había comprado en la época de nuestra correspondencia y cuyo número tenían pocas personas. Me alegré al enterarme de la existencia de ese otro teléfono, que indicaba que Bénédicte Ombredanne estaba decidida a no permitir que su marido la amordazase. Hasta cierto punto, me decía a mí mismo, se había alistado en la resistencia y a lo mejor conseguía, impulsada por esa mentalidad insurrecta, elaborar un plan de evasión realista: con un teléfono confidencial tendría la posibilidad de enviar señales fuera de las murallas de su vida (no pensaba forzosamente en Christian o en otros amantes, sino más bien en que estableciera contactos para algún curso, en nuevas amistades, en relaciones sociales dignas de tal nombre, independientes de la vida conyugal), condición previa a mi entender indispensable para su emancipación. No solíamos hablar por teléfono: como no nos veíamos y era relativamente discreta acerca de los detalles de su vida cotidiana, las reflexiones que nos enviábamos nunca tenían categoría de emergencia (habríamos podido encarrillarlas como antiguamente, por correo ordinario) y, además, sabía que ese otro teléfono se quedaba muchas veces escondido en su taquilla del liceo, junto con las cuarenta páginas de Sainte-Blandine y de las impresiones en papel de las cartas que nos escribíamos. Por lo demás, Bénédicte Ombredanne usaba la impresora de la sala de profesores de su liceo, tras decidir, como medida de precaución, abrirse una dirección de correo electrónico reservada específicamente a nuestra correspondencia, y no abrir nunca ese buzón en su casa, en su ordenador personal.

Un día de la primavera de 2009, en marzo para ser exactos, cuando llevaba varias semanas sin saber nada de ella, recibí una llamada de Bénédicte Ombredanne. Estaba en ese momento delante de la escuela de la calle de Chabrol, muy cerca de mi casa, esperando a mi hijo que estaba por entonces en primero de primaria. Me sorprendió que me llamase por teléfono de improviso; esa llamada me preocupó; contesté. De hecho, se le notaba en la voz que estaba trastornada, sentía mucho molestarme, pero había surgido una emergencia. ¿Podíamos hablar en ese momento? Le dije que sí; estaba esperando a mi hijo pero había llegado pronto, disponíamos de unos minutos; ¿de qué se trataba? Teníamos que interrumpir nuestra relación por cierto tiempo y, sobre todo, no

debía mandarle más sms, oí que me decía. Le hice notar que eso era algo que no hacía nunca; me contestó: lo sé, pero, pese a todo, quería avisarlo por si acaso se le ocurría, así, tontamente, enviarme un mensaje. La oía jadear, seguramente había corrido antes de marcar mi número, hablaba bajo y atropelladamente, tanto que me costaba entender lo que me decía. Me daba la impresión de que había perdido los estribos y estaba acurrucada, para que no la oyese su marido, en un rincón oscuro donde temía que no iban a tardar en encontrarla. Había conocido a alguien con quien se llevaba bien y por eso había estado sin dar noticias en los últimos tiempos, oí que me decía, hablando de forma aún más acelerada, como si estuviera pillada en una cuenta atrás peligrosa. Bueno, ¿y qué? ¿Dónde está el problema?, le pregunté. ¡Esa es una noticia estupenda, Bénédicte! Me interrumpió, muy seca. El problema era que su marido acababa de descubrir en su otro teléfono una serie de mensajes equívocos, ni explícitos ni con olor a chamusquina pero sí muy tiernos, que habían cruzado ese hombre y ella. Había escondido el teléfono en la estantería, detrás de las obras completas de Mallarmé, pero, como a una imbécil, se le había olvidado quitar el sonido de aviso de los sms, un *bip* pequeñito, discreto y casi imperceptible, regulado en el nivel sonoro más bajo, y había querido la casualidad que su marido estuviera con ella cuando ese *bip* pequeñito había sonado de repente, con lo cual había tirado al suelo todos los libros colocados en la zona de la emisión de la señal y había encontrado el teléfono. Le preguntó qué era ese teléfono desconocido, de quién era y qué hacía ahí. Vino luego una rabieta fenomenal. Abrió el mensaje y lo leyó, y luego otros que ella había recibido del mismo hombre. La había empujado violentamente contra una pared y le había hecho daño para poder manipular el aparato sin que lo molestasen sus intentos para impedirlo; le sangraba la frente, era la primera vez que la agredía físicamente. ¿Y eso cuándo ha sido?, le pregunté. Esta mañana, me contestó Bénédicte Ombredanne con voz trémula. Su marido le preguntó si esos mensajes eran de su amante de Estrasburgo de hacía tres años, pero, al no haber ninguna connotación erótica en esos sms, no le costó convencerlo de que se trataba de una idea absurda. Ha querido saber si se trataba de un nuevo amante, le he contestado que no con la mayor firmeza: ¡no solo yo no tenía un nuevo amante, sino que ya veía él que esos mensajes eran tiernos, amistosos, afectuosos y nada más! ¡Así se empieza, con la ternura, y ya sabemos todos cómo se acaba, acaba en la cama!, le dijo su marido. Entonces, para cortar por lo sano cualquier sospecha, para proteger a ese hombre y evitar que mi marido comenzase a obsesionarse con él, le he dicho que se trataba de usted, Éric. ¿De mí?, exclamé yo entonces. ¿Le ha dicho que se trataba de mí? Había empezado a fluir por la acera un barullo, desde la estrecha puerta de la escuela, y de repente vi a mi hijito salir de esa aglomeración creciente y venir hacia mí despacio, con la cartera enorme a la espalda, agotado (era viernes, solo iba a buscarlo a la escuela los viernes); entonces me puse el dedo índice en los labios para que entendiera que no tenía que interrumpirme y echamos a andar hacia casa; yo llevaba a Donatien cogido por los hombros mientras atendía a lo que tenía que decirme Bénédicte Ombredanne. Para él es usted un hombre inaccesible, sabe que lo conocí hace un año en una charla literaria (le oculté que nos habíamos vuelto a ver en otoño), conseguí hacerle creer que me había tomado afecto por lo que le dije de sus novelas, que lo dejó muy impresionado. Y está resentido con usted por haberme mandado esos mensajes, no voy a decirle lo contrario, y esa estima en que tiene usted a su mujer siente que lo disminuye, que lo disminuye y lo humilla, que lo aplasta, a él, al pobre empleado de banca; le guardará rencor eternamente, eso seguro, pero no puede hacerle nada, no se atreverá, le he prometido que pondré fin a nuestra relación. Me ha obligado a prometérselo sobre la cabeza de Arthur. Perdóneme, Éric, pero no podía hacer otra cosa, estoy segura de que lo entenderá. Si no, ya tendría por delante cuatro meses de

interrogatorios continuos para que le revelase la identidad de ese hombre. Por cierto, que no habría vacilado en llamar a ese número, pero ahora no se atreverá, no le apetecerá hablar con usted, en fin, creo que no. Si por desgracia recibe una llamada desde este teléfono o si aparece en su móvil un número desconocido, no conteste, por favor, Éric, no descuelgue, y si le deja un mensaje de voz, bórralo sin oírlo, se lo ruego. Vamos a dejar que pase algo de tiempo, ya daré señales de vida yo cuando hayan vuelto las aguas a su cauce, ¿de acuerdo? Ahora lo dejo, Éric, adiós, perdóneme, cuídese, esperaré a que su dardo venga a clavármeme en el corazón, tengo que dejarlo, lo oigo volver, un beso; y Bénédicte Ombredanne colgó.

Me sentó bastante mal, lo reconozco, que me hubiera utilizado, sin saberlo yo, como biombo, pero, al decirle ese día por teléfono que había hecho bien al ampararse así, con ayuda mía, de la ira de su marido, no dejé traslucir el malestar que me había causado en realidad esa maniobra intempestiva: malestar por sentir que era sustancia de una mentira destinada a tapar una aventura adulterina de la que ni siquiera me había dicho nunca nada, molesto por verme traicionado o sacrificado, por haber caído en una trampa, por que me hubieran metido en una situación que podría resultar perniciosa si a su marido, ese enfermo grave, se le metía en la cabeza vengarse. No cabía duda, desde luego, de que no había nada que se mereciese más Bénédicte Ombredanne que poder conseguir momentos agradables con un hombre que fuera cariñoso con ella, lo que, en sí, justificaba que yo le hiciera de buen grado las veces de pararrayos, estoy de acuerdo; hubiera hecho lo que hubiera hecho para exponerse a la locura inquisitiva de su marido... Sin embargo, ponerme así entre la espada y la pared y colgar de golpe y luego desaparecer durante meses sin dar señales de vida (podría haberme enviado un mensaje al día siguiente para darme las gracias, o un correo electrónico para confirmarme que el subterfugio al que me había prestado había dado los frutos apetecidos) fue un comportamiento que me decepcionó y no volví a entrar en contacto con ella.

Un año después, más o menos en abril de 2010, Bénédicte Ombredanne me mandó un mensaje de correo electrónico para felicitar me por mi cumpleaños y no le contesté; no insistió y nuestra comunicación cayó en el silencio al que la había conducido nuestra última conversación telefónica ante la escuela de la calle de Chabrol.

Pasó otro año más y en abril de 2011 le envié un mensaje de correo electrónico a Bénédicte Ombredanne para saber cómo estaba y decirle que, en vez del dardo del que hablaba ella en la primavera de 2008, acababa de terminar un tocho de libro que pesaba como un adoquín. Me dirá usted que los dardos y los adoquines tienen en común que los arrojamos, pero el efecto que causan en el punto de impacto no es exactamente el mismo: esta novela tenía más bien condiciones para hacerle polvo la caja torácica, le escribí en broma para intentar que me perdonase mi silencio de los últimos doce meses. Se lo mandaré por correo postal con una dedicatoria escrita con una clave ingeniosa (para no despertar ninguna sospecha inoportuna de su marido) a la dirección que usted me dé, cuando salga de la imprenta, a finales de mayo o primeros de junio. Espero que esta novela no la decepcione; yo tengo una vaga y desagradable impresión de que no ha conseguido elevarse hasta el nivel de la anterior, le falta alguna cosita que soy incapaz de identificar, pero lo noto, lo noto, y me hace padecer, me hace padecer. Quienes la han leído le han dado ya una acogida muy buena y yo hago como que comparto sin reservas su entusiasmo. Una resistencia inconcreta, mínima, pero insistente, oculta en mi pensamiento me pide ponerme por completo a tono con ese fervor. Mi razón asume este libro al cien por cien, pero ocurre que una sensación tan nociva e insidiosa como irreconocible forma algo así como un agujerito en la cámara de aire de los elogios que me hago a mí mismo continuamente para conseguir creer en este libro, y por ese agujerito, que

es imposible identificar, localizar y neutralizar, se escapa imperceptible y permanentemente, desde el día en que empecé a escribirlo, la creencia de que esté logrado, de que trascienda las ideas de las que surge, de que proceda de mí con la verdad y la evidencia de un fenómeno ineludible, de que tenga el primor de una castaña arrojada a una papelera a tres metros de distancia, con el brazo estirado: *en pleno centro del orificio*, si entiendo a qué me estoy refiriendo, le escribí a Bénédicte Ombredanne. Va a ser usted la única a quien le confiese esta sensación, porque es usted la única que sabe que me he pasado semanas llorando, escondido en mi despacho, durante toda la temporada en que estuve madurando este libro que a mí me hace notar, casi en todas las líneas, el miedo que pasé, aterrador, día tras día, de haberme perdido como escritor, de haberme perdido para siempre. Llevar mucho tiempo sin escribir una frase mágica, estar metido en algo así como una ausencia de los sortilegios de la escritura, no tener ya con ella, con la escritura, más que una relación de carroceros, de superficie, de voluntad, de esfuerzo, de herramientas, de silueta airosa, de forma, algo así como ver cuerpos a través del cristal de un *peep-show* sin poder tocarlos... eso es lo que me ha sucedido, creo. Esa sensación de derrota impalpable me obsesionaba y quería reducirla a la nada, y me parece que en esas páginas se nota demasiado: esta novela no es sino el intento, reiniciado sin tregua, día tras día, durante quinientas páginas, de conseguir una frase mágica, solo una, para recuperar el estado de gracia de mi libro anterior. Así que esta novela, ahora ya no puedo dudar de que esté acabada, es algo así como un sepulcro monumental, majestuoso, de sillería (y esplendoroso, dirán algunos), el sepulcro de quien he sido durante dos años y medio y que dudaba de sí mismo hasta el límite. Quizá, para renacer a mí mismo había que pasar por esto, por este libro todo él de mármol, le escribí a Bénédicte Ombredanne (copio las frases exactas que le envié ese día). Lo que quiero decir con todo esto es que ahora me siento listo para arrancar otra vez, tanto más cuanto que me gusta mucho, una vez más, esta novela tan gorda, pero no es esa la cuestión, y ya sé que usted lo habrá entendido. Deme noticias suyas, dígame si todo va bien, espero sobre todo que no me guarde rencor por mi silencio. Un beso y todo mi afecto,

Éric.

Recibí, acto seguido, el siguiente correo electrónico:

*Mail Delivery System — Undelivered Mail Returned to Sender — Lamentamos informarle de que su mensaje no se ha podido entregar a uno o varios de sus destinatarios. This is the mail system at host mwinf5d36.orange.fr. I'm sorry to have to inform you that your message could not be delivered to one or more recipients. be.ombre@me.com: host me.com (17.158.8.70) said: 550 5.1.1 unknown or illegal alias be.ombre@me.com.*

Redacté entonces un sms en que rogaba a Bénédicte Ombredanne que tuviera la bondad de enviarme su nueva dirección de correo electrónico, pero, antes de mandarlo, me acordé de que me había prohibido, dos años antes, usar ese número, así que preferí no hacerlo. En el teléfono fijo de mi despacho marqué el número con prudencia, dispuesto a colgar si me contestaba una voz de hombre; y un mensaje que me comunicaba que estaba fuera de servicio me sonó desagradablemente en el oído.

Marqué entonces, también desde mi teléfono fijo, el número del primer móvil de Bénédicte Ombredanne y oí el mismo mensaje, acompañado de las oportunas señales sonoras estridentes.

No había ya forma de entrar en contacto con ella.

Me conecté entonces a internet y me puse a teclear en Google el nombre de Bénédicte

Ombredanne.

Cuando había llegado a *Bénédicte Ombre* aparecieron sugerencias de Google que completaban mi búsqueda, unas cuantas ocurrencias asociadas a ese comienzo de estado civil y, entre otras, la siguiente, directa y fulminante: *Bénédicte Ombredanne fallecimiento*.

Seleccioné entonces esa propuesta y, en la lista de los enlaces posibles, pinché en este: [dansnoscoeurs.fr/benedicte-ombredanne/448043](http://dansnoscoeurs.fr/benedicte-ombredanne/448043). Me apareció entonces en la pantalla la siguiente página, reproducción de una esquila publicada en *L'Est Républicain*:

*Metz*  
*Condé-sur-Marne*  
*Reims*  
*Jean-François OMBREDANNE, esposo*  
*Arthur y Lola, hijos*  
*Jacqueline BAUSSMAYER, madre*  
*Geneviève BAUSSMAYER, Christophe BAUSSMAYER, Marie-Claire OMBREDANNE y*  
*Damien OMBREDANNE, hermanos y hermano político,*  
*tíos, primos, sobrinos,*  
*tienen el dolor de comunicarles el fallecimiento de*  
*BÉNÉDICTE OMBREDANNE,*  
*de soltera BAUSSMAYER,*  
*en Metz,*  
*el 23 de enero de 2011.*  
*El funeral se celebrará el viernes 28 de enero de 2011*  
*en Condé-sur-Marne.*

Me noté vacío de golpe.

Estuve varios minutos mirando esa página, aterido, con los dedos desmayados en el teclado, sin hacer el menor movimiento.

Me eché a llorar, preguntándome qué grave error había cometido para que una anomalía tan atroz hubiera ocurrido en los aledaños más próximos a mi existencia, por no decir dentro de ella, a tiro del correo electrónico de mi escritorio.

¿Habría yo podido impedir esa muerte, diferirla, o si no endulzarla, si hubiera contestado al último mensaje de Bénédicte Ombredanne que me había enviado por mi cumpleaños, hacía un año?

En el centro de ese recuadro tipográfico ceremonial, el nombre de BÉNÉDICTE OMBREDANNE no dejaba de atraerme la mirada, no conseguía creérmelo. Aquel nombre, centrado como en una estela, me subyugaba con un dolor indecible; aquel sucedáneo abstracto de unas honras fúnebres me tuvo absorto muchos minutos.

Mi altanero silencio de los dos últimos años daba una apariencia afrentosamente lógica al silencio en el que ahora reposaba Bénédicte Ombredanne. Si el azar no me hubiera permitido enterarme de que estaba muerta, esos dos silencios habrían seguido confundándose: fue al intentar retomar el contacto con ella cuando caí en la cuenta de que dentro del primero —que debido a mi egoísmo cayó sobre nuestra relación dos años antes—, otro se había afincado entre tanto, y en este caso irreversible, convirtiendo en definitivo el advenimiento estúpidamente circunstancial del primero.

Qué crueldad.

Siempre supe que Bénédicte Ombredanne no dejaría nunca a su marido, que este seguiría infligiéndole todo tipo de ofensas, de vejaciones y de malos tratos psicológicos; en vista de eso, ¿por qué la di de lado?

Había cometido una falta grave con esa mujer, era algo que me decía a voces el cuerpo sobrecogido.

¿De qué había muerto?

Las investigaciones que hice en internet no llegaron a ningún resultado: no pude enterarme de nada más.

Pasé los dos días siguientes sin saber qué hacer, me agobiaban el dolor y la ira que sentía contra mí mismo.

Intentaba atenuar la crueldad, en mi estado mental, de los efectos de aquel fallecimiento. A fin de cuentas no conocía tan bien a aquella mujer, solo la había visto dos veces; ¿qué más me daba, en el fondo, que hubiera muerto? ¿Por qué su muerte me ponía en semejante estado? Que se hubiera muerto ni me iba ni me venía; no tenía por qué enterarme de nada más; pero me conminaba autoritariamente en vano: ya no se me iba el recuerdo de Bénédicte Ombredanne. ¿Por qué? Quizá porque, según lo que me había dicho, nunca le había hecho a nadie confidencias como las que me había hecho a mí (con la excepción de los internados en Brigadoon) y porque en un cajón de mi escritorio estaban las fotocopias de las cuarenta páginas que había escrito mientras estaba ingresada en Sainte-Blandine y, además, las impresiones en papel de las muchas cartas, algunas bastante largas, que me había estado enviando, durante muchos meses, lo cual tenía su importancia.

De cuanto había intentado expresar por escrito, en lo tocante a sus pensamientos más hondos y de su verdad interior, en el silencio de las noches de verano de Sainte-Blandine, me había hecho depositario exclusivo. Y ahora estaba muerta, y a partir de ahora Bénédicte Ombredanne reposaba en dos lugares diferentes, ambos de roble, silenciosos, horizontales: su ataúd, bajo tierra, y un cajón de mi escritorio.

La muerte y los cajones son quizá los dos destinos donde las personas y los objetos nos permiten con más facilidad que los olvidemos.

No tenía que haber olvidado a Bénédicte Ombredanne.

No había ni que pensar en llamar a su marido, o a su madre, que debía de estar destrozada.

Bénédicte Ombredanne no me había dicho nunca que tuviera un hermano y dos hermanas; estaba cayendo en la cuenta de que nunca habíamos hablado de su familia, ni en las conversaciones en Le Nemours, ni en los mensajes de correo electrónico que nos enviábamos.

Así que podía llamar a Geneviève o a Christophe Bausmayer, o también a Marie-Claire Ombredanne, pero en lo referente a esta me quitaba seguridad un dato singular, a saber, el hecho de que tuvieran las dos, curiosamente, el mismo patronímico. ¿Qué quería decir eso? ¿Que Bénédicte y Marie-Claire se habían casado con dos hermanos, o que esos dos hombres eran primos? Tenía que ser prudente, no sabía qué terreno iba a pisar; sería, desde luego, una contrariedad que fuera a contarle mi aflicción a una aliada objetiva de Jean-François Ombredanne, en la hipótesis de que este hubiera conseguido poner de su parte a su hermano y a su cuñada, convenciéndolos de que mi amiga estaba loca, o histérica, o incluso de que era una ninfómana; ya sabemos lo que pasa en las familias.

En mis interrogatorios a internet di con la referencia de una sociedad que dirigía una tal Marie-Claire Ombredanne, cuya sede estaba en Reims, en el número 38 de la calle de Les Élus,

registrada con la apelación: Tratamientos de belleza. Respecto a Geneviève Bausmayer no había ninguna información. Su hermano Christophe estaba claro que residía en Estados Unidos, donde, según LinkedIn, trabajaba en una multinacional petroquímica.

Tecleando las señas: calle de Les Élus en Google, me encontré con una página web que recomendaba, entre determinado número de establecimientos de semejante categoría, el instituto Belleza Turquesa.

Belleza Turquesa: tratamientos faciales, tratamientos corporales, drenaje linfático, estética, depilación para pieles sensibles.

En la escuela de *L'Est Républicain* se mencionaba Reims: encajaba.

Telefoné a Belleza Turquesa.

Contestó una mujer a quien pregunté si podían darme una sesión de tratamiento facial o si era una prestación reservada a las mujeres, Recibí la respuesta, muy cortés, de que esos tratamientos eran tanto para hombres como para mujeres. Pregunté si podía ir al día siguiente a última hora de la mañana, mi interlocutora me contestó espere, voy a ver, sí, todavía me queda un hueco a las once y media; le dije que esa hora me venía estupendamente y que, por lo tanto, iría al día siguiente a las once y media para un tratamiento facial. Dicho esto, la esteticista me pidió el nombre. Por un momento pensé en colgar por temor a desencadenar en la joven una reacción en contra si revelaba mi identidad (no era ni pizca de inconcebible que Bénédicte Ombredanne le hubiera hablado de mis libros a su hermana), pero no noté que se le alterase la voz de forma anómala cuando le dije el apellido, que apuntó luego en la agenda repitiendo claramente todas las letras que iba yo desgranando, antes de decírselo a sí misma con voz clara y excelente humor. ¿Quién me va a atender?, pregunté entonces. Yo misma, me contestó. ¿Es usted la directora del instituto o una empleada? Soy la única que trabaja aquí, caballero, me contestó la hermana de Bénédicte Ombredanne, ¿por qué me lo pregunta? Por nada, por saberlo y por asegurarme de la calidad del servicio, me apresuré a decirle. No quedará decepcionado, caballero; este instituto es uno de los de mejor reputación de la ciudad.

Al día siguiente fui a pie a la estación del Este, recogí en un terminal el billete que había reservado por internet, me acomodé en mi asiento y me quedé dormido; estaba cansado, la noche había sido intranquila. Cuando solo lo ha interrumpido un desayuno rápido, no hay nada que le guste más al sueño que restablecer las relaciones consigo mismo, entregado al balanceo voluptuoso de los movimientos ferroviarios.

Al llegar a Reims dejé que el iPhone me guiara directamente a la calle de Les Élus, donde mis pasos acabaron por situarme, a la hora en punto de la cita, delante del escaparate del instituto Belleza Turquesa, en el que me reflejé de cuerpo entero con abrigo negro y una bufanda gris al cuello y provisto de una bolsita de cuero donde, por si acaso, había metido un cepillo de dientes y una muda.

Al trasluz de mi silueta había unos expositores publicitarios con productos de belleza colocados en una moqueta turquesa, junto con tres fotos parciales de cuerpos bronceados y musculosos, a los que unos dedos finos y aceitados les estaban dando un masaje, relucientes de ungüentos. En otra foto solo los ojos azules de una joven rubia, el óvalo de sus ventanas nasales y los labios, que sonreían de satisfacción, asomaban bajo una gruesa capa de crema que tenía extendida por la cara y el cuello, blanca y opaca.

Empujé la puerta acristalada, sonó una campanilla y una mujer imponente, ancha de caderas y de espaldas, salió a mi encuentro alargándome una mano recia, de fuerza masculina, grata al tacto, que estreché con gusto bastante rato mientras oía que yo era seguramente el caballero de las once

y media para un tratamiento facial. Tras confirmárselo con una sonrisa, un pasillo largo nos condujo a una habitación trasera que me sorprendió al encontrármela decorada mejor de lo que podían darme a suponer el escaparate y el vestíbulo, o también la planta, que parecía de goma, que montaba guardia cerca del escritorio donde la mujer apuntaba las citas. Observaba discretamente a la esteticista y no identificaba similitud alguna entre los rasgos, los ademanes, los comportamientos y las imagerías corporales de ambas hermanas. Nada más colgar mi abrigo en un ropero que cerraba una cortina gruesa de color crudo, Marie-Claire Ombredanne me invitó con un ademán cortés a entrar, para desnudarme, en la cabina que indicaba con su bonita mano, pidiéndome que tuviera a bien volver a presentarme con el albornoz que encontraría en ella y, en los pies, unas zapatillas de felpa. Yo estaba un poco sorprendido de que para un tratamiento facial hubiera que desnudarse, pero obedecí y, de hecho, pocos minutos después, fue con ese disfraz de agüista como me eché en una camilla de masaje cubierta con una toalla blanca, camilla cuyo extremo, muy inclinado, permitía orientar la cara oblicuamente hacia un punto alejado del techo, al fondo de la habitación.

Sentada en un taburete alto, Marie-Claire Ombredanne me preguntó qué tipo de tratamiento deseaba, ¿había pensado ya en algo o era la primera vez? Le contesté que era la primera vez: era de piel delicada y aquel invierno tan crudo que no se acababa nunca la había dañado, me apetecía tenerla algo más lozana, le dije a la hermana de Bénédicte Ombredanne, o a la que suponía yo que lo era. Si pudiera atenuar un poco estas rojeces, mire, la tengo deshidratada y algo roja, seguí diciendo mientras le pasaba revista a sus cejas, sus dientes, su nariz, agradable aunque un poco grande, el nacimiento del pelo castaño y la belleza tan medieval de las orejas, batientes de verticalidad vertiginosa muy de mi gusto. Vi que arrimaba la cara a la mía; paseó los ojos verdes por la superficie de mi piel seca con la mayor atención, puso la yema del índice en lo que yo sabía que era un herpes reducido, tozudo, circular, que llevaba allí, en mi nariz, exasperante, varias semanas, antes de decirme muy segura de sí y con voz clara que sugería el tratamiento CatioVital de Mary Cohr. Dura hora y cuarto y suele costar sesenta y cinco euros, pero *hoy* puede usted beneficiarse de un descuento *excepcional* del treinta por ciento, es una promoción válida hasta finales de mes. Es un tratamiento en profundidad y limpiador, tratante y personalizado, con un masaje con aceites esenciales, oí que me decía. La piel le quedará liberada de sus múltiples impurezas, con lo cual recuperará la oxigenación y quedará totalmente limpia, ¡ya verá! Entre las diversas opciones que se ofrecen, caigo en la tentación de recomendarle el tratamiento hidratación/suavidad mejor que el tratamiento clarificar/iluminar en el que pensé al principio, al verlo, pero es cierto que tiene usted la piel muy seca, ¿qué crema usa usted a diario? No me acuerdo, el tubo es blanco y cilíndrico, rígido, con un tapón azul cielo y se tiene de pie solo, ¿sabe? Es de este tamaño más o menos, le indiqué a la hermana de Bénédicte Ombredanne, o a la que yo suponía que lo era, enseñándole con los dedos el tamaño aproximado del tubo. Si es blanco y azul cielo, es Bioderma, me contestó, y la interrumpí en el acto para decirle que esa debía de ser la crema efectivamente y que estaba en lo cierto, Bioderma. ¿Así que quedamos en un tratamiento CatioVital Mary Cohr hidratación/suavidad de sesenta y cinco euros menos el descuento excepcional del treinta por ciento?, me preguntó. Le contesté que sí y, en vista de eso, la tal Marie-Claire Ombredanne a quien, por error, el anuncio mortuario de *L'Est Républicain* había convertido en la hermana de mi lectora de Metz (ya está, era evidente, por fin había comprendido la situación: menudo lelo estaba hecho: en realidad, esta mujer *estaba casada con el hermano de Jean-François Ombredanne*, dicho de otro modo, debería haber puesto: *Marie-Claire y Damien Ombredanne, hermanos políticos*, pero la *s* de *hermanos* se les había perdido al componer la

página del diario regional y así es como acababa yo de meterme en camisa de once varas, o mejor dicho en un albornoz de felpa: en resumen, me había desplazado hasta Reims solo para disfrutar de un tratamiento facial vitalizante Mary Cohr, y ya está), y tras ese asentimiento contractual la tal Marie-Claire Ombredanne se retiró a un rincón de la habitación para preparar la mixtura que iba a necesitar para mejorar el estado de mi epidermis.

La a partir de ahora supuesta cuñada de Bénédicte Ombredanne me dio luego un masaje en la cara con un aceite cuya fragancia de pradera no tardó en deleitarme. Con los ojos cerrados, veía flores amarillas multiplicarse a miles en una hierba verde esmeralda generosamente soleada en medio de la que una joven desnuda no tardó en aparecer, corriendo hacia mí con los brazos abiertos, la piel muy blanca, la melena al viento y los pechos columpiándose elásticamente. Notaba en la cara el tacto embrujador de los recios dedos de Marie-Claire Ombredanne, dedos resueltos y románticos, de una suavidad innegable, turbadora, a cuyo virtuosismo no cabe duda de que le debía yo la orientación explícitamente diabólica de esas primeras imágenes campestres. Nunca me habían dado un masaje facial y debo decir que me pareció una experiencia pasmosa, hasta tal punto que me cruzaron por la cabeza como relámpagos ideas de intensas relaciones sexuales con esa mujer de físico excesivo, pero fui capaz de contener mis impulsos. La esteticista me hundía simétricamente en la carne de la cara sus manos expertas y diligentes, dominadoras, untadas de aceite y resbaladizas, colmadas de sobrentendidos, de cuchicheos, de intimidad, abriendo horizontes radiantes hacia sus deseos de loba lúbrica e insaciable, me decía yo ingenuamente, reducido al estado de larva intelectual (como acaba de quedar claro ahora mismo). Hiñendo con una convicción de lo más equívoca esa parte de nuestro cuerpo donde tenemos conciencia de nosotros; dicho de otro modo, ese lugar tan sensible y vulnerable donde fabricamos la imagen que tenemos de nosotros, el deseo, los sueños, la vergüenza, la relación con los demás, la seducción y las obsesiones, me parecía que sus dedos orientaban, y orientaban tangiblemente, *casi amasándola*, la sustancia de mi presencia en el mundo y más concretamente sus tropismos eróticos. En otras palabras, tras eliminar toda osamenta, *me daba masaje directamente en la vida*, o más bien en mi conciencia de ser yo y de estar vivo, y esa conciencia resultaba ser de una condición tan erógena como la piel de mi pene. Desde luego que no puede darse ningún orgasmo como fruto de la permanencia prolongada de un rostro de hombre bajo las manos virtuosas de una masajista, pero mis pensamientos compensaron con ardiente éxtasis ese déficit psicológico: puede decirse que entregado a la maña de Marie-Claire Ombredanne tuve algo así como un orgasmo de la conciencia, un desgarrón de impudor me apareció, vertical, en el alma con la brusquedad de una sábana rasgada. Para ser exactos, fue al darme cuenta de que ella con los dedos veía claramente lo que sucedía tras mi cara, cuando gocé con la brusquedad de un desgarrón... no sabía hasta entonces que se podía gozar con la cara. Creo que solté un gemido. Lo dejo aquí, ya ha quedado claro el espíritu del momento. Cuando hubo acabado el masaje, la mirada que le lancé a Marie-Claire Ombredanne era la de un hombre que acaba de vivir una experiencia que no conocía aún y que merece que se le conceda una expresión de honda gratitud: le sonreí con beatitud. Ella también me sonrió; noté que conocía esas señas de agradecimiento y le gustaba localizarlas en aquellos o aquellas a quienes acababa de dar un masaje, como pruebas de una victoria de su maestría sobre los cerrojos del pudor. ¿Qué tal se encuentra, le ha gustado?, me preguntó, maliciosa; y contesté: sí, ha sido perfecto, me encanta, volveré, y le lancé esas pocas palabras con una sonrisa reflejo de la suya.

Luego la supuesta cuñada de Bénédicte Ombredanne me dio en la cara con una brocha una mixtura blanca y untuosa, relativamente espesa, helada y olorosa, y noté cómo se me solidificaba

en la piel. No es que se secase o se pusiera tiesa como si fuera yeso, sino que me sujetaba con firmeza la cara al tiempo que seguía tierna, viva, húmeda, cremosa. Me pareció una sensación que sosegaba y prolongaba con algo parecido a una siesta el éxtasis ardiente del masaje existencial. (Una siesta en una habitación fría, que calma.) Cuando la mascarilla ya estuvo bien extendida, la esteticista me dijo que había que dejarla puesta unos treinta minutos.

—¿Puedo hablar? —pregunté.

—Lo mejor es que no hable, que se relaje, que no piense en nada —me contestó muy atenta, reafirmandome en la impresión de que nuestra conversación iba a ser fluida y fructífera—. Cierre los ojos, convierta este momento en un momento de vacío y de relajación, de abandono. ¿Quiere que le ponga música?

—Discúlpeme por hacerle la pregunta de sopetón, pero es usted la hermana de Bénédicte, ¿verdad?

Marie-Claire Ombredanne, que se disponía a colocar en su sitio los utensilios, se quedó quieta, con el tazón de madera en una mano y la brocha sucia en la otra, cortada. Me hundió en los ojos la mirada verde con frialdad, desconfiada, como asustada.

—Siento mucho hablarle de su hermana de forma tan brusca, pero no podía hacerlo más que así.

—¿Conocía a Bénédicte?

Prolongado silencio. Yo miraba a la cara a Marie-Claire Ombredanne sin hallar fuerzas para responderle.

—¿Era amigo de Bénédicte?

—Sí, en cierto modo —acabé por decirle saliendo de mi silencio—. Puede decirse que era un amigo de Bénédicte, la verdad es que sí.

El tazón y la brocha se habían quedado ambos al nivel inicial, el tazón algo más hacia delante y la brocha algo más abajo, a la altura de las caderas. Seguramente se olvidó de ellos y se quedó en esa postura todo el tiempo que duró la conversación, como si un fotógrafo hubiese tenido que immortalizarla, por exigencias de un reportaje, en pleno ejercicio de su profesión y le hubiera rogado que adoptase una pose representativa de sus actividades cotidianas.

—Su nombre no me suena. Si hubiera sido un amigo de Bénédicte, yo lo habría sabido, me habría hablado de usted. Mi hermana no tenía secretos para mí —me dijo fríamente e igual de desconfiada, escéptica y disgustada.

—Soy escritor, le gustaban mis libros, me escribió una carta absolutamente espléndida y los dos...

—Eso desde luego, escribía muy bien —me interrumpió Marie-Claire Ombredanne—. Perdón, lo he interrumpido.

—Nos vimos dos veces. La primera, en la primavera de 2008, y la segunda en otoño de ese mismo año, en París, en un café de la plaza de Le Palais-Royal —seguí diciendo mientras le sonreía; pero ella continuaba reticente—. Nos estuvimos escribiendo unos meses, pero esa correspondencia se interrumpió hace dos años por un motivo que quizá le diga si volvemos a vernos. Me enteré de su fallecimiento ayer por la mañana.

Reinó entre nosotros un prolongado silencio.

Marie-Claire Ombredanne parecía estar meditando en la situación. Fue entonces cuando me preguntó mientras seguía sin apartar los ojos de mi cara:

—Supongo que le habló de mí.

—En algún momento la mencionó, efectivamente.

—Así que sabe lo íntimas que éramos.

—Pero en nuestras conversaciones salía a relucir en muy pocas ocasiones su familia, más allá de su círculo más inmediato, su marido y sus hijos —al oír la palabra *marido*, Marie-Claire Ombredanne dio un respingo como si le hubiese picado una avispa, pero guardó las formas lo mejor que pudo pese al fulgurante dolor del aguijón. El tazón de madera, entonces, cambió de órbita, como si pesara más: ahora, respecto a las caderas, estaba en perfecta simetría con la brocha, que sujetaba en posición vertical, algo inclinada—. No sé casi nada de su familia. Ayer, al enterarme en internet de que había muerto, me di cuenta de que Bénédicte no me había hablado nunca de su infancia. Ni siquiera sé cuál era la profesión de sus padres.

—Agricultores.

—¡Anda! Nunca se me habría ocurrido —contesté con tono extrañado. (Había estado a punto de decirle: *Agricultores, ¿está segura?*)—. ¿Dónde? ¿Por esta zona?

—Eso era lo más importante para ella, la familia. Sus padres, su hermana mayor, su hermano, su hermana melliza.

—¿Su hermana melliza?

—Yo era su hermana melliza. ¿No lo sabía? ¿No se lo dijo? Hay que ver, es sorprendente.

Seguramente el ungüento que me cubría los rasgos me acentuaba la intensidad de la mirada, que, estupefacta y hambrienta de explicaciones, era con mucha probabilidad tan elocuente como el plumaje de un ave exótica en una superficie nevada, dando saltitos en busca de semillas. Con los ojos hundidos en el fondo de los míos, Marie-Claire Ombredanne intentaba analizar todos sus matices y la asombraba la cantidad de preguntas en suspenso que podía detectar en ellos, muy contrastadas.

—Sé muy bien lo que va a decirme; todo el mundo lo ha dicho siempre: *que éramos los dos polos opuestos*. Sucede con bastante frecuencia en los mellizos, e incluso frecuentemente en los gemelos, que uno de los dos, al haberse sentido perjudicado en el vientre de su madre, o bien al mamar, reacciona desarrollándose más que su otra mitad. Siempre he tenido miedo a carecer de algo. En eso consiste el fondo de mi personalidad. Rebose energía y vitalidad, como muchísimo, hago deporte dieciséis horas por semana, me zampo la vida a mordiscos. Quizá ha sido por esa razón por lo que llegó mi cuerpo a esta estatura imponente y, en cambio, el de mi hermana siguió siendo el de una niña de escuela. Bénédicte era más interior que yo, más interior y menos física, más angustiada. Y eso que de joven tuvo un carácter más expansivo que de adulta. Era alegre de verdad de adolescente, se lo aseguro. Divertida, provocadora. En el colegio, cuando éramos pequeñas, era una descarada. Andando el tiempo, siempre era la primera en apuntarse a salir e irse de juerga el sábado por la noche. ¿Quién habría podido creerlo en estos últimos años? Usted que me está diciendo que la conoció algo, y no hace mucho, ¿verdad que no?

—Estoy de acuerdo; me cuesta imaginar a Bénédicte como una muchacha a quien le guste salir el sábado por la noche a divertirse.

—*Pues eso* —concluyó con fuerza, como si diera, en una mesa, un fuerte puñetazo de asentimiento rabioso.

Marie-Claire Ombredanne se alejó hacia su laboratorio, que estaba detrás de mí.

Esperé en silencio a que regresara. Solo oía sorbetones discretos. Volvió a aparecer pocos minutos después, con los ojos enrojecidos y un pañuelo de papel apretado en el puño.

—Perdone, pero no consigo reponerme de su desaparición; no pasa ni un día en que no acabe llorando delante de mis clientes. Y ahora se presenta usted diciendo que conoció muy bien a mi hermana, siendo así que ella nunca me había hablado de usted; me supera, me vengo abajo.

Marie-Claire Ombredanne se sentó en el taburete alto y se echó a llorar, dejando que fluyeran

las lágrimas y los sollozos, entregada a la fuerza devastadora de su dolor, sacudida de espasmos.

Tendido impotente en la mesa de masaje y sin haberme quitado de la cara la mascarilla hidratante Mary Cohr (que mis ojos perforaban literalmente para clavarle a Marie-Claire Ombredanne una mirada de consuelo en la cara, ahora uniformemente encarnada, como si hubiera desaparecido tras la mascarilla hiperhiperhidratante de una pena muy honda), le cogí la mano húmeda y se la estreché con el mayor afecto que pude, trastornado por ese llanto suyo.

Acabó por tranquilizarse. Le solté la mano, se sonó y se secó la cara con unas toallitas húmedas que iba tirando a un cubo de basura cromado que tenía a sus pies antes de volver hacia mí una mirada enrojecida e hinchada.

—La mató él.

—¿Quiere decir su marido?

Por un breve momento temí que se volviese a echar a llorar, como si Marie-Claire Ombredanne hubiera vuelto del todo al principio del bucle, exactamente al mismo punto de desvalimiento que un cuarto de hora antes. Pero se controló, vocalizando las frases entre una espesa saliva infantil y con voz débil, más sorda y ahogada que hasta entonces. No dejaba de sorber y se llevaba con regularidad una toallita usada a la nariz, que le goteaba.

—¿Y quién iba a ser? ¿No estaba usted enterado de lo que pasaba con su marido?

—Sí, claro que sí. Pero cuando dice que la mató, ¿qué quiere decir? Ni siquiera sé cómo murió Bénédicte.

—De cáncer.

—¿De cáncer?

—Tuvo un primer cáncer a finales de 2006, de mama, grave, estadio 4, ocho sesiones de quimio y luego una operación reconstructiva y siete semanas de radioterapia a diario. ¿Cuándo me ha dicho que vio a Bénédicte por primera vez?

—En la primavera de 2008, en marzo.

—Acabó el tratamiento en octubre de 2007. Debía de andar aún muy cansada cuando la conoció, ¿verdad? Por entonces debía de estar todavía convaleciente. Cuando íbamos andando las dos juntas, tenía que pararse a intervalos regulares para recobrar las fuerzas y, por las noches, caía rendida.

—Tiene razón, la encontré más en forma en otoño. Es verdad que la primera vez que la vi tenía bastante mala cara. Pero no me dijo nada, yo no estaba enterado y no lo mencionó en absoluto.

—No me extraña: no era de las que se quejan. Hace un año tuvo otro cáncer primario. No era una recaída del primero, no, sino un cáncer original (por decirlo de alguna manera) que no tenía nada que ver con el primero, en otro sitio, lejos de los pechos. *¿Entiende lo que quiero decir?* Nadie tiene dos cánceres primarios uno detrás de otro a menos que quiera rotundamente evadirse de la existencia. La situación en que estaba se había vuelto insoportable; me hizo esa confidencia en las semanas anteriores a su muerte. Hasta entonces no me había dado cuenta de nada, la creía relativamente feliz: *siempre ponía buena cara, siempre; no quería molestar a los demás con sus problemas, ese era su drama.* No quería seguir viviendo, quería escapar de la vida que él le imponía, no tenía más posibilidad de elección que morirse, me convencí de ello, a mí me resulta evidente. O suicidándose, cosa que nunca habría tenido valor para hacer; o desarrollando una enfermedad incurable. Bénédicte tuvo siempre buena salud, pero desde que se casó con ese hombre no paraba de tener una enfermedad tras otra, ablación del bazo, flebitis en ambas piernas y, luego, en el vientre, cáncer de mama, quistes en los ovarios, psoriasis, depresión nerviosa, cáncer generalizado. Me lo dijo al final de su vida: es muy raro, Marie-Claire, desde el día en que

me casé con ese hombre he estado continuamente enferma. Se llama «somatizar»: dicen que las personas somatizan, que generan enfermedades como reacción a los golpes que reciben, a sus angustias, a los disgustos que les llegan. Era tan duro lo que mi hermana melliza tenía que aguantarle a su marido que lo somatizaba en forma de enfermedades graves. No había en ellos vida alguna, amor alguno, nada. Ni siquiera por parte de sus hijos. Se murió de desconsuelo. La mató él. Es evidente que puede decirse así.

—¿Y cuándo le apareció el segundo cáncer?

—Hace un año, en marzo de 2010.

—¿Recuerda la fecha exacta?

—Lo supimos el 14 de marzo. Nos comunicaron diez días después, el 24, tras unas exploraciones a fondo, que había metástasis por todas partes.

Mi cumpleaños es el 2 de abril.

Bénédicte Ombredanne me felicitó por mi cumpleaños sabedora de que bien podría ser aquella la última vez que estaba en condiciones de hacerlo.

Reinó un prolongado silencio.

Yo había apartado la mirada del rostro de Marie-Claire Ombredanne y cerré los ojos.

Por la superficie de la mascarilla hidratante Mary Cohr, lisa y resbaladiza como la nieve helada, corrieron con la velocidad de un trineo las pocas lágrimas que se me habían escapado de los párpados cerrados, reduciendo a casi nada la duración de esta autocompasión fuera de lugar, espantosamente complaciente.

—¿Le pasa algo?

Volví a abrir los ojos y los fijé en la cara de Marie-Claire Ombredanne.

—¿Le parecería bien que cenásemos juntos esta noche y que hablásemos de su hermana?

Me sonrió.

—Con mucho gusto. Así me explica cómo se conocieron.

Me alargó una toallita para que me secase los ojos.

—Los libros que escribe, ¿de qué tipo son? ¿Novelas? ¿Novelas policíacas, novelas de amor, cuentos, ensayos filosóficos?

—Únicamente novelas.

—¿De amor?

—Bueno, sí. Pero no solo.

—¿Cuántas ha escrito?

—Cinco.

—Qué barbaridad, ¿es usted un escritor de verdad! ¿Es famoso?

Me eché a reír tras la mascarilla hidratante Mary Cohr, con los ojos un poco húmedos aún.

—¿No quiere quitarme esta mascarilla y que hablemos luego tranquilamente?

—Conteste primero a mi pregunta. ¿Es usted famoso? ¿Le he dado un masaje facial sin saberlo a un escritor famoso?

Miré afectuosamente a Marie-Claire Ombredanne antes de responderle que mi notoriedad era confidencial: no era eso que llaman un escritor famoso, no. Mi último libro había tenido bastante éxito, pero no hasta el punto de que el gran público se familiarizase con mi apellido. Su hermana melliza tampoco había oído hablar de mí antes de que su librero le recomendase que leyera esa novela, diciéndole que seguramente le gustaría.

Marie-Claire Ombredanne me preguntó de qué trataba para que a su hermana melliza le hubiera parecido tan buena y hubiera llegado incluso a escribirle una carta de admiración a su autor.

Añadió que tampoco entendía por qué motivo Bénédicte no le había hablado nunca de esa novela si tanto le había gustado. A lo mejor es que afectó a algo muy íntimo, como sucede a veces con los libros, ¿no? ¿No le parece?, le pregunté a Marie-Claire Ombredanne. Asintió con un mínimo movimiento de la barbilla, sin gran convicción. Antes de decirme que, de toda la vida, ellas dos no tenían ningún secreto entre sí. A continuación, le pregunté si leía mucho, y me contestó que no, no mucho, prefería el cine y la televisión, por lo que le dije que esto era seguramente la explicación de aquello. Me dio la razón con una sonrisa, le cogí la mano y ella estrechó unos instantes la mía. Seguramente encontraré mi libro esta tarde en alguna librería de Reims, y se lo regalaré esta noche, dedicado, cuando nos veamos para la cena, ¿de acuerdo? Me contestó que sí sin echarse otra vez a llorar (cosa que temí por un breve instante que estuviera a punto de hacer) antes de alejarse con paso rápido hacia su laboratorio para encauzar su emoción.

Recobrando la compostura de esteticista, Marie-Claire Ombredanne me quitó de la cara la mascarilla hidratante Mary Cohr, y luego nos dimos mutuamente el número de teléfono para poder hablar al final del día y ponernos de acuerdo en un sitio para quedar. Ella iba a pensar en algún restaurante agradable donde pudiéramos hablar sin que nos molestase el ruido o la proximidad de otras mesas, me dijo en el momento de separarnos en el umbral.

Nos volvimos a ver a las siete de la tarde en la cervecería de Boulingrin. Previamente, en el hotel, antes de salir de mi habitación, había anotado en mi libreta la cronología de los últimos años de Bénédicte Ombredanne para orientarme con mayor facilidad en aquella mezcla de acontecimientos decisivos.

Marzo de 2006 – Tarde con Christian.

Julio de 2006 – Sainte-Blandine.

Diciembre de 2006 – Le encuentran el primer cáncer.

Septiembre de 2007 – Lee mi novela.

Octubre de 2007 – Acaba el tratamiento.

Marzo de 2008 – Primer encuentro en Le Nemours.

Septiembre de 2008 – Segundo encuentro en Le Nemours.

Marzo de 2009 – Dejamos de escribirnos.

Marzo de 2010 – Le encuentran el segundo cáncer.

Abril de 2010 – Correo electrónico de cumpleaños que dejo sin respuesta.

Enero de 2011 – Fallecimiento de Bénédicte Ombredanne.

Abril de 2011 – Me entero del fallecimiento de Bénédicte.

Lo que me contó Marie-Claire Ombredanne, primero cenando y luego en su coche, hasta las tres de la mañana, me dejó desfondado.

No conseguimos separarnos, nuestra conversación rebotaba invariablemente en el momento preciso en que estaba yo poniendo los dedos en la cierre de la puerta, después de habernos despedido otra vez.

Si hubiera sabido que íbamos a pasar tanto tiempo hablando, no nos habríamos quedado en el coche, lo habría invitado a venir a tomar algo a casa, me dijo en el momento en que había conseguido yo salir por fin de su cabriolé BMW y estaba a punto de cerrar la puerta, de pie, en la oscuridad, delante de mi hotel, y ella, algo inclinada por encima del asiento del pasajero para verme la cara y sonreírme por última vez.

Me metí en la cama en el acto y dormí hasta las doce de la mañana, tras haberme despertado a las siete con el escándalo que organizó delante de mi puerta una pareja maleducada que hablaba a voces.

En el tren de regreso iba triste y ensimismado. Tenía aún tan presentes en el pensamiento la voz y las entonaciones de Marie-Claire Ombredanne y su acento regional, como la identidad tan familiar de los paisajes de Champaña que pasaban ante mis ojos, reconocibles entre cualesquiera otros y que miraba fija y resueltamente, con cierta desesperación incluso, como para reconfortarme o, sencillamente, dar con un punto de apoyo al que aferrarme para no dejar que me arrastrase consigo la tristeza que notaba que se iba adueñando de mí: esa tristeza se dilataba como un espacio en que sabía muy bien que podría desaparecer por completo si dejaba que me chupase, si mi mirada, despavorida de angustia, dejaba de aferrarse a las granjas, a los rebaños, a los depósitos de agua, a las hileras de chopos que daban testimonio, tras la ventanilla, de la permanencia del mundo real.

Habría podido tomarme un Xanax.

Preferí, recurso ansiolítico que databa de mi adolescencia, encerrado en los servicios del TGV, abusar con fruición del cuerpo espectacular de Marie-Claire Ombredanne, a quien hice gozar poseyéndola por detrás encima de su camilla de masaje, y gocé a mi vez en la palma de la mano, un tanto zarandeado por el movimiento del TGV, cogiendo luego de un rollo unas cuantas hojas de papel higiénico para limpiarme.

## 8.

Mi hermana melliza se casó con el hermano de mi marido a los veinticinco años. Por eso nos apellidamos igual ella y yo, Ombredanne. Pero ya había estado casada antes. Un matrimonio humillante del que nunca se repuso.

¿No se lo había dicho? ¿No sabía que estuvo casada una primera vez?

Cuando conocimos a Damien y a Jean-François teníamos cuatro años, y ellos, cinco y seis. Por mucho que me remonte en el tiempo, siempre estuve con Damien, nunca nos hemos separado, lo primero que nos unió fue la pasión por los caballos y, en la actualidad, tenemos tres y los domingos vamos a verlos correr en los hipódromos. Nunca hemos sentido el deseo de tener hijos, ni siquiera nos lo planteamos, para nosotros resultaba evidente que viviríamos los dos en pareja. Cuando besé a mi marido por primera vez tenía diecinueve años, era el 1 de enero de 1989, empezamos a vivir juntos al poco tiempo y nos casamos seis años después. Durante toda nuestra infancia y nuestra adolescencia, mi hermana melliza nunca prestó un interés particular al hermano de mi futuro marido, aunque los veíamos a los dos prácticamente todos los fines de semana y durante las vacaciones del colegio.

Una historia sencilla, la de Damien y la mía. Existe una auténtica amistad entre nosotros, aunque pasemos por algún bache, como todas las parejas. No basta con quererse, también hay que tener gustos comunes, llevarse bien, ser amigos. Damien y yo somos amigos. Tenemos los dos caracteres difíciles, pero yo no soy como mi hermana melliza, no estoy al servicio de los demás. Reconozco que soy egoísta. No teníamos para nada el mismo carácter, ella siempre fue más frágil, más frágil, pero también más abnegada, más generosa que yo. Había que ver cómo defendía a los demás en el colegio, cuando era delegada de clase, peleaba como una furia y hasta el final, pero en cambio era incapaz de defenderse a sí misma. Si quieres ser feliz, también tienes que pensar un poco en ti. Eso Bénédicte no lo entendió nunca: pensaba que su felicidad pasaba por la felicidad de los demás. En eso fue en lo que nos diferenciamos siempre, pero esa tendencia se fue acentuando con la edad y llegó al paroxismo en su segundo matrimonio. E igual con sus hijos: les daba mucho, esperaba otro tanto a cambio, invertía mucha energía en su educación, siempre tenían que rendir al máximo; si no, se enfadaba.

Nuestros padres eran agricultores, tenían una explotación grande a unos veinte kilómetros de aquí, en Condé-sur-Marne, que lleva ahora mi primo. A mi padre lo conocían en toda la región por ser un gran profesional. Era muy humano, de izquierdas, comunista, anticlerical. Nuestra madre en cambio, y es como para preguntarse por qué milagro pudo su mutuo amor superar esos desniveles, era católica practicante, pero cristiana en el auténtico sentido de la palabra, como antiguamente, es decir, caritativa; ayudaba a los vecinos de la zona cuando tenían problemas y no conseguían salir adelante solos. Los llevaba en coche al médico, los ayudaba en las gestiones administrativas complicadas que a veces exigían que fuera a abogar por ellos a Reims, al ayuntamiento, a Hacienda o a las cajas de subsidios familiares, cosas que hacía siempre con mucha simpatía y amabilidad. Una mujer admirable, que se preocupaba ante todo de la felicidad del prójimo antes de pensar en sí misma y en su propio bienestar. Exactamente igual que mi hermana melliza, pero

mi madre tuvo la suerte de casarse con un hombre que nunca se aprovechó de esas virtudes para tenerla dominada. Yo era más bien como mi padre, aunque debo decir que mi hermana melliza también era muy de izquierdas... pero su filosofía de la vida era de inspiración cristiana, por decirlo de alguna manera. Mis padres formaban una pareja muy equilibrada, cada cual tenía su estilo, pero se completaban. Él era oriundo de Condé-sur-Marne, donde sus padres habían heredado de su familia la granja de la que se hizo cargo e hizo prosperar; y ella, de Reims, de una familia de la burguesía, ya en decadencia, arruinada y desclasada. Tuvo que ir prescindiendo, con el paso de los años, de la mayoría de sus bienes de más envergadura, con la excepción de unas joyas suntuosas, la mayoría antiguas y de valor, que mamá tardó muy poco en legar a sus hijas. De esa herencia me viene este colgante del siglo XVIII, que me encanta, y también esta pulsera; son esmeraldas. ¿Verdad que son preciosas? Me gustan las esmeraldas. Todas recibimos unas cosas muy hermosas. Bénédicte en particular una sortija singular con un ojo pintado a mano en un medallón de esmalte. No sé qué ha hecho su marido con ella. Espero que la conserve para su hija. Sería capaz de ponerla en venta en Drouot.

Los padres de mi marido, parisinos, habían comprado una casa de campo en Condé-sur-Marne, a doscientos metros de la granja. El padre era director de unos grandes almacenes del bulevar de Haussmann; la madre no trabajaba; vivían en el distrito nueve, en la calle de La Tour d'Auvergne. Iban casi todos los fines de semana y los dos hermanos se pasaban la vida en nuestra casa. ¡Ya se imaginará que a dos niños de ciudad la granja y los animales los tenían fascinados! En cuanto llegaban al pueblo, los dos niños se iban corriendo a la granja donde los estábamos esperando nosotras para jugar. Nos íbamos a pasear por el campo, jugábamos junto al canal, hacíamos batallas de manzanas, jugábamos al escondite, dábamos de comer a los animales del corral, íbamos a ver a los terneros recién nacidos. Como nosotros dos (mi futuro marido y yo) estábamos enamorados, éramos el eje del cuarteto; mi hermana melliza y el hermano de mi futuro marido no tenían en realidad más que relaciones superficiales de niños que juegan juntos los fines de semana, sin más. Dicho de otra manera, su hermano iba con mi futuro marido a la granja para no quedarse solo en casa de sus padres y aburrirse, pero Damien venía a verme a mí... y su hermano iba detrás. Mi hermana melliza, que se pasaba el tiempo conmigo, veía, pues, que se presentaban en casa esos dos parisinos, de los cuales uno era el novio de su hermana y el otro el hermano pequeño de ese novio. Pero Jean-François siempre fue a remolque, siempre fue la pieza que estaba de más, no estaba con nosotros por que nos apeteciera en especial su compañía o por que su personalidad justificase que se le cobrara apego. ¿Entiende? Por lo demás, nosotras, chiquillas de campo, inteligentes y avispadas, enredadoras, traviesas, no perdíamos ocasión de reírnos de él, teníamos siempre tendencia a ponerlo en ridículo. Era flaco y torpe, tímido, miedoso, envarado, susceptible. Nunca sabía a qué atenerse. Se ofendía por todo y había que consolarlo con frases embusteras de disculpa que le soltábamos tan panchas y riéndonos por lo bajo, para que dejase de estar enfurruñado o de llorar. Muchas veces era algo así como un peso muerto. Me acuerdo de que le quedaban desbocadas las botas, es un detalle que no se me ha olvidado. Siempre se estaba quejando de que lo dábamos de lado; sospechábamos que se retrasaba aposta para comprobar que, efectivamente, nos íbamos sin esperarlo y poder quejarse luego. Ya ve qué forma de ser tan retorcida. Le daba miedo subirse a los árboles. Se negaba a desobedecer las prohibiciones de sus padres aventurándose a demasiada distancia del pueblo, como hacíamos a veces, con él o, en última instancia, sin él, a pie o en bicicleta. No se atrevía a saltar desde lo alto de las tapias mientras que nosotras, mi hermana melliza y yo, nos tirábamos al vacío. Andábamos por las

zarzas, no nos daba miedo arañarnos las piernas, no nos asustaba la sangre, todo lo contrario de él, que se caía redondo en cuanto veía una herida. Mi hermana melliza y yo teníamos tirachinas y pescábamos en el río, nos metíamos en el agua sin temor a tener los calcetines húmedos dentro de las botas. Él, no. Siempre desfasado, nunca conforme, brindando una resistencia, una resistencia continua, interior, pero también física con su lentitud, sus reticencias, sus temores, una resistencia que nos frenaba los impulsos, cosa que nos irritaba. Pero, en fin, allí estaba, era el hermano de mi futuro marido, jugábamos con él; tampoco resultaba tan desagradable tener que soportar su presencia, no exageremos.

Damien y Jean-François, en cuanto llegaban a Condé-sur-Marne los viernes a última hora de la tarde, iban corriendo a la granja para pasarse allí todo el fin de semana: encontraban en casa una calidez humana que no tenían en la suya. Sus padres, protestantes, eran rígidos y severos, ni pizca de expansivos... si es que puede decirse algo así de un hombre a quien, literalmente, obsesionaban la cifra de beneficios de sus grandes almacenes del bulevar de Haussmann. Para él solo contaban el trabajo, la disciplina, el respeto por los principios y el triunfo social. No lo critico, me limito a decir que era una cultura diferente a la nuestra... pero, puestos a escoger, prefiero a los católicos, tan amigos de lo placentero, mejor que los protestantes que me parecen de una rigidez letal. En esa familia no se tocaban, no se besaban, guardaban siempre las distancias. Si mi madre, durante una conversación, le ponía la mano en el antebrazo a la madre de Damien, sin intención, para reforzar una idea de pasada en una frase, se sobresaltaba como si le hubieran puesto en la piel un hierro al rojo... cosa que ofendía mucho a mi madre. A los niños no los dejaban toser e incluso hoy en día, si me da un ataque de tos, mi marido me dice siempre deja de toser, no te fuerces, me doy cuenta perfectamente de que fuerzas la tos. Siendo así que toser es algo natural, ¿no? A los padres, a los dos, los obsesionaba la limpieza: teníamos que quitarnos los zapatos cuando íbamos a su casa y andar de un lado para otro patinando por el parque con unas bayetas, incluso en el campo. No había que mancharse. Estaba la ropa que se llevaba en la casa o en el piso y la ropa que se llevaba fuera de la casa o del piso. Cuando volvían a casa, los niños tenían que cambiarse para ponerse la ropa que era costumbre llevar dentro, y cuando salían, tenían que ponerse la ropa que solían llevar fuera. De locos, ¿no? Esa rigidez que no admitía ninguna infracción me la encuentro a veces, mitigada, en mi marido y no puedo bajar la guardia ni, sobre todo, dudar en llamarlo al orden cuando, en algunas circunstancias, la educación que le dieron vuelve por sus fueros. Es tan reservado como sus padres, habla poco, no hace confidencias, se guarda las impresiones. Le da demasiada importancia a lo racional, le busca tres pies al gato con razonamientos meticulosos siempre que cree que él tiene razón y yo no la tengo en algún asunto que le parezca fundamental... considera entonces que soy una mujer sin estructuras, entregada a la inconcreción de su forma de ser aleatoria y carente de lógica. Jean-François, el marido de mi hermana melliza, tenía exactamente los mismos defectos, pero enfermizos, irreductibles, lindando con la locura.

El primer marido de mi hermana melliza codiciaba la granja de nuestros padres. Solo se trataba con hijos de agricultores y, por cierto, fue a través de unos amigos comunes como la conoció en una velada en Châlons-sur-Marne, no muy lejos de aquí. Estudiaba para agrónomo y soñaba con dirigir una explotación agrícola. Pero nadie había supuesto que se casaba con Bénédicte solo para poder quedarse con la granja de nuestros padres.

Mi hermana melliza gustaba a los chicos; era alegre y rebosaba vida, le encantaba divertirse y ese toque aventurero e intrépido que tenía a veces los atraía. Ningún parecido con la Bénédicte en que se convirtió más adelante ni con la que conoció usted, Éric. Por entonces se llevaba a los

chicos de calle; rompía muchos corazones, nunca estaba mucho tiempo con el mismo. Me acuerdo de un tal Rémi, enamorado hasta las trancas, al que dejó después de estar coqueteando con él dos semanas, y eso que era perfecto se lo mirara por donde se lo mirara. Le dije: pero, vamos a ver, ¿cómo se te ocurre dejar plantado a este pobre chico? Estaba la mar de bien. ¿Estás loca o qué? Si he de decir la verdad, nunca entendí muy bien las elecciones sentimentales de mi hermana melliza. Por ejemplo, cuando empezaron a salir, no conseguía explicarme por qué razón seguía tanto tiempo con ese Olivier del que se había enamorado (y que finalmente iba a convertirse en su primer marido) y eso que no era ni más guapo ni más inteligente que ninguno de los otros chicos con los que había salido brevemente hasta entonces. Estaba en preuniversitario en Reims, en el liceo Jean-Jaurès. Estábamos en 1989, todavía vivía en casa y era mamá quien la llevaba todas las mañanas, al alba, a Reims en coche y quien, todas las noches, iba a buscarla a la salida del liceo. Durante ese año de preuniversitario estaba claramente emparejada con Olivier, que le sacaba tres años y estaba terminando en Amiens la carrera de Agronomía; se veían todos los fines de semana en Condé-sur-Marne y durante las vacaciones escolares. Mis padres, por muy tolerantes que fueran, no estaban por la labor de aceptar que sus mellizas se acostasen con chicos bajo el mismo techo que ellos, así que casi siempre los sábados por la noche dormían en casa de alguna de las amigas de Bénédicte. Igual que yo perdí la virginidad con mi futuro marido a los diecinueve años, mi hermana melliza perdió su virginidad exactamente a la misma edad con el Olivier ese tan nefasto a quien había conocido en una fiesta. Se lo pasaban muy bien; él tenía un DS y se iban los sábados por la noche de juerga a un sitio o a otro con unos amigos. Recuerdo un día de otoño en que habían pasado por la granja antes de ir a un baile de disfraces. No me acuerdo ya de dónde había sacado mi hermana melliza el vestido, pero la vimos llegar disfrazada de marquesa, con un vestido de tafetán púrpura con falda bajera de crinolina cuyo roce era ya de por sí un ruido arrobador (me acuerdo de ese detalle); le costó muchísimo, por lo que abultaba el vestido, meterse en el DS aparcado en el patio de la granja; se reía y hacía reír, en torno, a todos los que la habían acompañado a casa para tomar una copa de champán a la que invitaba nuestra madre; a nuestra madre le encantaba la juventud y recibir en su casa a los jóvenes. Es un recuerdo maravilloso. Eran unos doce, repartidos en tres coches, y reían, bromeaban, todo era alegre y trepidante; Bénédicte estaba radiante con aquel sublime vestido púrpura. A todo el mundo le encantaba la pareja que hacían mi hermana melliza y Olivier; toda la pandilla estaba loca con ellos. Por muy lejos que me remonte en mis recuerdos, siempre he visto a mi hermana melliza intranquila y angustiada, idealista, tremendamente exigente con los demás y consigo misma, atormentada por el temor de no alcanzar más adelante la vida con la que soñaba. Pero, al mismo tiempo, era animada, como si todo eso fuera en el mismo lote y no pudiera dissociarse: un fortísimo deseo de vivir y de divertirse, de conocer a gente, de disfrutar del momento presente, de tener experiencias que podrían hacerla sentirse más viva, como una elegida dilecta de la existencia. Me acuerdo de que *epifanía* y *extático* eran palabras que aparecían con frecuencia en las frases que decía. Buscaba la intensidad, le gustaba poder decirse que estaba viviendo algo de mucha valía, fuerte, hermoso. Quería poder convencerse de que estaba en el camino adecuado y que ese camino, si lo seguía hasta el final, la llevaría a una vida conforme con sus expectativas más elevadas, a una vida incandescente. Era en ella, realmente, una obsesión el estar en conexión con el mundo sensible, como si el mundo sensible y solo él pudiera transmitir a mi hermana melliza la sensación de que existía. Por supuesto, eran los libros, los libros de grandes autores, los que la guiaban en esa búsqueda de la exigencia existencial y poética más elevada. Pero temía fracasar, temía equivocarse, tenía miedo de no tener una vida lograda. Entonces, para desbaratar esos

temores, trabajaba mucho, pensaba que la realidad le resultaría sin duda más clemente si conseguía cursar la Escuela Normal Superior o aprobar las oposiciones a cátedra, pero también la encandilaban mucho los placeres que podía proporcionarle la vida, que interpretaba como dones del cielo. Hasta cierto punto, Bénédicte había sacralizado su vida y la realidad, tenía un sentido penetrante de lo sagrado y del instante presente: esperaba del instante presente que la ratificase en la sensación de que su vida era hermosa y tenía sentido, y porque sentía que su vida era hermosa y tenía sentido conseguía detectar en el momento presente bellezas que nadie notaba. En la dinámica de esa relación recíproca con la realidad era donde se sentía viva, única y estimable y podía considerar el porvenir con serenidad. Estaba constantemente en guardia, dispuesta a verlo todo, a sentirlo todo, a pescar al vuelo cualquier hermoso instante furtivo que se le brindase a su sensibilidad. Podía vérsela maravillarse de una luz, de un paisaje, de un aroma, de una configuración peculiar de acontecimientos simultáneos que, de pronto, la inundaba con un sentimiento de plenitud. Así era mi hermana melliza, sí, así era Bénédicte, y no es necesario ser un gran psicoanalista para imaginarse los peligros de ese sistema: no hay nada más peligroso que asentar la existencia en cimientos tan circunstanciales, tan dependientes de lo que tiene que ver con lo sensible y con la percepción sensorial, con el momento presente, con lo que somos por dentro en cada instante de la vida, de forma ajena a cualquier principio de invariancia, de adquisiciones definitivas y de estabilidad... como si necesitara conquistar a diario, o volver a inventarlo, el sentido de su vida, de preferencia a haberlo identificado y capturado un día de una vez por todas.

En el ámbito de lo novelesco, Olivier era un hombre abrumador. Tenía una capacidad para hacer que mi hermana melliza soñara (no sé cómo se las apañaba porque a mí siempre me dejó fría, siempre le pillé todos los trucos), con la que conseguía que se le olvidasen todas las angustias, de forma tal que con él, en la velocidad y los destellos de su mutuo amor, se sentía como un ser elegido. Era una mezcla curiosa, Bénédicte. No sé si le notó usted esa aleación de orgullo y sumisión, de ambición y de temor, de riqueza interior y de dudas acerca de sí misma, de fervor y de resignación, de audacia y de repliegue, de narcisismo y de abnegación. Con los años esa complejidad menguó, como si, extenuada por haber tenido que luchar constantemente contra sus miedos y sus demonios, Bénédicte hubiera acabado por conformarse sistemáticamente con el segundo elemento de todas esas tensiones interiores; dicho de otro modo, por dar marcha atrás, por capitular. Le gustaba reír, acabó por no reír. Le gustaba divertirse, acabó por no divertirse. Le gustaba ir lanzada, acabó por no ir lanzada. Le gustaba arriesgarse en algunas circunstancias, cuando notaba que la arrastraba un impulso invencible (como esos que Oliver tenía el don de saber generar en la pareja que formaban), acabó por no arriesgarse a nada. Fue incluso exactamente lo contrario lo que sucedió: se sintió incapaz de vivir sin rodearse de las máximas precauciones. Pero, antes de que sucediera todo eso, creo que el talento de Olivier consistió en saber hacerse pasar por el príncipe azul al que siempre había esperado Bénédicte, un mago que sabía crear sortilegios solo para ella y hechizar la realidad más vulgar. Estuvo locamente enamorada de él. Fue su primer amor, su gran y único amor.

En el verano de 1989, al final de su segundo curso de preuniversitario, Bénédicte no aprobó el ingreso en la Escuela Normal Superior, y entre tanto Olivier había encontrado trabajo en Tours; tomó la decisión de no hacer otro curso más y de irse a vivir con él. Se matriculó en la universidad, el proyecto que tenía era presentarse a las oposiciones al acabar la licenciatura, dedicando el siguiente curso a su escritor favorito, Villiers de l'Isle-Adam, a quien usted, Éric, conoce seguramente, cosa que no sucede con la mayoría de las personas con quienes hablo, dado

que usted también es escritor. Se casaron en la primavera de 1990, el año en que ella se licenció. En julio de 1992, tras un año de esfuerzos encarnizados —tanto más encarnizados cuanto que su marido, siempre de viaje (había entrado pocos meses antes como representante en una empresa agroalimentaria), puede decirse que nunca estaba en casa—, Bénédicte aprobó las oposiciones con un número estupendo. En septiembre de 1992, tras enterarse de que nuestro padre le iba a dejar la granja a su sobrino, el marido de mi hermana melliza la dejó de la noche a la mañana.

Había empezado a tener dudas sobre Olivier poco tiempo después de haber comenzado a vivir con él.

Decidieron, incluso antes de casarse, tener una cuenta común, así que Bénédicte sufragaba en gran parte, con el dinero que le daban nuestros padres, las salidas nocturnas regulares de su futuro marido, quien, como no ganaba lo suficiente para atender a todos sus gastos, animaba a mi hermana melliza a pedir continuamente suplementos. Mi madre atendía la petición, pero a veces le preguntaba a Bénédicte, apurada, qué hacía con ese dinero. ¡Siempre os estoy metiendo dinero en la cuenta, tened un poco de cuidado! Un día, en la granja, escandalizada con su comportamiento, arrinconé a Bénédicte para decirle que nuestros padres no tenían por qué matarse a trabajar para que la señorita viviera en Tours con su novio como una princesa. ¿Es que Olivier no tiene un sueldo? ¿Por qué te pasas la vida pidiendo dinero extra a papá y mamá? ¿No es suficiente lo que te dan todos los meses? ¿Te crees que son millonarios o qué? Bien está que salgáis de vez en cuando. ¡Pero no todas las noches! Bénédicte no me contestó sobre la marcha. Me enteré mucho más adelante de que Olivier despilfarraba el dinero saliendo de noche con amigos, a quienes invitaba a tomar unas copas, y que ella no conseguía poner coto a esa costumbre que había tomado de irse de casa cuando se hacía de noche. Como se pasaba todo el día en un despacho, le decía a mi hermana melliza, no soportaba, después de salir del trabajo, quedarse encerrado como si estuviera en una jaula: necesitaba desfogarse, estar en la calle, en la vida de verdad, en la ciudad, en sitios ruidosos y animados, con gente alrededor, con música... y si Bénédicte se quedaba sola, la culpa la tenía ella, porque él siempre le proponía que lo acompañara y ella prefería quedarse en casa leyendo libros o durmiendo. Un sábado, harta de estar sola por las noches, recogió todas sus cosas y se fue; él la alcanzó en la estación in extremis. Iba a subirse al tren Tours-París para regresar a Condé-sur-Marne. Se la llevó a casa con la promesa de que pasaría más tiempo con ella. La cumplió en parte al darse cuenta de que Bénédicte no era tan dócil como se había figurado él y que sería muy capaz, si la situación no cambiaba, de concluir con sus relaciones, con la consecuencia de dar al traste en el acto con sus ambiciones de tener una explotación agrícola. El resultado fue una temporada en que mi hermana melliza volvió a ser feliz con él. Fue la época de sus viajes a Italia, Roma, Florencia y Venecia. Volvió radiante, como si la suerte y la felicidad le soleasen otra vez la existencia. La cara de mi hermana melliza tenía la peculiaridad de iluminarse cuando era feliz y de envolverse en algo así como una llovizna gris cuando no se encontraba a gusto, exactamente igual que la fachada de una casa según el tiempo que haga.

Cuando Olivier se hizo representante y pasaba muchas noches en otras ciudades de la comarca, empezó a tener amantes. Ella se dio cuenta al percatarse de que a veces le faltaban camisetas que volvían a aparecer entre sus prendas a la semana siguiente, como por milagro: otra mujer debía de lavárselas cuando dormía en su casa. Un día telefoneó al hotel donde se suponía que Oliver pasaba la noche y, curiosa e imprudentemente podríamos decir, el recepcionista, al moverlo a compasión aquella mujer desconcertada (había llamado al hotel por lo menos seis veces durante la velada, entre las ocho de la tarde y las doce de la noche), le reveló que desde hacía varios meses su marido no dormía en el hotel: dejaba la bolsa en su habitación y se iba en el acto; luego

volvía al día siguiente por la mañana para pagar la cuenta. Llevaba meses haciendo lo mismo. Nunca dormía en el hotel. Y entonces a mi hermana melliza se le vino el mundo encima, intentó hablar con él del tema, pero él lo negó, dijo que el recepcionista debía de confundirlo con otro: la quería, nunca la había engañado, no tenía amantes, se lo juraba. Ella no lo creyó, se habían acumulado demasiados indicios, pero ¿qué iba a hacer? ¿Dejarlo? ¿Dejarlo basándose en sospechas incluso cuando aseguraba que era inocente?

Yo no sabía nada de todo eso y me enteré más adelante, después de que se divorciaran.

Durante un fin de semana largo que pasamos mi hermana melliza y yo en casa de nuestros padres con nuestros respectivos maridos, me levanté de noche para ir al servicio, debían de ser las tres o las cuatro de la mañana; había luz en el despacho de mamá, me acerqué para ver qué ocurría y, por la puerta entornada, vi a Olivier examinando los balances contables de la explotación. Se me quedó la mente en blanco de golpe. No me vio, no entré, me sentía tremendamente avergonzada. Fue una conmoción; me percaté, al ver eso, en toda su amplitud, de aquella mentira y aquella manipulación. No le dije nada a nadie para no poner a mi hermana melliza en una situación delicada, pues ignoraba que su vida conyugal no fuese tan dichosa como se esforzaba en hacernos creer. Si hubiese sabido que él la engañaba, si hubiese sabido que la pareja había empezado ya a resquebrajarse, le habría contado a Bénédicte lo que había sorprendido aquella noche, y así habría entendido también ella lo que me quedó claro a mí al descubrir esa escena infame... Sin embargo, si he de decir la verdad, no me había imaginado que la fuera a dejar inmediatamente si el plan que perseguía no cumplía con sus expectativas. Olivier, desde luego, no era de los que se pasan horas a la intemperie mientras llueve, de los que se levantan al amanecer para hacer frente al frío y al tiempo destemplado ni de los que recorren extensiones interminables, incluso los domingos, llevando los mandos de una segadora-trilladora. El marido de mi hermana melliza no era agricultor, sino un técnico agrónomo, que no es lo mismo; en lo que él pensaba no era en ocupar el lugar de nuestro padre, o sea, en sustituirlo en el ejercicio de sus tareas cotidianas, sino en dirigir la granja como una empresa. Por eso examinaba clandestinamente los balances contables de nuestra madre; quería estar seguro de que la buena salud económica de la explotación le permitiría contratar personal suficiente para que funcionase con eficacia sin tener que poner él mucho de su parte. Lo más curioso de esta historia es que todo el mundo sabía que nuestro primo sería el sucesor de mi padre, que era tutor suyo. Por mucho que me remonte en mis recuerdos, ahí está mi primo, con nosotros, jugando, comiendo, durmiendo, lavándose en la misma bañera que nosotros... Mis padres lo criaron como a su propio hijo. Mi hermano mayor, que me lleva trece años, doctor en Química, que hacía mucho que trabajaba en el extranjero, no quería quedarse con la granja y, como siempre lo había dicho categóricamente, mi padre opinó que tenía que pasar a su sobrino. Todo el mundo lo sabía, nadie lo ocultaba y no era nada implícito... No éramos una familia donde se recurriera a lo tácito. Sencillamente, como mi padre no tenía intención de jubilarse de forma inmediata y mi primo estaba empleado en la granja, nunca mencionábamos el asunto; esa transición pertenecía al ámbito de la evidencia. Pero seguramente Olivier no acababa de entender en nombre de qué peculiar vulneración de unos principios seculares bien afincados e indiscutibles, al renunciar el hermano mayor de Bénédicte a la sucesión, se la iba a negar el padre a su propia hija si su marido la solicitaba. Lo más curioso, repito, en esta historia sórdida es que nunca hubieran hablado de ello los dos, que la pareja nunca lo hubiera hablado... porque en tal caso Bénédicte le habría dicho que se estaba colando si se imaginaba que su padre iba a dejar a su sobrino sin un legado que le había prometido hacía mucho. El caso es que se anunció oficialmente, un domingo de julio, al final de una reunión

familiar, que nuestro primo se haría cargo de la explotación agrícola tras la jubilación de nuestro padre, prevista para dentro de cinco años. Olivier se marchó de la casa sin despedirse de nadie y abandonó a mi hermana melliza una semana después, en agosto de 1992, cuando ella acababa de aprobar las oposiciones. No volví a verlo. Pidió el divorcio en septiembre. Se divorciaron en diciembre de ese mismo año.

Menos mal que no la había dejado preñada.

Esta ruptura fue un cataclismo para mi hermana melliza. Empezar la vida adulta con una catástrofe, un malentendido, una traición de esa envergadura era la peor prueba que podía tener que soportar ella, tan idealista. Que la engañasen la realidad y las apariencias con descaro tal, de forma tan hiriente, le arrebató en el acto todas las ilusiones... Me decía que nunca más conseguiría volver a creer en ellas, lo sabía. Sobreponerse a ese desengaño le parecía superior a sus fuerzas. Se le había acabado la fiesta, acabado para siempre.

Sabía que con ese hombre iba en mala dirección, se había dado cuenta de que veía a otras mujeres, la había hecho gastar mucho dinero saliendo él solo por la noche con amigos suyos y, sin embargo, no soportó la separación; qué curioso, ¿no? Era joven, solo tenía veintidós años, este fracaso no había dañado nada en última instancia, tenía el porvenir ante sí, exactamente con el mismo potencial de promesas que si aquella catástrofe no hubiese ocurrido nunca (en cuanto se disipara la conmoción del choque y estuviera asimilada la amargura de la traición), pero qué va, se sintió quebrantada como si algo que le era infinitamente precioso hubiese quedado destruido en su fuero interno tras aquel traumatismo espantoso... y fuera ya a faltarle ese algo a partir de entonces para ser feliz. ¿Cómo regresar de una prueba así?, me preguntaba Bénédicte cada vez que hablábamos. Pues es muy sencillo, voy a darte la respuesta: no se regresa.

Estaba en un estado que para qué le voy a contar.

Se volvió a vivir a Condé-sur-Marne, donde se quedó encerrada en su cuarto tres meses.

Nunca volvimos a ver a Bénédicte tal y como había sido antes de esa depresión. En ningún ámbito, físico, moral, psicológico, pero tampoco en sus ademanes, en sus comportamientos... desaparecieron la espontaneidad y la intrepidez un tanto ansiosa. Un ingrediente que entraba en grandes proporciones en la composición de su temperamento se perdió de forma irremediable, efectivamente, y eso le cambió el semblante, al menos para todos aquellos que la conocían íntimamente. Su propia vida la había traicionado, humillándola; he pensado mucho en todo cuanto sucedió y creo que puede expresarse de esta forma. Se había sentido autorizada a esperar mucho de la existencia, pues siempre había seguido su camino con fe y fervor, guiada por la idea sencilla de que si vivimos las cosas con sinceridad, con rectitud, sin desviarnos, concentrados, ateniéndonos por completo a las convicciones íntimas, sin caer en perjurio ni mentirnos ni hacer concesiones, la realidad no cuenta con capacidad para decepcionarnos e incluso no puede por menos de concedernos nuestras voluntades más secretas y nuestros sueños más irracionales. Bénédicte se había puesto por completo en manos de ese principio. Vamos a llamarlo fe, una modalidad de fe profana, social, existencial. Implícitamente unida a la idea de mérito. Todo su sistema reposaba en esa creencia y se había entregado a ella sin reservas, ciegamente, la habían arrastrado la fogosidad y la energía y la dicha de vivir de Olivier... y se había estrellado contra una pared, con los ojos cerrados, sin esperarse en absoluto que llegasen un choque y un frenazo tan brutal en ese camino en que no creía que hubiera obstáculos. Fue ese sistema existencial el que dejó que muriera en ella durante los seis meses que duró su depresión. Bénédicte era como un barco en una tempestad: se le notaba en la expresión de la cara, aunque sin que nadie pudiera hacer nada para socorrerla; estaba a cientos de kilómetros de nosotros, en alta mar, en su cuarto,

en pleno océano nocturno. Estaba sola y extraviada en el mismísimo ojo de la muerte, lejos de cualquier litoral, entre nuestros cuidados y nuestras caricias que no podían tranquilizarla. Peleaba con algo lejano y no ganó. El escepticismo y el desencanto pudieron más.

Me dijo una mañana que siempre le había encantado la palabra *surrender*, que había oído en una canción muy conocida. Ahora sabía el porqué: estaba al tanto de la razón de ser de ese oscuro apego a esta palabra. *Surrender. Claudicación.* Qué palabra tan hermosa, ¿no?, me dijo. *Claudicación* es una palabra sublime, ¿no te parece?, con ese diptongo. Pero bueno, protesté, qué me estás contando, ¿dices lo primero que se te ocurre! En absoluto, me replicó sosegadamente mi hermana melliza. De verdad, Marie-Claire. Me ha llegado el momento de claudicar. La felicidad no ha querido saber nada de mí, y eso que he hecho de todo para merecerla, qué se le va a hacer, ya he tomado una decisión, me rindo. ¡Me crispas, Bénédicte! Cállate, la verdad es que dices lo primero que se te ocurre, ¡más valdría que te espabilaras en vez de quedarte en un rincón, quejándote! ¡Desde hace una temporada, te encuentro de lo más exasperante!, le solté ese día, antes de conseguir que se desdijera.

En abril del año siguiente, en 1993, un sábado por la tarde entraba yo como una exhalación en el salón de mis padres para buscar mi bolso y me encontré con mi hermana melliza y con Jean-François besándose en la boca, sentados juntos en el sofá.

¡Qué impresión!

Me vio, pareció apurada, yo dije ¡disculpad! y me fui.

Volví al patio de la granja, donde mi marido estaba cepillando nuestra yegua, y le dije, despavorida, blanca como el papel: ¿sabes qué? Bénédicte está con tu hermano. Me dijo: ¡está loca! Mi padre dijo lo mismo, seis meses después, cuando se casaron; me dijo, como si fuera un oráculo, con esa expresión pensativa de campesino acostumbrado a descifrar los elementos: todo esto es demasiado precipitado.

Yo estaba furiosa. Que hubiera elegido juntarse con ese hombre y además sin decirme nada me desagradaba muchísimo.

Mi hermana melliza no lo quería, yo estaba segura de eso. Nunca había sentido por él ningún apego especial, ni de pequeña, ni de adulta, ni desde que se había separado de Olivier. Jean-François pasaba mucho tiempo en la granja porque era de la familia, pero nunca había tenido más afinidades con Bénédicte que cualquiera de nosotros, sobre todo durante los años en que estuvo emparejada con Olivier, tanto más cuanto que este no le agradaba y siempre se lo había hecho notar sin cortarse. Eran dos polos opuestos: Olivier divertido, arriesgado, cazurro, jovial y seductor; y Jean-François era todo lo contrario, complicado, tímido, mudo, paranoico, insignificante, y se ruborizaba siempre que alguien le dirigía la palabra.

No podía por menos de conocer bien a mi hermana melliza. Desde el puesto de observación inmejorable que tenía junto a ella, pero en segundo plano, silencioso, sintiendo que nadie lo quería, había estudiado los acontecimientos minuciosamente, pegando el ojo a un catalejo, en detalle y en primeros planos. Por culpa de esa mentalidad retorcida suya siempre ve la realidad en detalle y en primeros planos. Les pasa mucho a los muy acomplexados. De hecho es posible que hubiese entendido lo que sucedía con mayor agudeza que cualquiera de nosotros. A lo mejor había sentido que la vida de pareja de mi hermana melliza estaba viciada, que no era tan ejemplar como podíamos pensar. A lo mejor él sí había identificado, en contra de lo que nos había pasado a nosotros, síntomas precursores de su desamparo. A lo mejor había estado esperando, al acecho, seguro de su estrategia, que aquellos vínculos amorosos se desintegrasen... y había visto llegar violentamente, desde el promontorio de su locura enfermiza, en silencio, en su soledad de

solterón, como todos nosotros, pero seguramente anticipándola y esperándola, deseándola con todas sus fuerzas, la dislocación de esa pareja a la que envidiaba y que tenía reputación de indestructible. Luego, siempre al acecho, vio a mi hermana melliza sumirse en una prolongada depresión, esperó el momento oportuno para bajar en picado sobre ella y la atacó cuando le pareció que no estaba ya en condiciones de negarle su cariño.

De ese beso del mes de abril no se habló, solo se lo conté a mi marido, ni siquiera me atreví a mencionárselo a mi hermana melliza de tan abatida como me dejaba la idea de que hubiera podido existir un idilio entre ambos. No digo *podiera*, sino *hubiera podido*. Intentaba convencerme a mí misma de que Bénédicte había necesitado que la consolara momentáneamente, pero sin mayores consecuencias, un hombre a quien conocía de toda la vida y con quien estaba claro que era inconcebible que pudieran nacer relaciones amorosas, relaciones de pareja. Estaba claro que no podía iniciar con él relaciones amorosas, relaciones duraderas. Eso era lo que yo esperaba en lo hondo de mi corazón, pero sin atreverme a preguntarle nada a Bénédicte por temor a que sus respuestas me sacasen de mi engaño. En ese momento yo vivía ya con mi marido en Reims, donde, tras licenciarme en Filosofía, trabajaba de secretaria médica de un quinesioterapeuta. Como mi hermana melliza seguía viviendo en casa de mis padres, mi marido y yo íbamos todos los fines de semana a Condé-sur-Marne y allí se reunía con nosotros Jean-François, que se pasaba la mayor parte del tiempo haciéndole compañía. No se tocaban. No se besaban. Su comportamiento no daba testimonio de ninguna intimidad en especial.

Pensábamos ingenuamente Damien y yo que no había nada entre ellos, en la medida en que la mayoría de las veces estábamos juntos los cuatro y él, de noche, se iba a dormir a casa de sus padres, detrás de la iglesia. Si yo no los hubiera pillado besándose en el mes de abril, nunca habría surgido el tema de saber en qué punto estaban sus relaciones, habría sido completamente absurdo, extravagante. Ciertamente era que Bénédicte se mostraba más amistosa con él de lo que nunca lo había sido, pero yo no sabía si había que achacárselo a la depresión, que la impulsaba a pedir a todos, implícitamente, dulzura y consuelo, o a una auténtica evolución de sus relaciones.

Estoy segura de que se avergonzaba de ese beso que yo había presenciado y precisamente por eso nunca lo mencionamos. Si yo hubiera notado que sentía deseos de contarme algo, le habría hecho preguntas, claro está. La habría escuchado. Pero en los días que siguieron a aquella escena me di cuenta perfectamente de que me evitaba.

Lo que sí sabía yo en cambio, y no era cosa que pudiera tranquilizarme, era que Jean-François ardía en deseos de que mi hermana melliza fuera suya. Me lo dio a entender por teléfono el día en que supimos que a Bénédicte la había abandonado su marido. Jean-François estaba de viaje por Italia y nos llamó desde el hotel, era un sábado a media tarde, para preguntar por la familia. Cogí el teléfono yo, me preguntó qué tal andaba todo y le dije que Olivier acababa de dejar tirada a Bénédicte, estábamos todos impactados; ella seguía en Tours, pero a punto de coger el tren para irse con nosotros a Condé-sur-Marne. Estaba destrozada, era una catástrofe, no entendía qué había ocurrido para que se marchase así, de la noche a la mañana, se había caído del guindo. Fue entonces cuando me llegaron por el teléfono gritos de alegría. Decía que se había realizado su deseo, que era una noticia estupenda. *¿Un deseo? Pero ¿de qué deseo hablas?*, le pregunté, estupefacta por lo que acababa de oír. Me dijo que la víspera había arrojado unas monedas en la fuente de Trevi y formulado el deseo de que mi hermana melliza y Olivier se separasen. ¡Qué noticia tan estupenda! ¡Es genial! ¡Yupi! ¡Por fin una buena noticia! ¡Yupi, hurra, champán! No me lo podía creer, no supe qué contestarle, le dije: voy a buscar a tu hermano, que lo pases bien en Italia, adiós, y dejé el teléfono descolgado encima del velador para ir a buscar a Damien.

Me acuerdo como si hubiera sido ayer.

Un día de junio, Bénédicte le anunció a mi madre, delante de mí, mientras estábamos limpiando la verdura, que se iba de vacaciones en julio con Jean-François: tenían previsto viajar a la Toscana. No, los dos solos, él y yo, contestó Bénédicte a mamá, que le preguntaba cuál de sus amigos los acompañaba en ese recorrido. Esta frase escueta de mi hermana melliza, dicha con un tono curiosamente impasible y clavando los ojos en el pelador, con una naturalidad que ella misma sabía que resultaba aberrante en aquellas circunstancias, retumbó en la sala como una explosión. Nadie comentó nada. Hubo un prolongado silencio. Solo se oía el ruido seco y entrecortado de la cuchilla en la piel de los calabacines. Me sentí tan desalentada que salí de la casa para ir a ver a mi yegua y lloré en la cuadra. Éric, no se imagina el dolor que sentí al enterarme de que se iban de vacaciones juntos. Era algo así como si yo no hubiera obligado a mi hermana melliza, unos meses antes, a preocuparse por un síntoma físico alarmante y me anunciase ahora que no iba a tardar en morir. Sí, si el día aquel Bénédicte me hubiera dicho que padecía una enfermedad incurable, apenas si me habría sentido más agobiada que al enterarme de que era oficial la existencia de esa pareja espantosa, contra natura, tan nefasta como una enfermedad incurable o la alteración celular del tejido familiar. Me dije que había sido muy ingenua y muy inconsecuente, frívola, incomprensiblemente ciega ante aquello que, no obstante, la realidad de los hechos me había referido con una agudeza y un poder de persuasión tan innegables, al haber considerado ese beso como posiblemente anodino, como posiblemente sin significado; y me guardé rencor, ese día, ese día y en los meses siguientes (y hasta el día de hoy, sí, Éric, incluso hoy me sigo guardando rencor) por no haber aprovechado ese beso, que el destino me había dado la oportunidad de presenciar, para obligar a mi hermana melliza a explicarse sobre su carácter (sobre el carácter de ese beso) y sobre sus intenciones (las de ella), lo que me habría permitido quizá, si me hubiera hecho confidencias (y seguramente lo habría hecho en vista de la fragilidad extrema en que estaba estancada), disuadirla, avisarla, impedir esa unión, hacerla entrar en razón, ofrecerle mi ayuda, aportarle confianza en sí misma, asegurarle que no necesitaba abalanzarse sobre la primera ocasión que se le presentase, que tenía mucho tiempo por delante y que el hecho de que aquel sinvergüenza de Olivier se hubiera largado no le había arruinado la vida irremediadamente, ni mucho menos, que tenía que darse a sí misma un plazo y, sobre todo, no sucumbir al pánico, porque era seguro que conocería, con lo brillante y lo guapa que era, al amor de su vida, a un hombre incomparable, ese con el que llevaba soñando desde siempre. Le habría asegurado que no estaba escrito en ninguna parte, salvo quizá en algunos libros que había leído en exceso, de finales del siglo XIX, que solo tenemos en la vida un amor único y sagrado, y que era posible, al menos yo estaba convencida de ello, conservar intactos los ideales más elevados, incluso después de que determinadas circunstancias hubieran convertido en mentirosos los juramentos que nos habíamos hecho.

*Sweet surrender.*

Eran las primeras palabras de la canción. Una canción de Dire Straits que ponían mucho por la radio cuando éramos adolescentes.

Hasta la ruptura con Olivier, mi hermana melliza siempre había estado por encima de Jean-François por su ingenio, su físico, su cultura, su elocuencia, su inteligencia. Ni siquiera lo había mirado desde un punto de vista sexual, sino siempre como un amigo de la infancia, un antiguo compañero de juegos, un miembro de la familia. Pero, en plena depresión, mi hermana melliza le había parecido a Jean-François, por primera vez desde que se conocían, una mujer a su alcance.

Le resultaba providencial. Bénédicte había querido alcanzar la felicidad en las alturas del cielo, muy alto, confiando en sus fuerzas y en la benevolencia que la realidad le manifestaba; se había quemado las alas con el sol de sus locas exigencias y ahora estaba en el suelo, había caído desde lo alto del cielo y se le habían roto todos los miembros. Bénédicte había estado humillando a Jean-François desde la más tierna infancia con la ambición desmedida de sus exigencias existenciales, y no lo había juzgado digno, a él, a Jean-François, de satisfacerlas; bueno, pues ahora estaba en el suelo, había caído desde lo alto del cielo y se le habían roto todos los miembros... y quien estaba ahí era él, Jean-François, y nadie más, para recogerla. Cuando la vio en el suelo se arrojó sobre ella. Todo el espanto posterior de su vida de pareja viene de las condiciones en que se formó y que la hicieron posible. Su vida de pareja, quierase o no, nació de una configuración circunstancial y tratando de librarse se pasó Bénédicte los trece años siguientes.

Cuando la pareja que formaban fue oficial, nadie en absoluto entendió que escogiera a ese chico: no encajaban ni por asomo.

Pero ¿qué pasa? ¿Por qué está con él?

¿Qué historia es esta? ¡Esto es de locos, hay que hacer algo!

Pero ¿ha perdido la razón o qué? ¡Marie-Claire, habla con ella, no puedes quedarte sin hacer nada para disuadirla!

Estuve semanas oyendo frases y preguntas así.

Un día le dije a Bénédicte que tenía clientas que odiaban tanto a sus maridos que les parecía que olían mal. ¡Te das cuenta de qué calvario, es horrible! ¿Cómo se las apañan para aguantar? ¿Cuando están así las cosas, no te quedas con un hombre cuyo olor dices que no soportas más!, le dije ese día. Bueno, pues al final de su vida, me dijo que su marido olía mal; que, cuando le daba un beso, notaba que olía mal. Me preguntó: Marie-Claire, cuando le saludas, ¿no has notado que huele mal? Es la primera vez en la vida en que entiendo la expresión: estar hasta las narices de alguien, me confesó entonces.

Nunca quiso a ese hombre: pondría la mano en el fuego.

Cuando ya no le cupo duda a nadie de que Bénédicte iba a compartir su vida con Jean-François, fui a ver a un psiquiatra para intentar hallar respuestas a las preguntas que me hacía. Me dijo: no hay que casarse con un amigo de infancia. Lo estoy viendo sonreír, Éric. Vale, es lo que hice yo con Damien, pero lo mío es diferente, me enamoré de él a los cuatro años, lo he querido siempre, siempre hemos estado juntos. Somos amigos, esposos, amantes, confidentes, hermanos, compañeros. No hemos querido hijos porque la condición gemelar, esa característica básica de mi identidad, la recobro con mi marido: somos él y yo. Cuando formo un dúo con alguien, no me gusta que aparezca una tercera persona, ni siquiera en el trabajo. Si llega una clienta con demasiado adelanto a una cita y sé que está en la habitación de al lado, me viene fatal, ya no hay autenticidad posible. No me gusta ser más de dos personas: estoy bien con otra persona, o sola. La soledad no me asusta, pero con la condición de no estar sola en la vida: sola en la vida me costaría estar, precisamente por mi condición gemelar. Pero tengo la suerte de no haber sabido nunca qué es la soledad, pues desde la infancia fui siempre o la melliza de mi melliza o la novia de mi futuro marido. No creo que el ser humano esté hecho para estar solo, pero eso es aún más cierto, me parece, en el caso de los gemelos. A Bénédicte le pasaba lo mismo: no soportaba la idea de estar sola en el mundo y por eso aceptó la proposición que le hizo Jean-François.

El día de la boda, Bénédicte consintió por fin en hablar, brevemente, solo una frase, de la pareja que formaban. Me dijo, lo recuerdo casi al pie de la letra: me propuso algo y lo seguí. En el estado de fragilidad en que se hallaba entonces, pensar en quedarse sola quizá durante unos

cuantos años era algo que estaba más allá de sus fuerzas.

Bénédicte necesitaba para vivir depender afectivamente de alguien, y con eso podía reunir fuerzas para estar sola, e incluso solitaria, salvaje, en la vida cotidiana. Eso fue lo que le aportó su matrimonio, ser afectivamente dependiente. Pero, como no quería a su marido, en cuanto se casó se inventó que estaba enamorada de él, construyó de arriba abajo, pero a posteriori, la ficción según la cual un amor auténtico los había unido o acabaría por formarse, lo mismo que una emulsión química, poco a poco, en el crisol de su vida conyugal, merced al coadyuvante de la sinceridad; y empezó a sufrir porque Jean-François no respondía a esa ansia de amor como ella habría deseado. Pero ese amor no existía, fue su necesidad de amar la que creó en ella la necesidad de ese amor; se encontró encadenada a una quimera que, en su fuero interno, sabía que no existía, pero en la que, pese a todo, nunca dejó de querer creer, porque Bénédicte era incapaz de vivir sin creer. Había acabado por olvidarse de que ese amor era una mentira por la sencilla razón de que esa mentira se había convertido en la realidad sobre la que edificaba su vida. Al cabo de unos años, la cuestión de saber en qué medida sentimos un día amor por una persona carece ya de sentido, pues las cosas son como son y no queda más remedio que apañarse con ellas, fuere cual fuere el nombre que podamos darles, y no hay más. La mentira con que nos hemos inventado un amor puede convertirse en la sustancia, en la realidad de aquello que, entonces, podemos considerar libremente como un amor verdadero, si así lo decidimos. Esa lejana mentira puede adoptar el nombre de amor. Eso era su vida; amor y mentira se habían convertido en dos nociones intercambiables, indiferenciadas, que se mezclaban para formar la obsesión, que perduraba en ella, de éxito conyugal, de plenitud familiar, de longevidad matrimonial, según iban pasando los días, en la intimidad del hogar, bajo apariencias absolutamente engañosas incluso para sí misma. No sé si me expreso con claridad. Mi hermana melliza hallaba recompensa de sus decepciones en la ambición de encarnar un ejemplo de familia lograda, ante sí, pero también ante los demás. El placer que eso le proporcionaba bien valía los goces del amor. Tal es el motivo por el que nunca me dejó intuir el daño que le hacía Jean-François.

Haber sido melliza le volvió insoportable la soledad: ahí estaba el problema. Querer que estuviéramos juntas las dos todo el rato, al final de su vida, en el hospital, cosa que enfurecía a su marido, era hasta cierto punto como un regreso a los orígenes. Quería morir como había vivido, con su hermana melliza pegada a ella.

Nunca me habló de su matrimonio con Jean-François porque sabía que, desde el principio, yo no aprobaba esa relación.

Al casarse con mi hermana melliza, Jean-François pretendió sobre todo crear un hogar, que se viera que era como todo el mundo, él, que desde la infancia se sentía al margen, estigmatizado de mil formas. Lo que ambicionaba era una imagen, una simple imagen, una apariencia externa de familia normal. Lo que le faltaba para poder llevar a cabo ese sueño era una mujer, sencillamente.

Mi hermana melliza fue su primera chica: tenía veinticuatro años y nunca había besado a una mujer. Era también por ese motivo por el que no le cabía en la cabeza que pudiera casarse más que con una mujer derribada en tierra, o bien con una mujer en la misma situación que él, virgen y aterrada. O con una mujer feísima, pero era demasiado orgulloso para acceder a eso, aunque no fuera más que ante su padre. Bénédicte, menguada, habiendo perdido toda confianza en sí misma, no solo le permitía fundar una familia: le permitía enfrentarse sin demasiada preocupación al hecho de tener a los veinticuatro años su primera experiencia sexual. Bénédicte no estaría en condiciones de juzgar desfavorablemente sus prestaciones ya que en esos momentos no estaba, por su parte, muy floreciente, sexy e intimidante que digamos.

Le está pareciendo a usted que soy muy mala.

Lo que él quería era fundar una familia tan unida y tan de una pieza como la nuestra. Pero que fuera solo suya, independiente de los Baussmayer.

Y todo ello por haber carecido de reconocimiento en su propia familia, con su padre. Porque su padre prefería a mi marido, Damien, el mayor, y ese lugar de segundón no lo aceptó nunca. Siempre le hizo padecer. No era que mi suegro no quisiera a Jean-François, pero trabajaba setenta y dos horas semanales, no pensaba más que en sus grandes almacenes del bulevar de Haussmann, estaba poco en casa, no tenía mucho tiempo para ocuparse de sus hijos, y era a mi marido a quien prefería, era a él a quien le dedicaba más tiempo y atenciones, estaba clarísimo, era evidente para todo el mundo; y descuidaba a Jean-François. En cuanto al pequeño de los tres hijos, su padre tampoco le hacía caso, pero a él le importaba un bledo mientras le diesen dinero suficiente para poder divertirse como un señorito consentido, que es lo que era. Mientras que a Jean-François lo criaron de forma muy rigurosa, sin demasiado cariño y, sobre todo, sin esa atención paterna que tanto deseó y se quedó sin saciar. Me he fijado en algo que les sucede a las personas que no han recibido atención en la infancia; de adultos aspiran a más y más atención, son insaciables tanto en el trabajo como en la vida íntima y de ahí salen enfermos de gravedad, perversos de gravedad. Hasta el final intentó conseguir la atención de su padre, hasta el final estuvo atendiéndolo y no hubo manera: nunca consiguió esa atención paterna. Mi suegro no era de esa cuerda, no era un hombre cordial y, menos aún, un hombre sentimental; Jean-François esperaba seguramente de su padre que le dijera que lo quería, o que lo respetaba, o que lo estimaba, y nunca le llegó nada, nunca. Quiso hacer eso mismo con mi hermana, para sus propios hijos: a última hora, en el hospital, quiso que les dijera a sus hijos que los quería, y ella no quiso decirles nada. Eso es al menos lo que he deducido de unos cuantos elementos que he podido recopilar. Mi hermana no era una persona excesivamente expresiva ni propensa a besar a sus hijos. Lo que quería era que se aplicasen en el colegio, que fueran bien educados, que fueran cultos, que se expresaran bien. Había puesto el listón muy alto, como le he dicho antes. Eso también le resultaba extenuante, porque tiene mucho que ver con la utopía eso de querer formar a los hijos ateniéndose a un modelo que nos hemos metido en la cabeza, un modelo ejemplar. No sé ya cuántas veces le reproché a Bénédicte que fuera demasiado severa con los niños, demasiado exigente, intransigente en exceso. En los niños, hay una parte que conoces, en la que se puede influir, y una parte desconocida que hay que saber respetar, de la que hay que poder decirse, como educador, que no te pertenece, que tiene que quedarse fuera de un ámbito de intervención. Y mi hermana quería que sus hijos fueran como ella había decidido que tenían que ser, incluyendo esa parte desconocida. En esto se equivocaba, partía de un postulado erróneo: las cosas no funcionan así, era una lucha completamente inútil, perdida de antemano. Jean-François yuxtapuso su historia y la de sus hijos: quería que Bénédicte le dijera a su hija las frases que él no le había oído a su propio padre. Había estado esperando que su padre le dijese que lo quería, porque notaba que no lo quería, y seguramente, en realidad, ese padre a su hijo no lo quería. Se murió de un cáncer de pulmón; Jean-François estuvo a su lado hasta el último segundo (fue, de los tres hijos, quien más tiempo pasó con él en el hospital), idolatraba a su padre y nunca consiguió la frase que quería oír, esperaba una seña y esa seña no llegó nunca, ni siquiera en los segundos postreros, en el hospital.

Cuando se murió Bénédicte, me encontré en su móvil los números de dos señoras de edad de las que me había hablado varias veces; habían sido directoras de los dos primeros centros de enseñanza media en los que había dado clase cuando se repuso de la depresión. Arrojaron a Bénédicte con toda su afectuosa simpatía cuando vieron llegar al centro a aquel pajarillo caído

del nido, aquella catedrática joven, brillante y concienzuda, perfeccionista, pero debilitada por un traumatismo reciente por lo que parecía. Bénédicte se llevó muy bien con esas dos mujeres, dos mujeres que no habían tenido hijos y se encariñaron con ella, así que siguieron en contacto tras irse de esos dos primeros centros; eran, de hecho, sus dos únicas amigas. Las llamé y me dijeron que Bénédicte les había parecido siempre taciturna y tremendamente melancólica; pero sobre todo me lo dijo una en particular. Bénédicte no le había hecho confidencia alguna en todo el tiempo que ejerció en ese centro, pero luego, cuando empezaron a tener relaciones amistosas, le contó en varias ocasiones que su marido le hacía la vida imposible, que no había ninguna alegría en su casa, que él solo pensaba en su trabajo y en la marcha de la casa, en la administración del presupuesto familiar y en respetar esa abominable disciplina presupuestaria. Todo era cuadrado, racional, catalogado, anticipado y planificado, sin ningún sentido de la improvisación ni del movimiento, de lo espontáneo, de lo instintivo, de lo poético. Sin ningún sentido de la vida ni de la felicidad. Si mi hermana melliza iba a tomarse un té a un bar del centro, le contó Bénédicte por entonces a su antigua directora, tenía que llevar a casa el tique de la consumición para que su marido pudiera incluir el importe en su ordenador personal. No era que supervisase la gestión del presupuesto familiar, sino que llevaba la contabilidad de la casa exactamente igual que su padre había llevado las riendas de sus grandes almacenes del bulevar de Haussmann. Metía en el ordenador el importe de todos los gastos de la casa, de la categoría que fueran, incluyendo un bollito relleno de chocolate o una piruleta, de forma tal que la existencia de mi hermana melliza la canalizaban permanentemente las murallas de ese pasillo presupuestario neurótico sin que le fuera dado desviarse mínimamente.

Un día, hace mucho, unos diez años quizá, Bénédicte me contó que lo que le habría gustado era tener un amante y verlo de vez en cuando, en un hotel, por la tarde, mientras los demás trabajan y la ciudad sigue con su zumbido, sin contar con ella, industriosa, del otro lado de las cortinas. Extirparse de la vulgaridad de lo real para vivir una experiencia inolvidable, recurrente, adictiva, cada vez más maravillosa, cada vez más hechicera, en los brazos de un hombre, en un rincón secreto de la realidad y de su existencia. Lo recuerdo, me lo comentó con esos términos y me dio todos esos detalles, como si verdaderamente pensara mucho en ello. Me pareció hermoso que fuera ese su sueño, pero, al mismo tiempo, me entristeció un poco, porque caí en la cuenta de que Bénédicte soñaba su vida, soñaba la vida que le habría gustado tener, su vida era en gran parte virtual. En cierto modo, como le llevaban treinta años y no vivían en la misma zona, sus dos amigas no eran mujeres del mundo real sino algo así como sueños, obsesiones, refugios, proyecciones tranquilizadoras de su mente, mujeres que contaban con una existencia en sus pensamientos, pero no en su vida cotidiana: Bénédicte rehuía la vida social, eran mujeres de otra época, benevolentes siempre, como si mi hermana melliza hubiera hallado la forma de entrar en comunicación con los personajes de una novela que hubiera leído y le hubiera gustado mucho. ¿Entiende a qué me refiero? Lo mismo le pasaba con su vida amorosa: se imaginaba obsesivamente esas tardes clandestinas tras los gruesos cortinajes de una habitación de hotel en vez de conocer a hombres, de entablar con ellos relaciones íntimas y secretas. En muchos aspectos, mi hermana melliza no estaba en la vida de verdad.

Me habló varias veces de ese sueño; no había sido un capricho pasajero, era realmente un deseo que la hacía vibrar. Me decía: Marie-Claire, oye, encontrarse con el amante de una en una habitación, fuera del mundo, sin que nadie lo sepa, es tan poético... Le rebosaba la hermosura de los ojos cuando lo decía. Lo deja extrañado, verdad, a usted que conoció a Bénédicte. Es asombroso, desde luego, pues era la última persona de quien habría podido sospecharse que

tuviera unas aspiraciones así, ella, que era tan íntegra, tan leal, tan sincera, tan prendada de la verdad; pero su imaginación podía más que todos esos principios. Por lo demás, al final de su vida Bénédicte me contó que, sexualmente, Jean-François era un hombre inmaduro. Tenían relaciones pocas veces; lo que necesitaba él sobre todo era acurrucarse, arrimado a ella, en la cama. Se pega a mí igual que un niño se pega a su madre y, de vez en cuando, si le da la ventolera, se me echa encima, me decía Bénédicte. Pero la mayoría de las veces no resulta dulce, no resulta tierno, no resulta sensual, me decía: solo sexual, someramente sexual. ¿Sabe, Éric? Es terrible cuando ya no te tocan. Si una mujer no tiene vida afectiva, se lo noto enseguida en la piel, al darle masaje. Mis manos recuerdan pieles, leen en las vidas como en un libro abierto, entienden muchas cosas. Si a una persona no la tocan nunca, lo noto. Es difícil soportar que no te toquen nunca. Compruebo muchas veces esa carencia en mis clientas de más edad, ya nadie quiere entrar en contacto físico con ellas y padecen por eso, lo ansían, quieren que les acaricien la cara, que les acaricien los brazos, que les acaricien la espalda y los hombros. Que les cojan la mano. Sienten una necesidad de que las toquen, una necesidad vital. He visto a mujeres que se venían abajo después de un masaje. Les doy un masaje largo en el cuerpo, noto que está sucediendo algo potente e inmediatamente después las veo venirse abajo y llorar en mi salón sin poder parar, hasta tal punto que tengo que anular la cita siguiente. Mujeres completamente inconsolables, a quienes les había notado que hacía años que no las tocaban, como si mis manos les hubieran subido a la memoria el recuerdo de que tenían un cuerpo y de que notar el propio cuerpo es esencial, que en el fondo es lo más hermoso que darse pueda.

Le decía a mi hermana melliza, cuando sacaba a relucir esa obsesión de una cita secreta con un hombre: pero Bénédicte, ¿qué te impide tener un amante si eso es lo que quieres de verdad? Es imposible, los hombres ya ni me miran, me contestaba. No les resulto atractiva, no desean mi cuerpo, me doy cuenta perfectamente. Pero si algún día se presenta la ocasión, no me lo pensaré dos veces, desde luego.

Por desgracia la ocasión no se presentó nunca y se murió antes de haber podido realizar ese sueño.

¡Eso de que no te miran cuéntaselo a otra!, le dije. ¡Claro que te miran y claro que les resultas atractiva, Bénédicte! ¡Lo único que pasa es que no te das cuenta! Pues claro que te miran, vamos, ¿qué te crees? Bénédicte, si quieres un amante, es de lo más sencillo, ¡basta con que alargues la mano, créeme! ¡No te fijes en que los hombres te miran porque no tienes confianza en ti misma, pero puedo asegurarte que sí te miran!, le dije. Éric, cuando un hombre a quien no dejaban indiferentes sus encantos la miraba, era incapaz de darse cuenta de esa atracción y de iniciar un proceso de seducción. Imposible. Su marido le había mutilado demasiado la confianza en sí misma para que fuera capaz de creer que aún podía gustar a los hombres. No, estás equivocada, me doy cuenta perfectamente, los hombres no me miran nunca, me dijo ese día. ¡Si lo sabré yo, Marie-Claire! ¡Si los hombres se me comieran con los ojos, me enteraría! *¡Si los hombres quisieran que fuera su amante, me lo harían saber de una forma o de otra!* Estaba equivocada, claro. Ella ya no se veía como era.

Se me fue mi joya.

Le encontraron el otro cáncer el 14 de marzo: era un cáncer generalizado.

En diciembre, tres meses antes, cuando fue a pasar la última Nochebuena en Condé-sur-Marne, la vi apagadísima; la cara se tragaba las expresiones, así que quedaban simplificadas, atenuadas, como las de alguien que se acaba de despertar. Le pregunté si le habían dado resultados positivos, porque después del cáncer de mama, yo había estado viviendo aterrada por una posible recaída.

Me dijo que acababa de ver a los médicos, que todo iba bien, que los análisis no habían dado nada anómalo, que lo único que pasaba era que la había dejado muy cansada el primer trimestre, que se le había hecho bastante largo y muy cargado de cosas. En esos pocos días, por la mañana, cuando se levantaba, me fijé en que tenía una tosecilla. Nada del otro mundo, tres expectoraciones insignificantes, de gata, al despertarse, pero que pese a todo me pusieron sobre aviso. Le pregunté qué le ocurría y me contestó que no tenía importancia, que nunca tosía por el día, que ni siquiera se lo había comentado a los médicos que le hacían las revisiones.

En febrero, se fueron a hacer senderismo en Cotentin. Jean-François siempre estaba queriendo poner a prueba la resistencia de su mujer para demostrarle que estaba perfectamente de salud, en contra de lo que ella aseguraba. Le reprochaba que le diera demasiada importancia a lo que se notaba en el cuerpo y que siempre les sacase a esas sensaciones conclusiones catastrofistas. Cuando a Bénédicte le dolía algo, él se la llevaba a hacer gradas, la tenía horas andando, según él para mantenerla en forma física y sacarla de ese estado enfermizo en que se complacía. ¡Hala, vamos a andar, nos sentará bien! ¿Te duele algo? ¡No es nada grave, ahora se te pasa, son de esas cosas que se meten en la cabeza! ¡Venga, adelante, ponte las deportivas, vamos allá, no tengas tantas contemplaciones con tu cuerpo, es insoportable! Se pasaba la vida citando ese eslogan de una marca de calzado para personas mayores, diciéndole que tomase buena nota: andar es vida. Un día, pocos años antes, durante una de esas marchas forzadas, se desmayó y los bomberos acudieron a socorrerla y la llevaron al hospital: estaba al borde de la embolia pulmonar por culpa de la flebitis que tenía en ambas piernas.

Pese a aquel episodio, Jean-François siguió afirmando que los dolores de mi hermana melliza no podían ser sino de origen psicológico, y que había que combatirlos con ejercicios físicos de resistencia, pero decidió además que no había que tomarlos en cuenta, tal era su teoría, de ahí aquel proyecto de senderismo en Cotentin. Desde hacía unos meses, efectivamente, Bénédicte se quejaba de que le dolía mucho la espalda. Es frecuente, Éric, que a las personas que padecen cáncer les duela la espalda. Estaba cansada, no se sentía en forma, le dolían la espalda, las piernas y las articulaciones. Le había dicho a Jean-François que no se sentía con fuerzas para esa caminata, que no conseguiría aguantarla, que el dolor de espalda era realmente insoportable. Pero su marido había seguido inflexible. ¡Pues claro que puedes andar! ¡No eres una inválida, no vamos a anular estas vacaciones so pretexto de que la señora tiene un lumbago más o menos inconcreto! ¡Qué cansado resulta, oye, tener que oírte siempre quejándote, parece que vivo con una jubilada! ¡Qué sexy! ¡Pero qué sexy es la vida contigo! Mi hermana melliza decía que debía de tener cruralgia, o lumbago, y problemas de articulaciones, del tipo de la artrosis. Fue a ver a un médico después del segundo día de senderismo, de tanto como le dolía; le mandó calmantes para la lumbalgia y le recomendó que fuese a ver al médico de cabecera cuando volviera a Metz, después de las vacaciones. Mi hermana melliza anduvo a diario, padeciendo un martirio, una semana entera, pese a las quejas, pese a las lágrimas. Pero su marido estaba cerrado en banda. Decía que era una pura comedia. Incluso Lola acabó por ponerse de parte de su padre y tenía agobiada a su madre porque les estaba estropeando las vacaciones. Durante el regreso, Jean-François frenó un tanto bruscamente para no atropellar a un perro que estaba cruzando y como mi hermana melliza era de constitución frágil, muy menuda, creyó que el cinturón le había astillado una costilla porque, después de ese incidente, tuvo muchísimos dolores. Dos días después, el lunes, tenía una cita concertada hacía mucho con el flebólogo: le enseñó la costilla para que le diera una opinión y el flebólogo le dijo que no tenía nada. Qué raro, pues el caso es que me duele mucho, le dijo ella. También tengo esto, que no sé qué es, ¿me lo puede mirar? Tenía, desde hacía unas semanas, a la

altura del abdomen, debajo de la costilla esa, un bulto que no la había preocupado, lo había tomado por un nódulo. Tras palpar el bulto, el flebólogo le dijo: esto no me gusta nada, debería ir a la consulta de urgencias del hospital. En el hospital, adonde mi hermana melliza fue ese mismo día, le hicieron una revisión completa cuyo resultado fue, tres o cuatro días más tarde, que padecía un cáncer generalizado. Tenía metástasis por todos lados; en un pulmón, en el hígado, en los huesos, en las glándulas suprarrenales. En diciembre no le habían encontrado nada. El médico nos dijo que había sido un cáncer fulminante, pero yo no lo creo, ya estaba ahí en diciembre, se lo vi en el cutis, lo presentí en la tos. Ya no había nada que hacer.

Bénédicté murió diez meses después, el 23 de enero de 2011.

Descubrí la realidad de su situación conyugal cuando empecé a ir mucho por su casa para cuidarla; iba a verla los viernes a la una y le hacía compañía por la tarde. Cuando vi cómo se portaba Jean-François en la intimidad me di cuenta de lo que sucedía entre ellos y Bénédicté empezó a hacerme confidencias acerca de sus relaciones.

Para Jean-François, yo era el demonio y me combatía continuamente. Hacía años que queríamos irnos de viaje las dos, hablábamos de ello muchas veces, teníamos ideas sobre adónde ir, y nunca pasábamos del dicho al hecho, Bénédicté lo iba retrasando continuamente. Me confesó que era él quien había rechazado siempre categóricamente ese proyecto y que ella no se había atrevido nunca a decírmelo y había preferido que pareciera cosa suya y asegurar que era mal momento por lo de sus flebitis o por otro préstamo para el coche, esa clase de disculpas de pacotilla. Me lo confesó en ese momento, cuando se puso enferma y empezamos a vernos no ya en Condé-sur-Marne, como habíamos hecho siempre hasta entonces, sino en su casa de Metz, adonde, en realidad, yo no había ido más de dos o tres veces. Me puso en antecedentes de que el objetivo de su marido en esos últimos años había sido desbancar de forma definitiva a la hermana melliza de su mujer: no quería volver a oír hablar de ella. No quería seguir yendo a pasar los fines de semana a la granja, no quería ni que nos siguiésemos viendo, ni que hablásemos por teléfono todos los días, a mediodía y por la noche, como habíamos cogido la costumbre de hacer, de forma tal que Bénédicté se vio en la obligación de defender fogosamente ese territorio, de defenderlo con valor durante todos esos años para que, sencillamente, no se lo suprimieran de la existencia ni lo sacaran del mapa. Éric, si hubiéramos sido una familia metomentodo, si yo hubiese sido una hermana melliza crítica, antipática o invasiva, a lo mejor habría entendido que quisiera mantenerse apartado de la familia y desbancar a toda costa a la melliza, pero no íbamos nunca a Metz, los dejábamos en paz, nadie se había permitido nunca el mínimo comentario sobre la pareja que formaban ni sobre él. Debía de parecerle que Bénédicté me quería demasiado en comparación con él. Debía de notar en su mujer, en lo que a mí se refería, un amor sagrado e incondicional. El amor que sentía por él nada tenía ni de sagrado ni de incondicional y él lo notaba perfectamente. Le tenía envidia a nuestra familia porque nos queríamos con tanta naturalidad, con tanta alegría, mientras que en la suya el cariño siempre se había dispensado cicateramente. ¿Se imagina lo inmaduro que es ese hombre, Éric? ¡Esos cariños, de categorías diferentes, no compiten, como todo el mundo sabe! ¡No ponemos en la misma balanza el cariño que sentimos por nuestra hermana melliza y el cariño que sentimos por nuestro marido! ¡El cariño que se siente por una hermana melliza no puede perjudicar al cariño que se siente por el marido! A menos, naturalmente, que la hermana melliza en cuestión se pase la vida pretendiendo perjudicar al tal marido y sea ella quien ponga en los platillos de la misma balanza esos dos afectos, para acorralar a su hermana y que elija. Lo cual no era mi caso, pues nunca, en todo el tiempo que duró su matrimonio —ni siquiera al final del todo, cuando Jean-François, como le voy a contar enseguida, resultó que era abyecto y monstruoso—, nunca hablé

mal de ese hombre delante de mi hermana melliza, ni le mostré nunca la menor hostilidad y eso que habría debido, en un momento dado, liquidarlo, sí; cosa que me arrepiento amargamente de no haber hecho. Se lo digo como lo pienso. Estaba tan inseguro de sí mismo, se sentía tan poca cosa en su fuero interno, se sabía tan insignificante que llegaba incluso a temer la competencia de nuestro cariño. Pero lo más probable es que temiera que yo me inmiscuyese en la vida conyugal de ellos y que le impidiera dominar a Bénédicte como hacía.

Cuando me iba, Bénédicte me daba un beso y lloraba. Siempre. Al final de todas mis visitas; lloraba porque tenía que dejarme que me fuera a mi casa, a Reims.

Hacia el final de la estancia en el hospital, un día me dijo: quien más va a sufrir cuando me haya ido eres tú.

Lógico: yo no tenía hijos, solo la tenía a ella.

Quien más vas a sufrir eres tú. Sobrentendido: más que mi hija, más que mi hijo, más que mi marido. No se hizo ninguna ilusión acerca de su propia familia, quiero decir de sus hijos y su marido.

Mi hermana para mí lo era todo. Era el amor de mi vida.

Hasta qué punto fue en contra de ella ese hombre es inimaginable. Yo me decía muchas veces que no era posible subir más arriba por los peldaños de la bajeza y de la ignominia. Pero resulta que no, ascendía de nivel con regularidad, pese a la circunstancia de que Bénédicte estaba viviendo sus últimos meses.

Un día, al llegar, mi hermana melliza me dijo que tenía frío. Como les costaba llegar a fin de mes, Jean-François todavía no había encendido la calefacción; estábamos a finales de septiembre y retrasaba cuanto podía el momento en que no le quedaría más remedio, en vista de la temperatura exterior, que calentar la casa. Bénédicte, que se pasaba los días sin salir y sin moverse, débil por la quimioterapia, se había quejado varias veces a su marido, pero este le contestaba que lo que tenía que hacer era abrigarse algo más y cerrar bien la puerta de su cuarto, no hacía tanto frío, había que esperar aún unos cuantos días. Tengo tanto frío, Marie-Claire, me dijo; me paso el día tiritando, haz algo, te lo suplico. A mí también me parecía que hacía frío; el ambiente de la casa era gélido y húmedo, mi hermana melliza padecía un cáncer generalizado y su marido la dejaba en casa sin calefacción; debía de haber dieciséis o diecisiete grados. Bénédicte me dijo que no se atrevía a encender la calefacción sin permiso suyo, se pondría furioso al volver por la noche y se enfadaría, entonces le pregunté si no deberíamos llamarlo. Bénédicte me contestó que valía más no hacerlo, diría que no y lo irritaría que lo molestasen en la oficina para algo así; entonces le dije a Bénédicte que hablaría con él cuando volviera por la noche y Bénédicte me contestó que me lo agradecería mucho y que era muy buena. Por la noche, le expliqué a Jean-François, con el mayor sosiego posible, que no se podía dejar a una mujer que padecía un cáncer generalizado en una casa tan fría, que era inhumano, incluso yo me había pasado la tarde muerta de frío. No me contestó nada, pero fue a encender la calefacción cerrando de golpe todas las puertas según iba pasando por ellas, antes de coger el coche y de esfumarse durante dos horas, obligándome a esperar a que regresara antes de volverme a Reims, porque a Bénédicte no le gustaba que su marido se fuera de casa cuando se enfadaba, decía que esta vez iba a abandonarla de verdad y esa idea la atormentaba. Yo le decía que no tenía de qué preocuparse; no solo Jean-François no iba a dejarla, desde luego, pero aunque lo hiciera, ella no se iba a quedar sola, la cuidaríamos, se iría a vivir a Reims, era una auténtica bobada preocuparse por algo así en la situación en que estaba. Pero, inexplicablemente, Jean-François la tenía sometida por completo, había conseguido que, afectivamente, dependiera tanto de su persona que podía, con su

comportamiento, de la forma más primaria, incidir en la psicología y en el estado mental, y por lo tanto físico, de Bénédicte, exactamente igual que si pulsara los botones de un cuadro de mandos que tuviera ella incrustado en el pecho. Si quería asustarla, y, de ese modo, hacerla obedecer, le bastaba con estar tres horas desaparecido y no coger el móvil. Así fue como un día en que habíamos comido en un bar de Metz antes de ir en coche a Luxemburgo porque Bénédicte quería ver la Filarmónica (un edificio precioso acerca del que había leído un artículo en el periódico), volvimos a eso de las seis y su marido aún no había regresado. Era un día en que no trabajaba, un martes por lo tanto, y había decidido ir a ver a un antiguo colega que vivía cerca de una administración donde tenía que hacer unos papeleos; le había dicho a su mujer que le apetecía desplazarse en bicicleta y que volvería como mucho a las cinco. A Bénédicte, al ver que no había regresado aún, mientras intentaba localizarlo en vano por teléfono y preguntaba a sus hijos si habían sabido algo de su padre (no, no habían sabido nada de él), empezó a entrarle el pánico. Insistió, pese al frío que hacía, en apostarse en la esquina de su calle con la avenida por la que tenía que llegar a la fuerza para aproximar lo más posible el momento presente de aquel en que verlo aparecer a lo lejos, en el horizonte, la tranquilizaría del todo: le daba miedo que hubiera tenido un accidente. Al cabo de veinte minutos montando guardia en ese cruce y, en lo referido a mí, contemplando la ansiedad de mi hermana melliza con pasmo creciente, le dije que teníamos que volver a casa, se iba a enfriar, el día había sido largo, corría el riesgo de que aquello le pasase factura al día siguiente y estuviera enormemente cansada, tenía que reservar las fuerzas para la sesión de quimioterapia de la semana siguiente. Intentaba llevármela tirándole del brazo. Pero Bénédicte se resistía, me decía: espera, vamos a esperar un poco, ya no tardará, prefiero esperarlo aquí, así lo veré llegar desde lejos. Antes de decirme, casi llorando, con la mirada perdida en el horizonte: lo hace aposta, estoy segura de que lo hace aposta para asustarme, sabe muy bien que ahora mismo soy muy vulnerable, recalca el poder que tiene sobre mí al portarse así y yo no puedo defenderme. ¿Qué haría, en mi estado, si me quedo sola, para ocuparme de los niños y de la casa? Al oír a mi hermana melliza decir esas frases, pero sobre todo al comprobar que su lucidez en lo tocante a la mentalidad y las estratagemas pueriles de su marido no le permitía defenderse mejor de aquello, me dije que estaba verdaderamente en peligro: Jean-François tenía poder absoluto sobre ella.

Él le preparaba las medicinas, era él quien tenía las recetas y sabía las dosis de todas las numerosas moléculas que debía tomarse. Ella se había puesto por completo en sus manos. Por la mañana, antes de irse a la oficina, colocaba en una bandeja, con un vaso lleno de agua, todas las cápsulas que debía tomar y no se marchaba hasta que la bandeja estaba ya limpia por completo de aquella composición de comprimidos. Le dije que se equivocaba al someterse así a Jean-François. Quiere hacerse indispensable y convertirte por completo en dependiente, su objetivo es hacerte creer que sin él estás perdida. Te infantiliza, Bénédicte. Te vuelve irresponsable que te den las medicinas a la boca. Eres dueña de tu cuerpo, de tu enfermedad, de tu persona, de tu destino. Ocuparte personalmente de tus medicinas es afirmar que le plantas cara a tu cáncer, que ni estás sometida ni lo toleras. No dejes que te mangoneen ni tu enfermedad ni tu marido. Recobra el poder sobre los dos. Exígele a Jean-François que te devuelva las recetas. Tienes que recobrar la autonomía, eres completamente capaz. Dile esta misma noche que quieres ocuparte personalmente de tus medicinas.

Un día, un viernes, cuando llegué, Bénédicte me abrió la puerta avisándome de que su marido estaba en un estado de rabia desorbitado por culpa de una mesa baja de cristal que había roto el niño, sin hacerlo aposta, una hora antes, porque se le había caído encima un objeto pesado. No

solo había reñido a Arthur, que antes de que llegara yo se había ido al colegio, sino que desde ese momento no había parado de vociferar; Bénédicte no conseguía entender el motivo de esa ira considerable, dado que la mesa baja no tenía ningún valor, no era especialmente bonita y, sobre todo, la habían comprado hacía años, de recién casados, en una gran superficie. Bénédicte ese día no se encontraba bien, se mareaba y tenía náuseas y dolores, así que no acababa de entender que Jean-François le concediese tanta importancia a un objeto tan insignificante, siendo así que el cuerpo de ella se hallaba en un estado mucho peor que aquella espantosa mesa baja de cristal; y estaba claro que el estado de ella no lo enfadaba tanto. Me di cuenta perfectamente de que eso la entristecía. Comprobé personalmente, durante los treinta minutos siguientes, hasta qué punto había contrariado a Jean-François aquel ridículo incidente doméstico y, sobre todo, pude percatarme de que la mesa baja de marras no tenía efectivamente interés alguno, hasta que su marido, enfrascado en el examen de un documento Excel que tenía abierto en la pantalla del ordenador, nos dijo de repente que no pasaba nada, que realmente no pasaba nada, que tampoco era tan grave la cosa, que esa mesa le había costado, tenía ahí la cantidad, delante de los ojos, doscientos francos nada más. Doscientos francos el 8 de enero de 1998, en rebajas, en Conforama, dijo orgulloso, volviéndose hacia nosotras, que estábamos sentadas en el sofá del salón. He encontrado el importe, ¿no es espléndido? ¿No estáis patidifusas de que sea capaz, así, en menos de veinte minutos, de localizar en el ordenador el importe y la fecha de compra de una mesa baja comprada en 1998? Doscientos francos, de acuerdo, es asumible.

Cuando Bénédicte, después de la tercera sesión de quimioterapia, perdió el pelo, las pestañas y las cejas, le pidió a Jean-François que tuviera a bien ir con ella a algunas tiendas de Metz donde podría hacerse con una peluca y pestañas postizas, maquillaje y también turbantes para llevar en la cabeza, pero él se negó categóricamente y le dijo que todo eso eran ridiculeces, que no pretendería disfrazarse para salir a la calle y que de todas formas pronto no podría ya ir a ninguna parte, así que a santo de qué todos esos gastos superfluos, la respuesta era no y era inútil que insistiera. (Durante el primer cáncer de mama, Bénédicte no había dejado prácticamente de trabajar, se había empeñado en dar la mayoría de las clases del liceo. No quería decirle nada a nadie, incluso los colegas con los que se llevaba mejor se creyeron que tenía una enfermedad benigna, aunque una enfermedad que precisaba una quimioterapia lo bastante fuerte para que se le cayera todo el pelo —debían de pensar para sus adentros, incrédulos—, pero Bénédicte se pasaba el tiempo minimizando la gravedad de su estado y nadie pronunció nunca la palabra *cáncer*, ni ella ni sus colegas, incluida Amélie. En circunstancias tales a su marido no le quedó más remedio que permitirle que comprase una peluca que daba el pego y parecía su pelo natural —peluca que Bénédicte tiró victoriosamente a la basura cuando el pelo le volvió a crecer— y que recurriese con regularidad a una maquilladora profesional. Como en esta ocasión su mujer no estaba en condiciones de ir a trabajar, se juró a sí mismo que no picaría otra vez y que así aprendería Bénédicte a no tirar objetos de valor a la basura por pura tontería y por superstición. Si hubieras guardado la peluca, como te lo dije yo, habrías podido ponértela otra vez, te está bien empleado, le decía siempre que ella sacaba el asunto a relucir.) A Bénédicte, como ya sabe usted, le preocupaba mucho su apariencia: le gustaba la ropa buena, tenía algunas prendas que cuidaba con esmero, le agradaba en determinadas circunstancias saber que iba elegante y bien vestida. Por ejemplo, las dos veces en que quedé con usted estoy segura de que Bénédicte estuvo pensando qué se iba a poner y que llevaba los botines bonitos, la chaqueta de mejor corte, la sortija de su abuela. Ya ve usted, estaba segura. Incluso cuando ya no le quedaban sino unos meses de vida, era de lo más criminal obligar a Bénédicte, tras quedarse calva, a no levantarse de la cama o a salir

con la cabeza al aire o hecha una birria con un gorro so pretexto de que había tirado la peluca de la época del cáncer de mama. Era importante que Bénédicte siempre que saliera de casa siguiera sabiendo que no ofendía la vista, pero no insistió, no tenía fuerzas para enfrentarse a su marido; se limitó a contarme esa anécdota como una más de las numerosas vejaciones que solía infligirle. Y entonces, sin pensármelo dos veces, le dije a mi hermana melliza que se arreglase para salir, me la llevaba a dar una vuelta. Pero ¿dónde vamos?, me dijo. Venga, date prisa, te voy a comprar todas las pelucas, todos los turbantes y todos los sombreros que te gusten, y nos fuimos las dos a la tienda que había localizado en internet, donde era posible encontrar postizos bonitos. Nos pasamos allí dos horas. Bénédicte se decidió a sacarle partido a su desgracia concediéndose una fantasía que le apetecía hacía mucho tiempo, aunque nunca se había atrevido a pasar a los hechos: se dio el capricho de una peluca pelirroja, cobriza, de pelo corto, que le iba de maravilla con la palidez del cutis, parecía una pelirroja auténtica. Era feliz al verse así, vestida de negro, con aquel pelo rojo; esa imagen suya en el espejo consiguió incluso que le asomase a la cara un resplandor de dicha; nos reímos; me preguntó si yo creía que podía, en aquellas circunstancias, permitirse ser pelirroja; le dije: ¡pues claro que sí, pues claro que sí, Bénédicte, estás sublime, me encanta! Luego me la llevé a su tienda preferida de la calle de Gambetta, en los soportales, para regalarle un sombrero *cloche* inspirado en los años locos, que, encasquetado, le tapaba la nuca y los lados, ocultando en buena medida la cabeza. Cuando por la noche, radiante y orgullosa de nuestras compras, Bénédicte se presentó ante Jean-François como una pelirroja muy bonita, con la esperanza de sacarle unos cuantos cumplidos sobre su nuevo aspecto, él nos dijo que todo aquello era grotesco, que habíamos tirado el tiempo y el dinero por la ventana, que era importante guardar las energías para cosas de más enjundia que esas gilipolleces de marujas. Estás de pena con esa peluca, le dijo a mi hermana melliza. ¿Te crees que no te bastaba ya con esa enfermedad, que te pone tan fea, para que fuera necesario añadirle un toquecito más poniéndote esa peluca de puta vieja? ¿Cuánto cuestan todas esas memeces, eh? ¿Cuánto cuestan?, empezó a decir a voces. Las he pagado yo, se las regalo, le contesté a bote pronto. ¿Por lo menos has conservado las facturas? Déjalas encima de la mesa del comedor. Ahora que ya está hecho el daño, por lo menos que la mutualidad cubra el gasto, añadió. No me apetece que me cubra el gasto la mutualidad, contesté. Es un regalo que le hago a mi hermana. Pues yo no tengo intención de regalarle esos chismes a la mutualidad: déjame las facturas, tengo la firme intención de que la mutualidad me pague todo lo que me vaya a costar esta cabronada de enfermedad que me ha puesto la vida patas arriba; dicho lo cual, se subió a su cuarto dando portazos.

Esta cabronada de enfermedad que me ha puesto la vida patas arriba.

Un viernes, luego, llamo, me abre la puerta él, y eso que suele ser más bien mi hermana melliza quien acude a recibirme (junto con él, que me espera en el salón, a pie firme, como un poste, para dejarme bien claro que estamos en su territorio); nos saludamos; le pregunto dónde está Bénédicte y me dice que está acostada, le pregunto si va todo bien y me dice que todo bien, que se queja, pero que si empezamos a hacer caso de todas las quejas de Bénédicte, sobre todo en este momento, se pasaría uno la vida llamando a los médicos y al hospital. Llego al dormitorio y veo a Bénédicte, más pálida y más descarnada que nunca, esquelética, completamente desmadejada, con la cara chupada. Había envejecido diez años en una semana. Por teléfono no me había dicho nada. Me siento a su lado, le cojo la mano y le doy un beso en la frente. Le pregunto qué tal y me dice que mal, que muy mal. Le pregunto qué pasa. Me contesta que se siente francamente fatal, que no para de vomitar, que no soporta estas sesiones de quimio, no entiende por qué, hasta ahora la cosa iba tirando a bien, pero ahora le da la impresión de que tiene ciento doce años, no se tiene de pie,

no puede comer nada, lo vomita todo. ¿Qué se puede hacer?, le pregunto. Quiero ir al hospital, me contesta. No puedo más, tienen que ponerme suero, me voy a morir si me quedo aquí, estoy segura, haz algo, te lo ruego. Si quieres ir al hospital, ¿dónde está el problema?, pues vas al hospital, no entiendo nada, le contesto. ¿Por qué me lo suplicas? Porque Jean-François me ha dicho que no, quiere que me quede aquí, me contesta. Miro a Bénédicte, pasándole la mano por la frente, me mira con ojos suplicantes. ¿No quiere que vayas al hospital? Niega débilmente con la cabeza. ¿Le has dicho que querías ir al hospital? Afirma débilmente con la cabeza. ¿Y te ha contestado que no quería? Afirma débilmente con la cabeza, con ojos implorantes. Un breve silencio. Le acaricio la frente y la cara. Jean-François dice que todo va bien, que voy a mejorar, que son los efectos secundarios de la quimio. Dice que no hay que confundir los efectos secundarios de la quimio con los estragos de la enfermedad. Lo que me noto en el cuerpo, según él, no es la enfermedad, sino los productos que se supone que me van a curar. Pero yo, Marie-Claire, me siento mal, es la enfermedad, me moriré si me quedo aquí una noche más, tengo muchísimo miedo, necesito tener a mi alrededor un equipo médico.

Menos mal que fui a verla ese día; si no, Jean-François la habría dejado en su cuarto, sufriendo; no podía más de verdad, a lo mejor se habría quedado en el sitio, era urgente que la atendieran.

Solo estuvo hospitalizada tres días, lo que tardó en recobrar fuerzas. Pero al poco tiempo no pudo ya seguir en casa, la ingresaron en el hospital de Metz para que acabase allí sus días.

Nadie estaba en condiciones de saber con la mínima precisión cuánto iba a durar su lucha contra la muerte. El día en que mi hermana melliza entró en el hospital, mi hermano estaba con Jean-François cuando este le preguntó al oncólogo, sin miramientos, sin la menor emoción, cuánto tiempo de vida le quedaba. Este le contestó que era difícil concretar en un asunto así, podía morir dentro de quince días o dentro de dos meses. Mi cuñado se quedó seguramente con lo de los quince días, porque salió del despacho sin decir palabra antes de ir a la habitación de Bénédicte, donde la estaban acomodando; acababa de llegar. Entonces, sin dirigirle la palabra ni preguntarle si el traslado en ambulancia desde su casa había transcurrido bien, pidió a los enfermeros que pusieran una cama más, a los pies de la de su mujer; y los enfermeros salieron para ir a buscarla. Yo estaba presente. Bénédicte le dijo delante de mí, con mucha claridad, despavorida: ¿por qué quieres dormir a los pies de mi cama, qué historia es esta? Es porque me voy a morir pronto, ¿verdad? ¿Te han dicho que me voy a morir pronto y por eso quieres dormir a los pies de mi cama? Es eso, ¿sí? Te han dicho que me quedaban dos o tres días, ¿es eso? No quiero que duermas aquí, me angustia, me aterra, eso quiere decir que me voy a morir pronto. Jean-François, por favor, por lo que más quieras, prefiero que te vayas a dormir a casa y que cuides a los niños. Jean-François no contestó nada, se fue de la habitación, los enfermeros volvieron con la cama supletoria, que colocaron a los pies de la cama de mi hermana melliza sin que ella se atreviera a pedirles que se la llevaran. Marie-Claire, por favor, haz algo, no lo dejes instalarse a los pies de mi cama, no quiero que se quede aquí conmigo, necesito estar sola, me va a angustiar, no podré aguantarlo. Cuando volvió Jean-François a la habitación le dije que Bénédicte no quería que durmiera a los pies de su cama, se lo había dicho hacía un rato muy claramente, acababa de repetírmelo a mí, no quería, yo no entendía por qué, en semejantes circunstancias, él insistía, debía respetar su voluntad. ¿No lo has entendido, Jean-François? Te lo ha dicho, no te quiere a los pies de su cama. Me contestó que me metiera en lo que me importaba, que Bénédicte era su mujer y que debido a esa condición de marido tenía pleno derecho a asistirle en sus días postreros. Pronunció de verdad esa frase abominable delante de ella: asistirle en sus días postreros. Mientras hablaba, andaba atareado haciendo su cama; le apreté con ternura la

mano a mi hermana melliza, que había cerrado los ojos; por fin él salió de la habitación y Bénédicte volvió a abrirlos: entonces le vi en la mirada el desvalimiento más insondable que me haya sido dado ver en toda mi vida.

Estuvo mes y medio durmiendo a los pies de su cama todas las noches, en contra de la opinión de Bénédicte. Había pensado que el asunto iba a durar quince días, y por eso había adoptado esa decisión, pero le impuso su presencia todas las noches, lo quisiera o no, durante mes y medio.

Dos o tres días después de haber llegado al hospital, al ver que Jean-François no solo pasaba las noches a los pies de su cama, sino que empezaba a ir durante el día, le preguntó cómo es que no estaba en el banco. He dejado de ir, le contestó él. ¡Anda! ¿Has dejado de ir? Pero ¿por qué? Para poder venir aquí, le contestó. Pero si no necesito que vengas durante el día, ya duermes aquí, tengo a mi familia que viene a verme, no estoy sola, todo va bien, no tienes obligación de sacrificarte así. No me sacrifico, me he pedido una baja por enfermedad. ¿Una baja por enfermedad?, le preguntó Bénédicte. Sí, no te habrías creído que me iba a gastar los días de vacaciones en ir a ver a mi mujer enferma. He pedido una baja por enfermedad para no perder los días de vacaciones, es lo mínimo en vista de a qué los voy a dedicar. Me parece escandaloso, le contestó mi hermana melliza. O no vengas a verme de día y sigue yendo a trabajar o, si vienes, al menos ten la decencia de hacerlo a cuenta de tus días de vacaciones. Hablaba con muchísima dificultad, en voz baja, sin resuello, con la garganta tomada, y estuvo mucho rato tosiendo después de decir esas palabras, lo recuerdo. Y entonces Jean-François le dijo: así es como me agradeces que te cuide, y Bénédicte le contestó despacio, ahorrando fuerzas, tras haber recobrado el aliento, pero con voz que apenas se oía: no te he pedido nada, me estresa mucho que estés aquí dándome la lata continuamente, así que vuélvete al trabajo y deja de atracar a la seguridad social con tus certificados médicos falsos, me vas a traer mala suerte. En vista de lo cual, Jean-François se fue dando un violento portazo, furioso. Pero la puerta tenía un muelle, así que vimos cómo ese muelle cambiaba la violencia del comportamiento de Jean-François en una suave espiración antes de entrar en acción despacio y sin ruido, como si la puerta le dijera: chisssss, tranquilízate, no es el lugar adecuado para montar números así.

La tenía asustada.

De noche, le decía que se iba a morir.

Ya lo sabía ella que se iba a morir, no hacía falta recordárselo cuando parecía que se le olvidaba. Nunca le mentí tanto a mi hermana melliza como en esa temporada: le decía que iba a salir adelante, le hablaba de los viajes que íbamos a hacer cuando se curase, le decía que tenía que pelear, que merecía la pena. ¡Venga, ánimo, ya verás, vas a salir adelante, por fin vamos a ir a Madagascar las dos, tú y yo solas, como siempre nos lo hemos prometido! ¡Mira, puedes andar, puedes ir sola al servicio, todo va a ir bien, Bénédicte, estoy convencida de que vas a salir adelante!

Le brillaban los ojos. No se encontraba nada bien, pero en la cara lívida le centelleaba de esperanza la mirada. Yo veía que me creía y que quería tener esas ideas en la cabeza y no ideas de muerte cierta e inminente.

Un día estaba en el pasillo, delante de la habitación de Bénédicte con mi hermano y mi hermana mayor; de repente se abre la puerta y Jean-François sale bruscamente, exclamando: ¡ya ni siquiera sabe que se va a morir!

Yo estaba atónita.

Luego apareció su hija y nos lo confirmó, estupefacta, con tono desconsolado.

Sí, está loca de remate, *¡ya ni siquiera sabe que se va a morir!*, repitió, moviendo la cabeza,

con las palmas de las manos en las sienes, con el tono de una persona que quiere contagiar a los demás la indignación.

Por el tono de las frases, me daba la impresión de que hablaba de mi hermana melliza como de una loca irresponsable.

Estábamos alucinados.

Yo miraba a Lola, petrificada.

Nos lo dijeron a nosotros, recalcando la pasmosa incongruencia de la conducta de Bénédicte con ellos, como si, al negarse a comparecer ante ellos como una mujer que se dispone a cruzar dignamente y con coraje el umbral de la muerte, dispuesta a una despedida solemne que podrían recordar como un momento de emoción hermoso y grande, cayera en la culpa de faltar gravemente a sus obligaciones de madre y esposa; luego vimos cómo se abalanzaban hacia un médico que pasaba por allí para comunicarle su asombro por que Bénédicte no supiera ya que se iba a morir.

¡Acaba de hablarnos del día que vuelva a casa! ¡Esta noche piensa que no tardará en volver a casa!, le decía Jean-François, desconcertado, al médico.

¡Si hasta ha dicho que iba a volver a pintar su cuarto de azul!, decía Lola con los ojos como platos y sin podérselo creer. Pero ¿qué pasa?

El médico les explicó que, a Dios gracias, era frecuente que a los enfermos no se les quedase en la memoria el hecho de que iban a morir y hay que respetar esa voluntad.

Como ya le he explicado a usted, Jean-François quería que Bénédicte les dijese a sus hijos lo que su propio padre, en el lecho de muerte, no le había dicho a él; y ella se negaba en redondo.

Jean-François se pasaba horas andando arriba y abajo a los pies de la cama.

Le habían hablado de quince días hacía un mes y no entendía nada, allí estaba a diario, y andaba, ella no se moría, era una situación que le resultaba incomprensible.

Andaba, andaba, andaba, andaba, andaba.

Esperaba.

Se pasaba el tiempo esperando.

Cansaba a Bénédicte andando así a los pies de la cama durante horas.

No puedo más, dile que se vaya y que me deje en paz, me decía Bénédicte llorando cuando llegaba yo, y él salía de la habitación sin decirle siquiera una palabra o darle un beso. No quiero volver a verlo, se pasa el tiempo andando arriba y abajo a los pies de la cama, me angustia, me da la impresión de que está en el andén de una estación y que espera un tren que lleva retraso y no acaba de llegar. Lo conozco, es exactamente la forma en que se comporta cuando está impaciente y lo irrita estar esperando en vano. Es espantoso. Te lo suplico. Haz algo.

Nunca vi a Jean-François más que a los pies de la cama de mi hermana, o andando arriba y abajo o sentado en un sillón con una taza de café en las manos, nunca junto a ella, nunca a su lado.

Esperaba. Como alguien que, afincado en la orilla, de cara al mar, acecha la aparición de un barco en el horizonte.

Quería ser quien pudiera decir que había pillado el último momento. No habría soportado la idea de no ser el último que la había visto viva, el último que había recibido de ella una mirada, y, si a mano viene, el que había tenido la suerte inesperada de levantar acta del último suspiro para poder jactarse de ello y reivindicarlo como una victoria o como una ventaja sobre nosotros, o contra nosotros.

Siempre partidario de las apariencias.

Quería demostrar al personal del hospital, y también a nosotros, su familia, que quería a su mujer, que formaban una pareja y un hogar ejemplares, que estarían unidos los cuatro hasta el

último momento, hasta el último suspiro de Bénédicte, nos gustara o no.

Los niños estaban a los pies de la cama y miraban a su madre de lejos, y no sucedía nada. La rigidez de ese conciliábulo me recordaba un cuadro flamenco: la escena de la muerte en el lecho con la velita y los parientes alrededor, hasta cierto punto ese ambiente, fúnebre y envarado, morboso, sin cariño. No había emoción, no había nada. Nosotros, cuando nos íbamos y dejábamos a Bénédicte, era algo espantoso —llorábamos, ella nos abrazaba, llorando también—, mientras que con su marido y con sus hijos era todo lo contrario: nunca había ningún gesto, no sucedía nada. Lola siempre estaba apoyada en la pared del fondo y esperaba que acabase la visita mascando chicle, con cara de aburrimiento, o se arrimaba a su padre y le cogía la mano tiernamente, como para consolarlo de la prueba por la que estaba pasando el pobre, a punto de quedarse viudo. Apoyaba a su padre, en vez de estar con su madre y reconfortarla. Como si fuera el más desdichado de los hombres, siendo así que solo estaba esperando que llegásemos a relevarlo para poder irse a organizar el entierro. Ostensiblemente vinculados, unidos, juntos, solidarios, el padre y la hija, frente a Bénédicte, sola en la cama, agonizando.

Jean-François se hizo con el cariño de los niños a costa de mi hermana melliza. Los niños no padecían por la autoridad paterna, solo padecían por la autoridad materna. En casa, desde hacía mucho, era Bénédicte quien desempeñaba el papel del hombre: imponía orden, vigilaba los deberes, los mandaba a la cama, restringía las salidas, fijaba las metas y castigaba. Jean-François se quedaba con el papel agradecido y presentaba a Bénédicte como una déspota. Así que la muerte de mi hermana melliza era como quien dice el final del despotismo. No voy a negar que en su carácter hubo siempre un aspecto un tanto rígido, pero fue claramente a más con los años porque Jean-François exigía que la casa estuviera impecable, que se llevase de forma racional, que los niños estuvieran bien educados y que sus resultados escolares fueran ejemplares, así que mi hermana melliza se cansaba muchísimo para estar a la altura de esas exigencias, se entregaba mucho a sus hijos: luchaba para enderezar los efectos nefastos de la adolescencia en la implicación de su hija en los estudios; estaba cada vez más cansada y ese cansancio la volvía cada vez más rígida. Cuando tuvo el primer cáncer, como estaba en casa y no ganaban bastante para llegar a fin de mes, Jean-François prescindió de la asistenta y nunca volvieron a tener otra, ni siquiera con el segundo cáncer: Bénédicte tenía que limpiar la casa y planchar mientras le daban quimioterapia, agotada. Mi hermana melliza acabó por aborrecer a su hija, en los últimos días de su vida se aborrecían las dos y ese aborrecimiento nace de eso, nace del hecho de que le había dado mucho a Lola y esta, en vez de compensarla por esos esfuerzos con afecto, un mínimo de obediencia o buenas notas, se iba convirtiendo en lo contrario de lo que mi hermana había ambicionado que fuera, deliberadamente, reivindicándolo. Lola se construía a sí misma en oposición a su madre, entre conflictos y reproches y en total acuerdo con los valores de su padre, a quien adoraba, y eso las distanció, acabaron las dos por odiarse. Las relaciones con su madre se deterioraron cuando Lola empezó a salir con su primer chico, muy pronto, a eso de los trece años. Todo ocurrió al mismo tiempo: el primer cáncer, que la cansaba, y esos problemas con la adolescencia de Lola, que empezó a no pegar clavo en clase porque salía con un chico. A Bénédicte le parecía que su hija era demasiado pequeña para tener ya un novio oficial a quien parecía querer sacrificar su porvenir. Quiso tomar la píldora y Bénédicte opinó que era demasiado pequeña. El asunto se convirtió en un conflicto, Lola quería salir continuamente y le reprochaba a su madre que la reprimiera. Entre nosotros, Bénédicte exageraba el alcance de los problemas porque en realidad los resultados escolares de Lola no fueron nunca a menos, o solo un poco, y ahora que su madre ha muerto está pensando por lo visto en hacer en París un curso

preparatorio para las Escuelas Superiores y trabajar más adelante en la industria del lujo. Bénédicte no soportaba ya ver cómo Lola se volvía como Jean-François, se iba convirtiendo en un calco suyo y de su relación con la realidad, rechazaba la literatura para glorificar el éxito social, las señas externas de riqueza, el relumbrón, la pasta, los tíos guapos, los *blockbusters* americanos y los coches deportivos. A Arthur, en cambio, todo le venía ancho y aquello era, en un terreno diametralmente opuesto, no menos agotador. Era desordenado, indisciplinado, inestable y desobediente, y Jean-François se lo reprochaba sin parar a su mujer: le decía que ella tenía la culpa de que el niño se portase tan mal. El niño estaba en la frontera del carácter depresivo, como si padeciera del ambiente familiar. Aquella casa era un lugar insano desde todos los puntos de vista y Arthur lo notaba de forma especialmente aguda, y lo reflejaba en el entorno volviéndose incontrolable; era hipersensible. Yo soy como usted, Éric, me cuesta hacerme a la idea de que alguien pueda acabar por no querer a sus hijos, me cuesta concebir que el amor que se les tiene a los hijos pueda no ser absolutamente incondicional. Pero debe de ser que el idealismo de Bénédicte era tan radical que no podía dejar atrás sin daños un escollo como este: ver a su hija reivindicar despectivamente, y con una especie de violencia interiorizada (que se le notaba en la forma de vestir, en el maquillaje y en la forma de comportarse), que, por encima de todo, no quería parecerse a su madre.

Un día, durante su enfermedad, cuando aún estaba en casa, vi a Arthur abrazar a su madre; estaba de pie y la cogía por la cintura, y mi hermana se quedaba con los brazos colgando, no lo estrechaba contra sí. Se me hizo raro ver aquello. Estaba muy enferma, en mi opinión estaba ya solo metida en su enfermedad. Un día me dijo: cuando sabes que vas a morirte, la gente ya no importa, te alejas, te alejas despacito. Incluso los niños, Éric, creo. Frente a la muerte, estamos solos. Nos desapegamos de las cosas. Eso es quizá lo que le pasó con sus hijos.

Le costaba comer, ya no podía andar, no iba a tardar en no poder hablar, y Jean-François llevaba a sus hijos, todas las tardes, sin faltar una, como una obligación que les imponía, y las visitas duraban demasiado, se eternizaban, los niños se aburrían; a Bénédicte le resultaba doloroso que sus hijos la vieran con aquel aspecto, disminuida, agonizante. Habría preferido verlos de otro modo; menos, pero mejor; pero Jean-François se había marcado la obligación de imponerle a Bénédicte a diario, con visitas excesivamente largas, la presencia de sus hijos. A ellos, seguramente, no les apetecía ver todos los días a su madre en ese estado, no deja de ser una enfermedad muy degradante. Pero como a Jean-François, que era un insensible, no lo alteraba en modo alguno aquel espectáculo de la agonía de Bénédicte, se imaginaba que todo el mundo iba a reaccionar lo mismo. Nunca vi que lo afectase la decadencia de mi hermana melliza, ni lo vi que sufriera, ni lo vi desesperado por la inminencia de su desaparición. Estaba siempre igual, idéntico, invariable, como una línea.

Para mí que lo que le hizo a mi hermana melliza fue abandono, clarísimo: por mucho que estuviera allí siempre, en su habitación, la abandonó, aquello era abandono. Estaba peor que sola: estaba con el vacío. Su marido era solo una presencia vacía, una ausencia. Ese hombre lleva consigo un vacío irreductible y es ese vacío el que angustiaba a Bénédicte. Se daba perfecta cuenta de que no había sustancia alguna, contenido alguno ni emoción alguna en la presencia física de su marido y, en consecuencia, tenía miedo; su presencia insensible era como una prefiguración de lo que la esperaba, le recordaba continuamente que se iba a morir.

Entre mis clientes, cuando doy masaje a las personas vacías noto que están vacías, me cuesta mucho atenderlas, puede darse el caso de que me sienta desfallecer después de que se vayan, tanto que tengo que echarme o volverme a casa. Porque cargo con todo, con las malas energías igual

que con las buenas. Tengo una clienta a la que no quiero volver a darle masaje. Cuando le doy uno, tardo quince días en reponerme. Es insufrible, como si esas personas vinieran a extraernos la energía para recargarse ellas.

Al final, Bénédicte no podía casi hablar: escupía palabras sueltas, retazos de frases, susurros. Pese a lo cual, a veces por la mañana nos llegaban sms de Jean-François que nos anunciaban que se habían pasado la noche charlando. Solía mandarnos sms por la mañana para ponernos al tanto del estado de Bénédicte y eso era lo que nos escribía para que viéramos que sus relaciones eran mucho más dulces, tiernas, confiadas y esenciales de lo que nos complacíamos en creer: *Bénédicte ha tenido muy buena noche, hemos pasado toda la noche charlando*, siendo así que sabíamos que se estaba muriendo, estaba exhausta, no conseguía ya ni beber, lo que no le impedía a Jean-François intentar que nos creyéramos que, de noche, por obra de su amor, ocurrían entre ellos fenómenos sobrenaturales dignos de los relatos cortos de Villiers de l'Isle-Adam, fenómenos que le permitían a Bénédicte pasarse la noche charlando. Tu hermana melliza nunca se ha atrevido a confesártelo para no desagradarte, pero su único amor verdadero soy yo, ese era el golpe que parecían querer asestarme aquellos sms estúpidos que me enviaba, criminalmente ingenuo en semejantes circunstancias.

Bénédicte estaba tan débil que los médicos querían ver el estado del corazón. La acompañé, en silla de ruedas, a la sala donde la iban a reconocer. Yo, en mi instituto, tengo una camilla eléctrica que sube y baja; bueno, pues el cardiólogo tenía una camilla fija y esperaba que Bénédicte se tendiera en ella, sin esbozar el mínimo ademán para ayudarla. Va y me mira con cara de decirme: bueno, ¿a qué está usted esperando? Es cierto que soy robusta, pero no tanto como para subir a una persona adulta, por muy flaca que esté, a una camilla alta. Le juro que es cierto, Éric, cogí a mi hermana, la levanté, era como llevar una pluma en brazos. Era increíble. Nos miramos, noté que me decía con los ojos: ¿cómo te las apañas para levantarme así? Me daba miedo hacerle daño, porque le dolía todo, todos los huesos; le pregunté: ¿te hago daño?, me contestó que no, la transporté y la dejé cuidadosamente en la camilla alta, no sé ya cómo lo hice, era algo tan importante para mí que Bénédicte no me pesaba ya nada, era milagroso, no estaba cargando con ella. Cuando la hube dejado en la camilla alta, me miró otra vez y me decía con los ojos: pero Marie-Claire, ¿cómo te las has apañado? No sé, no sé cómo me las apañé. Había que hacerlo, y ya está, y mi cuerpo respondió a esa necesidad desarrollando recursos insospechados.

Bénédicte tenía conciencia de lo que ocurría a su alrededor, padecía con el cuerpo, con la mente y con el corazón. A veces le corrían lagrimones por las mejillas, tan pálidas y tan chupadas que nos costaba reconocer ese rostro que tan querido nos era. Movía los ojos hacia donde estaba yo, pero no me veía, ya le velaba la mirada la muerte próxima. Pero sin embargo me sonreía.

Todas las noches me llamaba por teléfono.

¿Tú crees que me voy a morir?

¡Pues claro que no te vas a morir, a ver qué va a ser esto! ¡Bénédicte, de qué estás hablando, pues claro que no!

Bueno, de acuerdo, entonces vale, contestaba como si necesitase esas palabras reconfortantes para dormirse. Hasta mañana entonces, me decía con insistencia, exactamente igual que un niño que necesita oír que le dicen hasta mañana para conjurar el miedo de la noche.

Hasta mañana, tesoro. Hasta mañana, Bénédicte mía.

Hasta mañana, Marie-Claire, buenas noches, hasta mañana, gracias, me decía entonces ella con vocecita jadeante, dejando pasar a veces mucho tiempo entre las palabras, antes de colgar despacio, como una persona muy mayor.

Luego llegó aquel día fatal que no fue ya para mí sino el día siguiente del anterior: había muerto durante la noche, a las cinco cuarenta y cinco.

Fue mi hermana mayor quien me llamó a las ocho para comunicármelo.

Salí de Reims para Metz en el acto y pasé varias horas junto a Bénédicte.

No parecía haber sufrido. Tenía el rostro casi en paz y un ojo algo menos cerrado que el otro. Me dije, mirándole el rostro, que había querido enviarnos el pensamiento de que no nos iba a perder de vista, que podíamos contar con que estaba ojo avizor para que no nos pudiera pasar nada a ninguno de nosotros, estaría pendiente. Seguramente, no había podido decidirse hasta el final, pese al dolor, a morirse y, cuando estaba muerta ya casi del todo, el ojo derecho seguía tomando nota de la vida que la rodeaba y de las tinieblas de su habitación de hospital, mientras el ojo izquierdo ya estaba tendido, resignado, en el silencio y la quietud de la muerte; y ya no quedó en ella vida bastante para que el ojo aquel, que había seguido siendo curioso hasta el postrer instante, se cerrase del todo.

Lloraba a mi hermana melliza y le daba besos en la cara, le acariciaba con dulzura las manos, le decía frases al oído entre sollozos. Mi hermano y mi hermana mayor estaban conmigo, nos apoyábamos mutuamente. Jean-François y sus hijos salieron de la habitación cuando llegamos para dejarnos a solas con nuestra hermana.

Hubo un momento en que salimos del hospital para llamar por teléfono a mamá, que se había quedado en Condé-sur-Marne. Estaba en una silla de ruedas tras un ictus que le había dado hacía tres semanas y no había podido acompañarnos a Metz, para mayor desesperación suya. Delante del hospital, nos fuimos turnando con el móvil de mi hermano, para decirle todos a mamá unas cuantas frases de consuelo y hablarle de Bénédicte, describiéndola en su lecho de muerte, hacerle un retrato mortuario hermoso a ella que era tan creyente. Lloraba y nosotros llorábamos con ella, estaba inconsolable. Mientras hablábamos con nuestra madre, Jean-François, al ver que habíamos salido de la habitación, dispuso que envasen a mi hermana al depósito, sin avisarnos y sin tener la delicadeza de preguntarnos si queríamos volver a verla en la cama del hospital. Así que cuando volvimos a subir, vi cerrarse las puertas de un montacargas donde iba la cama que se llevaba su cuerpo; vi, por esa estrecha y furtiva rendija, desaparecer los pies, eché a correr, pero las puertas ya se habían cerrado del todo y el montacargas empezaba a bajar. Entonces apoyé la frente en el metal de las puertas del montacargas y lloré todas las lágrimas que tenía en el cuerpo, destrozada, presa de un dolor inconcebible, de pie, deshecha, apoyada casi sin vida en las puertas de frío metal, deseando morirme.

Poco después, cuando ya me había calmado un poco un Xanax que me dio mi hermana mayor, volví a la habitación para recoger mi plumas y fue entonces cuando llegó Jean-François, intacto, sin emoción alguna, con sus hijos, llevando una bolsa de basura grande. Ninguno de los dos niños lloraba ni parecía afectado. Entonces vimos cómo vaciaba los armarios empotrados y tiraba al suelo deprisa y corriendo todos los efectos personales de Bénédicte, como si hubiera que darse prisa y dejar la habitación vacía lo antes posible. Esos efectos, ahora que su dueña ya no existía, no merecían ninguna consideración. Lo vimos —cuesta creerlo, pero así fue sin embargo como ocurrió— tirar el vestido al suelo, la chaqueta, una falda, unos pantalones, una camiseta y ropa interior; lo hacía con gestos breves y nerviosos, como si estuviera haciendo el censo de las cosas que tiraba al suelo, con una actitud que ya era solo pragmática. Nos sentíamos heridos; heridos, pero tan tristes y agobiados que no reaccionamos ninguno. Pues la única reacción proporcional a lo que estaba haciendo habría sido ejecutarlo en el acto: si hubiéramos intervenido, habría sido para matarlo en aquella habitación, con nuestras propias manos, rompiéndole un jarrón en la

cabeza; así que nos quedamos postrados. Luego metió a toda prisa en la bolsa de basura grande los periódicos y las revistas que había encima de la mesa, todos los papeles, los paquetes de galletas apenas empezados, las botellas de agua, las flores, las plantas, las cosas que habían traído varias personas. Todo tenía que desaparecer, como si todos y cada uno de los objetos los hubiera contaminado la muerte de mi hermana melliza y no era, pues, reciclable en la saludable realidad de Jean-François. No solo un ramo de rosas en capullo, sino también un paquete de Granola sin abrir que los niños habían llevado hacía poco; nunca se me olvidará aquel paquete de Granola que su marido tiró con asco a la bolsa de basura grande, como si, por el hecho de que su mujer hubiera fallecido, esas galletas no fueran ya comestibles. Luego fue al cuarto de baño y tiró a la bolsa de basura grande el cepillo de dientes de Bénédicte, la leche hidratante, los algodones faciales, las cremas, el neceser de aseo, el maquillaje, todo desapareció, en varios gestos apresurados y radicales, en la bolsa grande de basura que ya estaba llena hasta arriba. Lo vimos luego abrir la bolsa de viaje de Bénédicte y meter, sin doblarla, la ropa que antes había desperdigado por el suelo, la metió sin más consideraciones que si fuera basura, cerró de un tirón la cremallera y les dijo a sus hijos: venga, niños, nos vamos; luego salió sin echarnos ni una mirada, llevándose la bolsa de viaje de Bénédicte y la bolsa de basura grande, llena hasta arriba ahora; los niños seguían sin llorar y no se les veía el menor síntoma de abatimiento ni de tristeza.

La secuencia de la limpieza de la habitación había durado como mucho cuatro minutos.

Me acerqué a la ventana y miré el cielo, el paisaje, el campo y un bosquecillo que había más arriba del hospital; me corrían a mares las lágrimas por las mejillas, me mordía los labios para no perder la compostura. Pasó un pájaro que me hizo sentir que la realidad nunca volvería a ser la misma para mí, que se me había vuelto ajena, aquel estornino no tenía ya sentido, o, si no, era yo quien no tenía ya sentido: a partir de ahora iba a ser para mí misma algo así como un absurdo estornino anónimo. Entonces vi aparecer a Jean-François y a los niños en el aparcamiento y lo vi arrojar a un contenedor la bolsa de basura grande y, luego, al maletero del coche, con el mismo ademán desentendido y apresurado, la bolsa de viaje de Bénédicte; después lo vimos arrancar, Lola delante, Arthur detrás de su hermana. Nunca he visto un coche moverse con tan poca sensibilidad, de forma tan lenta y zafia. Dio marcha atrás, trazó un arco de círculo breve, avanzó y frenó porque otro coche iba en marcha atrás para salir de su sitio en el aparcamiento. Jean-François tocó la bocina para avisar de que pasaba, se metió por detrás del otro coche sin dejar que retrocediera más y luego aceleró y salió como una exhalación de mi campo visual como si fuera de ese marco del que quisiera huir, del marco de mi mirada, del marco de mi conciencia, de mi amor por Bénédicte, donde no había lugar para los dos.

Mi hermana melliza se murió un domingo, salió para el depósito esa misma mañana y se suponía que allí la preparaban.

Cuando llegué al depósito el lunes por la mañana, seguía con el camisoncito y ya no llevaba joyas: desvalijada.

No la habían preparado, no la habían vestido, no habían hecho nada para mejorar su apariencia. Ni la habían tocado, y yo estaba horrorizada; como si nadie le hubiera hecho caso y la hubieran dejado olvidada, en su cajón.

Pero ¿cómo es posible?, me dije.

Me fui corriendo a la funeraria, que estaba enfrente, y les pregunté por qué no estaba vestida la señora Ombredanne.

No lo entiendo, ¿qué ocurre? ¿Se da usted cuenta? No tardará en llegar gente a visitarla y ni siquiera está presentable, le dije a la señora de la funeraria que me atendió.

Había empezado a enfadarme, estaba a punto de echarme a llorar, la única forma de no hacerlo era el enojo.

Ah, pero eso hay que decírselo a su marido, sigue sin traernos la ropa, me contestó la señora de la funeraria.

Entonces me aparté del mostrador y llamé a Jean-François, pero rechazó la llamada después de dos timbrados. Le mandé un sms para decirle que llevara la ropa de Bénédicte, era inadmisibile dejarla en ese estado, con el camisón con el que había muerto.

A mi hermana melliza la enterraban el viernes.

Al día siguiente, el martes, al llegar me crucé con Jean-François delante de la funeraria, donde había ido a recoger los recordatorios. Le digo: supongo que vienes de ver a Bénédicte en el depósito, y me contesta que no, que en absoluto, no iré a verla hasta que la metan en la caja, el viernes. A mí me parecía evidente que, si estaba delante de la funeraria, era porque acababa de llevarles la ropa de Bénédicte para que por fin pudieran prepararla.

Al día siguiente por la tarde, el miércoles, cuál no fue mi sorpresa cuando descubrí que Bénédicte seguía sin vestir.

El jueves a primera hora de la tarde continuaba sin preparar, y eso que la enterraban al día siguiente a las diez en Condé-sur-Marne.

Bénédicte seguía con su camisoncito.

Iban a verla amigos y parientes y allí estaba, verdosa, abandonada, con su camisoncito.

Entonces mi hermano mayor nos dijo que realmente algo le pasaba a ese individuo, que el asunto se estaba volviendo sórdido, que era un calvario, que nunca nos repondríamos de aquello si la cosa seguía así, y se echó a llorar.

Pero ¿cómo se las arregló para vivir con un individuo semejante?, lo oí susurrar.

Mi hermano es un hombre de pocas palabras, es tímido, lógico y moderado. Un gran científico que pocas veces se aventura por los derroteros delicados del sentimiento. Que hubiera dicho eso era tremendo.

A ella, que era tan pulcra, que estaba tan pendiente de su apariencia, a quien le encantaban sus botines elegantes, los encajes y los sombreros, los vestidos bonitos de corte antiguo, perfumarse, pintarse las uñas de negro, era una vergüenza dejarla en ese estado. Empezaba a oler. Empezaba a brotar de su cadáver, sin preparar, un leve olor a putrefacción, innegable. Bénédicte se descomponía y olía a podredumbre. Se le notaba en los ojos y en la boca. Tenía azul la zona de alrededor de la boca. Y lo mismo pasaba con los ojos. La piel, gris. Mientras que, vestida con mimo, con ropa bonita, la habrían maquillado, le habrían puesto una peluca, habría tenido dignidad y no se habría quedado por completo en manos de la enfermedad. La habrían devuelto a sí misma. Era aterrador. Daba la impresión de que seguía en la cama donde había muerto, rodeada de máquinas y de goteros. Era una visión de mi hermana melliza que nunca podré olvidar, por culpa de ese hombre.

Mi hermana mayor salió del depósito y cruzó la calle para ir a la empresa funeraria y preguntar por qué la señora Ombredanne seguía sin vestir, había que hacer algo urgentemente, no se la podía dejar así. No era el cuerpo de una difunta lo que tenían ante los ojos las personas que iban a verla, sino un cadáver, y el cadáver de una mujer que había sucumbido a una larga enfermedad, y ese cadáver estaba empezando a pudrirse, hedía, era espantoso, empezó a decir mi hermana con tono vehemente, pegando voces, antes de desplomarse, llorando, encima del mostrador.

La señora de la empresa funeraria le puso tiernamente la mano a mi hermana sobre la suya y le dijo que seguía sin saber nada de su cuñado. Le había dejado varios recados insistentes en el

buzón de voz y no había contestado, pero iba a volver a llamarlo inmediatamente. La señora llamó a Jean-François, él cogió el teléfono y ella le dijo que era indispensable que fuera antes de dos horas con ropa para su mujer.

Jean-François se presentó por fin a media tarde con la ropa más fea que había podido encontrar. Trajo a la funeraria ropa totalmente ajena a la personalidad de mi hermana melliza.

Si un día escribe usted un libro basado en esta historia, pensarán que tiene mucha imaginación y que esa imaginación suya no es nada del otro mundo, que es un tanto simplona.

Pero le juro que es cierto.

Vino con ropa que yo no recordaba haberle visto nunca puesta a Bénédicte. Ropa de la década de 1980, pasada de moda, ajada. Seguramente la había encontrado en lo más hondo de un armario empotrado, ropa que a mi hermana melliza se le había olvidado dar a los de Emaús.

Y eso que el lunes le había preguntado a mi hermana mayor cómo había que vestir a Bénédicte, qué le aconsejaba. Geneviève le dijo que llevase su vestido preferido, de paño de lana marrón oscuro. Los botines negros, que eran altos, con lazadas complicadas y tacones finos. La chaqueta de terciopelo granate, mitones de encaje y medias negras. ¿Te haces una idea? Así estará estupenda, le habría gustado irse con su mejor ropa, le dijo mi hermana mayor, según me contó ese día cuando vimos a Bénédicte con aquel atuendo sórdido y humillante.

Habría podido jurarse que le había pedido opinión a mi hermana para hacer todo lo contrario.

Varias de sus amistades, y en particular Amélie y sus dos amigas jubiladas, me comentaron asombradas que nunca le habían visto esa ropa a mi hermana melliza, antes de echarse a llorar de rabia cuando les conté lo que había pasado.

Mi primo dijo: ya verás, dentro de unos días nos encontraremos con la ropa de Bénédicte en eBay.

La había vestido como un hombre, eso fue lo que me resultó raro, molesto.

Una blusa salmón acrílica, siendo así que Bénédicte aborrecía los colores pastel. Por eso me pregunto si aquella blusa fue en realidad alguna vez de mi hermana melliza. ¿No habría comprado Jean-François esa ropa al peso en un traperero, todo a dos euros, para poder vender en eBay por las noches, después de cenar, durante semanas, todas las cosas de mi hermana para sacarse unos cientos de euros?

Un traje de chaqueta con pantalón, de hombros anchos, con hombreras y pinzas, corte amplio, cuello monumental, como se hacían en la década de 1980, azul marino con rayas finas blancas.

En los pies, unos mocasines rozados cuyo color marrón desentonaba con el azul y el salmón del espantoso atuendo.

No llevaba ninguna joya.

Como no había tenido a bien cubrirle la cabeza con la bonita peluca pelirroja que le había regalado yo y con la que le había encantado adornar su alegría siempre que habíamos ido juntas las dos en Metz a comer, daba la impresión de que era un señor menudito, un revisor minúsculo de ferrocarril, calvo y alcohólico, irascible.

Repugnante.

Ya no era mi hermana.

Le había construido una nueva imagen poniéndole ropa degradante y pasada de moda. Bénédicte parecía disfrazada, algo así como si Jean-François hubiera querido hacerle interpretar una mascarada, una parodia chirriante para obligarla a decirle a su familia: Jean-François y yo os mandamos a que os den.

Bénédicte murió hace tres meses y mi familia sigue en estado de choque. Todo el mundo. Mi

hermana, mi hermano, mis sobrinos. Era una tía tan encantadora, sensible, misteriosa, con una zona oscura auténtica; la querían mucho.

Lola llamó a nuestra madre a los tres días del entierro para decirle que tenía la culpa de que su propia madre hubiera muerto, porque había obligado a su hija a ir a verla cada quince días a Condé-sur-Marne y se había cansado. Le guardaría rencor hasta el fin de sus días, le dijo también antes de colgar.

Esa misma noche ingresamos a mamá en el hospital y se murió tres semanas después.

## 9.

- ¿Diga?
- ¿Christian? Soy Bénédicte.
- ¡Bénédicte! ¿Cómo está?
- ¿Ya no nos tuteamos?
- Sí, lo siento. ¿Cómo estás?
- ¿Llamo en mal momento?
- En absoluto.
- Por saberlo.
- Cuéntame.
- No. Nada. No sé. ¿Estás bien?
- Sí, dime. ¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo malo?
- Hace mucho tiempo que me apetecía oír tu voz.
- Y entonces, ¿por qué no me llamaste? Es una apetencia que me hubiese resultado fácil satisfacer, ¿sabes?
- Tenía miedo de que me guardases rencor. ¿Puedo ir a verte?
- Pero ¿por qué iba a guardarte rencor, Bénédicte?
- Ya lo sabes. Corté la relación de forma bastante descortés.
- Tenía la corazonada de que ibas a volver algún día. Me acuerdo mucho de ti.
- Y yo de ti.
- ¿Cuándo quieres venir?
- Dímelo tú.
- Mañana me voy a Bruselas. Vuelvo el sábado. ¿La semana que viene?
- ¿Estás en casa?
- ¿Cuándo, ahora?
- Sí, ahora, ¿estás en casa?
- Sí, ¿por qué?
- Puedo llegar enseguida.
- ¿Enseguida?
- Estoy delante de tu casa.
- ¿Delante de mi casa?
- En la entrada del jardín.
- No he oído nada.
- He aparcado un poco más abajo. No estaba muy segura...
- Sí, ahora te veo. ¿No estabas muy segura de qué?
- ¡Bueno, ya sabes! ¡De si estarías solo! ¡De si te apetecería que volviésemos a vernos!
- Pero cómo puedes decir...
- ¡Podrías haberte casado, en este tiempo! ¡Haber tenido más hijos! ¡Una cita! ¡Haberme olvidado, qué sé yo!

—Pero bueno, Bénédicte. ¿No te acuerdas del mensaje que te envié?

—Yo, en cambio, no te veo a ti. ¿Dónde estás?

—En la ventana del salón, abajo.

—Ah, sí, ahora te veo.

—Lo peor que podría haber pasado es que no estuviera en casa.

—He pensado mucho en el momento en que volviera a tu casa, ¿sabes?, durante estos veintidós meses. Me ha ayudado mucho. Y en mis sueños, es así como volvía a verte, presentándome sin avisar, por sorpresa.

—Has hecho bien.

—Si me has echado de menos un poquito, también tú, durante todo este tiempo, supongo que este momento será para ti como un milagro, aunque sea pequeño, ¿no?

—Bénédicte.

—Quería hacerte este regalo. Para que me perdonaras. Y también para estar a la altura de tu carta.

—¿No vienes? ¿Por qué te quedas ahí, a la entrada del jardín?

—Me gustaría que fuésemos a pasear por el bosque, como la última vez.

—Como la última vez... Si solo viniste una vez, Bénédicte...

—Te espero, reúnete conmigo.

—¿No quieres venir y entrar un poco en calor? Hay té.

—No, ven tú.

—¿Eso era lo que ocurría en tus sueños? ¿Íbamos directamente a dar un paseo por el bosque?

—Exactamente.

—Entonces, ya voy. Me pongo las botas y la parka, espera, no cuelgues, son cinco segundos, sobre todo no cuelgues.

—No cuelgo. Tengo muchísimo tiempo. Hace veintidós meses que espero este momento, no voy a hacer nada que me impida saborearlo. Tarda todo lo que necesites, es agradable, no hace tanto frío.

—Está bien, ya está, estoy ahí ahora mismo.

—Nunca me había gustado tanto esperar a alguien como en este instante, me parece. Tenía tanto miedo de que no quisieras volver a verme... O de que ya no fuera posible.

—¿Sabes? Vas a acabar siendo especialista en hacerme pasar los días más inolvidables de mi vida.

—Christian...

—Pero no desaparezcas más, ¿me oyes? ¡Si no, más vale que te vayas ahora mismo!

—Ah, pero es que eso no lo sé, ¡depende de lo que pase! ¡Ahora al señor le da por ponerse exigente! ¡A ver si te vas a creer que ya lo tienes todo ganado solo porque estoy aquí!

—¡Me troncho!

—¡Algo es algo!

—Aquí estoy, saliendo por la puerta. Entonces, ¿qué? ¿He cambiado mucho, te arrepientes?

—Todavía estás un poco lejos. Acércate y te lo digo.

—Tú sí que no has cambiado.

—Si tú supieras... Ya lo creo que he cambiado...

—No digas bobadas.

—En cambio, tú sigues igual de seductor. No cuelgues todavía, quiero oírte respirar mientras vienes hacia mí.

—Te has puesto esos botines tan bonitos, cómo me alegro. ¿Son los mismos que la última vez?

—Sí, los mismos. Casi no me los he vuelto a poner. Una no lleva a diario algo que casi se ha convertido en una reliquia gracias a un día milagroso.

—¿Te has afeitado la cabeza o qué? No llevabas el pelo tan corto la última vez, ¿no?

—Christian, cuando llegues junto a mí, me gustaría que no nos besáramos, ni en los labios ni en las mejillas, sino que nos fuéramos a pasear enseguida, que demoremos lo más posible el momento en que digamos ciertas cosas, o en que hagamos ciertas cosas.

—Ya podemos colgar, ¿no? No vamos a hablar por teléfono estando cara a cara, ¿o sí?

—He esperado tantísimo este momento, Christian. Ver tu ojo de verdad en lugar de vérmelo en el dedo, un poco húmedo como ahora en lugar de seco, pequeñito, quieto, antiguo.

—Cómo me gustas con el pelo rapado. Me parece muy sexy.

—Sí, vamos a colgar.

—Hola, Bénédicte.

—Hola, Christian.

(Se adentran en el bosque. Caminan juntos, en silencio.)

—Me acuerdo. El roble grande que te gusta está por ahí. Me acuerdo de un beso larguísimo aquí, precisamente aquí, junto a este árbol.

—Lo recuerdo cada vez que paso por aquí.

—¡Anda, has hecho lo que me dijiste, al final has puesto un banco!

—Siempre hago lo que digo que voy a hacer.

—Entonces, ¿me dejarás leer tus poemas?

—¿Mis poemas?

—Sí, me dijiste, y cito textualmente porque me sé de memoria todo lo que nos contamos ese día...

—Y yo todas las imágenes, tengo memoria visual.

—Y yo literaria. Me dijiste: un banco en el que, en verano, romántico, podría leer buenos libros y escribir poesía, a la sombra de las frondas seculares. ¡Le enviaré mis poemas, Bénédicte, se los dedicaré a usted!

—Esta vez, vamos a ir por aquí. Quiero enseñarte algo, una vista preciosa.

—Bueno, ¿y esos poemas?

—Pues, en efecto, los escribí por decenas. Y, en efecto, te los dediqué a ti. Pero prefiero guardármelos.

—Me encanta el sonido de los pasos en las hojas secas, la tierra, las ramitas, las bellotas, los erizos de las castañas. Los pasos suenan mejor en el bosque que en la playa, en la hierba, en las aceras...

—...

—¿Y eso por qué, Christian?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué prefieres que no lea esos poemas?

—Te harían llorar.

—Cómo me gustan los caminos encajonados.

—Entonces he hecho bien en elegir este paseo.

—Los caminos encajonados siempre me han parecido muy románticos. Es fascinante pasearse así, hundida en la tierra, entre las raíces viejas de los árboles, con las ramas formando una bóveda; se puede ver el sotobosque a ras del suelo, es como si las brujas hubiesen excavado un

túnel.

—¡Qué imaginación! Pero es verdad que resulta bastante gótico.

—¿Cómo se forman los caminos encajonados? Porque obviamente no los han excavado las brujas. ¿O sí?

—Existen varias versiones. La más verosímil dice que, antiguamente, los campesinos a menudo no tenían paja suficiente para abonar los campos. En otoño, como los caminos se llenaban de hojas secas, los vallaban y metían allí al ganado cada cierto tiempo. A finales del invierno, se llevaban en carretas la mezcla de hojas secas y de excrementos y la extendían por los campos. Y, claro está, cada vez que recogían aquella sustancia de los caminos, se llevaban un poco de tierra.

—Ya veo.

—Y por eso han acabado encajonándose. Este es especialmente hondo. Ya verás, desemboca en un paisaje idílico.

—El árbol este es increíble. ¿Cómo es posible que salgan varios troncos del mismo tocón? Si no fuera porque son troncos viejos y nudosos, parecerían flores en un florero.

—Es una macolla con mucho encanto.

—¿Una macolla? Parece el árbol de un cuento de hadas.

—Una macolla es cuando se corta un árbol y se deja que el tocón rebrote. Todos esos árboles que ves aquí son el mismo árbol.

—¿Y ese?

—Ese es un roble desmochado que ya no se poda.

—¿Desmochado?

—Con la copa talada.

—Es magnífico.

—Lo cortaban cada quince o veinte años, a unos tres metros del suelo, para hacer leña. Trepaban y le cortaban las ramas. Ahora ya no se hace, desde una o dos generaciones; las ramas que han rebrotado deben de tener menos de cuarenta años.

—Más o menos como yo.

—Seguramente son algo más viejas que tú, Bénédicte. Significa que está casi condenado a morir.

—¡Gracias! ¡Qué simpático!

—No, quiero decir... Espera. ¡No quería decir eso, yo también tengo treinta y ocho años! Lo que pasa es que la ramificación se ha vuelto demasiado pesada para el tronco. Como esos árboles a menudo están huecos, tienen una resistencia mínima.

—Ah, ya, pero ¿por qué están huecos?

—Cuando cortas una rama gruesa como esa que ves ahí, causas una herida que puede cicatrizar mejor o peor. A través de esa herida se infiltra el agua de lluvia, además de insectos y plantas que se instalan en ella, y el interior acaba por descomponerse. La cicatriz puede ahuecarse y convertirse como en un cilindro que va ahondando cada vez más en el tronco, hasta que un día termina quedándose totalmente hueco. Mira, si meto la mano en este agujero, fíjate, me cabe el brazo entero, el interior está totalmente podrido, es materia en descomposición, ya no hay nada hasta las primeras ramas.

—Eso de estar hueco le da un toque mágico, como si los duendes vivieran en él.

—Pero lo hace más frágil. Tiene menos aguante frente a las tensiones mecánicas. Ya no tiene ninguna resistencia estructural.

—Tensiones mecánicas, tensiones mecánicas... ¡Yo prefiero que sea bonito a que pueda

soportar las tensiones mecánicas!

—En cuanto haya una tormenta más fuerte de lo normal, se partirá en dos, no tendrá fuerza para resistirla.

—Pero entonces, ¿por qué dejaron de podarlo, al pobre?

—Porque es una tarea muy pesada, hay que subirse a una escalera de tres metros de altura para serrar las ramas más gruesas, es peligroso, no puedes salir corriendo cuando la rama cae, requiere responsabilidad. Debería ocuparme de que lo hicieran.

—¿Y eso, qué es?

—Eso es una hiedra que ha crecido al pie del tronco y que sube entre las ramas. Ves, hasta se ha metido dentro del árbol.

—Parecen dos árboles entrelazados. Qué maravilla.

—Al contrario de lo que suele creerse, la hiedra no es un parásito. Es una liana que se engancha en los árboles y que puede tener tendencia a asfixiarlos; deben amoldarse, al crecer, a ese enrejado que tienen alrededor, pero no les impide desarrollarse. Como mucho puede herirlos.

—Hacen buena pareja, creo yo, esa hiedra y ese roble enorme.

—Lo bueno de la hiedra, para los insectos, es que florece muy tarde, en septiembre y octubre.

—Mis meses favoritos.

—Favorece a las abejas porque en esa época del año ya no quedan muchas flores que digamos. Eso que ves ahí son los frutos, que apenas han empezado a brotar ahora: madurarán durante el invierno para estar listos en primavera. En el sotobosque hay bastantes plantas así, con los ciclos invertidos. Por ejemplo, los bulbos, que empiezan a asomar la nariz ahora, en pleno invierno. Los jacintos. Las campanillas de las nieves. Los junquillos. Los narcisos. Los iris enanos. Dentro de un rato pasaremos por un sitio donde la semana pasada vi unos jacintos.

—Y eso verde de ahí, ¿qué es?

—Pues hiedra.

—¿También ahí? ¿Todo eso es hiedra? ¿Tanta? ¡Ha crecido tanto que no se sabe quién está encima y quién debajo! ¡Los dos son árboles casi en igualdad de condiciones!

—Están compitiendo por la luz, eso seguro.

—¿Es un roble?

—Exactamente.

—Lo más bonito es que, de ese modo, el roble está lleno de hojas. Fíjate en lo verde que está, como si fuera pleno verano. Los demás robles están desnudos y en cambio él está rozagante.

—Pero no son sus hojas.

—Qué más da con tal de que tenga follaje. Los bosques serían menos grises en invierno si todos los árboles tuviesen una hiedra.

—Este verano lo estará aún más, cuando las hojas del roble crezcan entre las de la hiedra. Como dos árboles mezclados. Como una tercera especie que trasciende las dos iniciales.

—Llega hasta arriba del todo.

—Crece para tener luz. La hiedra, al principio, es rampante, pero en cuanto encuentra un soporte para trepar, sube hacia la luz. No es como el muérdago, no es un parásito, no mata a los árboles. Pronto llegaremos a la salida del camino.

—¿El muérdago mata a los árboles?

—¡Pues claro!

—¿Ah, sí? ¡Pues no lo sabía! ¡Qué noticia tan triste!

—¿Y eso por qué?

—Porque me encanta el muérdago. Los árboles con muérdago dan la sensación de ser más valiosos que los demás. Es como un adorno, una distinción. A mí me parece que con esas esferas entre las ramas, tan perfectas y de tamaños distintos, colocadas armoniosamente, resultan más elegantes; es como si las hubiera añadido al paisaje la mismísima mano de un pintor. La de Leonardo da Vinci.

—Eso que dices es precioso.

—Es lo que yo veo.

—Bueno, pues resulta que son parásitos.

—¡Quién lo diría!

—¡Eso lo sabe todo el mundo, Bénédicte!

—Menos los que prefieren creerse las ilusiones. A quienes les gusta lo que les cuentan las imágenes, aunque estén trucadas. Supongo que lo sabía, pero lo expulsé de la memoria para poder seguir sintiendo debilidad por los árboles con muérdago frente a los que no lo tienen. Y eso que soy una chica de campo.

—Piensa que los árboles que tienen muérdago están muriéndose.

—¿Muriéndose de verdad? ¿O solo les cuesta más desarrollarse?

—Muriéndose de verdad. Lo siento.

—¿Y ese árbol de ahí tiene a la vez hiedra y muérdago?

—Eso es.

—Lo que hace que sea realmente suntuoso. Hojas en pleno invierno, adornos esféricos por todas partes, una verdadera obra de arte.

—Que está muriéndose.

—Lo cuidaré. Vendré a hablarle todos los días.

—¿Todos los días?

—Hasta que se muera. ¡Tú riéte, pero es lo que voy a hacer, ya lo verás!

—De acuerdo, te tomo la palabra. Cuando esté muerto, lo talaré y nos acordaremos de él cuando esté ardiendo en la chimenea.

—Yo leeré mientras me caliento con sus llamas.

—Yo haré chuletas de vaca a la brasa. ¿Te gustan las chuletas de vaca a la brasa?

—Y nos acostaremos. ¿Acaso te crees que no me he fijado en esa alfombra gruesa que tienes delante de la chimenea, pillín?

—Nos acostaremos delante de la chimenea. Encima de mi alfombra, tan grande y tan suave. Aunque no sea ese árbol enfermo tuyo el que arda en el hogar.

—¿Cómo llega hasta ahí arriba el muérdago? ¿Igual que la hiedra, desde el suelo?

—¡No tiene nada que ver, Bénédicte, ni por asomo!

—¿Ah, no? Pero ¿por qué te ríes? ¡No tiene gracia!

—¡Pues claro que tiene gracia! ¡Eres adorable, qué feliz estoy de que hayas vuelto!

—...

—Sobre todo si es para no volverte a ir.

—Bueno, ¿y el muérdago?

—Hace un rato decías que parecían adornos. El muérdago crece exactamente en el sitio donde lo ves.

—Pero ¿cómo hace para llegar ahí arriba?

—El muérdago produce unas bayas que no son comestibles para el hombre, pero que les gustan mucho a algunos pájaros, como los zorzales o los mirlos. Así que puede pasar que los pájaros se

lleven la baya en el pico y se les caiga en una rama, y como el fruto del muérdago es pegajoso, se queda en la rama y germina en la primavera siguiente. O bien, al igual que otras muchas semillas, el fruto del muérdago, para germinar mejor, necesita pasar por el tubo digestivo de un animal. Así que los pájaros se comen las bayas de muérdago, las cagan en las ramas y eso pone en marcha la germinación.

—¡Ay, Dios mío, qué horror! ¡Pero cómo puede hacerme esto de meter en un tubo digestivo asqueroso algo tan refinado como el muérdago, señor mío! ¡O sea, que al final de donde viene es de la defecación de los pájaros!

—Pues sí. Ese proceso se llama dormición. Es una palabra muy poética, ¿no te parece?

—*Dormición*, es hermosa, lo admito. Me gusta esa palabra, la palabra *dormición*, te perdono.

—Mira qué paisaje.

—No me esperaba que fuera a aparecer un valle como este.

—A partir de aquí ya no son mis tierras. Son las de un agricultor que tiene la granja un poco más abajo. Ahí, detrás de esa valla, suele haber vacas, no sé dónde estarán. Ese bosque del otro lado, más allá de los prados, en la colina de enfrente, ¿lo ves? A menudo voy allí a pasear.

—Es suntuoso. ¿Podemos ir hasta abajo del todo?

—Ahora vamos, es una preciosidad, hay un arroyo y un estanque grande. Luego se vuelve a subir por un sendero muy bonito hacia ese bosque de ahí enfrente. ¿Prefieres que sigamos adelante o volver a casa?

—Que sigamos un poco más. Volveremos a casa más tarde.

—¿Dónde estaba?

—En la dormición.

—En el despunte de la dormición.

—¡El sol! ¡Fíjate, el sol se digna a aparecer!

—¿Ves allí, en medio del prado, ese árbol aislado, el aliso?

—¿Cuál, ese de ahí?

—Sí. Es mi árbol favorito.

—Qué razón tienes.

—El aliso es un árbol antiquísimo. Da unos frutos que parecen piñas, siendo así que es un árbol planifolio. Unas piñas un poco primitivas. Está en el límite entre dos especies: las coníferas y los planifolios.

—...

—El aliso tiene un color muy hermoso. El bosque de enfrente es esencialmente de alisos. En primavera, ya lo verás, echan capullos morados que crean un efecto magnífico. Ya empiezan a ponerse morados, por cierto. Estamos a principios de enero, las ramas están desnudas, pero si te fijas bien, se adivina un color morado muy tenue, difuso, evanescente, casi como un perfume, a través de las ramas, ¿lo ves?

—Tienes razón. En efecto, es ligeramente morado, como si fuera un halo. Lo que demuestra que, si nadie comenta las cosas, lo que suele pasar es que los demás no las ven.

—Me lo tomaré como un cumplido. De hecho, es un cumplido muy bonito, creo yo.

—Es que lo es. Te agradezco que me hayas permitido ver ese tenue color morado, ese estremecimiento perceptible del bosque, en pleno invierno. ¡Prepárate para recibir muchos más cumplidos, si sigues como hasta ahora!

—Y todos ellos serán bienvenidos, pero este me hace especial ilusión.

—La verdad es que es realmente magnífico, ese árbol tuyo.

—¡Fíjate qué porte tan regio! Los árboles de los prados no tienen ni poco ni mucho el mismo porte que los de bosque. El árbol que se deja, aislado, en medio del pasto para que le dé sombra al ganado recibe mucha luz, tiene sol por los cuatro costados, crece en cierto modo como el muérdago, en forma de esfera. En cambio, un árbol de la misma edad pero que esté en el bosque se convierte en lo que se llama un árbol de copa alta, que crece recto como una vela por culpa de la competencia con los árboles vecinos, buscando luz. La copa se despliega mucho más arriba. Es menos majestuoso y armonioso que el árbol de un prado. En cambio, se le da mucho más valor a su madera porque tiene el fuste muy recto, sin ramas y, por ende, sin nudos, para hacer tablones perfectos. Mientras que con este, con mi precioso árbol de pradera, mi tesoro, aparte de mirarlo o disfrutar de su sombra en verano, no se puede hacer nada. ¿Vamos allá? ¿Seguimos adelante?

—Christian.

—¿Sí?

—Creo que ha llegado el momento de besarnos.

## **Agradecimientos**

Deseo expresa mi agradecimiento profundo y vehemente a Pascale, Fabienne, Élisabeth, Anna, Françoise, Florence, Nathalie, L., Jacques Fourest, Christophe Houvet, Cédric Godbert, Ludovic Escande y Dominique.

Y dedicarles un especial recuerdo a Marion y a Jean-Marc Roberts.

Releí las galeradas de este libro en Villa Médicis, en Roma, entre el 12 y el 19 de mayo de 2014.

## Sobre el autor

**Éric Reinhardt** es uno de los grandes nombres de la literatura francesa actual, alabado por sus incisivos retratos de las flaquezas e ilusiones de nuestra sociedad. Nacido en 1965 en Nancy, vive y trabaja en París. Es editor de libros de arte y colabora con artistas tan dispares como el coreógrafo Angelin Preljocaj, el arquitecto Christian de Portzamparc, la Agencia Magnum y el diseñador Christian Louboutin. Reinhardt es autor de varias novelas, entre las que destacan *Le Moral des ménages*, *Cendrillon* y *El sistema Victoria*, su primera novela traducida al español (Alfaguara, 2012). Su polémica carga política y sexual conquistó por igual a la crítica y los lectores. Fue candidata a los premios Goncourt y Renaudot 2011 y galardonada con la Feuille d'Or de la Ville de Nancy y con el Prix Trop Virilo. Actualmente está nominada al Premio Impac 2015. En 2012 recibió el Globe de Cristal d'Honneur por el conjunto de su obra. Su última novela, *El amor y los bosques*, ha sido premiada con el Renaudot des Lycéens, candidata al Premio Goncourt y finalista del Premio Médicis.

Título original: *L'Amour et les forêts*

© 2014, Éric Reinhardt

© Éditions Gallimard, 2014

© 2015, María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, por la traducción

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-1315-0

© Ilona Wellmann/Arcangel Images, por la imagen de cubierta

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial